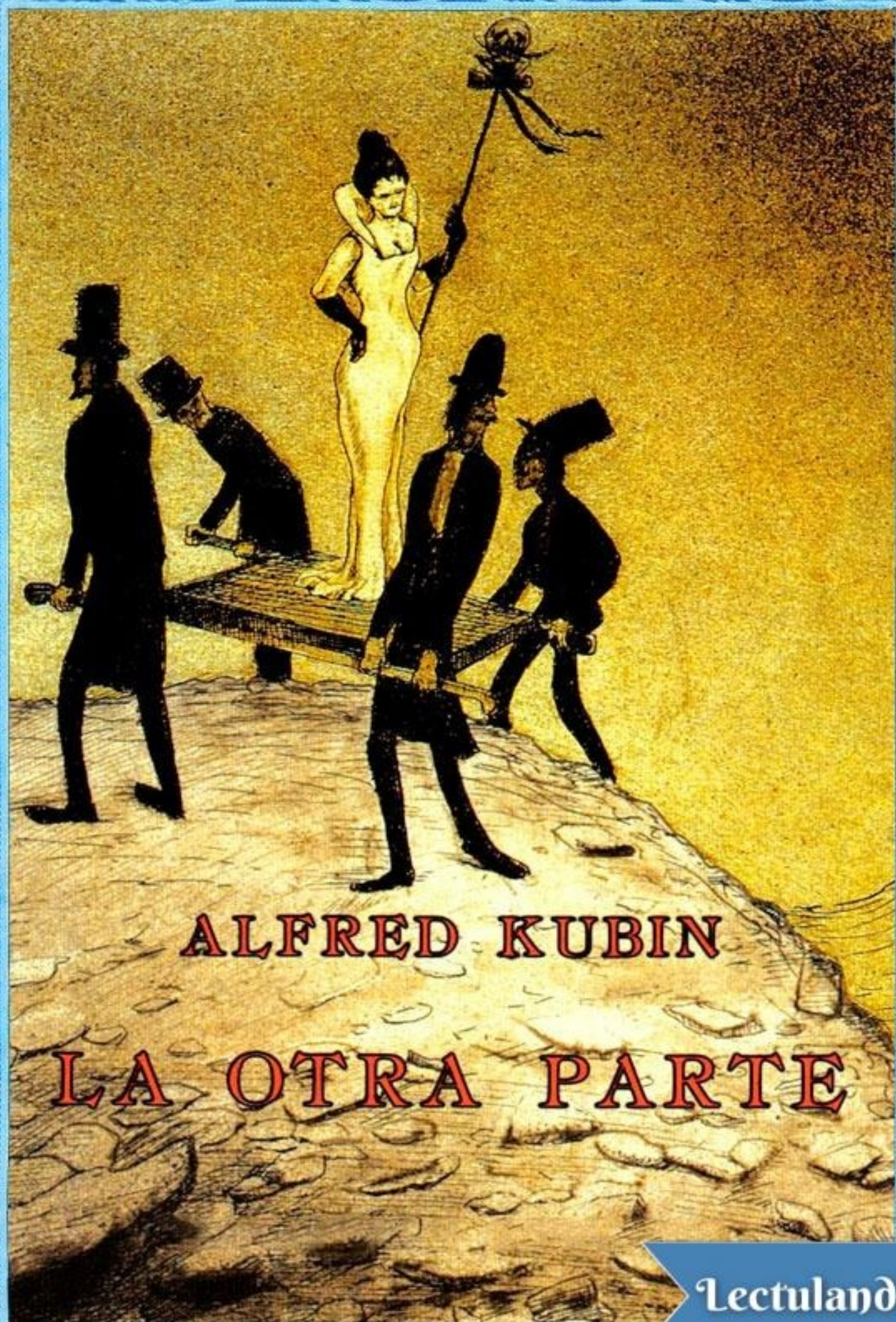




ALFRED KUBIN

LA OTRA PARTE

Lectulandia

Un joven artista recibe una insólita invitación de un amigo de infancia: trasladarse a un país recién fundado en algún lugar de Asia Central. Se trata del Reino de los Sueños, en cuya capital, Perla, el protagonista espera ver cumplida la promesa de libertad en que se basa la creación de una sociedad ideal. Pero el sueño se convertirá en pesadilla; la libertad, en opresión.

Esta soberbia novela aún a lo decadente, lo fantástico y lo esperpéntico para explorar el lado oscuro de la naturaleza humana con sensibilidad y un memorable sentido del humor. Considerada por Hermann Hesse una obra maestra, «La otra parte» es el legado literario de un visionario que, a medio camino entre Meyrink, Poe y Kafka, retrató el choque de dos épocas cuyo fruto sería un siglo xx marcado por la deshumanización y dos guerras mundiales.

Lectulandia

Alfred Kubin

La otra parte

El ojo sin párpado - 22

ePub r1.1

orhi 09.07.15

Título original: *Die Andere Seite. Ein Phantastischer Roman*
Alfred Kubin, 1909
Traducción: Juan José del Solar

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: nixkevan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Alfred Kubin

A la memoria de mi padre.

LA INVITACIÓN

CAPÍTULO I

LA VISITA

I

ENTRE mis amistades juveniles figura un personaje extraño, cuya historia merece realmente ser salvada del olvido. He hecho lo posible por ofrecer una descripción verídica —como corresponde a un testigo ocular— de una parte, siquiera mínima, de los extraordinarios acontecimientos vinculados al nombre de Claus Patera.

Algo muy extraño me ocurrió al hacerlo. Mientras iba anotando meticulosamente mis vivencias, intercalé, sin darme cuenta, una serie de escenas que ningún ser humano pudo haberme narrado y que, además, me hubiera sido imposible presenciar personalmente. Ya se irán enterando de los extraños fenómenos que la proximidad de Patera era capaz de suscitar en la imaginación de todo un pueblo. A este influjo, pues, debo atribuir mi enigmática clarividencia. Ruego al lector deseoso de alguna explicación, tenga a bien atenerse a las obras de nuestros ingeniosos psicólogos.

Conocí a Patera en Salzburgo hace sesenta años, cuando los dos ingresamos en el instituto de dicha ciudad. Él era entonces un mozuelo bastante pequeño, aunque ancho de espaldas, en el que a lo sumo podía llamar la atención el perfil clásico de la cabeza, cubierta de hermosos rizos. ¡Dios mío!, a la sazón no éramos más que dos críos ariscos y bullangueros, ¿qué podían importarnos las apariencias externas? Sin embargo, debo confesar que aún hoy día, siendo ya un hombre entrado en años, permanecen vívidamente grabados en mi memoria sus ojazos inmensos y un tanto saltones, de color gris claro. Pero, ¿quién iba a pensar entonces en lo que *vendría después*?

Tres años más tarde dejé aquel instituto por otro centro de enseñanza. El contacto con mis antiguos camaradas se hizo cada vez más esporádico hasta que, finalmente, abandoné Salzburgo y me establecí en otra ciudad, perdiendo de vista por espacio de largos años todo cuanto allí me había sido familiar.

El tiempo transcurrió y con él se esfumó mi juventud. Había acumulado una serie de experiencias harto halagüeñas, me hallaba ya en los treinta y estaba casado. Por entonces empezaba a abrirme paso por la vida como modesto dibujante e ilustrador.

II

De pronto —todo ocurrió en Munich, donde a la sazón vivíamos—, una brumosa tarde de noviembre me fue anunciada la visita de un desconocido.

—¡Que pase!

El visitante era —hasta donde pude distinguir en la penumbra— un hombre de aspecto anodino que se presentó precipitadamente:

—Franz Gautsch. Por favor, ¿podría hablar media hora con usted?

Dije que sí, le ofrecí una silla y ordené que trajeran luz y un poco de té.

—¿En qué puedo serle útil?

Mi indiferencia inicial se fue transformando en curiosidad primero, y luego en asombro, cuando el desconocido empezó a contar a grandes rasgos lo que sigue:

—Vengo a hacerle varias propuestas. No le estoy hablando en mi nombre, sino en el de un hombre a quien usted tal vez haya olvidado, pero que aún le recuerda perfectamente. Este hombre se halla en posesión de riquezas cuya cuantía supera todo lo que un europeo pueda imaginar. Me estoy refiriendo a Claus Patera, su excompañero de escuela. ¡Le ruego que no me interrumpa! Gracias a una extrañísima casualidad, Patera llegó a tener en sus manos acaso la fortuna más grande del mundo. Su viejo amigo se consagró entonces a la realización de un proyecto que, de algún modo, supone la existencia de recursos materiales prácticamente inagotables. *¡Había decidido fundar un Reino de los sueños!...* El asunto es complicado, pero trataré de ser breve.

—Como primera medida adquirió un lugar adecuado de tres mil kilómetros cuadrados. Una tercera parte de esta zona está constituida por terrenos muy montañosos, el resto comprende una llanura y una región cubierta de colinas. Grandes bosques, un lago y un río dividen y animan este pequeño Reino. Luego fundó una ciudad y, haciendo frente a una necesidad inmediata, se establecieron también aldeas y alquerías, pues la población inicial se elevaba ya a las doce mil almas. Hoy, el Reino de los sueños cuenta con sesenta y cinco mil habitantes.

El extraño señor hizo una breve pausa y bebió un sorbo de té. Yo permanecí en completa calma y sólo atiné a decir, bastante perplejo:

—¡Prosiga!

Y me enteré de lo siguiente:

—Patera siente una profunda aversión contra todo lo que, en general, guarde relación con cualquier forma de progreso. Repito, *contra todo lo que guarde relación con cualquier forma de progreso*, especialmente en el campo científico. Le ruego que interprete mis palabras lo más literalmente posible, pues en ellas está resumido el propósito fundamental del Reino de los sueños. Éste se halla separado del mundo exterior por un muro de circunvalación y está protegido contra cualquier ataque por sólidos baluartes. Hay una sola puerta, que sirve de entrada y salida al mismo tiempo y permite un estricto control sobre el movimiento de personas y mercancías. En el Reino de los sueños, refugio para los descontentos con la cultura moderna, se ha previsto todo lo necesario para satisfacer cualquier tipo de necesidades corporales. Sin embargo, nada es más ajeno al Amo de aquel país que la idea de forjar una Utopía o una especie de Estado del futuro. Si bien la penuria material ha sido, dicho

sea de paso, erradicada de él, los nobles y elevados objetivos de aquella comunidad no apuntan en modo alguno a la conservación de los valores materiales de la masa de pobladores o del individuo aislado. ¡No, en absoluto!... Pero ya veo su sonrisa de incredulidad y, en efecto, le aseguro que me resulta casi imposible explicar en pocas palabras lo que Patera intenta hacer realmente con el Reino de los sueños.

—En primer término, debo precisar que toda persona que encuentra acogida entre nosotros está, sea por nacimiento o por algún golpe de fortuna ulterior, predestinada para ello. Como es sabido, una extrema agudeza en los órganos sensoriales permite a sus poseedores captar ciertas relaciones del mundo individual que, salvo en momentos aislados, no existen para el hombre común. Y fíjese usted: son precisamente esas cosas que podemos llamar inexistentes, las que constituyen la quintaesencia de nuestras aspiraciones. El insondable fundamento del Universo es, en su sentido último y más profundo, algo en que los soñadores —que así se autodenominan— no dejan de pensar un solo instante. La vida normal y el mundo onírico son tal vez conceptos antitéticos, y es precisamente esta diferencia lo que hace tan difícil un acuerdo entre ambos. Ante la pregunta: ¿qué sucede realmente en el Reino de los sueños?, ¿cómo vive allí la gente?, me vería obligado, sin más, a guardar silencio. Yo sólo podría describirle su aspecto superficial y, sin embargo, la búsqueda de la profundidad es justamente uno de los rasgos esenciales de quienes viven en el País de los sueños. Todo aspira allí a lograr la máxima espiritualización de la vida; las penas y alegrías de sus contemporáneos son totalmente ajenas al mundo del soñador; y es natural que así sea, ya que él mismo actúa según una escala de valores totalmente diferente. Acaso el concepto que más se aproxime —al menos ilustrativamente— a la esencia de la cuestión, sea el de *estado de ánimo*. Nuestra gente sólo experimenta *estados de ánimo* o, mejor dicho, *sólo vive por estados de ánimo*. Toda la apariencia exterior, que ellos configuran a su antojo y gracias a un sutilísimo esfuerzo mancomunado, no constituye más que la materia prima. Cierto que hemos tomado todas las medidas necesarias para evitar que ésta se agote. Sin embargo, el soñador no cree en nada más que en el sueño, *en su sueño*, fomentado y desarrollado por nosotros; perturbarlo sería un delito de alta traición inimaginable. De ahí que las personas invitadas a convivir en nuestra república sean sometidas antes a un riguroso examen. Para decírselo en pocas palabras y acabar de una vez —y al llegar aquí, Gautsch dejó el cigarrillo y me miró tranquilamente a la cara:

—*Claus Patera, Señor absoluto del Reino de los sueños, me encarga transmitirle, en calidad de agente suyo, una invitación para trasladarse a su país.*

Mi visitante pronunció las últimas palabras en voz más alta y con un tono bastante formal. Luego, el buen hombre se calló y al principio yo también guardé silencio, cosa que cualquiera de mis lectores comprenderá. La sospecha de estar sentado frente a un loco se abrió paso en mí casi a la fuerza. Me resultaba sumamente difícil ocultar mi agitación. Haciendo como si jugara, aparté la lámpara fuera del radio de acción de mi visitante, y al mismo tiempo, retiré con gran habilidad, un

compás y un cuchillo raspador, objetos puntiagudos y peligrosos.

A decir verdad, toda la situación era en extremo embarazosa. Cuando empezó lo de la historia del País de los sueños, pensé que se trataba de una broma que algún conocido se tomaba la libertad de gastarme. Lamentablemente, este atisbo de esperanza fue disminuyendo en forma alarmante, y llevaba ya diez minutos sopesando desesperadamente mis posibilidades. No ignoraba que lo mejor que uno puede hacer cuando está con un enfermo mental es no desechar nunca sus ideas fijas. ¡Pero también es cierto que yo no soy precisamente un gigante, sino un hombre tímido y débil en el fondo! Y allí, sentado en mi habitación, estaba el corpulento señor Gautsch, con su correcta fisonomía de asesor, sus quevedos y su barbilla rubia, terminada en punta.

Tales eran, a grandes rasgos, las ideas que en aquel momento cruzaron por mi mente. Y algo tenía que decir de todos modos, ya que el buen hombre esperaba mi respuesta. En caso de que le sobreviniera un ataque de rabia aún podía, en última instancia, apagar la lámpara de un soplo y escabullirme de la habitación, que conocía palmo a palmo.

—¡Claro, claro! ¡Estoy entusiasmadísimo! Sólo quisiera consultar el caso con mi esposa. Mañana, señor Gautsch, recibirá usted mi respuesta.

Dije todo esto en un tono conciliatorio y me levanté. Pero mi huésped siguió sentado tranquilamente y replicó con voz seca:

—Veo que no ha logrado comprender nuestra situación actual, cosa que no me extraña en absoluto. Lo más probable es que no conceda usted crédito alguno a mis palabras, si es que su nerviosismo, contenido con gran dificultad, no encubre una sospecha aún más grave sobre mi persona. Le aseguro que estoy completamente sano, tan sano como cualquiera. Lo que le acabo de comunicar es un asunto sumamente serio, aunque reconozco, claro está que pueda parecer extraordinario o fantástico. Tal vez se tranquilice en cuanto haya visto *esto*.

Y al decir estas palabras sacó un paquetito de su bolsillo y lo puso sobre la mesa, delante de mí. En él leí mi dirección exacta; rompí el precinto y tuve entre mis manos un estuche de cuero liso y color gris verdoso, en cuyo interior se veía una pequeña miniatura: el típico retrato de medio cuerpo de un joven. Sus rizos castaños se ensortijaban en torno a un rostro de apariencia extrañamente clásica: grandes y clarísimos, los ojos me miraban fijamente desde la imagen, ¡se trataba indiscutiblemente de Claus Patera!... Durante los veinte años en que no nos habíamos visto apenas pensé alguna vez en este compañero de escuela, a quien daba por perdido. Al contemplar su retrato, de gran parecido con el original, el considerable lapso de tiempo se fue reduciendo en mi espíritu. Ante mí surgieron los largos corredores, pintados de amarillo, del Instituto de Salzburgo. Volví a ver al viejo conserje del bocio señorial, disimulado con gran dificultad por una elegante y bien cuidada barba. Me vi nuevamente en medio de los muchachos, entre los que también se hallaba Claus Patera, deslucido por un rígido sombrero de fieltro que el

estrafalario gusto de una tía adoptiva le había impuesto a la fuerza.

—¿Dónde consiguió este retrato? —exclamé con una involuntaria mezcla de curiosidad y alegría.

—Ya se lo he dicho —replicó mi interlocutor—. Y su temor también parece haberse desvanecido —añadió con una sonrisa afable e inofensiva.

—¡Esto es un disparate, una broma, un infundio! —acerté a proferir entre risas nerviosas. En aquel preciso instante, el señor Gautsch me dio la impresión de ser una persona perfectamente normal y honorable: estaba removiendo su té en forma por demás circunspecta. Seguro que aquí se oculta algo extraño, pensé ¡ya se aclarará todo más adelante! Naturalmente, mi imaginación volvía a hacerme una mala jugada. ¿Cómo podía, tan a la ligera, tomar por loco a un buen hombre tan sólo porque hubiera contado una historia semejante? En otros tiempos habría reaccionado con una dosis equivalente de buen humor. ¡Dios mío, de modo que nos estamos volviendo viejos! Sentí que una alegría y serenidad absolutas volvían a apoderarse de mí.

—¿Me imagino que creará usted en el retrato? —dijo Gautsch—. El amigo suyo que está ahí representado ha tenido los destinos más diversos. Sólo aprobó algunos cursos en la Escuela latina de Salzburgo. A los catorce años abandonó a su tía adoptiva y se dedicó a recorrer, en compañía de unos gitanos, Hungría y los países balcánicos. Dos años después llegó a Hamburgo: a la sazón trabajaba como domador, pero pronto cambió este oficio por el de marinero, y se alistó como grumete en un pequeño barco mercante. De este modo llegó, finalmente, a la China. El barco estaba anclado, junto con otros muchos, en el puerto de Cantón, adonde transportaba mijo y arroz a fin de prevenir una carestía inminente. En cuanto terminaron las faenas de descargue, la nave tuvo que permanecer unos días más en el puerto, pues una serie de mercancías destinadas a Europa —cabello humano y un nuevo tipo de caolín— aún no estaban listas para el embarque.

—Patera aprovechó esos ratos libres para efectuar numerosas excursiones a tierra firme. En cierta ocasión salvó a una dama, ya mayor, de la aristocracia china, de perecer ahogada. Habiendo resbalado en una zona pantanosa, la anciana señora habría hallado un trágico fin en cualquier canal del río de Cantón. Unos cuantos campesinos —de esos que llevan trenzas y casi nunca saben nadar—, empezaron a agitar ios brazos y a gritar, pero ninguno se atrevió a lanzarse a las oscuras y turbulentas ondas. Su amigo —un campeón en el arte del buceo—, que casualmente pasaba por allí, saltó resuelto al agua y, tras librar una ardua batalla con las olas, logró arrastrar a tierra a la ya inconsciente dama, que fue reanimada a los pocos minutos. Era la esposa de uno de los hombres más ricos del mundo. Éste, un anciano débil y achacoso al que trajeron presurosamente en una litera, abrazó al joven salvador sin decir una palabra. Patera fue conducido luego a una gran casa de campo. Ignoramos los pormenores de aquella entrevista, pero el hecho es que Hi-Yong, que no tenía herederos, adoptó al pobre grumete como hijo suyo, instalándolo en su casa. Al cabo de otros tres años, durante los cuales —y eso es todo lo que sobre ellos sabemos—

realizó diversos viajes por regiones interiores y desconocidas de Asia, hallamos a Patera guardando luto por sus padres adoptivos: Hi-Yong y su esposa fallecieron el mismo día. El heredero se encontró así convertido en el único poseedor de tesoros fabulosos e inconmensurables.

—Y es entonces cuando empieza la historia del Reino de los sueños —exclamé aún presa de mi hilaridad—. Decididamente, se trata de una idea novedosa; si usted me lo permite, se la transmitiré a un amigo escritor, ya que con ella puede hacer algo muy hermoso. ¿Me permite invitarle? —y ofrecí un cigarrillo al extraño visitante. Mi huésped agradeció, lanzó unos cuantos suspiros en forma mecánica y añadió luego en un tono perfectamente claro y sereno:

—Como ya le dije, tengo la franca impresión de que me está tomando por un embustero o un mitómano. Pero, a fin de cuentas, no he venido para convencerle de la existencia misma del País de los sueños, sino para invitarle allí en nombre de alguien de mayor jerarquía. Hasta aquí he cumplido mi misión. Si usted no quiere otorgar el menor crédito a lo que acabo de decirle, yo tampoco puedo hacer nada por persuadirle. En todo caso, le ruego que me dé alguna constancia de haber recibido el retrato. Es posible que dentro de muy poco tiempo tenga que traerle nuevos recados.

Gautsch se levantó haciendo una ligera reverencia. Debo confesar que, dada la absoluta sencillez de su porte, no me pareció en modo alguno un embaucador. Yo seguía con el estuche entre las manos. Cuando volví a abrirlo, mis dedos toparon con una solapa de cuero que no había advertido antes. Debajo de ésta había una tarjeta en la que, escritas con tinta, figuraban las palabras: «*Si quieres, ¡ven!*».

Y nuevamente surgió en mi espíritu, como un leve y vaporoso ensueño, la imagen de un pasado ya bastante remoto. Exactamente así, desordenada y más bien torpe, plasmada en caracteres que tendían a seguir siempre rumbos diferentes, era la escritura de mi antiguo compañero de escuela: *desesperada*, como en cierta ocasión la calificó un profesor. Aunque el trazo de las tres palabras parecía esta vez más firme, el que las había escrito era, sin lugar a dudas, el mismo personaje. Un extraño malestar me invadió en aquel momento, mientras el hermoso rostro me lanzaba glaciales miradas. Era fácil dejarse embelesar por esos ojos, en los que brillaba cierto encanto felino... Mi alegría inicial se había desvanecido, cediendo el paso a una extraña sensación de perplejidad. Gautsch seguía allí de pie y esperaba; sin duda se percató de mi agitación interior, pues me observaba atentamente.

Los dos guardábamos silencio.

III

En el fondo, ningún hombre puede hacer caso omiso de sus impulsos temperamentales, que acaban determinando siempre las manifestaciones de su personalidad. En la mía, que era abiertamente melancólica, el deseo y la apatía

marchaban casi codo con codo. Toda mi vida —y a veces cuando menos lo esperaba— he sido víctima de violentas fluctuaciones en el plano sentimental. Esta particularísima disposición anímica, heredada de mi madre, era capaz de despertar en mí tan pronto el más ardiente de los deseos como la más amarga de las depresiones. Si menciono aquí este exceso de emotividad en mi persona, es porque ayudará al lector a comprender mi comportamiento en muchas de las situaciones con las que, en el curso de los años, hubo de enfrentarme la vida.

Debo confesar que, en aquel momento, la persona de Gautsch me inspiraba ya plena confianza. Estaba seguro de que debía existir algún tipo de relación entre él y Patera y que, obviamente, había algo de cierto en la historia del Reino de los sueños. Tal vez me había formado una falsa impresión de ella, al tomarla demasiado literalmente. El mundo es grande y ya me han sucedido muchas cosas extrañas. En todo caso, Patera era un hombre muy rico y lo más probable es que esta vez se tratase de algún extraño capricho, de alguna costosa manía que él respaldaba con generosidad. Para mí, en cuanto artista, una situación de este tipo resultaba siempre plausible. Obedeciendo a un súbito impulso, le tendí la mano a Gautsch:

—Le ruego disculpe mi extraño comportamiento, pero ahora empiezo a ver más claro muchos aspectos. Su historia me interesa sobremanera. Por favor, cuénteme más acerca de mi antiguo compañero de escuela —y al decir esto, volví a empujar la silla hacia donde él estaba.

Mi huésped se sentó y dijo muy cortésmente:

—Desde luego que voy a completar mi información anterior y a contarle algo más sobre el País de los sueños y su enigmático Amo.

—Soy todo oídos.

—Hace doce años vivía mi actual Amo en la vastísima región del Tien-Shan o Montañas del Cielo, perteneciente al Asia central china, donde se dedicaba principalmente a cazar animales rarísimos que sólo existen en aquellos parajes. Quería, entre otros, dar muerte a un tigre persa, un ejemplar que, para ser preciso, pertenecía a una especie más pequeña y de pelaje especialmente largo. Una vez descubiertas las huellas, se lanzó una tarde en pos de él. Con ayuda del buriato^[1] que le acompañaba logró, en poco tiempo, sacar al animal de su guarida. Pero antes de que pudieran disparar un solo tiro, la enfurecida bestia se abalanzó sobre sus dos perseguidores. El asiático logró esquivarla a tiempo, pero Patera fue derribado. Por suerte, su acompañante aún pudo conjurar el peligro: de un tiro en la cabeza, disparado a muy escasa distancia, mató al animal. Patera quedó con una mano destrozada. La herida les obligó a permanecer más tiempo en aquel lugar, pues no quiso sanar hasta que un anciano, jefe de una extraña tribu cuyos miembros tenían los ojos azules, aplicó en ella sus artes terapéuticas. Esta reducida comunidad —sólo contaba con un centenar de miembros, aproximadamente— se distinguía así mismo por el color de su piel, de una blancura excepcional. Enclavada en el seno de una población mongólica pura —los descendientes de la gran horda quirguiz—, vivía

totalmente aislada y no se mezclaba ni con los pueblos vecinos. Ya por entonces debían de haber adoptado una serie de costumbres extrañas y misteriosas, sobre las cuales, lamentablemente, no puedo decirle nada preciso. Lo cierto es, en todo caso, que Patera fue admitido en la tribu y se interesó muchísimo por ellos, pues cuando prosiguió su viaje, dejándoles previamente cuantiosos regalos, lo hizo con la promesa de regresar muy pronto. Los notables le acompañaron durante un buen trecho y, según dicen, la despedida fue bastante solemne. Nuestro Amo quedó profundamente emocionado por todo ello. Nueve meses más tarde regresó para siempre a dicho lugar. En su séquito figuraban un mandarín de alto rango y todo un equipo de ingenieros y geómetras. Levantaron un gran campamento junto al país de los amigos ojizarcos del Amo, que manifestaron una inmensa alegría al verle de nuevo. Un ingeniero amigo mío, que todavía vive en el País de los sueños, me contó en cierta ocasión lo que sucedió después. Trabajaron muchísimo, y el resultado de sus esfuerzos fue la delimitación y compra de un enorme terreno. Se trataba de varios miles de millas cuadradas en las que se estableció el Reino de los sueños. El resto se puede contar en pocas palabras. Un verdadero ejército de coolíes trabajó día y noche bajo la dirección de algunos expertos. El Amo apremiaba constantemente la terminación de los trabajos. Dos meses después de su regreso empezaron a llegar las primeras casas de Europa, todas bastante antiguas y ya deterioradas por el uso. Tras haberlas desmontado cuidadosamente, se ensamblaban de nuevo las diversas piezas y se colocaban en los fundamentos que previamente se habían construido. Claro que el aspecto de aquellas viejas paredes, sucias y ennegrecidas por el humo, dio lugar a numerosos comentarios. Mas el oro fluía a raudales y todo se cumplió de acuerdo a la voluntad del Amo. Las cosas salieron a las mil maravillas. Un año más tarde, *Perla*, la capital del Reino, debía de ofrecer aproximadamente el mismo aspecto que ahora tiene. Todas las tribus que habían vivido allí se retiraron junto con los obreros, y sólo se quedaron los ojizarcos.



Gautsch hizo una pausa.

—Pero aún sigo sin comprender —dije entonces—, ¿con qué sistema compra Patera las casas?

—Pues yo tampoco lo sé —prosiguió—. Son todas estructuras antiguas; algunas están incluso en estado ruinoso y carecerían de valor para cualquier otro, aunque también las hay sólidas y bien conservadas. En otros tiempos se hallaban dispersas por toda Europa. Esas casas de piedra y de madera, venidas desde los cuatro puntos cardinales —el Amo las solicitaba una por una— han de tener sin duda un valor muy especial para él, pues de otro modo no habría invertido tantos millones en adquirirlas.

—Pero, por amor de Dios, ¿cuánto dinero posee este hombre? —exclamé asustado.

—¿Quién podría decirlo? —fue la melancólica respuesta—. Yo hace diez años que estoy a su servicio y, con toda seguridad, he pagado cerca de doscientos millones por diversas adquisiciones, indemnizaciones, gastos de transporte y otros conceptos. Hay agentes como yo en todas las regiones del mundo. Nadie puede formarse una idea, ni siquiera aproximada, de la fortuna de Patera.

Lancé un suspiro.

—Mi estimado señor, yo le creo pero no entiendo nada. ¡Todo esto me parece tan enigmático! ¡Pero cuénteme, cuénteme cómo se vive allí!

—Intentaré explicarle muchas cosas; contárselo todo sería imposible, ya que nos faltaría tiempo para ello. Además, yo no vivo permanentemente en el Reino, sino que sólo voy en ciertas ocasiones. Dígame, ¿sobre qué aspecto desea que le oriente?

A mí me interesaban, claro está, los problemas estéticos, por lo que Gautsch me contó lo que sabía sobre la situación del arte en el Reino de los sueños.

—No poseemos museos especiales, galerías de arte o este tipo de cosas. Las grandes obras de arte no están reunidas en colecciones, pero, en forma aislada, podrá usted ver más de una pieza extraordinaria. Todo es compartido, por decirlo así, al ser puesto en uso. Además, no recuerdo ningún caso en que hayamos adquirido un cuadro, bronce u otro objeto artístico de origen reciente. Los años sesenta del siglo pasado constituyen el límite extremo. Quisiera hacerle notar, a propósito, que hace unos años envié personalmente una caja con buenas pinturas de maestros holandeses —entre ellos dos Rembrandts— que aún tienen que estar ahí. En general, Patera es más un coleccionista de antigüedades que de obras de arte, y lo es, además, en gran escala. Como ya le dije, adquiere incluso enormes edificios. ¡Y algo más todavía! Dotado de una memoria que escapa a mi capacidad de comprensión, recuerda casi todos los objetos que existen en su Reino. Nosotros, los agentes, somos quienes los compramos por encargo suyo. Con frecuencia recibimos listas de las cosas deseadas, en las que se dan indicaciones precisas sobre los detalles más ínfimos y se especifica, además, dónde y en poder de quién se hallan dichas cosas. Las mercancías, por las que muchas veces pagamos precios elevadísimos, son luego cuidadosamente empaquetadas y enviadas a Perla. ¡Todo eso cuesta muchísimo trabajo! —añadió—.

A veces no logro explicarme de dónde provienen los asombrosos conocimientos que el Amo posee sobre el particular. Pese a que ya llevo varios años a su servicio y debería estar acostumbrado a muchas cosas, constantemente me llevo nuevas sorpresas. Reclama con idéntica insistencia objetos de gran valor y otros que, a todas luces, no son sino trastos viejos. ¡Cuántas veces he tenido que hurgar sótanos y desvanes en casas de familias burguesas, o en las de solitarios habitantes de las montañas, en busca de alguna antigualla inservible! A menudo ni los mismos dueños sabían de la existencia de tales objetos: una silla rota, un antiguo mechero, un tubo de pipa, un reloj de arena o cosas por el estilo. Muchas veces, cuando el objeto es excesivamente insignificante, me lo regalan con una sonrisa. Sin embargo, con suma frecuencia he pasado también momentos difíciles, pues la gente afirmaba no tener lo que yo andaba buscando hasta que, finalmente, lo encontraba. Algunos campesinos astutos aprovechaban la situación para enriquecerse. Siempre ando ocupadísimo. Precisamente la semana pasada envié un lote de pianos antiguos, entre los que había algunos muy deteriorados.

—¡Ah, si supiera cómo me gustan los trastos viejos! —le interrumpí.

—Pues ya ve, seguro que allí se sentiría usted muy a gusto. Hay todo lo que uno necesita. La comida es buena y no admite comparación con la repugnante pitanza que suele servirse al viajero en otros lugares de Oriente; se vive cómodamente y en todas partes encontrará compañía estimulante. Tendrá incluso un simpático Café a su disposición. ¿Qué más puede pedir?

—Tiene usted razón —exclamé entusiasmado—. No hay nada mejor que una vida simple y bien organizada. Pero ¿y la gente, los habitantes? ¿A quién puede uno conocer allí?

El agente carraspeó ligeramente, sus gafas brillaron por un instante y prosiguió:

—Es verdad, todavía no le he hablado de los habitantes. Pues verá, como en todas partes ¡hay gente encantadora entre ellos!

—¿Por ejemplo?

—En primer lugar cabría mencionar una clase media sólida e instruida; luego tiene usted numerosos funcionarios... y también una importante casta militar: gente amable, oficiales en su mayoría. Tampoco hay que olvidar un gran número de eruditos, tipos originales y, finalmente, toda una serie de personajes difíciles de definir: pintores, profesionales independientes, etc... como en todas partes...

—Y sobre todo mi amigo, el Amo —le interrumpí.

—A él no le verá muy a menudo. Patera es un hombre sumamente ocupado, y anda siempre abrumado de trabajo. ¡Piense usted en su responsabilidad!... En cuanto al resto, toda es gente que encaja perfectamente dentro del conjunto —añadió rápidamente—. Hasta donde sé, *usted* fue elegido porque algunos de sus dibujos impresionaron favorablemente al Amo. Como ve, ya no es del todo un desconocido... Eso sí, a fin de conservar al máximo la pureza de nuestro modo de vida, es indispensable mantener aquel estricto aislamiento del mundo exterior que he

mencionado antes. Sólo así encuentra su plena realización la sutil política del Amo. De hecho, hasta la fecha se ha conseguido mantener alejados del país a quienes no convenían.

Entusiasmado, aprobé todas estas ideas pues ya estaba decidido a aceptar la invitación. En el fondo esperaba obtener una rica cosecha artística de aquella aventura.

¡Qué cosa tan débil e insegura es el corazón humano! Si en aquel momento, cuando surgió en mí la idea de aceptar la propuesta, hubiera tenido el más ligero presentimiento del destino que me aguardaba, la habría rechazado y, probablemente, sería hoy un hombre muy distinto.

IV

Llegado a este punto debo mencionar que, precisamente aquel año, estuve a punto de dar cumplimiento a uno de mis más caros anhelos. Era éste un viaje a Egipto y a la India que, por razones financieras, no había podido llevar a cabo hasta entonces. Mi esposa acababa de entrar en posesión de una pequeña herencia y pensábamos invertir el dinero en aquel viaje. No obstante, como siempre sucede en la vida, las cosas no salieron como habíamos pensado. Cuando le conté estos planes a Gautsch, se hizo en seguida portavoz de mi propio deseo:

—Haga simplemente un cambio en su itinerario. En vez de ir a la India, viaje al Reino de los sueños.

—Pero ¿y mi esposa? No quisiera viajar sin ella.

—Tengo instrucciones para invitarla también a ella. Si hasta el momento no había mencionado este detalle, aprovecho la ocasión para hacerlo ahora.

Ya sólo quedaban unos cuantos puntos por aclarar: la constitución ligeramente enfermiza de mi esposa no podía, de hecho, tolerar las fatigas que suponía la realización de un viaje tan largo.

—¡Le ruego no se preocupe por eso! —dijo el agente en tono tranquilizador—. El estado general de salud de nuestra población es excelente. Perla está situada en la misma latitud que Munich, pero su clima es tan suave que incluso las personas de temperamento más nervioso se sienten extraordinariamente bien en poco tiempo. Muchos de los que viven en el Reino de los sueños han sido, en otros tiempos, huéspedes asiduos de diversos sanatorios y casas de salud.

—Entonces, la cosa cambia. Acepto la invitación —dije, estrechando alegremente la mano de Gautsch.

—Y en lo que respecta a los gastos del viaje —al decir esto, paseó una rápida mirada por la habitación y añadió solícitamente— tal vez no le vendría mal un pequeño suplemento.

A lo que repliqué riéndome:

—Pues, si quiere usted contribuir con unos mil marcos, ¿por qué no habría de aceptarlos?

El agente se limitó a encogerse de hombros, sacó su libro de cheques, escribió unas cuantas palabras apresuradamente y me entregó la hoja.

Era un talón del Reichsbank por valor de cien mil marcos.

V

Cuando oímos hablar de algún hecho maravilloso y muy alejado de la experiencia cotidiana, nos queda siempre la sensación de una duda no resuelta. Y está bien que así sea. De lo contrario, seríamos un simple objeto de diversión para cualquier hábil cuentista o para el primer embustero que se nos presentase. Por esta razón, un hecho produce un impacto mucho mayor que el que deja un relato. Tal era mi caso. En cierta medida, Gautsch se había hecho ya depositario de toda mi confianza. Pero en cuanto vi y tuve entre mis manos aquella inmensa suma —para mí una auténtica fortuna—, experimenté una sensación extrañísima. Un ligero estremecimiento sacudió mi cuerpo y, con lágrimas en los ojos, le dije:

—Estimado señor, usted disculpe, pero me resulta difícil encontrar las palabras adecuadas para testimoniarle mi gratitud. ¡No por este dinero! ¡Claro que no! Pero fíjese usted, cuando uno ha pasado su vida entera anhelando ver cristalizarse un sueño y, de repente, éste se toma realidad, el instante en que tal cosa ocurre es grande y hernioso. Esto es lo que, gracias a su bondad, me ha sucedido hoy. ¡Le estoy muy agradecido!

Con estas palabras, u otras parecidas, di en aquel momento rienda suelta a mi excitación. Gautsch, que según me pareció también había adoptado una actitud muy seria, me respondió con gran delicadeza:

—¡Mi estimado señor, yo sólo cumplo con mi deber! Si con ello puedo hacerle feliz, me sentiré doblemente satisfecho. Pero a mí no me debe usted las gracias, pues yo actúo bajo las órdenes de una instancia superior. Sólo me queda recomendarle *que guarde absoluta reserva* sobre todo lo que ha oído esta tarde. *No hable con nadie del asunto*, exceptuando, naturalmente, a su esposa. Yo no sé a ciencia cierta qué consecuencias podría traer la violación de las normas que hemos adoptado. Pero el poder de Patera es grande y él mismo desea que la existencia del Reino de los sueños se mantenga en secreto.

—En ese caso quizá no haya sido muy prudente de su parte contarme tantas cosas al respecto. Usted no podía saber cuál iba a ser mi reacción —le repliqué astutamente.

—Pues no fue del todo así, mi estimado señor, *¡yo sabía que usted vendría!*

Y diciendo estas palabras, me estrechó la mano y se volvió hacia la puerta:



—Ya se ha hecho tarde. Volveré a pasar mañana a esta hora para darle todas las indicaciones relacionadas con el viaje. Entretanto, hable usted con su esposa y transmítale mis respetos. ¡Buenas noches!

Y se marchó.

Los diez minutos que transcurrieron hasta que mi esposa regresó de hacer sus compras me parecieron una eternidad. Tenía que hablar, contarle a alguien el inaudito suceso... necesitaba un interlocutor.

... Y allí estaba ella...

La posibilidad de darle una sorpresa se fue, naturalmente, al agua, pues la agitación se me leía en la cara. Ciertamente escuchó con suma atención mi asombroso relato, pero al final no pudo por menos de preguntarme, en tono burlón:

—¿Estás en tu sano juicio?

—Perfectamente, querida. Yo también tomé a Gautsch por un loco o embaucador antes de convencerme de su honestidad y nobleza.

Y con aire victorioso eché entonces mi triunfo: el cheque, que, también en este caso, tuvo un efecto más convincente que el relato. Después de aconsejarme que averiguara a primera hora si tenía fondos, nos pusimos a discurrir sobre el viaje y todos sus detalles.

—Pero, ¿dónde está el retrato? ¡Muéstramelo!

Su impresión fue de profundo asombro... Tras haberlo contemplado un buen rato, se recostó y murmuró con voz resignada:

—¿Crees realmente que debemos ir? Este hombre no me gusta. No sé por qué, pero hay algo siniestro en su aspecto.

Estaba al borde del llanto.

—¡Pero cariño, qué ideas se te ocurren! —la abracé riendo—. Si es mi viejo amigo Patera, un hombre amable y simpático. El hecho de que utilice su dinero en cosas relacionadas con el arte me lo hace aún más digno de aprecio.

—¿No quisieras informarte un poco más por tu cuenta antes de emprender el viaje?

—No sé lo que tú quieres, pero de mi amigo respondo yo. Mañana sabremos si el cheque tiene fondos y, además, el Reino de los sueños me parece una idea francamente grandiosa. Después de todo, teníamos pensado ir a la India. ¡Pero tú nunca quieres verme enteramente feliz!

Mis últimas palabras sonaron casi como un reproche. Intenté tranquilizarla y, al final, acabó dándome la razón y admitió que sus temores habían sido algo exagerados.

—Seguro que te sentirás muy bien allá. Piensa un poco en las ideas fabulosas que me inspirará todo aquello... Y el dinero ¿no te parece increíble?

Volvió a sentirse animada y, ya más tranquila, empezó a ocuparse inmediatamente de los problemas prácticos de la mudanza. Yo, en cambio, me sentía ya como un habitante del País de los sueños y di rienda suelta a mi fantasía... Mis miradas pasaron repetidas veces del retrato al cheque y hasta me enamoré ligeramente de ambos...

... Estaba amaneciendo cuando nos quedamos dormidos...

VI

Una hora antes de que abrieran las cajas ya estaba yo en el banco. Por mi cheque recibí un grueso fajo de billetes que, previamente, fueron contados tres veces. En cuanto tuve aquel tesoro entre mis manos me precipité en busca de un coche de alquiler, a fin de ponerlo a buen recaudo.



En casa me esperaba una carta de Gautsch. Lamentaba muchísimo no poder venir, decía, pero nuevas órdenes le impedían hacerlo. Nos aconsejaba en tono urgente que emprendiéramos el viaje lo antes posible, pues se habían previsto fuertes tormentas en los dos mares que debíamos atravesar. La carta, que terminaba con palabras de enhorabuena para el futuro, llevaba adjunto nuestro itinerario: Munich - Constanza - Batumi - Bakú - Krasnovodsk - Samarcanda. Allí nos esperarían en la estación del tren. Ya habían enviado nuestros datos y, como única credencial, tendría que mostrar el retrato de Patera.

Habíamos tomado la firme decisión de cerrar nuestra casa. Todos los preparativos para el largo viaje se efectuaron con gran facilidad gracias a la decidida colaboración de mi mujer. A mí, el entusiasmo me duró hasta el final, aunque el último día que pasamos en nuestro antiguo hogar me invadió un sentimiento de extraña melancolía. No sé si a otros les sucede lo mismo, pero a mí me duele despedirme de los lugares con los que he llegado a encariñarme. Un trozo más de vida volvía a desprenderse de mí, para seguir viviendo sólo en el recuerdo. Me asomé a la ventana. Afuera había oscurecido y un frío otoñal lo invadía todo. El ruido de la gran ciudad llegaba amortiguado a mis oídos. Un sentimiento de tristeza embargó mi corazón, y me puse a mirar fijamente el cielo nocturno, sembrado de diminutas estrellas.

... Entonces, un brazo amigo rodeó tiernamente mi cuello...

Como pensábamos partir en el tren nocturno, pasamos la mayor parte del día siguiente, un viernes, en un hotel cercano a la estación. Compré dos billetes del Orient Express hasta Constanza. Me despedí de unos cuantos conocidos con quienes tropecé casualmente, diciéndoles que nos íbamos a la India, y a las nueve de la noche estábamos instalados en el tren.



CAPÍTULO II

EL VIAJE

I

TRATARÉ de ir un poco más aprisa en lo sucesivo. Mis lectores encontrarán crónicas de viajes en todas partes y, sin duda, mucho mejores que las que yo podría ofrecerles.

Que un viaje en tren es, en la mayoría de los casos, una experiencia incómoda y turbulenta, es algo que todo el mundo sabe. A partir de Budapest empezó a notarse un ligero componente asiático. ¿Cómo así? En interés del presente libro no quisiera ofender a Hungría.

Gracias a Dios, al llegar a Belgrado no sentí ya la necesidad de palparme el bolsillo del chaleco cada diez minutos para ver si aún tenía allí mi tesoro. Después de todo, la gente no tiene por qué saber dónde guarda uno su dinero, ni siquiera en Serbia.

Por regla general, los compartimientos de tren suelen ponerme de mal humor. Mas esta vez las cosas salieron mucho mejor de lo pensado y viajamos rodeados de todas las comodidades imaginables. Pronto me abandoné a toda suerte de agradables sueños, y me sentía feliz al pensar en los placeres que aún me aguardaban. ¡Si mi esposa hubiera estado algo más contenta! Lamentablemente, iba recostada a mi lado, pensativa, y se quejaba de jaquecas.

Cuando dejamos atrás Bucarest, mi paciencia había alcanzado ya su punto límite. Dos noches seguidas en un tren, por cómodo que sea, no son precisamente una insignificancia. Pasamos las dos últimas horas casi como fieras encerradas en una jaula.

Cuando a la mañana siguiente el mar Negro se ofreció a nuestra vista, hacía ya rato que estábamos en el pasillo, listos para bajar. Llegamos a Constanza con los primeros rayos del sol. Gran revuelo de equipajes.

El vapor que había de llevarnos hasta Batumi pertenecía al Lloyd austríaco. Era cómodo y limpio, hecho que redundó sobre todo en beneficio de mi esposa. Ésta, después de tomar un baño, se había repuesto bastante de las fatigas del viaje en tren. El magnífico tiempo y la vista del mar la habían alegrado muchísimo. Yo me paré en la cubierta de popa a mirar cómo el continente europeo iba desvaneciéndose en la lejanía... La costa se redujo pronto a una exigua línea que, al final, también desapareció. Seguí mirando fijamente en aquella dirección, imaginando durante un buen rato que aún la veía.

Por deseo expreso de mi mujer mantuve una gran reserva frente a los demás viajeros. Y tuve que darle la razón. Cuando uno está, como yo en aquel viaje,

totalmente absorto en una idea, es muy fácil traicionar sus propios objetivos. Y las consecuencias pueden ser harto desagradables.

Cuando Gautsch obtuvo de mí el juramento de que guardaría silencio, no pareció estar bromeando en lo más mínimo. Finalmente, a los traidores les estaba vedado el ingreso al Reino de los sueños y tenían que devolver el dinero recibido. ¡Líbreme Dios de semejante actuación! Fui, pues, sumamente lacónico, lo que no me resultó nada difícil: no había un solo alemán a bordo y yo no entiendo ningún otro idioma. Me puse entonces a pensar más y más en el Reino de los sueños, e imaginaba toda suerte de cosas increíbles y fantásticas.

Aquel estado de ánimo me dominó por completo; sólo al efectuar el trasbordo al nuevo tren fui, muy a pesar mío, arrancado de él. Mi esposa quedó, sin embargo, sumamente entusiasmada con la espaciosidad de los vagones rusos. ¡Sí, Rusia! Ése sí que era un país a mi gusto: grande, pródigo, no cultivado, pero dispuesto a ofrecer toda clase de comodidades en cuanto uno hacía tintinear la bolsa. Hoy en día la gente de dinero, como yo, salimos a flote en cualquier parte. Di, pues, cuatro vivas al zar y me alegré pensando en las pocas gotas de sangre eslava que también corren por mis venas. Este juicio tan favorable sobre el Imperio ruso fue motivado, en gran parte, por la casual celeridad con que pasamos los trámites de aduana y pasaportes.

Una semana después de salir de Munich llegamos a Krasnovodsk. Ya habíamos dejado atrás el mar Caspio, que cruzamos en unas cuantas horas a bordo de un buque ruso. En mi vida había visto una carraca tan mugrienta, por lo que mi opinión sobre el zar fue esta vez muy severa. Sin embargo, tuve que darle la razón en un punto: el Cáucaso, es decir lo que de él pudimos ver, era realmente hermoso.

A estas alturas estaba ya algo cansado de viajar. Era penoso ir todo el tiempo enclaustrado en un redil, aun cuando se fuera viendo medio mundo sin ningún esfuerzo. ¡Demonios, cómo hubiera querido moverme un poco!

A partir de entonces, todos los que subieron a nuestro tren —con la cara cada vez más oculta— no parecían sino gente de baja ralea. Estábamos atravesando una zona desértica y nos dirigíamos directamente a Merv. Oasis a diestra y siniestra. Nuevos tipos de alimentos brindaban la oportunidad de arruinarse el estómago, aunque esto era prácticamente innecesario, pues el consumo exagerado de cigarrillos me producía el mismo efecto. Lástima que no conté los que había consumido entre Munich y Merv. Ahora, el problema del tabaco empezaba a angustiarme. ¿Qué hacer con mi tabaco? Distribuirlo entre las páginas de mis libros no era mala idea, aunque sumamente impráctica. Puesto ya entre la espada y la pared, rogué a mi compañera que me prestase su tocado para fines de contrabando (yo me había imaginado una especie de moño gigantesco), pero mi petición fue rechazada. Al final, como ocurre casi siempre, se me ocurrió la idea salvadora. Con inquebrantable paciencia fui llenando hasta el tope un cojín de aire. ¡La cosa salió perfecta! Le di luego forma con las manos y no lo perdí de vista un solo instante. No podía perder mi tabaco, pues las variedades rusas son muy fuertes para mí: en esto soy un individualista. Desde luego,

no se me ocurrió pensar que con unos cuantos rublos hubiera podido ahorrarme todo aquel esfuerzo, pero el caso es que estaba acostumbrado a viajar como un pobre diablo. Además, el cojín de aire se agotaría en poco tiempo, ¿qué hacer entonces? Aletargado, me puse a cavilar diversas posibilidades de salvación. ¿Por qué no confiar en el País de los sueños? ¡Gautsch parecía un hombre tan digno! Y, una vez más, me dejé atrapar por la maraña de mis elucubraciones sobre el futuro.

Por lo demás, mi esposa se sentía bien. Cuanto más duraba el viaje, más fresca y activa se veía. Decía que se iba acostumbrando. Yo no lograba entender este cambio, pero en el fondo sentía cierta envidia con ribetes de admiración. En Merv nos detuvimos poco tiempo. En una de las vías laterales pude ver un tren de carga, algunos de cuyos vagones iban repletos de chatarra y trastos viejos. «¿Será tal vez un lote de mercancías para Perla?», pensé al observarlos. ¡Un cargamento para el País de los sueños!

Mi mujer empezó a preocuparse por mí. La constante especulación con el futuro le disgustaba.

—Te estás arruinando todo el placer del viaje. Parece como si para ti no existieran estos paisajes extraños, los trajes fabulosos, en fin, todo esto. Antes, incluso cuando hacíamos excursiones breves, tenías siempre a mano tu cuaderno de dibujo; ¡y ahora, apenas si echas un vistazo por la ventana!

Lanzó un suspiro. Sin duda tenía razón, mas yo no dije nada. No siento la menor simpatía por las mujeres que suspiran. Al poco rato me acarició la mano.

—Por extraordinario que sea lo que el futuro quiera depararnos, nunca hay que desatender completamente la realidad.

Entonces me asomé a la ventanilla del compartimento. Una abigarrada multitud se agitaba en la sala de la estación. Había gente de todas las razas imaginables: georgianos gigantescos, griegos, judíos, rusos envueltos en pieles, tártaros, calmuco de ojos rasgados y hasta alemanes. ¡Miles de cosas interesantes se ofrecían a la vista! Grupos que regateaban sobre el precio de las pieles, discutiendo y chillando; turcos acompañados de mujeres con el rostro velado; un armenio que intentaba venderme fruta e insistía en que le comprase también un paquete de azafrán. ¿Para qué?...

La agitación iba en aumento. Había llegado el momento de partir. Los vagones posteriores fueron cargados con grandes rollos de seda. Cada vez que izaban alguno se oía un comentario jocoso. Sólo acerté a comprender la palabra: «¡Trastos!» Un apuesto caballero, vestido con el uniforme rojo de los circasianos —sin duda un oficial—, se despidió de sus amigos y entró en el compartimento contiguo. Todo esto, y muchas cosas más, eran destacadas en la oscuridad por tres lámparas que brillaban en el andén de la estación. Decididamente, tratábase de un cuadro pintoresco.

Nuestro tren se puso por fin en marcha. Al fondo de la gran sala alcancé a divisar aún una pila de barriles. Ya los había visto en Bakú: habían apestado todo el barco.

—¿Te gusta, querido? —preguntó una voz.

—Estoy constatando la veracidad de los relatos de viaje —repliqué secamente.

II

No pasé muy bien aquella noche. Por entonces era yo un hombre que adoraba la aventura. Pero ésta tenía que ser auténtica, algo extraordinario y no un simple clisé. Los diez días de viaje casi ininterrumpido habían, como es natural, amenguado considerablemente mis fuerzas, y mi estado anímico era lamentable. Daba vueltas y más vuelta en la cama quejándome amargamente.

—El País de los sueños es un infundio, ya verás —le dije a mi mujer—. Nos llevarán hasta algún paraje prácticamente inaccesible, donde tendremos que admirar a Patera y a toda su gentuza tan sólo porque es rico. A mí un hombre rico, por el mero hecho de serlo, me importa realmente muy poco. Además, presiento que el dinero no nos va a durar mucho; ya se encargarán de arruinarnos nuevamente fijando precios exorbitantes.

Me sentía despechado, presa de la desesperación y el desengaño más profundos. Seguíamos viajando hacia el este y, a pesar de la atmósfera oriental, todo era exactamente como uno se lo había imaginado en casa. «¿Qué vendrá después?», me pregunté. «Unas cuantas villas y casonas, una colonia de extranjeros, un parque. ¿Y por esos tesoros celestiales he de zarandearme ahora en este tren hasta quedar medio muerto?»

Mi esposa trató de consolarme hasta donde pudo.

—Si el lugar no nos gusta, regresamos a casa —me dijo—. Hasta el momento no veo realmente nada que justifique ese mal humor.

—Ese agente era un sinvergüenza; debí darle con la puerta en las narices. ¿Por qué no me lo advertiste? —la increpé entonces.

—¿Y el dinero? —me preguntó riendo.

—Por favor, te ruego que no vuelvas a mencionar ese dinero. Cuando se es tan rico como Patera, resulta facilísimo desprenderse de un millón con tal de estar rodeado de gente honesta.

Dando un largo bostezo, le volví la espalda a mi esposa. Las mujeres nunca nos llegan a comprender. Ya medio dormido, escuché que aún me dijo:

—¿No te parece que sobreestimas un poco nuestra compañía? —siguiendo un sabio impulso, me abstuve de darle una respuesta.

El ruido que hizo nuestro vecino al bajar me indicó que habíamos llegado a Bujara. Comenzaba a apuntar un claro día. Desde nuestros asientos podíamos ver una multitud de turbantes y gorras de piel de cordero. A partir de entonces me pareció que avanzábamos mucho más rápido. Sin duda habían desacoplado algunos vagones o enganchado una locomotora de refuerzo. Nuestro arribo a Samarcanda estaba previsto para aquella misma tarde.

Me levanté bastante despejado. El paisaje era ahora espléndido; el desierto —que había tenido oportunidad de ver hasta hartarme— se había convertido en una verde campiña. Pese a que estábamos en noviembre, no hacía frío. Manadas de camellos y caballos, guiadas por grupos de mozalbetes, animaban la comarca. La idea de estar próximo a la cuna de la humanidad no me abandonó un solo instante. De hecho, se veían tipos representativos de al menos cincuenta razas distintas, aunque, claro está, había ejemplares más valiosos que otros. Por estas regiones pasaban antiguamente las grandes rutas comerciales del mundo. Ya Alejandro Magno... Pero basta, no quiero empezar aquí una crónica de viaje...

El ansia de la espera me hizo afluir la sangre a las mejillas. Acuciado por la curiosidad, iba de una a otra de las ventanillas del coche, asomándome ora a un lado, ora al otro. Y de pronto, de pronto alcancé a ver algo que emergía en la distancia: un vastísimo conglomerado de casas, minaretes e iglesias... ¡Samarcanda! ¡Samarcanda! El sol se reflejaba en las tejas esmaltadas de azul y verde, lanzando destellos iridiscentes cuya intensidad aumentaba a medida que nos acercábamos. Un súbito e inesperado transporte de alegría se apoderó entonces de mí. Sin embargo, preguntas como: «¿dónde nos llevaremos nuestras primeras desilusiones?» siguieron asediando mi espíritu. Después de todo, no teníamos la menor idea de lo que nos aguardaba.

Cuando el tren hizo su entrada en la estación de Samarcanda, logré despejarme todavía más. En cuanto hubimos bajado del vagón y empezamos a mirar a nuestro alrededor, se nos acercó un hombre. Cruce de armenio con prusiano oriental, pensé.

—La llegada de sus señorías nos fue anunciada por el señor Gautsch.

Una venia. Alemán fluido.

—¿Adónde hay que ir ahora? —le pregunté en un tono de mediana cordialidad.

Haciendo una nueva reverencia, esta vez también ante mi esposa, se presentó:

—Kuno Eberhard Teretatian, agente. ¿Tiene usted algo que mostrarme?

Premié secretamente mi instinto racial con una hoja de laurel, al tiempo que alcanzaba al mestizo el estuche con el retrato. Hacía ya media hora que lo llevaba en la mano.

—Gracias, esto basta. Los señores disponen de tres horas. Ahora son las dos; la caravana se pondrá en marcha a las cinco. Les propongo que descansen y tomen algún refrigerio en mi casa.

Entretanto, y a una señal del jefe, dos fornidos portadores habían instalado nuestro equipaje en un carretón, alejándose luego con él. Nos pusimos a caminar junto al señor Teretatian, tras haber rechazado un coche que quería obligarnos a tomar.

—¡Preferiríamos ir a pie! ¿A qué distancia está su casa?

—Una buena media hora, señor.

—Pues adelante. ¡En nombre de Dios!

III

Todos mis lectores sabrán, supongo, qué aspecto tienen las ciudades orientales. Son iguales a las nuestras, sólo que con aire oriental. Anduvimos vagando por calles, callejuelas y plazas, topándonos a cada paso con escenas dignas de las *Mil y una noches*. Media hora después nos hallábamos en una zona más tranquila, que parecía estar casi en las afueras de la ciudad. Nuestro guía se detuvo ante una casa y dijo:

—¡Hemos llegado!

Nos condujeron a una habitación situada en la planta baja. El equipaje ya estaba allí; lo había visto en el patio. Una apetitosa colación, servida en la acogedora sala alfombrada, vino a reforzar ligeramente mis simpatías por nuestro anfitrión. Este segundo agente de Patera era mucho más amable que el primero, de una obsequiosidad casi rayana en la sumisión.

—¿Y qué hay de nuevo en el País de los sueños, señor Teretatian? —le pregunté en tono afable, mientras saboreaba alternativamente un puñado de higos y de uvas.

—Nada nuevo, nada especialmente nuevo. A lo sumo lo del teatro. Pero el señor ya habrá oído hablar del asunto, ¿verdad?

—No tengo la menor idea —exclamé, ansioso por enterarme de cuanto sucedía en el Reino de los sueños.

—¡Una nueva idea del Señor! El edificio está a punto desde hace ya un mes. La semana pasada, el envío de unos cuantos vagones repletos de bastidores, telones de fondo y pelucas viejas me causó serios dolores de cabeza. Tendrá que dejar eso aquí, señora —añadió señalando una cocinilla reluciente que mi esposa acababa de traer de afuera. Mas ella no oyó sus palabras, pues estaba mirando, embelesada, a un niño que jugaba en el patio.

—Pero ¿qué dice? —exclamé, dándole a mi mujer con el codo.

—Así es; lamentablemente no podemos hacer nada para remediarlo —me respondió el guía en tono lastimero—. Hace muy poco tiempo, una cantante de ópera se puso frenética cuando no dejé pasar su vestuario. Será mejor que sigan mi consejo y así se ahorrarán una serie de líos.

Escuché a aquel hombre sin proferir una palabra, pero devorándolo con la mirada.

—¡Yo necesito mis cosas! —exclamé enojado.

—Señor, usted sabe perfectamente que sus preocupaciones son infundadas. De nada será privado; usted no perderá nada. Tenga la plena seguridad de ello.

—¿Quizá podamos dejar aquí nuestras cosas? —dijo mi mujer dirigiéndose a mí—. Los primeros días intentaremos arreglarnos con lo indispensable, y luego tu amigo nos enviará los baúles.

El agente se apresuró a utilizar la intervención de su nueva aliada para tratar de convencerme.

—La cantante de ópera también está muy contenta ahora. Además, no crea usted que va a llegar a la selva; dentro de dos días encontrará en Perla todo lo que necesite.

—¿Cómo? ¿Dijo usted dos días? De acuerdo con el mapa yo había calculado por lo menos una semana —estaba asombradísimo.

—Veo que el señor no está muy bien informado en cuanto a la ruta —dijo nuestro semiarmenio sonriendo discretamente—. Aun cuando hiciéramos varias paradas, el viaje no duraría más de tres días.

—¿Y qué es exactamente lo que podemos llevar? —interrumpió mi esposa.

—Nuestro agente en Baviera debió haberles explicado ya todo eso, madame. La ley prescribe que sólo pueden ingresar al país objetos usados.

—¡Pero si yo no he traído objetos viejos! —dije. Había perdido la paciencia.

—He dicho «usados», no «inservibles».

—¡Hazle caso, querido! —intervino mi esposa—. El señor, que es tan amable, tendrá a bien efectuar una ligera inspección en nuestro equipaje, ¿verdad?

Salimos fuera y sometimos nuestros baúles al control aduanero. Como medida de seguridad, saqué inmediatamente el cojín relleno de tabaco y lo puse a mi lado. Nos registraron todo el equipaje pieza por pieza. Maravillosa inspección. Una cámara fotográfica con todos sus accesorios fue rechazada en el acto. Luego le tocó el turno a mi binóculo, un antejo de primerísima calidad. Al ver mi navaja de afeitar, el tipo exclamó: ¡Dios santo! El neceser de mi esposa fue hurgado de cabo a rabo. Luego pareció dudar ante nuestras prendas de vestir, pero cuando vio mi hermoso gabán de viaje —un modelo reciente del que me sentía especialmente orgulloso— dijo:



—Me imagino que el señor le mandará hacer algunos cambios. ¡A nadie le gusta llamar la atención! —por último, cuando llegó el turno a la ropa interior de mi esposa y el muy estúpido se disponía a continuar su inspección, intervine enérgicamente:

—¡Esto se queda donde está! ¡De aquí no sacarán nada! —mis libros también fueron cuidadosamente revisados, pero como eran ya viejos, me permitió conservarlos.

—¡A los señores no les quitarán nada!... ¡nada! —repitió el señor Teretatian en un tono decididamente burocrático. Sin embargo, ni el más mínimo detalle escapó a sus miradas.

—Todo en orden —hizo una profunda reverencia. Entretanto ya habían dado las cuatro.

A última hora logré comprar una serie de cosas en Samarcanda, para sustituir las que —digámoslo así—, me habían confiscado. Conseguí un hermoso samovar antiguo, no muy práctico, pero más vistoso que nuestra cocinilla. Cuando regresé, nos aguardaban ya dos espaciosos carros de enormes ruedas, tirados por sendos camellos. Contemplé con serias dudas aquella triste caravana.

—Los señores viajarán cómodamente; hay mantas en el interior. El guía es un hombre de toda confianza y tiene orden de acatar todos sus deseos.

Al subir al carromato vi dos canastas repletas de provisiones, que me tranquilizaron por completo. Di las gracias a nuestro anfitrión con un caluroso apretón de manos. A la cabeza de la expedición iba, montado en un caballo melenudo, nuestro guía, un pequeño quirguiz. Un hombre precedía cada uno de los carros y cerrando el convoy marchaban dos sirvientes con gorras amarillas y caftanes oscuros. Así dispuestos, nos pusimos en marcha. Mi aventura había comenzado.

IV

Cuando ya la ciudad había desaparecido hacía rato en lontananza, aún podía verse el mausoleo del gran Timur^[2], cuya silueta violácea se recortaba sobre el cielo bañado en los vividos resplandores del crepúsculo.

A mi lado, mi compañera de viaje parecía haberse convertido en un paquete por uno de cuyos extremos asomaba la cabeza. Estaba luchando contra el sueño y sus respuestas eran casi ininteligibles, por lo que pronto renuncié a la idea de seguir conversando con ella. En el interior de nuestro carro, provisto de un toldo protector, reinaba una oscuridad total. El paisaje se iba tornando árido y pedregoso, y todo a nuestro alrededor hallábase sumergido en una luminosidad verde frío. Mi cansancio cada vez mayor me salvó de ser invadido por una nueva oleada de temores y arrepentimientos ante nuestra aventura. Ambos estábamos agotadísimos.

Flotando en la verdosa y monótona luz del crepúsculo, emergían de trecho en trecho árboles deshojados, cactáceas y plantas halófilas. El carro se mecía a un ritmo uniforme y preciso. De la parte delantera llegó a mis oídos una melodía triste y prolongada, «Sólo un instrumento pequeño puede producir un sonido así», pensé poco antes de quedarme dormido...

Todos somos peregrinos, todos, sin excepción. Desde que la humanidad existe ha sido así, y así seguirá siendo siempre. Desde el pueblo nómada más antiguo hasta los que hoy hacen viajes de placer, desde las expediciones de piratería hasta los viajes de exploración más recientes, el ansia de desplazarse ha prevalecido siempre, sean cuales fueren sus motivos. A pie, en bestias de carga, en coches, en vehículos movidos a vapor, con electricidad, gasolina y todo lo que se invente en el futuro —los medios no tienen ninguna importancia— el ansia de viajar permanece inalterable. Que vaya al bar de la esquina o haga un viaje alrededor del mundo, es igual: me estoy

desplazando. Y conmigo se desplazan todos los animales, unas veces a un lugar y otras a otro. Nuestra vieja tierra nos ofrece el primer gran ejemplo. ¡Un instinto, una ley natural! Por más cansado que estés, tienes que seguir siempre adelante... La verdadera paz sólo se encuentra cuando se ha viajado de veras. Y todo el mundo se regocija de ello en secreto, aunque nadie se lo confiese a sí mismo. Hay muchos que ni siquiera lo saben. Los hay también que por haber corrido mucho mundo no desean seguir peregrinando, o que están en cama, enfermos, o que por cualquier razón no pueden viajar más: éstos son los que viajan en el interior de su mente, en su imaginación, y también suelen llegar lejos, muy lejos... pero permanecer inmóvil..., imposible. Es algo que no existe.

Me desperté una sola vez y por un instante. Afuera, la luz de la luna lo iluminaba todo intensamente. Nos detuvimos junto a una cisterna y escuché cómo abrevaban a las bestias. Mi esposa tenía los ojos herméticamente cerrados y una expresión bastante seria.

«Me parece bien que duermas, pensé, —así mañana estarás descansada.»

Tuve la impresión de que estábamos en las montañas. Cuando el carro arrancó nuevamente, me volví a quedar dormido, camino al Reino de los sueños. ¡Hacía tiempo que no dormía tanto!...

De pronto me pareció que algo estaba sucediendo a mi alrededor. Las ruedas se habían detenido.

—Hemos llegado; ha dormido usted muchísimo —alguien me dio un suave golpe en la pierna.

Yo no quería saber nada; aún estaba completamente adormecido y no contesté. Mi esposa, ya despejada del todo, puso en juego sus artes seductoras:

—¡Levántate; ya llegamos al Reino de los sueños! —exclamó con voz de sirena.

—Sí, sí, ya voy —le dije en tono desvalido, pero me quedé acostado. Así suelo obrar. Junto al carro sonaron voces como de funcionarios. Entonces la situación se me antojó absurda también a mí y, rechazando el sueño, descendí del carruaje.

Al comienzo, mis ojos tuvieron que irse acostumbrando gradualmente a la oscuridad. Lo único que se podía ver era una niebla gris, interrumpida aquí y allá por unas cuantas luces. Al dar mi primer paso casi me estrello contra el carro que, imponente, se alzaba a mi lado. Ante él se movía un monstruo de formas imprecisas: ¡el camello! Ya empezaba a ver mejor.

—¡Por aquí, por favor! —exclamó una voz poderosa—. Su equipaje está en orden. ¿Tienen sus credenciales?

El que así hablaba era un hombre grueso y barbudo, que llevaba un uniforme oscuro y gorra militar. Estábamos junto a un bloque de casas bajas, débilmente iluminadas por algunos faroles. El empleado me devolvió el retrato y nos invitó a que atravesáramos rápidamente el portón para alcanzar el tren.

«¡Qué portón, qué tren!» pensé mientras iba avanzando a tientas.

—Oye, allí hay algo —le oí decir a mi esposa. Sólo entonces divisé, a través del

espeso velo de niebla, un muro gigantesco e infinito que surgió ante mí de manera súbita y totalmente inesperada. Alguien nos fue mostrando el camino con una luz hasta que llegamos ante un agujero negro y enorme: *era la gran puerta del Reino de los sueños*. Al irme acercando pude advertir sus colosales dimensiones. Luego entramos en un túnel y tratamos de mantenernos lo más cerca posible de nuestro guía. Pero entonces sucedió algo sumamente extraño: cuando ya había andado un buen trecho bajo aquel pasadizo abovedado, me invadió, casi de golpe, una sensación de terror totalmente desconocida. Partiendo de la nuca, recorrió toda la columna vertebral mientras me iba quedando sin pulso ni respiración. Desesperado, miré a mi mujer que, a su vez, estaba lívida y con una expresión de angustia mortal reflejada en el rostro. Con voz temblorosa susurró:

—Nunca volveré a salir de aquí.

Pero ya una nueva oleada de energía se había apoderado de mí, y sin decir una palabra le di la mano.

PERLA

CAPÍTULO I

LA LLEGADA

AL otro lado del portón la oscuridad era total. La niebla ya no oprimía el pecho, soplaba una brisa tibia. Al acercarnos oímos silbidos y un traqueteo intermitente. Entonces divisamos también un grupo de luces rojas y verdes y nos dirigimos rápidamente hacia un edificio de pequeñas dimensiones. El hombre de la linterna dijo:

—Es la estación del ferrocarril. ¡Tienen el tiempo justo! —en la ventanilla nos dieron billetes de segunda clase hasta Perla: la primera vez el viaje era gratuito, nos dijeron. Acto seguido pasamos a un andén vacío. El maquinista dio la señal de partida y nos urgieron a que abordásemos el tren.

—¡Iremos en tercera! —exclamé esperando ver allí más gente, pues la segunda estaba totalmente vacía. Cuando subimos, noté que alguien me apretaba un objeto pesado contra la mano:

—Es dinero, ¡se lo damos a todo recién llegado! —gritó una voz que se alejaba. Lo deslicé en mi bolsillo.

Tras varios esfuerzos infructuosos, la locomotora logró finalmente poner el tren en movimiento. La velocidad era muy moderada y más aún lo era el humeante alumbrado de aceite del vagón. Al volver la cabeza alcancé a divisar aún la altísima muralla, cuya negra silueta se destacaba en el cielo nocturno. «Como el muro de una prisión», pensé mientras miraba, interesado, cómo se iba desvaneciendo en las tinieblas.

No logré ver mucho de la zona por donde circulábamos. Nuestro tren iba arrojando una luz macilenta sobre árboles, arbustos y garitas. A grandes rasgos, era lo que suele ser un viaje nocturno.

El revisor se acercó a nosotros desde el exterior del tren.

—Las lámparas despiden un olor espantoso, como para enfermar —dije al empleado.

—¡Hasta ahora nunca había recibido una queja!

—¿Cuánto tiempo falta para llegar a Perla?

—Estaremos allí dentro de dos horas, sobre la medianoche.

—¿Podría recomendarme algún hotel?

—Sólo le aconsejo El Ganso Azul. No creo que se sienta muy a gusto en las pensiones más pequeñas.

Dijo esto en un tono muy complaciente y desapareció de nuevo en la oscuridad.

En algunas estaciones vi enormes cobertizos repletos de cajas y paquetes. En una de ellas, mi mujer compró una canastilla con merienda fría y una botella de vino. Yo

pagué mecánicamente con el dinero que me habían dado, y sólo entonces descubrimos, estupefactos, que tenía kreutzers y florines en el bolsillo, así como un cartucho de monedas de oro.

Mi esposa seguía sumida en hondas reflexiones. Aún le duraba la impresión de la gran puerta. Y claro está: ¡los nervios sobreexcitados! Ya era hora de que encontrásemos un sitio para descansar.

Dos obreros habían subido y estaban conversando con aire indiferente. Cuando se disponían a bajar en la estación siguiente, uno de ellos se quedó mirándome como si ya me conociera. A mí también me resultaba conocido: uno siempre vuelve a encontrar las mismas caras por todo el mundo. En realidad le envidiaba. Él podía bajar ya, mientras yo tenía que seguir aguantando el olor del aceite. ¡Felizmente no faltaba mucho!... ¡Qué viaje tan melancólico!

Poco antes de llegar a Perla, el tren atravesó una zona pantanosa. Luego fue disminuyendo la velocidad hasta que, finalmente, se detuvo. Asomé la cabeza... ¡habíamos llegado!

Allí también había muy poca animación. Una troika solitaria parecía dormitar detrás de la estación. Despertamos al cochero y le dijimos que nos llevara a El Ganso Azul. Con suma curiosidad fui mirando las calles por las que el destartado vehículo avanzaba dando tumbos.

—¿Así que esto es Perla, la capital del Reino de los sueños? —me era sumamente difícil ocultar mi indignación.

—¡Cualquiera de nuestros peores suburbios ofrece el mismo aspecto! —exclamé profundamente desilusionado, a la vez que señalaba un monótono edificio.

Casi no había señales de vida en las calles. Sólo de vez en cuando veíamos pasar algún transeúnte. Era evidente que escatimaban la luz: apenas había una que otra farola de gas en las esquinas. En varias ocasiones hubiera podido jurar: «esta casa la he visto ya en algún sitio». A mi mujer también le resultaban familiares muchas cosas.

—Por lo menos nosotros no somos tan mezquinos con la luz —mascullé con rabia. El coche se detuvo.

El hotel no era de primera categoría, pero sí bastante limpio y acogedor. Ordené que nos subieran té a la habitación. Ésta era espaciosa y estaba arreglada con apreciable buen gusto. Tan sólo el mobiliario parecía un poco heterogéneo. Sobre el sofá, forrado de cuero, colgaba un gran retrato de Maximiliano, el emperador de México, y encima de las camas había otro de Benedek, el infortunado general de Königgrätz^[3].

—¿Qué hace este señor aquí? —no pude evitar preguntarle a la camarera.

Quien no haya visto una cama durante diez días seguidos comprenderá fácilmente por qué aquella nos pareció más valiosa que todos los tesoros del mundo.

—Estoy muy contenta con el clima templado que parece haber aquí —dijo mi esposa mientras examinaba y elogiaba las camas. Yo ya estaba echado sobre el

delicioso edredón de plumas y le repliqué bostezando—: Pues parece ser la única cosa agradable...

El día debía hallarse bastante avanzado cuando me di cuenta de que estaba con los ojos abiertos hacía ya un buen rato. ¿Una habitación empapelada de rojo?... Ahora caigo en la cuenta... Claro... soy un dibujante; etc., estoy en una cama de hotel en la capital del Reino de los sueños, y mi esposa duerme a mi lado.

Totalmente descansados nos dispusimos a salir. Moría de curiosidad por las cosas que iba a ver.

Salimos después de desayunar. El día estaba nublado.

CAPÍTULO II

LA CREACIÓN DE PATERA

INTERRUMPIRÉ ahora el relato de mis aventuras personales a fin de ofrecer a mis lectores cierta información sobre el país en el que habría de vivir casi tres años. Se trata de una serie de circunstancias extraordinarias que me fueron reveladas día tras día, aunque nunca llegué a elucidar completamente sus causas últimas. Sólo puedo describir los hechos y situaciones tal como me fue dado vivirlos o tal como me los contaron otros habitantes del País de los sueños. Mis opiniones personales sobre dichas situaciones se hallan dispersas a lo largo de todo el libro. Quizás algunos de los lectores puedan ofrecer explicaciones más plausibles de todo lo que ocurrió.

Hablando en términos muy generales, puede decirse que aquel país presentaba grandes similitudes con los de la Europa central y, sin embargo, era a la vez bastante diferente. Claro que había una ciudad, varias aldeas, grandes alquerías, un río y un lago, pero el cielo que sobre ellas se extendía estaba siempre encapotado. *Nunca* brillaba el sol, y la luna o las estrellas *jamás* eran visibles durante la noche. Las nubes se alzaban a escasa altura del suelo en sempiterna uniformidad y, aunque a veces se aglomerasen originando tempestades, el firmamento azul se hallaba constantemente oculto a nuestras miradas. Un erudito profesor, a quien volveré a mencionar varias veces en el curso de mi relato, atribuía la formación de estas persistentes masas de vapor a las grandes áreas pantanosas y boscosas de los alrededores. Lo cierto es que en el transcurso de esos tres años no vi el sol ni una sola vez. Al comienzo sufrí muchísimo por ello, al igual que todos los recién llegados. Algunas veces, las nubes dejaban entrever cierta extraña luminosidad al condensarse, y otras —especialmente hacia finales de mi estancia— unos cuantos rayos oblicuos incidieron desde el horizonte sobre nuestra ciudad. Sin embargo, nunca llegó a producirse una irrupción total, nunca...

Bajo tales circunstancias, resulta fácil imaginar qué aspecto tendría la tierra con sus bosques y campiñas. En ningún lugar podía verse un verde brillante; nuestras plantas, hierbas, arbustos y árboles estaban todos bañados en un tono oliva mate o gris verdoso. Lo que en nuestro país de origen lucía varios y vistosos colores, veíase aquí deslucido y opaco. Mientras que en la mayoría de los paisajes el azul del aire y el amarillo de la tierra dominan la estructura cromática fundamental, de la que surgen luego, aisladamente, los otros matices, el gris y el pardo eran aquí los colores predominantes. Faltaba lo mejor: la policromía. De todos modos, es preciso admitir que el País de los sueños presentaba un aspecto armónico y homogéneo.

Aunque el barómetro indicase siempre *nubosidad* y *precipitaciones constantes*, lo normal era que soprase una brisa cálida y suave como la que hallamos a nuestra

llegada. La misma falta de contrastes se advertía en el ciclo de las estaciones. Una primavera que duraba cinco meses, y cinco meses de otoño; una media luz ininterrumpida durante toda la noche señalaba el verano, breve y caluroso, mientras el invierno se caracterizaba por sus interminables crepúsculos y unos cuantos copos de nieve.



Una imponente cordillera constituía el límite norte del Reino. Sus cumbres estaban perpetuamente ocultas por un cinturón de niebla y las montañas descendían en forma abrupta a la llanura, dando origen a un impetuoso torrente: el Negro. Éste, a su vez, se precipitaba desde una meseta rocosa formando en su caída violentas cascadas. Su cauce se ensanchaba luego a la salida de un estrecho valle, permitiendo a las aguas, de una coloración extrañamente oscura, muy similar a la de la tinta, fluir a un ritmo lento y más holgado. Su curso describía por último una suave curva, en torno a la cual se alzaba Perla, la capital del Reino de los sueños. Envuelta en una melancólica lobreguez, la ciudad emergía del árido suelo formando un conjunto uniforme e incoloro. Al verla, cualquiera habría pensado que tenía ya varios siglos de existencia. Sin embargo, apenas contaba una docena de años. Su fundador no había

querido alterar la imponente austeridad del lugar. Ninguna construcción nueva o estridente se levantaba en él. Patera tenía sumo interés en preservar la armonía y había encargado que le enviaran sus viejas casonas de todas las regiones de Europa. Sólo había construcciones adecuadas al lugar, elegidas con instinto seguro y de acuerdo con *una sola* idea, que armonizaban perfectamente dentro del conjunto. La ciudad contaba, cuando llegué, con unos veintidós mil habitantes.

A fin de permitir al lector una orientación precisa —que considero indispensable para comprender los futuros acontecimientos— he añadido un pequeño plano al final del libro.



Como podemos apreciar en él, Perla estaba dividida en cuatro sectores principales. El distrito de la estación, totalmente ennegrecido por el humo y situado al borde de un pantano, comprendía los desolados edificios de la Administración pública, el Archivo y el Correo. Era un distrito aburrido y desagradable, al que seguía la llamada Ciudad Jardín, zona residencial de los ricos. Luego venía la Calle Larga, que daba origen al distrito comercial. Allí vivía la clase media. En las proximidades del río, el barrio adquiría ya cierto carácter de aldea. Enclavado entre la Calle Larga y la montaña se levantaba el cuarto distrito: el Barrio francés. Este pequeño distrito, donde vivían unos cuatro mil latinos, eslavos y judíos, gozaba de una pésima reputación. Su población, confusa y abigarrada, hallábase repartida en viejas casonas de madera que resultaban estrechas para sus moradores. Pródigo en callejuelas angulosas y tugurios malolientes, este barrio no era precisamente el orgullo de Perla. Por encima de toda la ciudad, como suspendido sobre ella y a la vez dominándola, se alzaba un edificio monstruoso y descomunal. Sus altos ventanales apuntaban amenazadoramente en dirección a la campiña y sobre los hombres que circulaban abajo. Apoyándose por uno de sus lados contra la pared de roca, porosa y erosionada por el tiempo, la gigantesca mole se extendía hasta el centro mismo de la ciudad, formado por la Plaza Mayor. Era el Palacio, la residencia de Patera.

Limitada al norte por la cordillera, al este por el río y al oeste por la región pantanosa, la ciudad sólo había podido extenderse hacia el sur. Allí, junto al cementerio, aún quedaban grandes áreas sin construir: los campos de Tomassevic, llamados así en memoria de su difunto ex propietario. Todos los intentos por edificar en esa zona no habían pasado de ser ilusorias especulaciones: cuando aún no estaban techadas, las casas se desplomaban irremisiblemente. Entre las ruinas sobresalía un horno de ladrillos abandonado, cuyo aspecto evocaba el gigantesco mausoleo de algún faraón o de uno de los grandes reyes de Asiria. Ningún europeo podía establecerse al otro lado del río, donde quedaba el Suburbio, pequeña comunidad que gozaba de privilegios especiales y a la cual dedicaremos un capítulo entero.

Y ahora hablemos un poco de la población, integrada por tipos muy bien diferenciados unos de otros. Los mejores entre ellos poseían una sensibilidad sumamente fina y, casi diríamos, exagerada. Una serie de ideas fijas —aunque no del todo obsesivas—, como la manía de coleccionar y de leer, el demonio del juego, cierta hiperreligiosidad y otras de las mil formas que suele revestir la neurastenia refinada, parecían haber sido creadas expreso para el Reino de los sueños. Entre las mujeres, la histeria era una de las manifestaciones más frecuentes. Por su parte, el pueblo también había sido elegido teniendo en cuenta cierto tipo de anormalidades o imperfecciones en el desarrollo. Extraños casos de alcoholismo, gente descontenta consigo misma y con el mundo, hipocondríacos, espiritistas, temerarios rufianes, insatisfechos que andaban en busca de emociones y aventureros viejos que trataban de hallar la paz, prestidigitadores, acróbatas, refugiados políticos y hasta asesinos buscados en el extranjero, falsificadores de moneda y ladrones: todos hallaban gracia

ante los ojos del Dueño.

Se daban casos en que incluso una característica física que saliera de lo común podía motivar una invitación al País de los sueños. Ello explicaba la gran cantidad de bocios descomunales, narices arracimadas y gigantescas jorobas que allí se veían. Finalmente, había también un elevado número de personas que, debido a su oscuro destino, habían adquirido rasgos psíquicos bastante extraños. Sólo después de continuos y graduales esfuerzos logré discernir los profundos matices caracterológicos que solían ocultarse bajo una apariencia aparentemente intrascendente.

El número promedio de habitantes oscilaba entre las veinte y veinticuatro mil almas, que se renovaban en forma constante gracias a los nuevos invitados. El incremento por concepto de natalidad era prácticamente nulo. Los niños no eran en general muy bien vistos; se decía que no compensaban en modo alguno todas las incomodidades que ocasionaban. La opinión general sostenía que sólo costaban dinero —muchas veces hasta alcanzar la edad adulta—, y que en muy raras ocasiones, cuando no de mala gana, estaban dispuestos a devolver lo que habían recibido. Además, decían, casi nunca se mostraban agradecidos con sus padres por haberles regalado la vida, sino que, por el contrario, solían pensar que tal obsequio les había sido impuesto arbitrariamente. Una prole numerosa era sinónimo de penurias y preocupaciones. Que los niños son graciosos e inocentes era algo que, desde luego, podía constatarse por los ejemplares existentes; sin embargo, tampoco era un incentivo suficiente para asumir la tarea de traerlos al mundo y educarlos. La gente vivía allí en un animado presente y no en el incierto futuro del que ningún ser viviente ha sacado provecho alguno. Nadie quería seguir arruinándose los nervios ni contribuir al envejecimiento de su mujer con nuevos hijos. *Un hijo* era lo máximo que se permitían, y las familias que tenían varios los habían traído de su país de origen. Más tarde habré de referirme, por lo insólito del caso, a un matrimonio con nueve hijos. Además, cabe señalar que la mayoría de los habitantes del Reino eran lo menos adecuado para convertirse en padres o en madres.

Aún queda mucho por decir sobre aquellas instituciones que confieren a todo Estado su carácter específico. Se mantenía, por ejemplo, un reducido ejército, que cumplía su misión con sumo entusiasmo, así como un cuerpo policial realmente extraordinario, cuyo principal radio de acción lo constituían el Barrio francés y el ya mencionado servicio de Aduanas. Todas estas instituciones eran dirigidas desde el Archivo, un edificio bajo y muy extendido: el mismo, en suma, que había despertado mi atención cuando llegué. De un color gris amarillento, cubierto de polvo y como dormido, al mirarlo le venían a uno imperiosos deseos de bostezar. Estaba situado en la Plaza Mayor y era la sede *oficial* del gobierno. Una vía férrea conectaba todos estos puntos entre sí, y una red de caminos transitables, aunque cubiertos de hierba, conducían hasta los valles más apartados de la región montañosa.

Los habitantes del Reino eran, en su inmensa mayoría, alemanes de nacimiento.

Con su idioma podía uno defenderse tanto en la ciudad como en el campo. La gente de otras nacionalidades, en cambio, casi no contaba.

Con esto creo haber dicho todo lo correspondiente al presente capítulo, que habrá de constituir, a grandes rasgos, el telón de fondo de la verdadera historia.

CAPÍTULO III

LA VIDA COTIDIANA

I

LO primero que llamó nuestra atención fue la indumentaria de los habitantes del Reino, tan cómica y totalmente pasada de moda; hecho que podía advertirse de manera muy especial en la llamada *gente elegante*.

—Estos individuos siguen usando la ropa de sus padres y abuelos —le dije en son de broma a mi esposa. Altos sombreros de copa totalmente anticuados, levitas de diversos colores y abrigos de grandes cuellos componían la vestimenta de los señores. Por su parte, las damas paseaban muy ufanas sus miriñaques y unos peinados rarísimos y fuera de moda, protegidos por pequeñas tocas y escofietas. ¡Aquello parecía una auténtica mascarada!

Pero nosotros también llamábamos la atención y, por lo tanto, nos vimos obligados a adaptarnos al cabo de unos días. Mi esposa no tuvo más remedio que usar una pequeña semicrinolina, y yo me enfundé, adoptando aires distinguidos, en una casaca entallada, un chaleco con flores bastante escotado y una marquesota *a la 1860*. No pude decidirme a hacer mayores concesiones. Rechacé indignado unos botines estrechos y puntiagudos que pretendían imponerme a la fuerza. Sin embargo, nos acostumbramos más rápido de lo que habíamos pensado a estos cambios en el aspecto exterior, de suerte que, poco después, yo mismo empecé a mirar con cierta extrañeza a los recién llegados, vestidos de manera tan rara...

Aquel primer día, mi preocupación principal fue la de encontrar lo antes posible un alojamiento adecuado. Accediendo al deseo de mi mujer de que nos instalásemos lo más lejos posible del misterioso Palacio, nos pusimos a buscar algo en la periferia de la ciudad. Como era de todo punto imposible alquilar una de las hermosas mansiones con jardín, nos dedicamos a recorrer de arriba abajo la Calle Larga. Cuando íbamos por la tercera vuelta, atrajo mi atención una casa de dos pisos y medianas dimensiones, provista de un mirador en el piso superior. Tuve la impresión de haberla visto en algún lugar cuando era niño.

—Aquí está lo que andamos buscando —exclamé al tiempo que la señalaba—. ¡Viviremos en el segundo piso! —mi mujer estaba asombradísima por mi seguridad—. ¿Cómo puedes estar seguro de lo que dices? —me preguntó esbozando una sonrisa burlona. De más está decir que no pude alegar ningún motivo; me parecía simplemente algo natural. ¡Y gracias a Dios tuve razón! En efecto, estaban alquilando un piso con tres habitaciones y una cocina. Un peluquero, que era al mismo tiempo administrador del edificio y tenía su tienda en la planta baja, nos llevó a visitarlo. Los aposentos ofrecían un aspecto cómodo y acogedor, los muebles eran preciosos y el

alquiler, módico. Nos mudamos aquella misma tarde.

La casa pertenecía a un tal Lampenbogen, médico de profesión.

II

Fue así como nos vimos convertidos en auténticos habitantes del Reino de los sueños. Día tras día —al menos durante los primeros meses— me veía obligado a declarar infundadas mis antiguas sospechas de que allí todo era como en mi país. Tiempo después acabé olvidando mi patria por completo. En el Reino de los sueños se acostumbraba uno de tal modo a las cosas más inverosímiles, que al final ya nada llamaba la atención.



Aunque a decir verdad no me lo había propuesto, muy pronto encontré un empleo. Simplemente me cogieron por sorpresa. Al tercer día se me presentó un hombrecillo extremadamente vivaracho:

—Soy el editor y redactor jefe del *Espejo de los sueños*, el diario ilustrado de mayor circulación aquí, y tengo mi propia imprenta —dijo en tono efusivo—. ¡Qué

bien que haya llegado! Hace tiempo que venimos esperando a alguien como usted. Castringius, nuestro brazo derecho, se halla lamentablemente algo agotado, por lo que ahora nos dedicamos a comprar e imprimir cuanta xilografía antigua hay en Perla, supliendo así nuestra escasez de material gráfico. Fíjese, aquí tiene el último número —y al decir esto sacó un diario—. Cochem an der Mosel, el ministro Conde de Beust en su círculo familiar, hindúes en uniforme de gala..., ¿cree que es bonito?, ¿le parece onírico?, ¿lo encuentra interesante? —exclamó indignado mientras agitaba y estrujaba nerviosamente el periódico—. ¡No, amigo mío!

Permaneció un instante pensativo y se enjugó el sudor de la frente. De pronto sacó un contrato impecablemente escrito. Sólo tenía que firmar: cuatrocientos florines al mes durante todo el año, entregase lo que entregase. Era divertidísimo: ¡yo que nunca había visto un trato semejante! Claro que garrapateé mi nombre en el acto; en el Reino de los sueños la gente se decidía rápidamente y nadie sopesaba las cosas mucho rato. Todos los negocios eran inseguros. Pero ahora tenía ya un empleo fijo, era dibujante en un prestigioso periódico y, en una palabra, representaba *algo*. Y eso era lo más importante en aquel país: *representar algo*, cualquier cosa... aunque fuese el papel de un gandul o un vagabundo.

Mi redactor jefe destornilló alegremente el puño de su bastón. Éste, hueco por dentro, formaba un pequeño vaso que mi interlocutor llenó con un buen trago de aguardiente, salido del mismo bastón.

—¡Por nuestro trabajo! —exclamó significativamente.

—¡Y tráigame pronto algo sensacional y espeluznante! Quiero elevar el nivel del diario —añadió en tono esperanzado. Luego cogió el contrato con un gesto de profunda satisfacción, pidió permiso para retirarse y salió contoneándose en su traje a cuadros negros y blancos.

III

El que llegaba por vez primera al Reino de los sueños casi no advertía el carácter fraudulento que regía continuamente la vida económica. A simple vista, las operaciones de compra y venta se efectuaban allí como en cualquier otro lugar del mundo. Sin embargo, esto no pasaba de ser una simple y ridícula apariencia. Toda la vida financiera era puramente *simbólica*. Nadie sabía nunca lo que poseía. El dinero iba y venía, todos gastaban y recibían, y el que menos había practicado ya el escamoteo, en muchos de cuyos trucos me inicié yo también. Gran parte del éxito dependía, pues, de la labia de cada cual. Embaucar al contrario era *la clave* de todo. Al comienzo me asusté al comprobar el grado de facilidad con que los habitantes del Reino sucumbían a cualquier sugestión, pero, de grado o por fuerza, yo mismo tuve que avenirme a ello e ir creyendo cada vez más tanto en mis propias ilusiones como en las ajenas. La alternancia de dicha e infelicidad, de pobreza y de riqueza se daba

allí con mayor celeridad que en el resto del mundo: los acontecimientos se precipitaban constantemente. Sin embargo, por grande que fuera la confusión imperante, sentíase la presencia de una *mano fuerte*. Tras las situaciones más inconcebibles a primera vista, se vislumbraba siempre su fuerza oculta. Era la misteriosa causa primera que lo mantenía todo en su lugar e impedía que el Reino se desintegrara. Era el gran Hado que vigilaba cada uno de nuestros pasos, una Justicia inmensa que, capaz de penetrar hasta los pliegues más recónditos de nuestro ser, equilibraba siempre todos los acontecimientos. Si alguien estaba desesperado y no veía salida alguna a sus problemas, dirigía una íntima plegaria a dicha instancia. Aquel poder ilimitado, cuya temible curiosidad era como *un Ojo* que escrutaba hasta el último rincón, poseía el atributo de la ubicuidad. Nada escapaba a su mirada. La fe en Él era lo único serio para los hombres del Reino; todo lo demás era transitorio.

IV

Quisiera ilustrar ahora nuestra actividad financiera con ayuda de algunos ejemplos. Uno de los primeros días que pasamos en Perla se me antojó comprar un plano de la ciudad. Me dirigí a una de las grandes tiendas de objetos usados que había en nuestra calle. (Me parece que fue la de Max Blumenstich, que quedaba al lado.)

—¿Un plano de la ciudad? Los nuevos todavía no han llegado, pero me imagino que una edición antigua le será igualmente útil, ¿verdad? —luego, el dependiente empezó a hurgar y rebuscar entre un revoltijo de cornamentas de ciervo, arañas de cristal y cofres antiguos, pero no encontró absolutamente nada. Por último me trajo un horrible tintero de bronce colado.

—¡Llévese esto, seguro que lo necesita! ¡*Tiene que* comprarlo, es una necesidad! Setenta y dos florines solamente —y, con voz zalamera, sacó a relucir todas sus artes persuasivas. Yo le di un florín y recibí una tijera de uñas por añadidura. Los recién llegados querían aprovechar estas circunstancias para hacer su negocio, pero pronto se percataban de que no habían contado con la huésped. El Hado de los sueños era implacable: toda riqueza acumulada con avidez se desvanecía en un abrir y cerrar de ojos. Así por ejemplo, los más *listos* tenían que pagar precios exorbitantes por una serie de artículos de primera necesidad, de lo contrario les llovían los mandatos postales, que, de ser rechazados, traían consigo nuevas calamidades. Enfermedades, por ejemplo, y los honorarios de los médicos eran entonces elevadísimos. Surgían acreedores que nunca le habían prestado nada a uno y, sin embargo, reclamaban su dinero. Y no había manera de protegerse contra ellos, pues presentaban testigos en el acto. De este modo se compensaba siempre una cosa con la otra, y nadie obtenía beneficios ni sufría pérdidas en aquel extraño universo transaccional. El invisible calculador no transigía nunca. En cuanto hube comprendido el insólito mecanismo, las cosas empezaron a marchar bien para mí.

Catorce días después de nuestra llegada vino a vernos un criado de librea. Su amo —y mencionó un apellido altisonante— esperaba con impaciencia los cinco dibujos que me había comprado: él tenía el encargo de recogerlos. ¿Qué podía hacer yo? Envolví cinco de mis mejores apuntes y además escribí una amable carta, presentándole mis excusas. ¿Adónde se dirigían aquellas cosas? No tenía la menor idea.

Diariamente visitaba el Café situado en la acera de enfrente. En cierta ocasión, cuando volví a casa, mi mujer me señaló una canasta gigantesca y repleta de espléndidas verduras, espárragos, coliflores, fruta de primera calidad y hasta dos perdices.

—Lo compré todo en el mercado de verduras. Adivina cuánto me ha costado — me preguntó en tono de júbilo.

—¿Cuánto?

—Veinte kreutzers todo.

Entonces di un respingo y le confesé que, en el Café, había tenido que pagar cinco florines por una caja de cerillas.

Tan pronto tenía uno miles en los bolsillos, como podía hallarse sin un céntimo. Después de todo, sin dinero tampoco se pasaba tan mal. Bastaba con hacer como si se estuviera dando algo. En algunas ocasiones hasta se podía correr el riesgo de aceptar algo a cambio de nada. Todo era siempre compensado.

Allí las ilusiones eran simple y llanamente realidades. Lo maravilloso del caso era que aquellas quimeras surgían al mismo tiempo en varios cerebros. La gente acababa por verse seriamente comprometida en sus sugerencias.

Quisiera citar un caso típico. Un próspero padre de familia se despierta una mañana convencido de estar en la miseria más absoluta. Su esposa se pone a llorar y sus amigos lo compadecen. Ya llega el ejecutor del auto de embargo, se procede a subastar el inmueble y tal vez el nuevo propietario se instale aquel mismo día. Varios mozos de cuerda mudan los enseres más indispensables del ex propietario a una casucha destartada y paupérrima. Sin embargo, al cabo de un mes todo habrá vuelto a arreglarse, pues no faltarán nuevas circunstancias dichas.

Las clases altas llevaban, claro está, un tren de vida lujosísimo. Sus infortunios, tan evidentes como su opulencia, se daban a otro nivel. De ahí que la envidia de clases no prosperase de manera especial. Cada cual vivía consagrado a su trabajo y tenía sus propias alegrías y pesares. Uno podía darse por satisfecho si las cosas marchaban a medias. En todo caso, lo cierto es que los habitantes del Reino amaban su país y su ciudad. Yo trabajaba ya como dibujante del *Espejo de los sueños* y, en el ínterin, había realizado varios intentos —al comienzo totalmente infructuosos— por hacerle una visita a mi amigo Patera.

Lamentablemente, toda clase de barreras se oponían siempre a la realización de mi deseo. Una vez me dijeron que el Amo estaba tan ocupado en sus asuntos que tenían orden de no dejar pasar a nadie. En otra ocasión había salido de viaje:

realmente, era como si algún duende diabólico hubiese tomado cartas en el asunto. Un día oí decir que en el Archivo daban tarjetas especiales para solicitar audiencia. Allí me dirigí, pues, sintiéndome tan culpable como un sedicioso cuando atravesé el gran portón revestido de escudos de armas. El portero estaba durmiendo. Traté de orientarme por mi cuenta y riesgo y penetré en una espaciosa antesala, donde había entre diez y doce ordenanzas.

Pasé totalmente inadvertido por espacio de un cuarto de hora, como si hubiera sido invisible. Por último, uno de los empleados me preguntó en tono molesto qué quería, pero en vez de aguardar mi respuesta prosiguió su interrumpida conversación con uno de sus vecinos. Otro, sin duda un poco más condescendiente, se inclinó hacia mí inquiriendo sobre mis propósitos, mientras su rostro ajado y amarillento se cubría de severas arrugas. Luego aspiró unas cuantas bocanadas de su larga pipa y, señalándome con ella la habitación contigua, dijo:

—¡Ahí dentro!

Un cartel colgado en la puerta decía: *¡No llamar!*, y «ahí dentro» había un hombre *durmiendo*. Bromas aparte, tuve que toser tres veces hasta que la extrema rigidez de su postura, que evocaba la de una persona sumida en profundas cavilaciones, adquiriera algún signo de vida. Luego fui recorrido por una mirada de solemne desprecio y una voz ronca exclamó:

—¿Qué quiere usted? ¿Tiene cita con alguien? ¿Qué documentos lleva consigo?

Allí no eran tan lacónicos como afuera, sino que, por el contrario, las informaciones afluyeron como un torrente:

—Para obtener una solicitud de audiencia necesita usted, además de sus partidas de nacimiento, bautismo y matrimonio, el certificado de escolaridad de su padre y el de vacunación de su madre. En el corredor de la izquierda, oficina número dieciséis, tendrá que efectuar su declaración de bienes, grado de instrucción y condecoraciones obtenidas. Un certificado de buena conducta de su suegro sería también deseable, aunque no constituya requisito indispensable.

A renglón seguido hizo un gesto altanero con la cabeza, volvió a inclinarse profundamente sobre la mesa y se puso a escribir, según pude constatar, con una pluma seca. Yo permanecí de pie, totalmente perplejo. «Por suerte no tenía que presentar también todas las facturas saldadas.» En medio de mi confusión acerté a tartamudear:

—Tal vez me resulte imposible presentar todo lo que me exigen. Sólo tengo aquí mi pasaporte. Yo vine como huésped de Patera. Mi nombre es fulano de tal.

No bien hube dicho estas palabras, me llevé un verdadero susto; el inflexible empleado se puso en pie de un salto:

—Le pido mil disculpas. ¡Hace tiempo que le esperábamos! Le conduciré de inmediato al despacho de Su Excelencia.

Se había convertido en la cortesía misma. ¿Debía creer aquello de los dos corazones latiendo bajo un solo pecho?^[4] ¡No lograba entender absolutamente nada!

Comenzó entonces un interminable peregrinaje por pasillos desiertos, oficinas donde la gente se incorporaba precipitadamente al vernos entrar, como si los hubiéramos cogido por sorpresa, salas vacías y gabinetes repletos hasta el techo de actas y expedientes. Finalmente llegamos a una gran sala de espera, en la que había una variadísima gama de personajes sentados en semicírculo. Mi guía y yo fuimos introducidos al instante a una especie de *sancta-sanctorum*. Su Excelencia estaba allí sentado, solo, y *esperaba*. Pese a sus obsequiosas reverencias, el pobre empleado fue reprendido en términos bastante duros y desapareció.

Su Excelencia era un hombre sumamente distinguido, lo que podía conjeturarse ya por el mobiliario de la estancia. Pero no sólo por esto, no; también había cosas que llamaban la atención en su persona. Por ejemplo, sus vestimentas hallábanse profusamente recamadas de oro y lucían una larga serie de distinciones honoríficas de todo tipo. Una ancha banda roja le cruzaba el pecho en diagonal. No podría decir con seguridad si en otras partes del cuerpo también llevaba condecoraciones. Es probable que sí. En todo caso, yo nunca se las he visto.

Estábamos solos. A diferencia de los otros funcionarios del Archivo, éste era bastante amable. Me encanto su extrema benevolencia. Después de haberme escuchado, replicó en tono condescendiente:

—¡Por supuesto que sí, mi estimado señor! La solicitud le será enviada de inmediato —luego se levantó y empezó a hablar mecánicamente, como dirigiéndose a un público:

—¡Señores! ¡Señores! En interés del bienestar público y en salvaguardia de nuestro propio prestigio, el gobierno ha decidido reconocer vuestra plena y absoluta responsabilidad. No tengo reparo alguno en presentar todas vuestras solicitudes ante la Instancia suprema. En lo que respecta al socorro de la indigencia, siempre encontraréis en mí a un amigo dispuesto a ayudaros. Nuestro próximo objetivo ha de ser el mejoramiento de nuestro mundo teatral, tarea en la que espero contar con vuestra decidida colaboración. Las experiencias por las que hemos pasado al liberalizar ciertas instituciones en el Barrio francés nos garantizan... señores... estoy convencido de dirigirme a ustedes desde el fondo de mi alma. Si... si... si...

El orador perdió el hilo repentinamente, y me lanzó una mirada fría y de total aturdimiento. Lo ayudé a salir de su atolladero despidiéndome de él entre grandes reverencias y expresiones de gratitud. En el fondo de mi corazón no sentía el menor respeto por el Archivo, y nunca más volví a interrumpir su tranquilidad.

Lo que me tocó vivir allí sólo les pasaba a los recién llegados. Mientras siguiera aquel camino, no obtendría nunca algo positivo. Las solicitudes más urgentes eran rechazadas por presentar errores formales de escasísima importancia. Por ese lado, uno podía tener la absoluta seguridad de que sus proyectos serían siempre desbaratados. Fue así como la solicitud de audiencia me fue, efectivamente, enviada, pero al día siguiente me informaron de que ya había caducado.

Todo aquello servía, en el Estado de los sueños, para crear simple y llanamente la

ilusión paródica de un cuerpo administrativo organizado. Si hubieran suprimido el Archivo las cosas no habrían marchado mejor ni peor. Aquellas enormes pilas de expedientes —adquiridos en todos los rincones del mundo— no tenían nada que ver con el Reino de los sueños. Para decirlo sin mayores rodeos: esa atmósfera impregnada de papeles polvorientos era necesaria para producir una variedad especial del *homo sapiens*, que habría de aportar su nota de color a la policromía del conjunto.

El *verdadero* gobierno estaba en otra parte. Tras estas experiencias abandoné por un tiempo la idea de la visita, ya que, además, otras cosas acapararon totalmente mi atención.

V

Aún tengo nuestra casa ante mis ojos, tan clara y tan precisa como si sólo la hubiera visto hace unas cuantas semanas.

En la planta baja quedaba la tienda del peluquero. Éste, que pasaba allí la mayor parte del tiempo, era un solterón rubio y muy instruido, que usaba quevedos de oro. La filosofía era la gran pasión de su vida: cada vez que hablaba de ella daba rienda suelta a sus pensamientos. Sus conocimientos, con los que siempre era sumamente pródigo, afluían entonces a raudales.

—¡Podría contarle tantas cosas! —decía lanzándome agudas miradas.

Sabe Dios lo que el buen señor pensaría de mí; el hecho es que desde un comienzo gocé de su plena confianza.

—Kant... Ése es el gran error. Ja, ja! No es empresa fácil ésa de ir circundando la Cosa-en-sí. Ante todo, el mundo es un problema *ético* y nadie me convencerá de lo contrario. Fíjese usted, el espacio anda en galanteos con el tiempo: su punto de unión, el presente, es la muerte o —lo que viene a ser exactamente lo mismo— la divinidad, si usted prefiere. Situado en el mero centro se halla el gran milagro de la Encarnación: el Objeto. Éste, a su vez, no es otra cosa que la parte exterior del Sujeto. Tales son los postulados fundamentales, caballero. En ellos tiene usted resumida toda mi teoría.

—Así es, ya veo que es usted filósofo —solía replicar yo en señal de aprobación.

El buen hombre vivía todo el tiempo en aquellas elevadísimas regiones, y la peluquería se habría ido a la ruina de no haber sido por Giovanni Battista. Verdad es que éste no era sino un mono, ¡pero qué espécimen! Un animal ambicioso y dotado de un talento fuera de lo común. Con un ayudante como él bien podía uno elucubrar tranquilamente sobre el problema ético. Giovanni había pasado ya por todos los grados del oficio. Su talento se reveló un día al hacer espuma de modo bastante personal y arbitrario, y nuestro peluquero, descubriendo en él al Sujeto, empezó a utilizar su diestra mano. Su seguridad, destreza y rapidez en el manejo de la navaja se habían hecho famosas en toda la región. Los miércoles y sábados hacía incluso visitas

a domicilio. Muchas veces lo veíamos bajar a grandes trancos la Calle Larga, muy serio y diligente con su bolsa. Más honrado e íntegro que cualquier ser humano, el simio era el alma de aquel instituto de belleza. Tan sólo una cosa entristecía a su amo: Giovanni tenía muy poco talento para la filosofía.

—¡Es usted un estoico! —le gritó en cierta ocasión el barbero, después de haberlo sermoneado largo tiempo. En su fuero interno albergaba la esperanza de ganarlo para causas más dignas y elevadas.

Debo confesar que cada vez que pienso en mi primer año en el Reino de los sueños, me invade un sentimiento de honda melancolía. Por entonces todo marchaba aún bastante bien; sí, y hasta puedo decir que mis días más felices pertenecen a aquella época. Estimulado por todas las cosas nuevas que veía, el trabajo se me hacía fácil y agradable. Por las tardes, a eso de las cinco, me encontraba con algunos conocidos en el Café, desde cuya terraza se podía observar la animación callejera. Ésta no era muy grande, pues los habitantes de Perla preferían por lo general quedarse en casa. El centro de la ciudad, sobre todo, presentaba un aspecto bastante vacío y desolado. Sin embargo, y pese a esta escasa vida callejera, lo que se veía acababa convirtiéndose, gracias a su carácter íntimo, en un espectáculo entrañable. Poco a poco fui penetrando más profundamente en todo aquello. Encontré puntos de apoyo, asideros más o menos firmes en medio de aquel torbellino.



Las casas desempeñaron un papel muy importante en este sentido. A menudo tenía la impresión de que la gente estaba allí debido a esas casas y no viceversa. Los verdaderos individuos eran aquellas construcciones mudas y, sin embargo, de una significativa elocuencia. Cada una tenía su historia particularísima: no había más remedio que armarse de paciencia e ir leyéndola, paulatina y obstinadamente, sobre sus viejas paredes. Aquellas casas diferían muchísimo entre sí en cuanto a humores y temperamentos. Muchas se odiaban mutuamente y querían rivalizar a toda costa. Había algunas horriblemente gruñonas y malgeniadas, como la lechería de enfrente, y otras que parecían algo impertinentes y lenguaraces, como por ejemplo mi Café. Algunos pasos calle arriba, la casa en que vivíamos era una tía vieja y quejumbrosa. Sus ventanas, que miraban siempre de reojo, se me antojaban cargadas de malicia y ávidas de chismear. Mala, muy mala era la gran tienda del señor Blumenstich. En cambio, la herrería situada junto a la tienda de productos lácteos lucía ruda y jovial, y la casita contigua que pertenecía al inspector del río, mostrábase despreocupada y

casquivana. Pero mi favorita era la construcción que hacía esquina a la vera del río: el molino. Tenía una cara muy graciosa, totalmente enjalbegada y con un musgoso tejado a guisa de capucha. Mirando hacia la calle, una gruesa viga sobresalía en la parte más alta de la pared como un magnífico puro. Sin embargo, al llegar a la altura de los tragaluces su expresión se tornaba algo curiosa y astuta. Este molino pertenecía a dos hermanos. ¿O quizás ellos le pertenecían, como a una madre sus dos únicos hijos?

Podría seguir contando muchas cosas al respecto, si tuviera la seguridad de que mis lectores llegasen a interpretar su compleja interrelación como yo deseo. Así, por ejemplo, después de algún tiempo me pareció notar que las casas de una calle constituían algo así como una familia. Incluso cuando había pleitos internos, por fuera presentaban un aspecto unitario. Allí, en la desolada ciudad de Perla, se me ocurrían ideas que nunca habrían pasado por mi mente en otros lugares del mundo civilizado. Pero mi compenetración con aquel mundo alcanzó un grado de especial intimidad cuando mi olfato empezó a agudizarse prodigiosamente. Esto sucedió ya al cabo de medio año. A partir de entonces, mi nariz se convirtió en árbitro de mis simpatías o de mis rechazos. Me pasaba horas recorriendo detenidamente los viejos rincones, husmeando y olfateándolo todo. El ejercicio de esta actividad puso a mi alcance un plano nuevo e ilimitado de la realidad. Cada uno de esos objetos usados me comunicaba algún pequeño secreto. Mi esposa sonreía con frecuencia al verme olisquear, con aires de conocedor, cosas tan heterogéneas como un libro o una cajita de música. Cierto es que me comportaba casi como un perro, pero era algo que no podía explicar con mayor precisión. Se trataba de un caso de hipersensibilidad tan sutil que rayaba en lo inefable.

Al comienzo era un olor bastante definido, aunque indescriptible, el que se fue propagando por el Reino de los sueños, impregnándolo todo. Unas veces se dejaba sentir con gran intensidad, otras resultaba casi imperceptible. En los puntos de mayor concentración podía definirse aquel extraño olor como una mezcla de harina y bacalao seco. No lograba explicarme su origen. Sin embargo, los olores particulares de cada objeto eran mucho más definidos. Me dediqué a analizarlos acuciosamente y al hacerlo solía experimentar a menudo una fuerte repugnancia. La compañía de personas que de acuerdo a mi olfato despidieran mal olor podía convertirme fácilmente en un ser irritable. No obstante, todos esos seres vivos y objetos en apariencia inanimados hacían presentir, pese a su diversidad y al hecho de haber sido reunidos en virtud de un extraño capricho, un trasfondo unitario prácticamente inconcebible.

VI

Todo lo que uno veía en el Reino de los sueños era opaco y confuso. Hasta qué

punto era esto cierto pude constatarlo un día que me estaban afeitando. Gíovanni me atendía con su habitual elegancia y lo único que allí molestaba era el aspecto, totalmente deslucido, de su navaja y de la bacía de cobre.

—¿Cómo es esto? —le dije al peluquero que, en aquel preciso instante me estaba leyendo un pasaje bastante difícil de la *Monadología* de Leibniz—, su asistente podría tener estas cosas en mejor estado, ¿no le parece?

—¿Cómo dice? —me preguntó asustado el gran filósofo, con cara de alguien que acaba de caer de las nubes.

—Quiero decir que esta bacía podría estar reluciente y la navaja limpia.

—¿Y qué quiere que haga? Las cosas son como son y no hay que darles vueltas. Siempre trato de evitar las innovaciones.

Para echar por tierra sus teorías le señalé los espejos y le dije:

—Fíjese en lo impecables y brillantes que están.

Entonces su filosofía le abandonó por completo y se vio en un verdadero apuro.

—Cierto, los espejos —permaneció unos instantes pensativo y luego añadió, titubeante y como si le costara mucho articular las palabras:

—¡Los espejos no significan *absolutamente nada*!

Evidentemente, le resultaba penoso hablar del asunto.

—¡No quería ofenderle! —le dije en tono amable y abandoné su tienda.

¡Poco importaba! Tenía su encanto vivir en medio de aquellas cosas viejas y oxidadas y no vacilo en insertar aquí la siguiente carta, dictada totalmente por mi estado de ánimo en aquel momento. Además, contiene la descripción de una extraña costumbre relacionada con un culto al que habré de referirme luego. Se trata del gran *Hechizo del Reloj*. Dicha cana estaba en el cuaderno de apuntes hallado entre mis pertenencias tras la caída del Reino de los sueños. También encontré en el cuaderno el catálogo de objetos sagrados que detallaré más adelante. Las demás hojas sólo estaban emborronadas con trazos ilegibles, salvo la parte interior de la cubierta, en la que había esbozado a la ligera un plano de la ciudad de Perla, anotando también ciertos datos que me sirvieron para orientarme los primeros días.



Escribí aquella carta tres meses después de mi llegada. Fue mi primer intento por establecer comunicación con el extranjero. Al cabo de dos años, la misiva me fue devuelta con la marca: *destinatario desconocido*. El sobre está totalmente cubierto de matasellos y anotaciones ininteligibles. Esa carta y el cuaderno de apuntes son las únicas pruebas de la existencia del Reino de los sueños que puedo presentar a quienes me visitan.

«Querido Fritz:

»Aunque te parezca increíble, estoy en el Reino de los sueños. Lo único que puedo aconsejarte es que lées tus bártulos y te vengas aquí en cuanto recibas la presente. Perla es un auténtico *El Dorado* para el coleccionista. La ciudad entera es un museo donde naturalmente hay mucha mediocridad, pero también piezas extraordinarias. Hoy he visto un arcón gótico tallado, un par de candelabros de plata (del siglo XVI) y uno de aquellos fabulosos bronce del Renacimiento (muchacho montado en un toro, de nuestro Cellini) que tú siempre andas buscando. La semana

pasada vimos cosas de porcelana increíbles: prefiero no hablar de los precios bajísimos, de lo contrario tendría que empezar a preocuparme por tu salud. Cualquiera que tenga algo de olfato puede encontrar esos tesoros día a día y a cada paso. Aquí sólo hay *antigüedades*; la gente vive como nuestros abuelos antes de la revolución del 48 y el progreso nos tiene sin cuidado. Sí, mi estimado, somos conservadores y nuestros artesanos son expertos en arreglar y restaurar objetos. De cada cinco casas, una es una tienda de antigüedades: vivimos de cachivaches. También podrás apreciar extravagancias arquitectónicas: el Palacio es una combinación, lograda sin mayores esfuerzos, de por lo menos veinte estilos diferentes. Y además, uno va haciendo descubrimientos divertidísimos. ¡Hay que ver para creer! Para que comprendas la razón de mi buen humor te contaré algo sobre la última gracia que he tenido oportunidad de observar. Se trata del *gran Hechizo del Reloj*, como lo llaman aquí. Escucha, pues: en nuestra Plaza Mayor se levanta, sólida e imponente, una torre gris, una especie de modesto *campanile*. El monumento alberga un antiguo reloj, cuya esfera ocupa el tercio superior. En aquel disco, que de noche está iluminado, vemos siempre nuestra hora oficial, y todos los demás relojes de la ciudad y el campo se ponen en hora con él. Pero esto no tendría nada de particular si no fuera porque aquella torre posee, además, una extrañísima peculiaridad, que es la de ejercer una atracción increíble y misteriosa sobre todos los habitantes. A ciertas horas, el destartalado monumento queda rodeado por verdaderos enjambres de hombres y mujeres. Los extranjeros permanecen atónitos al contemplar el extraño comportamiento de aquella multitud. La gente comienza a patear nerviosamente sin dejar de mirar las largas y oxidadas manecillas que giran en lo alto. Si se les pregunta qué es lo que ocurre, se obtienen respuestas dispersas y evasivas. Pero el que observe la escena con mayor detenimiento advertirá dos portezuelas de entrada al pie de la torre, hacia las cuales convergen todos. Cuando la muchedumbre es muy grande se forman varias filas, y hombres y mujeres vigilan —furiosos los unos y angustiadas las otras— que toda la operación se desarrolle dentro del orden previsto. Cuanto más avanzan las manecillas, mayor es la tensión. Los congregados van desapareciendo uno tras otro, y el que menos, quisiera quedarse dentro uno o dos minutos. Los que luego salen tienen todos una expresión de profunda satisfacción y de felicidad casi absoluta. No es, pues, nada raro que yo también sintiera curiosidad. En cierta ocasión le pregunté incluso a uno de mis contertulios del Café en qué consistía el misterio del reloj, pero tampoco tuve suerte con él. “Hablar de algo así, me dijo, revela falta de tacto y además es signo inequívoco de estupidez. Sin embargo, para que lo sepa de una vez por todas: ¡es el *gran Hechizo del Reloj*! ¡Anóteselo!” Su indignación no hizo más que aumentar mi curiosidad. Mi sospecha inicial de que quizá se tratase de algún monumento histórico, una cámara oscura o un panóptico, resultó ser totalmente infundada. Por último, decidí intentar personalmente la experiencia y me llevé una triste decepción. ¿Sabes lo que había dentro? Ya veo que tus expectativas también quedarán defraudadas. Se entra en una celda pequeña,

angulosa y vacía, cuyas paredes están parcialmente cubiertas de enigmáticos dibujos, símbolos sin duda. Detrás del muro se escucha el poderoso balanceo del gran péndulo que hace: tic... tac... tic... tac... Por encima de la pared de piedra fluye continuamente un chorro de agua. Hice lo mismo que el hombre que entró detrás de mí: miré fijamente la pared y dije en voz alta y bien articulada: “¡Aquí estoy, delante de ti!” Luego hay que salir nuevamente. La expresión de mi cara debió ser de total perplejidad.

»Las mujeres tienen su propia celda con entrada independiente y señalada, como en todas partes, por pequeños letreros. Pero lo maravilloso del caso es que a partir del día en que tuve mi primera experiencia con el reloj, empecé a sentir que el hechizo me iba envolviendo a mí también. Al comienzo sólo sentía un pequeño tirón cuando pasaba junto a la torre. A los pocos días, mi inquietud comenzó a aumentar en forma constante; era como si algo me *empujara* hacia allí. De modo que decidí participar en el absurdo ritual, ya que de nada servía oponerle resistencia. Y ahora todo va bien. Han repartido torrecillas por toda la ciudad, inspirándose en la de la Plaza Mayor. En el campo, cada alquería tiene su pequeño reloj en algún rincón, según dicen. Día tras día sigo yendo al mío a la hora establecida. Así es, riéte de mí si quieres. “¡Señor, aquí estoy delante de ti!”

»La vida pictórica es más bien pobre aquí. En general, las obras de arte son apreciadas sobre todo como objetos de uso. Hay unos cuantos pintores que andan dispersos y de los cuales he visto lienzos oscuros y finamente elaborados: un renuevo sin precedentes de la antigua escuela holandesa. En casas de gente acomodada se encuentran a veces cosas excelentes: Ruysdael, Brueghel, Altdorfer y algunos primitivos. El banquero Alfred Blumenstich, nuestro Creso y director del Banco de los sueños, posee una valiosísima galería en la que figuran incluso un Rembrandt y un auténtico Grünewald, cuya existencia ningún hombre sospecha. El cuadro se titula: *Los siete pecados capitales devorando al Cordero de Dios*. Aquí nadie utiliza colores vivos y el dibujo tiene mayor acogida. Tengo un puesto muy agradable en el *Espejo de los sueños*, periódico ilustrado: cuatrocientos florines y buenas condiciones de trabajo. Todavía no he conocido a mi único colega, el dibujante Nikolaus Castringius. Si decides venir, podría encontrarte algún trabajo en el periódico.

»Disculpa que me interrumpa aquí. Espero verte pronto.

»Tu viejo amigo, dibujante y soñador.

»P. S. —Puedes vivir con nosotros en una romántica casita situada en las afueras de la ciudad. El ambiente es de absoluta tranquilidad, como en el campo.»

Como se puede apreciar en la carta, mi estado de ánimo era a la sazón bastante optimista. Al final de este capítulo describiré, hasta donde logre acordarme, los aspectos sombríos del asunto, que ya por entonces empezaban a perfilarse. De momento quisiera hacer algunas observaciones sobre el culto, o lo que yo

consideraba como tal.

VII

Era éste un tema tan interesante como complejo. Nunca llegué a tocar fondo en él, ni siquiera más tarde. Y, sin embargo, conjeturaba la solución de más de un enigma. Así pues, si mis investigaciones arrojan resultados negativos no es culpa mía, ya que precisamente en este punto un sino adverso desbarató mis mejores intenciones, redundando en perjuicio del botín obtenido.

Todas las grandes religiones del mundo antiguo se hallaban más o menos representadas en el País de los sueños. No obstante, la vida religiosa era simple apariencia, una superchería que la gente culta no tenía reparo en admitir como tal. Éstos eran librepensadores de gran inteligencia y no podían someterse fácilmente a ningún esquema rígido e hierático. Sin embargo, y pese a que había muchas mentes lúcidas entre ellos, les quedaba siempre cierto residuo de religiosidad bajo la forma de una creencia fatalista en la sutil equidad del Destino, amén de todo tipo de ideas oscuras e incomprensibles. De éstas no podía burlarse nadie. Yo lo hice una vez y pagué las consecuencias.

Cuando aún no llevaba tres meses viviendo en Perla, conocí un día en el Café a un simpático joven, el barón Hektor von Brendel. Sus maneras, impecables y distinguidas, revelaban en él al hombre de mundo, un poco neurasténico y aburrido, pero sin un pelo de tonto. Fue la suave y siempre contenida melancolía de su carácter lo que me atrajo en él desde un comienzo. Poco después empezamos a vernos diariamente.

—Hace ya tres años que está usted en Perla, Brendel —le dije un día que nos habíamos quedado solos en nuestra mesa habitual—. Nadie me quitará la idea de que aquí, en el Reino de los sueños, existe alguna secta religiosa secreta, una especie de orden masónica. ¿Sabe usted algo al respecto? ¿Podría tal vez iniciarme en sus misterios, ritos o usos?

Me lanzó una mirada de soslayo, tosió y me preguntó secamente:

—¿Qué es lo que le ha llamado la atención?

—Oh, nada en especial, las ideas sobre el Destino no son ningún invento reciente. Sin embargo, ¡ese ciego aferrarse al mismo modo de vida anticuado, esa ausencia de sentido progresista y una serie de cosas más!... —le conté mi aventura con el peluquero y su bacía de cobre. Me escuchó atentamente mientras liaba un cigarrillo y comentó con una triste sonrisa:

—Para serle franco, estimado señor, es verdad que hay algo de eso. Pero, pese a todos mis esfuerzos, no estoy mejor informado que usted sobre el particular.

—¡Ajá! —yo estaba desilusionadísimo—. ¿De modo que no sabe usted nada? No se preocupe, puedo guardar absoluto silencio si es necesario.

Brendel permaneció unos segundos pensativo, luego dijo a media voz:

—Aquí hay ciertas cosas que son veneradas, pero no sé si le servirá de algo que le nombre algunos de esos objetos sagrados.

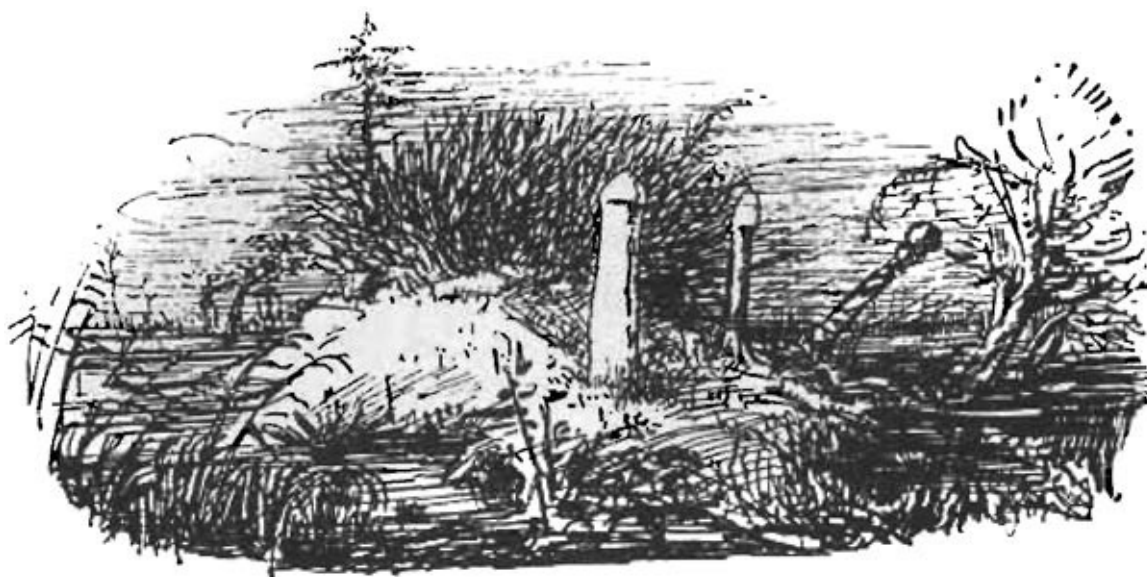
—¡Oh, se lo ruego, hágame ese gran favor! —le imploré lleno de curiosidad.

—Pues verá: los huevos, las nueces, el pan, el queso, la miel, la mantequilla, el vino y el vinagre son objeto de especial veneración.

—¡Ajá! —exclamé exultante—, un higiénico culto basado en los placeres del estómago. ¡Magnífico! —no pude impedir un ligero tono de burla en mis palabras—. ¿Y por qué no el té, el café y el azúcar?

Entonces Brendel me volvió la espalda y pagó. Una violenta ráfaga abrió la puerta del Café, dejando entrar un aire caliente y húmedo, cuyo olor a tierra se hallaba fuertemente mezclado con aquel otro, excitante y típico del Reino de los sueños. Brendel salió haciendo una ligera venia y aún vi su silueta a través de los grandes cristales empañados. Había oscurecido.

No, no debí haber procedido de esa forma; con mis bromas había dejado pasar una buena oportunidad. La próxima vez actuaría con más cautela.



Aquella religión no podía limitarse al culto de la comida y la bebida. Poco después me enteré de que el cabello, los cuernos, las piñas, los hongos y el heno también eran cosas sagradas. Hasta los excrementos del ganado caballar y vacuno tenían un significado especial. Entre los órganos internos, el hígado y el corazón eran los más importantes, así como entre los animales, los peces. Las pieles curtidas también ocupaban un rango misterioso en aquel universo jerárquico donde, sin embargo, el hierro y el acero eran, al igual que otras aleaciones, algo así como las antípodas de los valores antes mencionados. Con ellas sucedía exactamente lo contrario: parecían simbolizar una serie de peligros. Yo me enteré de todos estos detalles por boca de unos cuantos campesinos y cazadores, para lo cual tuve que hacer largas excursiones a campo raso. Fui anotando toda la información que, con el

tiempo, logré obtener de aquella gente más bien lacónica, pero a fin de evitar digresiones inútiles, no quisiera incluir aquí la lista completa. Quizá resulte interesante mencionar un solo hecho. En los bosques y pantanos había lugares apartados donde ningún caminante se atrevía a entrar a la hora del crepúsculo: gozaban de una reputación siniestra; y los habitantes del Reino que no tenían nada que hacer allí se sentían bastante contentos.

Tal vez se me habrían aclarado muchas cosas y no hubiese andado tan a tientas si, al menos una sola vez, hubiera visto con mis propios ojos el famoso templo situado a orillas del lago. Según todas las referencias llegadas a mis oídos, aquel santuario debió de haber sido una auténtica maravilla. Se alzaba a orillas del Lago de los sueños, a un día de viaje desde Perla. Estaba rodeado de lagunas artificiales y de un tranquilo parque. En aquel templo se guardaban, según oí decir, los tesoros más preciosos del Reino de los sueños. Había sido construido con materiales nobilísimos y de manera tal que el visitante tenía la impresión de estar ante un monumento etéreo y como suspendido en el aire. El gran salón estaba pintado de marrón, gris y verde, los colores de Patera. En una serie de aposentos misteriosos y subterráneos habían colocado estatuas simbólicas. Lamentablemente, el templo sólo estaba abierto al público una vez al año, e incluso entonces era necesario tener buenas recomendaciones para poder visitarlo. Al comienzo abrigué la esperanza de que los vínculos personales que me ligaban a Patera habrían de facilitarme el ingreso. Sin embargo, la visita que tenía pensado hacerle fue constantemente aplazada hasta que, por último, ocurrieron *los sucesos*.



Por más que realizara exhaustivas investigaciones sobre la verdadera religión del Reino de los sueños, fue muy poco lo que llegué a sacar en claro. ¡Era realmente fatal la frecuencia con que yo mismo escandalizaba a los demás!

En cierta ocasión fui invitado a casa del banquero Blumenstich. Habíase reunido allí una apreciable cantidad de gente y la atmósfera era de grata animación. El dueño de la casa había sido condecorado por su gestión en favor de los baños públicos, cuya insatulación promocionara activamente. Estaban, pues, celebrando aquella distinción con gran fasto.

Terminada la cena, los invitados se pusieron a fumar y a beber tranquilamente sus licores. «Aquí se halla reunida la flor y nata de la intelectualidad de Perla», pensé, «si hoy no logro enterarme de nada, no lo haré ya nunca más». Entusiasmado por esta idea, rompí a hablar de pronto sobre los enormes e infructuosos esfuerzos que había desplegado para llegar a conocer la verdadera religión de los soñadores. Las palabras, brillantes y persuasivas, iban fluyendo de mi boca como impelidas por una fuerza interna. Cuando por fin creí haber convencido a todos de mi ardiente curiosidad, les rogué que me dieran alguna información. Luego enmudecí, aunque tampoco hubiera podido seguir hablando, pues tenía la garganta seca. Todos permanecieron

silenciosos, confusos y preocupados. Dos señores ya ancianos, de porte distinguido y rostro inteligente, vestidos con elegantes trajes estilo Biedermeier^[5], se retiraron al salón contiguo. ¡Y pensar que había puesto en ellos mis máximas esperanzas! Finalmente, el anfitrión me preguntó, mientras se rascaba las negras patillas:

—Joven, ¿ha estado usted alguna vez en el Suburbio? No deje de darse una vuelta por allí —su voz tenía un timbre agudo y de ligero rechazo.

Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. ¡Por lo menos alguien había hablado! La conversación derivó luego hacia los temas más anodinos. Nadie parecía ya notar mi presencia. Tan sólo mi redactor jefe, que también se hallaba entre los presentes, dijo en tono conciliatorio:

—¡Vaya, vaya! ¡Estos dibujantes!

Pero eso tampoco me sirvió de nada. Sumido en hondos pensamientos, regresé pronto a casa. «¡Nunca lograré averiguar el secreto!», exclamé en la noche.

Al pasar ante la torre del reloj me sentí atraído. Y el *Hechizo del reloj*, ¿guardaría acaso relación con lo que me interesaba saber? Mas preguntarse esto también revelaba falta de tacto. Si no, ¿de dónde provenía mi desconcierto? ¡Era evidente que había vuelto a comportarme como un *enfant terrible*! Además, ¿qué tenía que ver todo esto con el Suburbio, aquella vieja aldea situada más allá del puente y de la que nadie se preocupaba? ¡Simples subterfugios! ¡Pero yo estaba dispuesto a llegar al fondo de la cuestión! Y, cerrando el puño, me juré a mí mismo que lo haría.

VIII

Ha llegado el momento de que también diga algo sobre el aspecto sombrío de nuestra vida, pues si no el lector podría pensar que, a fin de cuentas, todo era allí color de rosa. La vida placentera trajo también una serie de experiencias desagradables. Para empezar con la casa en que vivíamos, diré que en el piso de abajo se había instalado una solterona vieja, la princesa de X. Era más fea que una rata enferma y además pendenciera como ella sola. Este personaje, que hizo pasar muchos malos ratos sobre todo a mi esposa, era la quintaesencia de la tacañería. Poseía muchísimo dinero, pero su vida transcurría en medio de un hermetismo tal que nadie sabía nada preciso sobre ella. Era evidente que la anciana señorita encontraba gran satisfacción en suscitar eternamente riñas. Cuando pasadas las nueve de la noche me ponía a dar vueltas en mi habitación, ella daba una serie de golpes regulares contra el techo de la suya, indicándome que deseaba silencio. Cada vez que nos veía bajar las escaleras empezaba a refunfuñar. Ante la puerta de su casa había siempre una hilera de ollas y fuentes, destinadas a recibir leche y otros productos similares. Una vez tropecé en la oscuridad con una de sus ollas de barro y se la quebré. ¡Aquello fue un desastre! ¡Enemistad declarada! Quiso hablar mal de mí hasta con el peluquero, que, pese a su filosofía, aún sentía cierto respeto ante *Su Alteza*. Sin embargo, un día en

que las cosas fueron demasiado lejos y comenzó a insultar a mi esposa en el vestíbulo, arremetí abiertamente contra ella:

—¡Con la facha que tiene, más parece usted la Princesa de la Mugre! —la vieja arpía estaba despeinada. De algo sirvió mi ataque, pues a partir de entonces, la señora, muy orgullosa de su origen noble, se retiraba a sus aposentos cada vez que me oía. En cierta ocasión lo hizo con tanta premura que dejó una de sus remendadas pantuflas en la escalera. Yo la aparté de un puntapié y, con gran sorpresa, vi rodar unas cuantas monedas de oro por los peldaños. «¡Ladrón, asesino!» chilló la dama, poniendo a toda la casa en contra nuestra. Incidentes como éste ocurrían con harta frecuencia. Sin embargo, si bien la bruja nos amargaba la vida sistemáticamente, *el estudiante* nos la hacía aún más insoportable.

Éste tenía una habitación en el mismo piso que nosotros y era un borracho empedernido. Su cara hinchada e inexpresiva presentaba varias cicatrices en las mejillas, que parecían triplicar las dimensiones de su boca. En cambio, su inteligencia no parecía sobrepasar el tercio de la que suele fijarse como promedio en el ser humano.

Resulta que nuestro vecino, que llevaba una sempiterna existencia nocturna, se equivocaba de puerta cada vez que, borracho como una uva, trataba de llegar a su cubículo. Casi todas las noches nos despertábamos sobresaltados al oír sus juramentos y aldabazos. Muchísimas veces me vi obligado a pedirle explicaciones por su comportamiento. Pero ¿de qué podían servirnos sus disculpas? Las molestias seguían, y sólo nuestro amor a la paz nos llevó finalmente a acatar lo inevitable.

Y esto no era todo. Había días que parecían realmente embrujados. Para citar sólo unos cuantos casos:

Una vez, a las cinco de la madrugada, llamó a la puerta un albañil que llevaba un cubo de argamasa y su juego de herramientas, afirmando resueltamente que tenía el encargo de tapiar las ventanas de nuestra casa. En otra ocasión, y ya bastante tarde, nos dieron una serenata. Una orquesta de gitanos se instaló delante de nuestra puerta y, claro está, después descubrimos que se trataba de un error. También acudían visitantes con las solicitudes más heterogéneas, o bien nos traían objetos extraños que nunca eran reclamados. Una vez guardamos por espacio de catorce días un paquete lleno de cortezas de queso. Cuando por fin me decidí a tirarlo a la basura, aparecieron tres oficiales a reclamar, en tono áspero, lo que ellos llamaban su propiedad. La mendicidad a domicilio era algo común y corriente en Perla. Pero con frecuencia nos ocurrieron cosas mucho más desagradables. Por ejemplo, una tarde, justo a la hora del crepúsculo, se nos presentó un grupo de hombres vestidos de negro que cargaban un ataúd. «Es aquí donde hay que entregarlo, ¿verdad?», preguntaron en tono amable. Mi pobre esposa quedó impresionadísima con el suceso.

No quiero insistir demasiado en todos estos malentendidos, así como tampoco en las constantes llamadas a nuestra puerta. Sin embargo, a veces sucedían cosas rarísimas y difíciles de creer. Para el servicio doméstico habíamos contratado a una

mujer ya vieja que venía a trabajar por horas. Siempre andaba quejándose de dolor de muelas y nunca pude verla sin un pañuelo que le envolvía la cabeza. Cocinaba muy bien y con bastante gusto, cosa que, por lo demás, no era ninguna hazaña teniendo en cuenta la excelente calidad de los productos alimenticios en el Reino de los sueños. Al cabo de unas cuantas semanas, habría jurado que tras las ajadas vestimentas se ocultaba una persona distinta. Ya no era la misma criada anterior. Claro que a mi mujer no le dije ni media palabra, pero, lamentablemente, hubo cosas que también llamaron su atención.



—Oye —me dijo un día—, creo que Ana se tiñe el pelo. Desde ayer la veo rubia, ¿no era morena antes?

—¡Ajá, con que también es vanidosa! —repliqué fingiendo una total indiferencia. No obstante, hacía tiempo que algo me olía a chamusquina en todo aquello. Y un buen día la cosa fue demasiado evidente. La víspera nos había servido una persona robusta y de mediana edad; y ese día, en cambio, la que puso las fuentes sobre la mesa era una anciana diligente y con cara de arpía. Mi esposa se aferró a mí y los dos nos quedamos petrificados—. ¡Pero si lleva el mismo pañuelo! —dije tartamudeando a la vez que miraba los ojos, agrandados por el pánico, de mi cónyuge.

Intercambiamos nuestras impresiones en voz susurrante: hacía un mes que ella también tenía una serie de premoniciones siniestras.

—¡No, aunque haga el trabajo de diez personas, no quiero tenerla en casa! ¡Prefiero hacerlo todo yo sola!

Tuve que despedir a Ana y me quedé en casa unos cuantos días. Finalmente hice un trato con el peluquero para que, mediante una remuneración, Giovanni Battista viniese por las mañanas a ayudar a mi esposa en las tareas domésticas. Las cosas marcharon muy bien y mi mujer quedó contentísima con el inteligente animal. Lo único que no le permitíamos tocar era mi mesa de dibujo. Había que andar con cautela, pues como él mismo se consideraba un poco artista, continuamente quería ayudarme y mejorar mis trabajos. Hasta donde pude, yo también colaboraba haciendo las compras, pues había que vigilar siempre a los vendedores para no ser víctima de sus engaños. En cierta ocasión compré en el mercado dos costillas de cordero a un precio realmente bajísimo. Cuando llegué a casa y, lleno de orgullo, abrí mi paquete, comprobé que en vez de carne, contenía pequeñas trampas de las que aún colgaban colitas de ratón. «¡Diantre, te han vuelto a engatusar!», pensé para mis adentros.

IX

¡Y luego aquellos ruidos! ¡Ese horrible bullicio durante toda la noche! ¡Era insoportable!

Desde el Barrio francés llegaban esporádicamente pandillas con prostitutas salidas de las casas de citas. Una algarabía sorda, de la que emergían gritos y silbidos, se acercaba a nuestras ventanas y volvía a alejarse. Los borrachos que salían del Café pronunciaban largos monólogos, salpicándolos, en su delirio alcohólico, de espantosos juramentos. ¡Era algo a lo que no podíamos acostumbrarnos! Como las casas se alzaban formando una serie de ángulos en las calles, sus salidizos y sinuosidades hacían que cada palabra pronunciada en voz alta fuese repetida varias veces por el eco. Las voces chillonas que provenían del centro de la ciudad eran recibidas y retransmitidas en un tono más o menos estridente, sin que nadie supiese explicar su origen. Luego volvía a reinar la calma anterior, hasta que se empezaban a

oír toses y risas ahogadas. Vagar de noche por las calles de Perla era una auténtica tortura. Las personas hipersensibles veían abrirse ante ellos abismos espeluznantes. Quejas y gemidos de todo tipo surgían de las ventanas enrejadas y de los sótanos. Tras las puertas semiabiertas se oían gritos sofocados, que hacían pensar involuntariamente en estrangulaciones y crímenes de toda especie. Siempre que, con paso temeroso, me dirigía a casa, escuchaba detrás de mí cientos... no, más bien miles de carcajadas y voces burlonas. Los portones de las casas abrían sus enormes fauces ante el apresurado transeúnte, como queriendo devorarlo. Voces invisibles atraían hacia la orilla del río; la tienda de Blumenstich esbozaba una sonrisa sarcástica; la lechería simulaba una trampa oculta e insidiosa, y ni siquiera el molino permanecía tranquilo, sino que parloteaba animadamente toda la noche. Acosado por el miedo, muchas veces me refugiaba en el Café al regresar a casa. Entretanto, mi pobre esposa, sola en el piso, también era presa del pánico cuando un armario rechinaba o un vaso se rompía en mil pedazos. Creía oír palabras espantosas que surgían de todos los rincones. Más de una vez la encontré, a mi llegada, bañada en un sudor frío, producto de sus pavorosas alucinaciones. Aquellas noches de insomnio ejercieron un influjo demoledor sobre sus nervios: muy pronto empezó a ver por todas partes fantasmas y sombras errantes.

Aquella sustancia indefinible no nos abandonaba nunca: la olíamos y, finalmente, llegamos a sentirla con todo el cuerpo. Durante el día nadie veía nada. La ciudad presentaba su aspecto habitual: muerta, vacía, inanimada.

CAPÍTULO IV

BAJO EL HECHIZO

I

UNA noche que regresaba del Café subí uno a uno los escalones que conducían a mi piso. Al oír la señal convenida, mi mujer abrió la puerta. Tenía los ojos llorosos y parecía muy afectada. Sobre la mesa vi el estuche de cuero con el retrato de Patera.

—¿Qué hace esto aquí? ¿Ha pasado algo?

—*Le* he visto... sí... es el mismo! —dijo con voz confusa y entrecortada—. Todavía sigo sin entender nada, pero es imposible que me haya equivocado: nadie más puede tener *esos ojos*.

—Pero por favor, sé un poco más explícita.

Y en un tono jadeante e inconexo me contó lo siguiente:

—Cuando regresaba del mercado quise doblar por la Calle Larga... ya estaba oscureciendo, de modo que apreté el paso para llegar rápido a casa. Entonces oí un ruido de pasos precipitados detrás de mí: era uno de los faroleros que casi me rozó al pasar a mi lado. Al punto se volvió hacia mí por un instante y me dijo en voz baja «¡Disculpe usted!» ¡Qué cosa más horrible! Imagínate... era tu amigo Patera.

Las últimas palabras fueron pronunciadas a voz en cuello. Por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas y, prorrumpiendo en sollozos, ocultó su cabeza en mi hombro. Yo mismo, terriblemente asustado y haciendo grandes esfuerzos por dominarme, intenté calmarla.

—Te habrás equivocado —le dije en el tono más indiferente que pude—, ¡seguro que te has equivocado! El crepúsculo... en la semipenumbra es muy fácil engañarse. Además, ¡cómo se te puede ocurrir algo semejante! ¡No creerás que Patera, el propietario de todo esto, va a lanzarse por las calles como un simple farolero!

Mi voz era insegura; yo también estaba asustadísimo.

—¡Oh, no hables así, que no haces sino empeorar las cosas! Su cara no tenía expresión alguna: era como una máscara de cera, sólo los ojos... ¡Había en ambos un fulgor recóndito y misterioso!... ¡Aún me estremezco cuando pienso en ellos! —su mano estaba caliente y temblorosa, por lo que insistí en que se acostara. Traté de distraerla un poco contándole los últimos chismes del Café, pero me di cuenta de que era imposible apartar sus pensamientos de aquella experiencia. Yo también tenía miedo.

La vida se iba tornando cada vez más enervante y endemoniada. Pese a la escurridiza uniformidad de los días, no teníamos un solo instante de reposo. Nadie estaba seguro de lo que iba a suceder una hora después.

Poco a poco llegué a hartarme del Reino de los sueños. Claro que la experiencia

de mi esposa había sido una alucinación. Mi amigo Patera tenía cosas más importantes que hacer que perder su tiempo en bromas carnalescas. Sin embargo, una alucinación no deja de ser un aviso: sus nervios torturados empezaban a rebelarse.

II

Por entonces conocí también a Nik Castringius. No podría decir a ciencia cierta si le caí en gracia o no. Había tenido que renunciar a su puesto en el *Espejo de los sueños* y ahora trabajaba en forma independiente. Me pareció una persona muy original y mucho más simpático que los dos amigos con quienes venía al Café: de Nemi y el fotógrafo. Castringius no sabía disimular sus defectos: la envidia y los celos se le leían en la cara. Sin embargo, este mismo hecho lo convertía en una persona por completo inofensiva, cuyas facetas positivas hacían su trato agradable. Es muy raro que un individuo realmente malo llegue a ser artista: alguna que otra villanía de vez en cuando, y de ahí no pasa. Nuestras sensaciones no nos dejan tiempo para trapacerías de alto vuelo. Ponemos nuestra alma al desnudo en las obras que realizamos, de suerte que todos pueden ver perfectamente en qué clase de sinvergüenza hubiera podido convertirse tal o cual artista bajo determinadas circunstancias. ¡El arte es una válvula de seguridad!



Antes de mi llegada, Castringius se hallaba en la etapa más simplista de su carrera artística. Tres o cuatro líneas a lo sumo y el cuadro estaba listo. Es lo que él llamaba grandeza. Los trabajos más importantes llevaban por título: *La cabeza*, *Él*, *Ella*, *Nosotros*, *Ello*. Es preciso admitir que la imaginación no conocía en él barrera alguna. Por ejemplo, una cabeza en un florero... y uno no podía interpretar la obra como

mejor le pareciese. Poco después, cuando empecé a tener cierto éxito, mi colega tuvo que aspirar a cosas mayores.



—Profundizar el tema, ¡ésa es la clave! —solía afirmar obstinadamente. Y entonces surgieron dibujos como: *El insano papa Inocencio bailando el rigodón del Cardenal*.

El dibujante tenía un pequeño taller en una buhardilla del Barrio francés, que era el sector de la ciudad donde podía vivir de acuerdo a sus gustos y caprichos. Fue ahí también donde conocí a de Nemi. Éste era un verdadero cerdo: lugarteniente de infantería y cliente asiduo de *madame* Adrienne. Sus ideas y preocupaciones se limitaban exclusivamente a lo que allí ocurría, y sus conversaciones casi nunca abandonaban dicho tema. Andaba siempre con el uniforme sucio y los ojos enrojecidos.

No es mucho lo que puedo decir sobre el fotógrafo. Era un inglés de rostro largo, cabellos rubios como la paja, levita de terciopelo y corbatín flotante. Todavía trabajaba según los procedimientos antiguos: recurriendo a la placa de colodión y respetando los diez minutos de exposición. En Perla aún no habían superado aquella etapa. Por lo demás, era un hombre taciturno y le gustaba mezclar licores.

Ya me he referido antes al teatro. Añadiré que sólo fui a él una vez. Representaban *Orfeo en los infiernos* y el público se reducía exactamente a tres personas. Aunque la versión fue bastante buena, no puede decirse que la velada fuera agradable. Los tres espectadores contribuyeron a intensificar aún más el vacío de la gran sala, en el que la música repercutía de modo siniestro. Los actores parecían trabajar para entretenerse a sí mismos. Yo estaba en una butaca de galería y, de pronto, tuve la impresión de que aquella sala ennegrecida era el antiguo teatro

municipal de Salzburgo, demolido mucho tiempo atrás. Cuando yo era un chiquillo de once años, aquel teatro se me había antojado la quintaesencia de toda majestad y grandeza. En cambio, lo que ahora veía no eran más que bancos de madera bastante usados, raídas butacas tapizadas de rojo oscuro y estuquerías resquebrajadas. Enfrente de la escena había un palco enorme y oscuro sobre el que, grabado en letras doradas, figuraba el nombre de *¡Patera!* Más de una vez me pareció ver brillar, en medio de la penumbra, un par de puntos luminosos, dos puntos muy cercanos uno del otro. De Nemi, que parecía estar muy al tanto de todo lo que ocurría entre bastidores, explicó un día con lujo de detalles por qué el teatro no lograba prosperar. «¿Para qué necesitamos un teatro en Perla? ¡Basta con el que vemos cada día!», decía la gente y no iba a ningún espectáculo.

Por último, se produjo la bancarrota. La compañía se disolvió y las actrices de menor categoría fueron instalándose paulatinamente en el lupanar, donde conservaban sus antiguos trabajos como coristas, bailarinas, etc. Con el resto se formó una compañía de variedades, subvencionada por Blumenstich. De Nemi estaba contentísimo, pues le fascinaban los cabarets. A mí, en cambio, el asunto me interesaba muy poco.



En el Café, el tabernero iba de mesa en mesa saludando a los parroquianos con una sonrisa falsa y estúpida. Tan sólo se quedaba quieto ante los ajedrecistas, cuyo juego seguía con gran seriedad aunque no tuviera la menor idea de lo que estaba pasando. ¡Era tan ingenuo!... Yo bostecé y me puse a mirar por la ventana. Junto al molino estaban descargando sacos de trigo. Podía distinguir claramente a los dos propietarios: uno de ellos, siempre alegre y risueño, el otro, reservado y de mirada torva. En cuanto a su aspecto exterior, aquellos dos eran los personajes más anticuados de toda la ciudad: todavía usaban talegas y zapatos con hebillas, como en

los viejos tiempos.

Pasó un carruaje en cuyo interior iba reclinada una elegante dama.

—¿La conoce usted? —me preguntó de Nemi dándome un golpecito con el codo—. Es la dueña de su casa, la esposa del doctor Lampenbogen —luego se rió cínicamente y los otros contertulios también sonrieron. El coche se dirigía a los baños públicos.

Llamé al camarero para pagarle. Anton, un perfecto tramposo, quiso darme dinero falso... asignados^[6] de la Primera República. Sin embargo, esta vez las cosas no salieron como él hubiera querido, y tuvo que retirarse haciendo una mueca sardónica.

III

Mi pobre esposa no pudo recuperarse ya más de sus estados de angustia. Fue empalideciendo cada vez más, sus mejillas se iban hundiendo día tras día y siempre que le dirigía la palabra de manera imprevista, reaccionaba con un nervioso sobresalto. Esta situación no podía prolongarse indefinidamente, y lo único que me hacía aplazar nuestra partida era el hecho de no haber podido visitar aún a Patera. Era imposible pensar en irse sin un permiso especial suyo. Yo había presentado ya diez solicitudes en el Archivo, pero de las instancias superiores sólo llegaron unas cuantas fórmulas de consuelo, tales como: «Durante la actual temporada, el Departamento de audiencias permanecerá cerrado por vacaciones.» O si no: «En repetidas ocasiones hemos precisado al solicitante que sólo las personas que desempeñen un oficio burgués, normal y respetable, podrán ser tomadas en cuenta para la eventual concesión de una audiencia. Por tanto, le rogamos que tenga a bien atenerse a estas inveteradas costumbres y buscar uno de dichos puestos», etc. Yo estaba furiosísimo y dispuesto a decirle a mi amigo toda la verdad sobre aquella casta burocrática, tan nociva para la comunidad. «¡Me las pagarán...!»



Otra circunstancia se oponía seriamente a nuestro viaje de regreso: *¡Nos habíamos quedado sin dinero!* Sí señor: *¡sin dinero!* No quedaba un solo céntimo de los cien mil marcos.

—¡Lo único que nos faltaba! ¡Ya te lo había anunciado desde el comienzo! —le dije en tono amargo a mi esposa cuando me di cuenta de nuestra situación. Ciertamente es que la pobre no tenía culpa alguna de lo que nos había sucedido, por lo que le ahorré lamentaciones ulteriores. Poco importaba que nos hubieran robado o no, el hecho es que el dinero se había desvanecido y ahora dependíamos exclusivamente de mi sueldo.

De este modo fue llegando a su fin nuestro segundo año en el Reino de los sueños. Mi esposa era torturada incluso de día por sus horribles alucinaciones. Como la cocina quedaba en la parte posterior de nuestro piso, por una de sus ventanas se podía ver el patio interior de la lechería. En el centro de éste había un gran pozo y, un poco más atrás, se abrían las dos puertas de un establo.

—En ese pozo hay fantasmas —afirmaba mi esposa, arguyendo que más de una vez había oído una serie de golpes y bufidos extraños. Aunque yo no había notado nada, un día me propuse hacer una inspección para complacerla, y fui. Con el pretexto de que quería visitar la lechería, llamé repetidas veces a la puerta hasta que un suizo, bastante duro de oído, vino a abrirme. Reduje su morosidad mental con ayuda de una succulenta propina, tras lo cual me gritó al oído que podía ver todo lo que quisiera y se retiró a su cuartucho. Abandonado, pues, a mí mismo, pude dar comienzo a mis pesquisas.

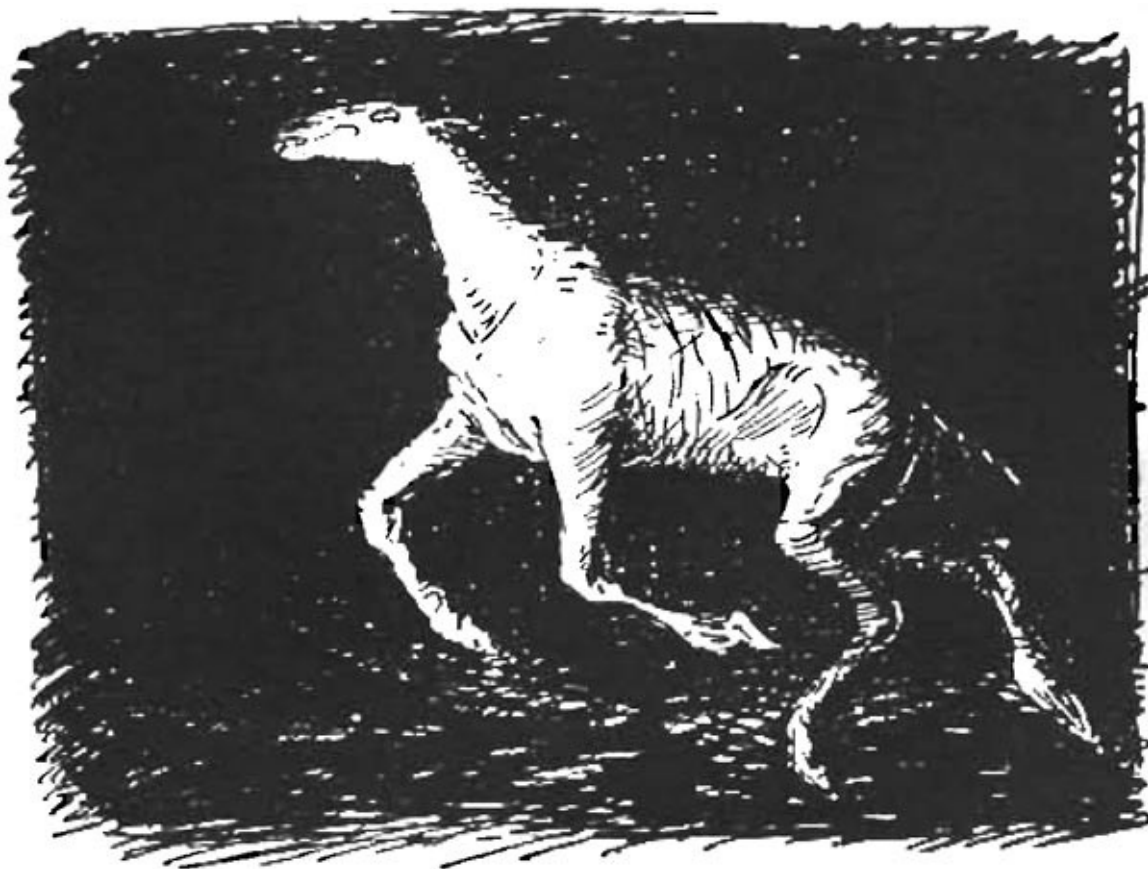
Atravesé rápidamente una larga serie de aposentos mal iluminados. El edificio

entero se iba internando a bastante profundidad bajo tierra, y la escasísima luz se abría paso a través de pequeñas claraboyas enrejadas. Un gran número de vasijas llanas y redondas cubrían largos vasares, y en las esquinas se veían cubos de madera repletos de leche hasta los bordes. Un depósito abovedado servía exclusivamente para guardar diversos utensilios, y sus paredes se hallaban recubiertas de vajilla de hojalata, platos de madera y todo tipo de tablillas. Empecé a buscar rápidamente el patio, pero en vez de encontrar la salida hacia él, sólo logré internarme en recámaras cada vez más oscuras, donde vi grandes marmitas que colgaban sobre fogatas extinguidas. Un fuerte olor a queso me hormigueaba en la nariz y, de pronto, descubrí una gran variedad de moldes de todos los tamaños, alineados en forma regular. Allí los tenía, pestilentes y viscosos, en medio de aquel sótano asqueroso, estrecho y alargado, cuyas paredes enmohecidas estaban llenas de telarañas. «Por aquí no puede ser», me dije y di media vuelta. Pero no pude encontrar mi camino entre aquel cúmulo uniforme de quesos, mantequilla y leche. Me perdí y fui a dar a un sector del subterráneo que, aparentemente, no era utilizado para nada. El techo abovedado era bajo, y pude ver gruesos ganchos de los que pendían cadenas de hierro oxidadas. La visibilidad era escasísima y el suelo resbaladizo parecía seguir un ligero declive. De repente tropecé con unos cuantos peldaños viscosos y quedé sumido en una oscuridad total. ¡Tinieblas profundas y aire helado de sótano!... en algún lugar, arriba, sonó un portazo. ¡Felizmente tenía unas cuantas cerillas en el bolsillo! Fue entonces cuando, por primera vez, percibí un ruido que llegaba desde lejos, de muy lejos. Al principio me pareció un martilleo distante, pero su volumen empezó a aumentar y aumentar con misteriosa celeridad. A la luz de una cerilla pude ver que me hallaba en una galería. Me invadió una angustia mortal. «Sal de aquí, ¡sal rápido de aquí!», fue lo único que atiné a pensar. Me puse a correr y, varias veces, mi cabeza chocó contra las paredes rezumantes. Mas el ruido aquel siguió aumentando detrás de mí, convirtiéndose en un traqueteo horrible y acompasado que evocaba un galope. Mis cerillas se iban consumiendo, pues la humedad del aire no dejaba que la llama prendiera. El estruendo seguía acercándose: era evidente que me perseguían. Por fin pude distinguir claramente unos bufidos prolongados que me hicieron estremecer hasta la médula. Por un instante creí volverme loco. Me precipité hacia adelante como bajo el impulso de un latigazo, mas las fuerzas me abandonaron y caí de rodillas, casi al borde del desmayo. En un postrer gesto de desesperación extendí mis manos hacia adelante como para conjurar la inminente amenaza, mientras mis últimas cerillas se extinguían, trémulas, en el suelo.

Mas ya lo tenía ante mí. Un viento helado me rozó la cara y al punto distinguí un caballo blanco y esquelético. Aunque sólo lograba ver su silueta borrosa, pude advertir el catastrófico estado en que se hallaba. El gran jamelgo, que parecía casi muerto de hambre, hacía resonar sus inmensos cascos con desesperada energía. Y así, con su huesuda cabeza tendida hacia adelante y las orejas gachas, la bestia pasó a mi lado. Su ojo turbio y sin brillo se cruzó con los míos: era ciego. Escuché el rechinar

de sus dientes y cuando, temblando de miedo, lo seguí con la mirada, vi brillar sus grupas escorchadas y cubiertas de sangre. El furibundo galope de aquel esqueleto viviente no conocía tregua alguna. Cuando el repiqueteo de los cascos empezó a extinguirse, yo seguí avanzando a tientas, atormentado por el espectáculo que ofrecía aquel montón de huesos. Pronto columbré en la lejanía una llama de gas que parecía indicarme el camino. Sólo podía distinguirla vagamente, pues me hallaba bajo los efectos de un ataque nervioso. Mi lengua se había paralizado y mi cuerpo adquirió una rigidez pétrea. Cuando el ataque hubo pasado, me dirigí a rastras hacia donde brillaba la luz. Apareció una escalera... y otra luz. Entonces escuché voces humanas y penetré en un recinto familiar. Me encontraba en el Café.

Nadie advirtió mi llegada. Afuera empezaba a oscurecer y ya habían encendido las luces. Me senté en una mesa solitaria al fondo del salón, dispuesto a poner orden en mis ideas, a tratar de comprender la horrible experiencia y liberarme de la desagradable sensación de vértigo. No estuve solo mucho tiempo. Un señor de edad y de aspecto muy digno, que llevaba una bufanda blanca en tomo al cuello, se dirigió también a aquel rincón, sentándose a mi mesa.



IV

—Aquí se está un poco más tranquilo —observó.

No obtuvo respuesta. Todo seguía dando vueltas y más vueltas en mi cabeza. Al

cabo de un momento dijo con voz suave y compasiva:

—Es la primera vez que esto le sucede. Se ve que le ha afectado muchísimo.

Entonces levanté la vista. Había algo tierno y amable en el aspecto de aquel hombre.

—¿A qué se refiere? —pregunté en tono cansado.

—¡Pues al Arrebato! ¡Mire usted a su alrededor! —y señaló el interior del Café. Sólo entonces me di cuenta de que también allí había ocurrido algo.

En relación con el elevado número de visitantes, reinaba en el local un insólito silencio. En todas las caras se leía cierta confusión y agotamiento. —Pero ¿qué ha pasado aquí?— volví a sentir miedo.

—¡Observe un poco a la gente! Aunque ya todo ha pasado.

Empecé a sentir confianza en mi interlocutor, que parecía una persona inofensiva y simpática.

—Noté inmediatamente que era su primera vez. ¡Es una maldición! —lanzó un suspiro. Los demás clientes permanecían en un silencioso ensimismamiento; unos cuantos cuchicheaban. De vez en cuando se oían algunas palabras proferidas en voz alta... En el centro del local alguien barría fragmentos de vidrio roto. Los dos ajedrecistas semejabán muñecos de madera, fascinados uno con el otro. Le rogué a mi compañero de mesa que me informase un poco sobre el origen de aquella extraña atmósfera, pues yo no sabía nada. A juzgar por sus hermosos rizos blancos, que iban muy bien con sus ojos sentimentales y no exentos de cierta picardía veleidosa, se trataba de un señor ya muy entrado en los sesenta.

—No creo que lleve usted mucho tiempo en el Reino de los sueños, o por lo menos no muchos años —empezó.

—¡Pronto hará dos!

Anton, que parecía haberse despabilado ya del todo, nos trajo coñac a una indicación mía. El ambiente del Café volvió a tomar su curso habitual y el anciano añadió:

—Desde luego, es bastante difícil adaptarse cuando uno ha vivido antes de otra manera. Todos vivimos aquí bajo *el hechizo*. Lo queramos o no, existe un hado ineluctable que gobierna nuestras vidas. Además, deberíamos estar contentos con él, pues podría ser mucho peor. Tal como se presenta, al menos nos podemos reír a veces del sensacional disparate. Hay muchos, muchísimos que no siempre están dispuestos a participar. Por lo general, son los recién llegados los que más protestan. Pero cuando la oposición interna contra lo Inalterable se torna demasiado aguda, sobreviene el Arrebato. A todos les cae por igual y hoy ha sido uno de esos días.

Guardó silencio. Una sonrisa triste y resignada alteró por un instante sus facciones. Yo estaba sin habla. Me hallaba tras las huellas de un enigma. ¿Sería tal vez el gran Enigma que venía inquietándome hacía tanto tiempo? Entonces le conté al anciano las cosas misteriosas y desagradables que me habían sucedido, incluida mi última y terrorífica experiencia, que aún me oprimía el corazón. No omití ningún

detalle en mi relato.

Mi compañero me escuchó con aire pensativo y complaciente. Luego meneó ligeramente la cabeza y se inclinó hacia mí:

—Mi estimado y joven amigo: no haga especulaciones innecesarias ni se rebele nunca contra su Voz interior. Reconozco que tiene usted razón: aquí hay misterios a cada paso, pero todos son inexplicables. Los que pecan por exceso de curiosidad son los que primero se pillan los dedos. Consuélese con el trabajo; Perla es un lugar excelente para trabajar. Al comienzo yo también sentía las mismas inquietudes que usted, porque ha de saber que está usted hablando con un viejo amigo de la naturaleza y, como tal, créame que padecí muchísimo con todas las cosas desnaturalizadas que hay en este país. Pero andando el tiempo uno acaba por acostumbrarse a todo. Yo hace casi trece años que vivo aquí, ya me he adaptado y hasta encuentro muchas cosas interesantes. El secreto es contentarse con poco, pues incluso lo más insignificante puede deparar alegrías. Yo, por ejemplo, colecciono piojos, sí, piojillos del polvo —sus ojos se iluminaron súbitamente y, esbozando una enigmática sonrisa, añadió con gran vivacidad:

—Ando en pos de una nueva especie. Sí, el Archivo encierra maravillas cuya existencia muy poca gente sospecha. El despacho 69 es mi actual distrito de caza. ¡Su Excelencia lo ha puesto graciosamente a mi disposición, y en él tengo depositadas mis esperanzas! Pero ahora debo marcharme.

No bien hubo dicho estas palabras, sacó de su bolsillo un viejo estuche verde del que a su vez salieron unas gafas de concha, y se las puso. Antes de retirarse, hizo una anticuada reverencia y se presentó:

—Profesor Korntheur, zoólogo.

Lo seguí con una mirada llena de simpatía. Su actitud tan original, su abundante cabello cano que encuadraba un rostro atractivo y aún rebosante de juvenil idealismo, la cuidada pulcritud de su vestimenta, que incluía las polainas grises y los borceguíes, toda su persona, en suma, me había causado una gratísima impresión.

Pero yo estaba rendido por las impresiones de aquel día. Con un indefinido sentimiento de opresión subí las escaleras de mi casa. Tal como me esperaba, mi mujer yacía en el diván totalmente exhausta. No me dijo nada y, por temor a angustiarme, se contuvo. Yo también guardé un respetuoso silencio, pues no tenía ganas de mentir.

Desesperado, estuve revolviéndome de un lado a otro en la cama, creyendo oír aún aquel espantoso galope y viendo ante mí un ojo inmóvil y muy abierto. ¿Un hechizo? ¿Y el Arrebató? Intenté desentrañar el sentido de estas palabras. En efecto, ¡bastantes cosas extraordinarias habían ocurrido ya desde mi llegada! Pocos días antes había visto, detrás de una casa, a un grupo de pilluelos que hacían ruido con tambores y matracas. Al preguntarles la razón de su alboroto me respondieron: «¡Estamos tocando un acompañamiento!» A partir de entonces empezó a amargarme tanta estupidez. Todo evocaba en mí la idea de un manicomio. Al comienzo fue algo

más bien novedoso, nos asomábamos a la ventana y observábamos con curiosidad las burlescas escenas que se desarrollaban abajo. Sin embargo, en los últimos meses no se oyeron ya más risas en nuestro hogar. La salud de mi esposa iba declinando en forma lenta y progresiva, mientras los extraños y misteriosos percances aumentaban día tras día. Opté por no contarle toda la verdad a mi compañera, pues temía poner su vida en inmediato peligro. Fui almacenando en mi interior todas mis cuitas, sintiéndome solo y presa de una constante irritación. ¿Adónde nos llevaría todo aquello? ¡Yo mismo estaba deshecho!...

V

Unos días más tarde iba caminando por la calle. El Año nuevo estaba ya a las puertas, aunque ello no significase mucho en aquel país sin invierno. Avanzaba a lo largo de los conocidos edificios con ese paso silencioso, vacilante e inseguro que uno termina por adoptar en Perla, esperando a cada momento una desagradable sorpresa. Unos cuantos faroles solitarios me mostraban el camino: ¡la iluminación ideal para un País de los sueños! En medio de la penumbra general, que difuminaba y agrandaba todas las formas, algunos objetos adquirían a veces proporciones desmesuradas: un poste, el letrero de una tienda, una cancela.

Venía del antiguo convento gótico de monjas, una de cuyas alas albergaba un hospital infantil. Allí había adquirido dos botellas de vino medicinal que pensaba darle a mi enferma. Al pasar ante la iglesia que integraba el vasto complejo arquitectónico, advertí un bulto negro en la sombra del portal. Escuché unas cuantas palabras ininteligibles y vi surgir el muñón desnudo de un brazo, que se erguía en actitud implorante. Indiferente, arrojé un par de monedas al oscuro rincón, mas al instante me detuve como paralizado, ¡Dios mío, qué cara tan extraña se ocultaba tras los inmundos harapos! Tenía que verla de cerca; una fuerza secreta me impulsaba a hacerlo. De mala gana y con bastante asco me incliné hacia la mendiga. No fue su fétido aliento ni su boca desdentada lo que me retuvo, sino aquellos ojos claros y horribles que me taladraron el cerebro como los colmillos de una víbora. Llegué a casa medio muerto y nerviosísimo. ¿Era aquello la realidad o el monstruoso aborto de una imaginación superexcitada? Me sentía como si hubiera contemplado un abismo sin fin.

Incidentes como éste fueron minando mi resistencia nerviosa. Tomé la firme decisión de visitar a Patera al día siguiente. Estaba dispuesto a *entrar a la fuerza*, ¡a gritar si era necesario! Él era mi amigo y me había invitado. De él dependía que sucumbiésemos o no. Los absurdos habitantes del Reino tenían sin duda una falsa impresión de su persona. Si no, ¿por qué eran tan tímidos y daban respuestas evasivas cada vez que yo hablaba del Amo? Mi amigo no merecía un trato semejante.

Una estrella maléfica presidió nuestros destinos aquel día. Mi esposa se quejaba

de fuertes dolores de cabeza, por lo que le apliqué unas cuantas compresas frías y, agotado, me desplomé luego en la cama. Entonces —debía de ser ya la una de la madrugada— oímos que llamaban y golpeaban insistentemente a nuestra puerta. Enojadísimo, pensé de inmediato: «El borrachín de al lado». Pronto oí que también vociferó mi nombre varias veces seguidas. Ciego de ira ante semejante falta de consideración, salté de la cama, me puse la bata y cogí el bastón que colgaba en una esquina del cuarto. ¡Estaba dispuesto a hacerle pedazos! Abrí la puerta, y allí estaba muy parado... lanzándome su tufo de cerveza en plena cara. Si acaso me quedaban algunos puros —en préstamo, claro está—, y que por qué no le hacía el honor de una visita —mi esposa también estaba invitada—, él quería preparar un *grog*.

Casi no podía contenerme de rabia.

—Oiga usted, sinvergüenza, ¿por qué anda siempre molestando a los demás con sus estúpidas chiquilladas? ¡Lárguese de aquí, si no quiere que lo tire por las escaleras, desvergonzado! —grité lo más fuerte que pude; estaba hirviendo de indignación. Y él, con su risa uniforme y aguardentosa balbuceó—: ¡Anda, vamos, ven aquí! —aferrándose a mi brazo y tratando de arrastrarme consigo. Entonces perdí el control de mí mismo. Con la velocidad de un rayo le asesté un puntapié tan fuerte en la boca del estómago que rodó, retorciéndose, por el suelo. ¿Cómo se atrevía a semejante grosería? En mi interior las ideas se agolpaban tumultuosamente.

«¡Ha llegado el momento de que presente mis quejas! ¡No hay prórroga que valga! ¡Voy a hacerme justicia yo mismo! ¡Ya no aguanto un minuto más en esta maldita pocilga!» Imagínense mi situación: hacía semanas que venía soportando impresiones horribles, mi esposa enferma —cosa que no dejaba de preocuparme constantemente—, el dinero desaparecido: no veía sino enemigos y gente sarcástica por doquier. Un odio salvaje contra todo el País de los sueños me hizo entonces perder los estribos a tal punto que, temblando de indignación y vestido como estaba, bajé a trancos la escalera y me dirigí a toda prisa al Palacio. Quería exigir satisfacciones por el ignominioso tratamiento que tenía que soportar constantemente, y poco me importaba si, para ello, era preciso sacar a Patera de la cama. Eché a correr por la Calle Larga en dirección a la Plaza. Una espesa niebla lo envolvía todo y los faroles semejaban puntos de luz amarilla. No vi ningún transeúnte, tan sólo el pavimento húmedo y sucio. Iba corriendo en un estado de semidelirio, pensando únicamente en qué términos habría de contarle todas mis humillaciones a Patera. En voz alta fui farfullando diversas acusaciones, a la vez que se me ocurrían frases elegantísimas y encontré conmovedoras palabras para describir mis infortunios. Pero entonces sentí frío. Cuando miré cómo iba vestido, tuve que reconocer que mi atuendo no era el más apropiado para visitar a un señor tan distinguido. Una bata vieja y floreada, un camisón de dormir y una pantufla —pues había perdido la otra al correr— constituían toda mi indumentaria. En la Plaza, la niebla se disipó ligeramente: ¡allí estaba el Palacio! Como un gigantesco dado se elevaba hacia el cielo. El disco luminoso del campanario simulaba una luna. La humedad y el frío me

hicieron recobrar el juicio, y reconocí que mi proyecto iba a empezar de un modo absurdo. No, aquél no era el momento ni yo estaba adecuadamente vestido para presentar una queja. En bata, con un bastón de caminante y sin sombrero a la una de la mañana... ¿cuál sería mi aspecto? Más calmado ya, di media vuelta y busqué el camino de regreso a casa. Quise hacerlo más corto y tomé una calleja lateral. El frío era realmente incómodo. Además, mi esposa estaría esperando con ansia mi llegada... pero mañana, ¡mañana sí llegaría el desquite! A fin de calentarme eché a correr a paso ligero. De pronto apareció una ventana iluminada; a ella dirigí mis pasos. ¡Música, el tecleo de un piano, voces roncadas, cantos! Una luz brillante llegaba hasta la calle. ¡Diantre, no podía dejarme ver en esa facha! Pero ya habían notado mi presencia.



—¡Oiga usted, acérquese un poco más! —dos figuras sospechosas me salieron al encuentro. Sólo entonces caí en la cuenta de que me había extraviado: estaba en el Barrio francés.

Aún reinaba allí mucha animación. A los pocos minutos ya había suscitado un interés enorme. Me sentía avergonzado y de un pésimo humor. Todos se rieron al ver mi extraña indumentaria. Yo lancé unos cuantos improperios y me puse rápidamente en marcha, seguido por un tropel cada vez mayor de gente que empezó a hacer bromas soeces. Comencé a inquietarme por la forma en que acabaría todo aquello: no lograba orientarme en esas callejuelas angulosas y muchas veces sin salida. Era penosísimo, ¡y pensar que Castringius habría vagado por ahí como en su casa! ¡Si tan sólo hubiera sabido dónde quedaba la comisaría más cercana! Pero al mirar a ambos lados sólo descubrí tabernas y antros de corrupción inmundos. De todas las alcantarillas subían emanaciones mefíticas. Entonces empecé a caminar lo más aprisa que pude. Un muchacho con la cara maquillada cogió una de las puntas de mi bata y la rasgó hasta abajo. «¡Paff!», le asesté una bofetada. ¡Pero más me hubiera valido no hacerlo! ¡Aquello fue mi perdición! Lanzando toda clase de aullidos e imprecaciones la multitud aquella se precipitó en pos de mí. Una mujer adiposa y gigantesca me salió al encuentro y trató de ponerme una zancadilla. Logré esquivarla dando un ligero salto, de resultas del cual perdí el bastón. Ella se revolcó en el fango de la calle, quedándose con mi camión como trofeo. Este incidente me permitió ganar cierta ventaja, si bien entonces me di cuenta de que mi vida estaba en juego. Salí disparado como un galgo rabioso. Nunca me había sentido tan seguro de mi resistencia. Sin embargo, el salvaje vocerío iba en constante aumento a mis espaldas: medio Barrio francés venía pisándome los talones y lanzando penetrantes silbidos. El suelo tornábase cada vez más resbaladizo y tuve que avanzar con cuidado para no caerme. «Pronto estaré agotado, no lograré escapar» pensaba, y el pánico hacía latir apresuradamente mis sienes. Luego empezaron a tirarme botellas y cuchillos; yo avancé zigzagueando por las callejas y, al llegar a cada esquina, gritaba con todas mis fuerzas: «¡Socorro, policía!» Pero nadie acudía en mi ayuda y detrás de mí oía las carcajadas sarcásticas de la turba enloquecida. Con la boca abierta, desnudo y desesperado, proseguí mi desenfrenada carrera. Ninguna esperanza de salvación se ofrecía a mi vista. Finalmente —y cuando ya me hallaba casi sin aliento— divisé una casa alta y angosta que cerraba la calle. Todas las ventanas estaban iluminadas y en el umbral pendía un farolillo rojo. Como la puerta estaba abierta, me lancé hacia arriba por una escalera muy bien alumbrada. Las paredes estaban pintadas con colores brillantes y ornadas de palmeras. En el primer piso salió a recibirme una mujer o, más bien, una visión dulce y solemne, envuelta en una larga bata de reflejos plateados, con los cabellos sueltos y un par de brazos bellísimos. No pareció muy sorprendida al verme en aquel estado y dijo, sonriendo:

—¡A mi cuarto no! ¡El señor ha debido equivocarse, el número cinco está un poco más allá!

Feliz y confundido al mismo tiempo ante tanta gentileza, sólo atiné a balbucear, casi sin aliento, unas cuantas disculpas, mientras cubría mi desnudez con las manos. Luego abrí la puerta que me había indicado. ¡Diantre! ¡Adentro había dos más, también en cueros! Volví a cerrar la puerta. El gentío hacía ya irrupción por la escalera. Primero apareció un policía —¡al fin uno!— que aulló.

—¿Dónde está el tipo ése? ¡Voy a presentar una denuncia! ¡Hay que cerrar la casa! —luego llegó la turba. Mi salvadora había desaparecido y mis pies bañados en sangre, me parecían pesar un quintal cada uno. Aspirando profundas bocanadas de aire subí unos cuantos peldaños más y vi, escrita como una orden y en letras mayúsculas, la palabra salvadora: «¡Aquí!» ¡Una vez más la ayuda del cielo! Agotando mis últimas fuerzas abrí la puerta y volví a cerrarla, corriendo el cerrojo detrás de mí. De momento me hallaba seguro, aunque ya el gentío empezaba a traquetear la cerradura.

—¡Abran, abran! —chillaban cientos de voces.

Como una fiera acorralada miré rápidamente a mi alrededor, y una decisión súbita y desesperada cruzó por mi mente. A riesgo de sufrir una caída mortal, me abrí paso a través de una estrecha ventana tratando de asir algo firme y resistente con la mano. ¡Perfecto, ya lo tenía! Un cable... ¡un pararrayos! Y, con una seguridad pasmosa cuyo origen no lograba explicarme, empecé a deslizarme por él. A mi alrededor, la noche yacía envuelta en una calma profunda. Entonces me derrumbé: mis piernas no podían sostenerme más tiempo.

Había caído en un muladar. Un barrendero me recogió en una de sus rondas nocturnas, llevándome a casa en su pestilente carruaje. Desde la ventana, mi esposa pudo asistir a mi llegada. La pobre había pasado un horrible cuarto de hora, pues mi ausencia no había durado más.

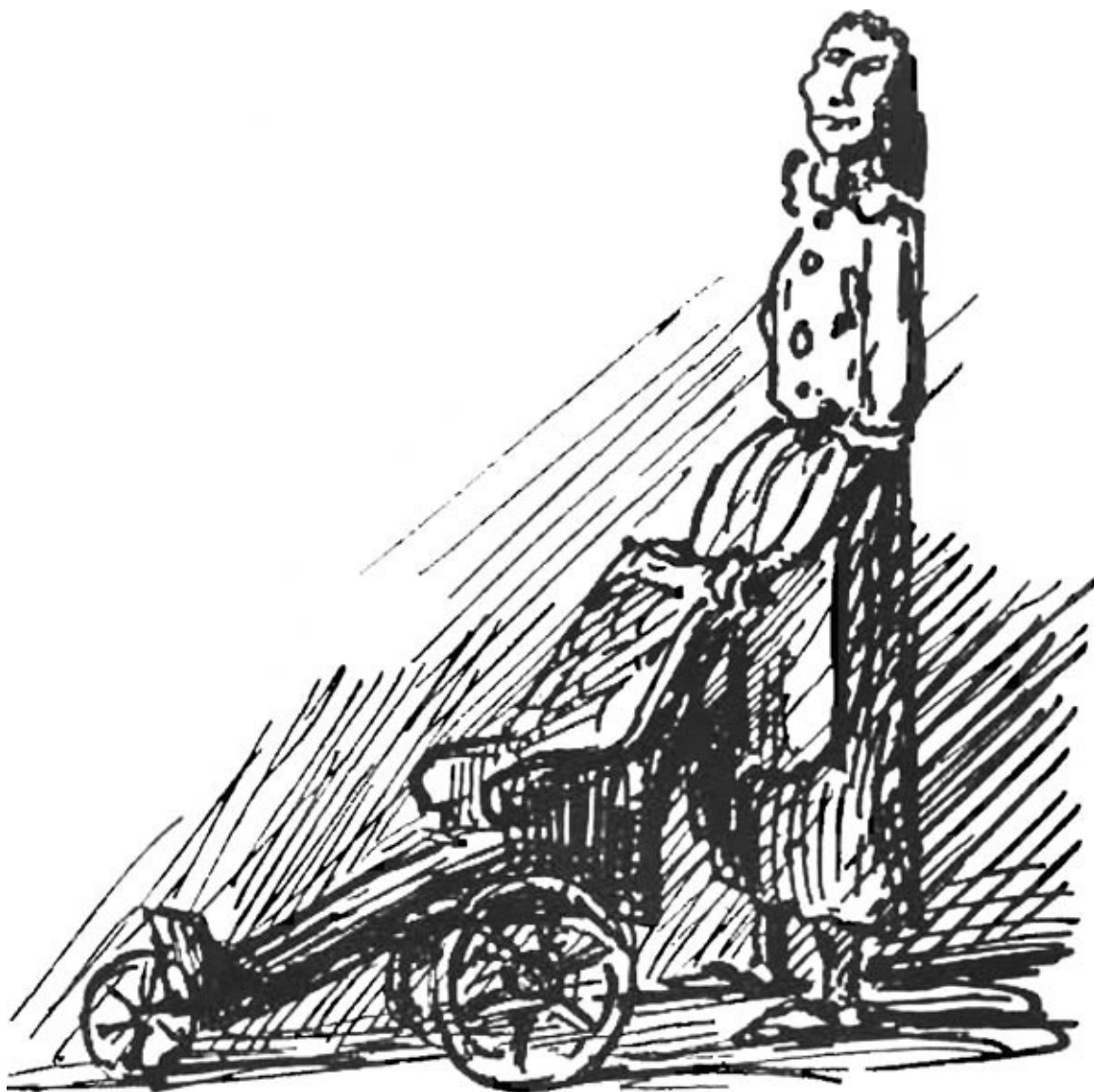
Unos días después vi, en la calle, una pareja de perros que jugaban con un fardo de vivos colores del que colgaban cordones con borlas. Reconocí mi antigua bata, que se había paseado por toda la ciudad como un objeto de nadie. Mi entusiasmo por la creación de Patera había desaparecido definitivamente.

VI

Mi proyecto de presentar una queja ante la máxima autoridad tampoco pudo cristalizarse en los días siguientes. Nuestra casa ofrecía un aspecto lamentable. Mis pies, heridos e hinchados, estaban envueltos en sendos vendajes, y mi esposa no se levantó un solo día de la cama.

La casa de los Lampenbogen tenía un sótano en la parte posterior, donde vivía, en la miseria más absoluta, una familia con nueve hijos. ¡Nueve hijos! ¡Algo único en Perla! El padre era pendenciero y gandul que además se hacía mantener por su pobre y esquelética esposa, siempre embarazada. Ésta nos atendía por entonces, pues el

mono sólo venía una que otra tarde a visitarnos. Su llegada nos proporcionaba al menos algunas horas de distracción. Solía sentarse en la cama de mi esposa, cogía su labor de punto con las patas traseras y se ponía a tejer precipitadamente. Al mismo tiempo le gustaba mirar algún viejo número del *Espejo de los sueños*, que sostenía en sus patas delanteras.



Nuestra criada actual traía a menudo a sus dos hijas mayores, lo que me permitió corroborar el descubrimiento hecho por mi esposa de que a los niños nacidos en el Reino de los sueños les faltaba la uña del pulgar izquierdo. La hijita de mi redactor jefe, así como los dos hijos de Su Excelencia, nuestro ilustre Presidente del gobierno, tenían el mismo defecto. De modo, pues, que en la familia de la buena señora Goldschläger había un déficit de nueve uñas.

En cuanto pude caminar nuevamente, lo primero que hice fue ir a ver al médico. El agitado pulso de mi esposa no me gustaba nada. Varias veces había pensado llamar al doctor Lampenbogen que, en su calidad de propietario, venía a menudo a la casa. Pero como siempre había sentido cierta desconfianza ante los médicos, pensé que allí, en ese país donde todo era incierto, la prudencia sería lo más indicado. «Un médico

es un comerciante como cualquier otro», me decía a mí mismo. «Si alguien le encarga un par de botas a un zapatero y éste reclama su paga sin haberlas entregado, el cliente se reirá en su cara. En cambio, a un médico hay que pagarle siempre, aun cuando su intervención no haya aportado ninguna ayuda sino que, por el contrario, sólo haya resultado perjudicial.» Lampenbogen era un hombre rico. Poseía una magnífica residencia, una bella esposa y un gran carruaje. El alquiler de la casa le reportaba un buen ingreso, lo que explicaba perfectamente su maciza gordura. ¡Cómo podía salirle todo tan bien, Dios mío! (De todos modos, corrían rumores de que su mujer era algo coqueta...) Yo, en cambio, no era más que un triste saco de huesos...



Por fin vino el doctor. Envuelto en su abrigo de piel, entró en el piso como un cuadrado ambulante. Mientras él examinaba a mi esposa, yo me entretuve admirando su nuca. «¡Qué buen trozo para un asado!», pensé con nostalgia antropofágica. Nos aconsejó un cambio de aires: que pasáramos unas cuantas semanas en la montaña. Mi estado de salud tampoco le pareció muy satisfactorio. Cuando le repuse que primero quería visitar a Patera, me dijo: «¡Será mejor que se olvide de eso!», y se marchó...

Pronto estuvo lista nuestra pequeña expedición. La señora Goldschläger empujó a mi esposa en una silla de ruedas. En la Plaza Mayor, ante el edificio de Correos, nos esperaban las diligencias, en las que fuimos cuidadosamente instalados. Luego chasqueó el látigo. Al volver la cara aún pude ver el vientre tambaleante de la señora Goldschläger, en cuyo rostro inexpresivo se dibujaba una sonrisa de despedida.

Inmediatamente detrás de Perla cruzamos la línea férrea. Queríamos ir a una aldea de las montañas, donde nos habían prometido un buen alojamiento en casa de un guardabosque. El camino, que se hallaba en bastante mal estado, iba describiendo sinuosidades a través de los temidos pantanos. También pasamos por una ciudad en ruinas: restos de un pasado remotísimo. Unos cuantos pelícanos fueron los únicos seres vivos que logramos ver. Después de este despoblado, la campiña presentaba signos de vida y trabajo humanos. Venían amplias y extensas dehesas, campos de patatas e incluso viñedos. Atravesamos granjas muy bien instaladas, cuyos techos de paja estaban ennegrecidos por el paso de los años. En todas partes los habitantes nos seguían con la mirada y algunos hasta nos hacían señales. Aquellos campesinos de aspecto rudo y vestidos de cuero solían sentarse en grandes bancos a la entrada de sus casas; algunos estaban tallando figuras de madera, tan redondas como ellos mismos. Aunque la gran mayoría parecieran animales encorvados, me gustaban más que los habitantes de la ciudad. Parecían menos descontentos y torturados. Allí se habían desarrollado una serie de usos y costumbres misteriosísimos, que aún eran rigurosamente observados. Al llegar a un punto la ruta se bifurcaba. Una esbelta torre se alzaba como un dedo sobre una capilla íntegramente decorada con frescos.

—El camino de la derecha conduce al Gran Templo —nos explicó el postillón, señalando con el látigo en la dirección indicada.

Luego entramos en un estrecho valle. Muy arriba, en las escarpadas rocas, se divisaban con dificultad algunas cabañas grises donde, según me dijeron, vivían ermitaños de vida ascética.

Poco a poco fue oscureciendo; las nubes, que flotaban a baja altura, se aglomeraban formando enormes masas grises como las que preceden a las tormentas. El paisaje era ahora austero y solemne dentro de su monotonía. Nos hallábamos al pie de la Montaña de Hierro, una zona que, en varias épocas del año, resultaba peligrosa a causa de las violentas descargas magnéticas. Aquel día también reinaba una gran tensión y pudimos observar relámpagos esféricos que rodaban en torno a la cumbre metálica.

—La montaña es casi toda de hierro —nos dijo el postillón. Era extraño: ni siquiera en sus faldas se veían matorrales o cañaverales secos. Sólo ella levantaba su oscura mole aherrumbrada, cerrando el valle.



De pronto, mi esposa no quiso seguir adelante. El aire de las alturas, me dijo, le causaba mayor opresión que el de la ciudad, y no creía que aquella estancia en el campo fuese, a la larga, beneficiosa para su salud. Yo pensaba exactamente lo mismo; los cabellos se me erizaban en esa atmósfera cargada de electricidad. Lo mejor sería, pensamos, dar media vuelta de inmediato. Lo único que lamentaba era haber llevado basta allí a la pobre enferma. Nos detuvimos en una posada del camino y esperamos el coche que nos llevaría a la ciudad. Los posaderos brindaron toda clase de cuidados a la calenturienta, ayudándola gentilmente a subir al carruaje. Así emprendimos el viaje de regreso. La oscuridad nos cogió en el pantano, del que llegaba un hedor fétido y soporífero. A la luz de los faroles del coche pude ver una serie de tumbas islámicas, cuyas lápidas, ornadas de turbantes, estaban casi sumergidas en el cieno efervescente. La humedad del suelo dificultaba la respiración. Entonces se empezaron a oír toda clase de susurros y misteriosos deslizamientos: los demonios del pantano se ponían en movimiento. Mi esposa comenzó a sentir escalofríos y se arrimó aún más a mí. Cuando llegamos a la ciudad eran las dos de la madrugada. Entonces me di cuenta de que volvía a casa con una moribunda.

VII

Al día siguiente quise ver al médico para contarle nuestra frustrada expedición. No estaba en su residencia. Cuando volví a casa llamaron mi atención dos figuras masculinas. Ambos seguían a una dama que acababa de doblar por la Calle Larga, delante de mí. Entonces los reconocí: eran mi vecino, el estudiante, y de Nemi. En aquel momento, los dos parecieron percatarse de que estaban persiguiendo el mismo objetivo. Ante mis ojos se produjo un violento encuentro. No puedo decir con seguridad lo que ocurrió entre ambos. Sólo vi que entraron en un zaguán oscuro, de cuyo interior salió volando a los pocos instantes el sombrero del estudiante, que fue a caer en el lodo callejero. A fin de pasar inadvertido y no molestar, atravesé la calle lo más rápido que pude. Y allí estaba la dama perseguida, de pie ante el escaparate de una biblioteca de préstamo. Me pareció haberla visto antes. Su figura era esbelta, iba vestida con gran elegancia y sobre su cuello erguía un grueso moño de cabellos castaños. Se hallaba de espaldas a mí. No parecía haber notado nada de aquella

escena de cacería, pues giró bruscamente y empezó a caminar hacia donde yo estaba. Era la señora Melitta Lampenbogen. Me puse a admirar el ritmo impecable y ondulante de su paso, cuando de pronto su mirada se cruzó con la mía... creí desvanecerme... era como si me hubieran dado un golpe en el cerebro... ¡los ojos de la vieja mendiga!

Aquella noche transcurrió en medio de toda clase de ruidos y pasos que subían y bajaban por la escalera.

Imposible dormir. A las seis de la mañana volví a escuchar rumores en el pasadizo. Salí a ver qué pasaba. Tres hombres bajaban un ataúd negro; la puerta de la habitación del estudiante estaba abierta de par en par.

En el Café decían que el estudiante había sido apuñalado en un duelo. Otro rumor comenzaba también a propalarse: uno de los dos propietarios del molino había desaparecido, y se trataba precisamente del más joven, de expresión siempre alegre. Sobre el otro pesaba ahora la sospecha del fratricidio. Mas no se sabía nada seguro.

—Dos inspectores de la policía criminal han registrado el molino —me susurró Castringius en tono confidencial. Andaba siempre en pos de noticias sensacionalistas, pues quería regresar al *Espejo de los sueños*. Un dibujo a color, *La herida del estudiante*, le había sido devuelto inmediatamente.

Yo también me hallaba en una situación bastante penosa: la señora Goldschläger no había venido aquel día, por lo que decidí ir a buscarla a su madriguera. Era ésta un cubículo horroroso, cuya atmósfera estaba impregnada de un hedor especialmente desagradable. La comadrona me prohibió la entrada, diciéndome que la noche anterior había nacido un niño muerto. De modo que acepté el gentil ofrecimiento de Hektor von Brendel, quien puso a mi disposición su criado —un autómatas viejo y gris— para efectuar todas las diligencias necesarias. Hacía ya tres días, desde que reconocí el peligroso estado de salud de mi esposa, que vivía realmente como atontado.

La ira y la excitación habían desaparecido de mi espíritu; ya no estaba en condiciones de dominar mi situación y sólo atinaba a dar vueltas y más vueltas como un sonámbulo. Aletargado y apático como un perro vapuleado, corroído interiormente por la inquietud, no sabía qué hacer con mi persona. No quería quedarme en casa; imposible soportar la vista de aquel espectáculo que me destrozaba el corazón. ¡Sólo me quedaba pasear, dar vueltas al aire libre! Describí un amplio semicírculo en torno al Café y me dirigí a la orilla del río. Allí, junto a su silenciosa y huidiza corriente solía pasar momentos sumamente gratos. Involuntariamente mi mirada tropezó con el molino, que temblaba como si estuviese vivo. Borrosa e imprecisa en medio de la vaporosidad circundante, como hecha de alguna sustancia gelatinosa, su silueta se ofreció a mi vista. Del interior emanaba un extraño fluido que me hizo vibrar hasta la punta de los pies. El molinero, que se hallaba de pie tras una ventana polvorienta, me lanzó una mirada torva y cargada de odio.

Luego seguí caminando al aire libre. Pasé ante el matadero, el establo municipal y el horno de ladrillos. El aire turbio y húmedo y el melancólico croar de las ranas se avenían perfectamente con mi estado de ánimo. Antes de darme cuenta había llegado al cementerio. Me detuve y encendí un cigarrillo. A través de la puerta de hierro forjado pude ver las lápidas. Entonces, un estremecimiento de terror recorrió mi cuerpo y, rechinando los dientes, eché a correr por calles que me eran aún desconocidas. Traté de reprimir la melancolía que, en forma violenta, pretendía dominar mi espíritu. Un frío sentimiento de desprecio contra todo, y en especial contra Patera, se había apoderado de mí.

—¿Dónde te escondes, verdugo? —exclamé mientras cruzaba rápidamente una serie de parques vacíos. Mas los deshojados matorrales y árboles podados nada me respondieron. Seguí avanzando a paso rápido, y en mi carrera trastabillé varias veces en los charcos que surcaban el camino. Impulsado por una ligera fiebre, atravesé plazas y callejuelas por las que no recordaba haber pasado nunca. Un miserable tranvía de tracción animal, que más parecía un objeto decorativo que un vehículo destinado al uso público, fue lo único que atrajo mi atención. Ignoraba que aquel medio de transporte existiese en Perla. Pero mi desorden emocional era demasiado grande para detenerme mucho tiempo en tales pensamientos, y, antes de que supiese adónde me llevaban mis pasos, me hallé delante del Palacio. Acababan de encender los faroles. En una de las pilastras angulares de la Residencia había una placa de mármol que atrajo mis miradas:

*Audiencias con Patera para el público en general, diariamente de 4 a 8 p.
m.*

Meneando la cabeza, leí varias veces la inscripción, pronunciándola a media voz para mí mismo. Una idea bastante absurda cruzó entonces por mi mente: «Es una broma terrible... pero somos demasiado estúpidos para entenderla.»

Fui presa de un ataque de risa convulsiva: hubiera podido asesinar a Patera. Apoyándome en una columna, traté de recuperar cierta compostura. Luego atravesé el portal, tranquilo y como si nada hubiese ocurrido. Empecé a subir por unas escaleras anchísimas, pensando en lo diminuta que debía lucir mi figura bajo aquellas enormes bóvedas. Seguí subiendo cada vez más alto, y por las ventanas arqueadas pude contemplar la ciudad que yacía a mis pies. A mi alrededor reinaba un silencio absoluto; sólo se oía el eco de mis pasos. Iba tan absorto en mis propios pensamientos que no me di cuenta de la extraña situación en que me hallaba. Una insólita sensación de alivio se había adueñado de mí: aún puedo evocarla claramente en mi memoria. Fui abriendo puertas de enormes batientes blancos y recorrí una serie de espaciosos aposentos, en cada uno de los cuales soplaban nuevas corrientes de aire helado. «Seguro que aquí no vive nadie», iba murmurando como en sueños. En cada salón había grandes armarios tallados y muebles cubiertos por forros protectores. Una sola

vez vi una figura esbelta y delgada que, con paso rápido, se dirigió hacia mí. Pero fue sólo una ilusión: un espejo de pared que había reflejado mi propia imagen.

Cuando hube atravesado la infinita serie de salas y aposentos, desemboqué en una inmensa galería que, aparentemente, conducía en sentido contrario. De las paredes colgaban oscuros retratos en tamaño natural, encuadrados por gruesos marcos de ébano, y a mi derecha divisé una hilera de ventanas arqueadas. Al fondo había una portezuela baja que abrí con suma cautela. Penetré entonces en un salón vacío, de medianas dimensiones y recubierto de un material sólido y plomizo. La penumbra impedía distinguir las cosas con claridad, pero al punto me di cuenta de que no había otra salida: aquél era el último cuarto. Y sólo entonces me detuve a pensar unos instantes en lo que realmente quería. Allí no había nada... reinaba un silencio sepulcral.

Ya me disponía a dar media vuelta, cuando de todas partes empezó a llegar aquel olor característico que tantas veces había sentido en ese país. Con creciente intensidad fue embalsamando toda la habitación y, de pronto, escuché algo así como una risa seca y apagada. ¡Increíble! sobre la pared de enfrente vi el rostro de un hombre dormido. Como ya mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra, pude distinguir entonces una figura vestida de gris, echada en una cama elevada. Di un paso adelante... Una cabeza de dimensiones insólitas, que reconocí como la de mi amigo Patera. Cualquier error quedaba excluido de plano: ¡había mirado tantas veces su retrato! Rizos oscuros rodeaban la pálida tez, los párpados estaban firmemente cerrados, sólo la boca no cesaba de contraerse, como si quisiera hablar. Perplejo, contemplé la belleza simétrica y extraordinaria de aquella cabeza. Su frente amplia y bien distribuida y la poderosa base de la nariz hacían pensar más en un dios griego que en un ser humano vivo. Una profunda expresión de dolor recorría todos sus rasgos.

Entonces escuché un murmullo de palabras, pronunciadas en un tono bajo y precipitado.

—Te quejas de que nunca puedes venir a verme y sin embargo yo siempre he estado a tu lado. A menudo he observado cómo me insultabas y dudabas de mí. ¿Qué puedo hacer por ti? ¡Dime tus deseos!

Y se calló. Reinó un profundo silencio; yo sentía la garganta seca y sólo acerté a decir, con grandes esfuerzos:

—¡Ayuda a mi esposa! —la cabeza se incorporó un poco. Lenta y pausadamente, Patera fue abriendo los ojos. Un horrible sentimiento de impotencia se apoderó de mí en el acto. Firme e impertérrito, hube de seguir la evolución de esas terribles miradas. No eran ojos humanos: parecían dos discos de metal claros y relucientes, que brillaban como pequeñas lunas. Inexpresivos y carentes de vida, los dos puntos luminosos estaban dirigidos hacia mi persona. La voz susurrante dijo:

—¡Os ayudaré!

La figura se incorporó por completo y su cabeza se inclinó hacia mí como la

máscara de una medusa. *Hechizado*, incapaz de efectuar el menor movimiento, sólo atiné a pensar: «¡Él es el Amo, él es el Amo!» Entonces me fue dado asistir a un espectáculo indescriptible. Los ojos volvieron a cerrarse y el rostro adquirió una animación siniestra y aterradora. Su juego gestual fue cambiando como los colores de un camaleón, cientos... no, miles de veces y en forma ininterrumpida. Con abrumadora celeridad, el rostro aquel fue adoptando sucesivamente los rasgos de un joven, de una mujer, de un niño y de un anciano. Se volvió gordo y enjuto, le salieron excrescencias como a un pavo, se redujo a su mínima expresión y, al cabo de un instante, se hinchó y estiró con orgullo, expresando alternativamente escarnio, bondad, malicia y odio. Se llenó de arrugas y luego se tornó liso como una piedra: era como un inexplicable secreto de la naturaleza, del que no podía separar los ojos. Una fuerza mágica me mantenía atornillado en el sitio, y por mi espalda se deslizaron escalofríos de pánico. Luego empezaron a sucederse las cabezas zoomórficas: primero la de un león, cuyo hocico fue agudizándose hasta adquirir la expresión astuta de un chacal; siguió transformándose ora en un potro salvaje de espumantes ollares, ora en un ave, ora en una serpiente. Era horrible; yo quería gritar y no podía. Tuve que contemplar todas aquellas figuras grotescas y abominables, que tan pronto aparecían bañadas en sangre como adoptaban una tímida expresión de picardía. Finalmente, la agitación empezó a calmarse. Su rostro fue aún iluminado varias veces por unos resplandores intermitentes, los deformes visajes desaparecieron y nuevamente vi durmiendo ante mí al hombre Patera. Tan sólo sus arqueados labios seguían vibrando con febril agitación. Entonces volví a oír aquella voz extraña:

—¡Como ves, yo soy el Amo! Yo también vivía desesperado hasta que, con los restos de mi fortuna, forjé un imperio. ¡Ahora soy el Amo y Señor absoluto!

Yo estaba conmovidísimo, y, sintiendo una profunda compasión por él, dije no sin cierta dificultad:

—¿También eres feliz?

Pero ya el rayo me había alcanzado, paralizándome por completo. Muy cerca de mí vi los terribles ojos. Patera había descendido y tenía mis manos entre las suyas. Yo estaba como si, por dentro y por fuera, me hubieran cubierto con una capa de hielo. Entonces exclamó:

—¡Dame una estrella, dame una estrella!

Su voz había adquirido cierto tono lisonjero, que fascinaba y atraía al mismo tiempo. Vi brillar sus blanquísimos dientes; sus movimientos me parecieron lentos y perezosos. No entendí casi nada de lo que dijo con aquella voz ronca y cascada. Su pecho se hinchó y las venas de su pálido cuello parecían estar a punto de estallar. De pronto, el rostro adquirió un tinte grisáceo como el de la pared y sólo los ojos, enormes y prominentes, siguieron brillando y ejerciendo sobre mí su inexplicable hechizo. Un dolor realmente monstruoso e inhumano debía de corroerle por dentro.

Patera se irguió por completo y sus manos se aferraron al vacío. Entonces cayó una cortina entre los dos. Sólo alcancé a oír un estertor inarticulado y la sorda caída

de un cuerpo.

Cuando di media vuelta, tuve que apoyarme contra la ventana pues me había invadido una parálisis total que, partiendo de la lengua, se iba extendiendo por todo el cuerpo. Abajo, en la Plaza, hombres y animales adoptaron por un instante la rigidez de la madera. Pero sólo un instante, luego recuperaron su ritmo normal.

En cuanto recobré el control de mis movimientos, me precipité hacia la salida con el profundo convencimiento de estar loco.

VIII

Llegué a casa cansado y sin fuerza alguna para poner en orden mis ideas. Lampenbogen estaba allí, aunque parecía ya a punto de marcharse. Nos había traído una hermana enfermera del convento. Cuando me vio, el doctor me llevó inmediatamente hacia el alféizar de la ventana y empezó a hablarme en tono serio, pero yo no estaba en condiciones de captar el sentido de sus palabras. La profunda calma que emanaba de su persona me hizo sentir mejor.

—Y nada de perder las esperanzas —me decía—. Es un fuerte ataque nervioso, tal vez la crisis... Además, todavía es muy posible que la señora sobreviva a este ataque. No hay que perder las esperanzas. En caso de que surgiera alguna complicación no vacile en llamarme, incluso de noche. De todos modos, mañana volveré a pasar.

Se marchó. Como ya he dicho, no sabía exactamente lo que había pasado ni por qué me había hablado en ese tono.

Activa y silenciosa, la enfermera entraba y salía de la habitación llevando paños y jofainas. Me sentía realmente medio muerto, incapaz de efectuar por mí mismo cualquier acción razonable. Desconcertado y consciente de mi inutilidad, no hacía más que recorrer el piso de un extremo a otro. Era evidente que el estado de mi esposa no podía ser muy grave. Cuando en cierto momento me acerqué con timidez y de puntillas a la cama, la vi profundamente dormida. Su aspecto era incluso mejor que el de las últimas semanas: se la veía más llena y un ligero carmín animaba sus mejillas. Luego me puse a hablar con la hermana enfermera: durante mi ausencia la enferma había sufrido un ataque, una especie de parálisis cerebral. La monja sólo respondía con monosílabos; por la tarde empezó a rezar en voz baja. Poco a poco me fui dando cuenta de la terrible gravedad de la situación. En medio de mis confusos pensamientos, ocupados aún con el Señor del Reino de los sueños, acudieron inesperadamente a mi memoria los escalofríos que mi esposa había sentido cuando volvíamos aquella noche en la diligencia. Sin embargo, no *podía* imaginarme lo peor, ni *quería* creerlo.

Pasé toda la noche en vela acurrucado en el diván de la habitación que me servía de gabinete de trabajo. Por la madrugada me levanté y contemplé un momento el

retrato de Patera. La enferma parecía estar en completa calma; sólo una vez, durante la noche, la oí proferir unas cuantas palabras. Hacia las nueve de la mañana entré en su cuarto, que ya había sido convenientemente arreglado y ventilado. Mi esposa me miró sorprendida, era evidente que le resultaba difícil reconocermé. A pesar de su buen aspecto se hallaba sumamente débil y apenas pude entender sus palabras. La hermana estaba contenta con la forma en que había pasado la noche: la fiebre había cedido y la paciente se veía, efectivamente, mucho más fresca y reposada.

Luego, la enfermera nos dejó solos unos instantes para hacer algunas diligencias. Me senté al borde de la cama y cogí las blancas manos de mi esposa entre las mías. Lleno de esperanzas y dispuesto a ahorrarle el esfuerzo que para ella significaba hablar, le conté todo lo que supuse podía distraerla un poco. Le hablé del templo a orillas del lago y de todas sus maravillas, así como de las joyas y riquezas que en él se guardaban: sabía que las alhajas eran una de sus pequeñas debilidades. Le describí los espejeantes canales y el parque inmenso y apacible como si yo mismo hubiera pasado días recorriéndolos. Ella me miraba imperturbable, con una expresión casi de alegría, y hasta me acarició un par de veces la cabeza. Me alegró muchísimo ver que mis historias le gustaban y seguí hablando acaloradamente. Le conté de los barcos dorados y los blanquísimos cisnes del lago, y mis imágenes fueron adquiriendo colorido... colorido, sí, en aquel opaco y sombrío País de los sueños. Emocionado, empecé a describirle la gran variedad de flores que allí había: las orquídeas jaspeadas de mil colores, las rosas purpúreas y los lirios de tallos cimbreantes y delicados. Tenía plena confianza en el poder mágico de mis palabras. Mencioné asimismo los azulados bosques de nomeolvides con sus millones de gotitas de rocío, cristalino aljófár que el sol encendía al levantarse. Le hablé del gorjeo de los pájaros y del alegre sonido de las argénteas trompetas. Ahí, le dije, es donde tenemos que ir, hacia aquel luminoso y espléndido paraje. Huiríamos, si era necesario. En él podría recuperar la salud. Y mientras yo seguía buscando las palabras más seductoras y soñando con una resplandeciente vida futura, mi esposa... se quedó dormida.

Presa de una indescriptible y abrumadora tristeza, no me moví de mi sitio. Pronto volvió a invadirme mi anterior nerviosismo. La enferma yacía con los párpados entornados y sus exagerados colores dejaron de parecerme naturales. Contuve las lágrimas que pugnaban por aflorar a mis ojos, y en ese mismo instante entró la enfermera.

Luego apareció inopinadamente el señor von Brendel, quien, en términos que reflejaban su honda y sincera preocupación, preguntó por el estado de salud de mi esposa. También nos traía flores: un ramo de tulipanes amarillo pálido. Le llevé a la habitación contigua, donde prácticamente me aferré a él con todas mis fuerzas. ¡Por fin una persona sana!

Tal como me había prometido, el doctor también regresó. Examinó largo tiempo a la enferma y, antes de irse, llamó a Brendel un instante a la cocina, donde los dos sostuvieron un breve diálogo. Luego se despidió rápidamente de mí y bajó las

escaleras. Sus últimas palabras fueron:

—¡Arriba el ánimo, y no pierda las esperanzas!

Brendel me propuso que fuera con él:

—Podemos pasar el día entero juntos, aquí no hace sino estorbar y no podrá comer nada decente.

Intencionadamente evitó hablar de la enfermedad de mi esposa. Nos fuimos al Café a tomar el desayuno. Cierto es que no tenía apetito, pero a algún lugar había que ir. Además, debo confesar que me agradaba la compañía de Brendel: era un hombre ameno e increíblemente atento, cuya única debilidad consistía en pertenecer al grupo de los donjuanes sentimentales... Pero hay cosas muchísimo peores... Lejos de ser un vulgar tenorio como de Nemi, al que sólo le interesaba el comercio sexual mecánico y falto de imaginación, Hektor von Brendel andaba realmente enamorado, aunque siempre de una mujer diferente. Pero el que creyera estar ante una persona aún juvenil e indefinida, cuya excesiva ternura con las mujeres revelara su inmadurez, se equivocaba por completo. Con una entrega absoluta andaba siempre en pos de un ideal imaginario que, lamentablemente, nunca veía cristalizado... o, mejor dicho, veía *continuamente* cristalizado. Cada una de sus amantes, sus *materias primas* como él solía llamarlas, tenía que ser sometida antes que nada a un proceso de adaptación. A este nivel no escatimaba esfuerzo ni dinero alguno y procedía de acuerdo con un sistema de experimentación propio y bastante enrevesado, avanzando paso a paso y con suma paciencia y regularidad. Una vez resuelta la cuestión del vestido —que siempre le resultaba muy fácil debido a sus considerables ingresos— salían a relucir las diversas categorías espirituales: comportamiento, expresiones favoritas, etc., etc. La mayoría de las pretendientas tropezaban aquí con serios obstáculos y quedaban excluidas de la partida. Inagotable, Brendel seguía probando nuevas *materias primas*. Mas al llegar a las pruebas siguientes (*verdadera confianza y refinamiento en el trato*), casi ninguna lograba satisfacer las pretensiones del exigente galán. Muchas veces, éste se pasaba noches enteras exaltándose en términos delirantes algún nuevo ídolo. Era severo consigo mismo, criticaba, mejoraba y cambiaba sus propios métodos, pero nunca logró acceder al estado que él mismo denominaba *la madurez*. La causa principal de este fracaso era su falsa perspectiva psicológica, aunque también hay que reconocer que tenía mala suerte. Algunas lo engañaban, otras le resultaban aburridas al cabo de un tiempo. Estaba, pues, condenado a ser eternamente voluble.

Aquel día guardó un respetuoso silencio, aunque yo hubiera preferido que hablase. Las aventuras, no exentas de comicidad, que solía contarme, me divertían a veces muchísimo. Cuando terminaba con alguien daba siempre una cena de despedida muy bien organizada, en el curso de la cual su dolor pasaba a convertirse ya en una nueva esperanza. Decente y caballeroso, no le guardaba rencor a ninguna de sus amigas por las *faltas* que hubiese cometido. Sabía cómo consolarse, pues la *materia* era inagotable y demasiado interesante para él...

Un opresivo sentimiento de angustia se fue apoderando de mí. Partiendo del estómago, me hacía un nudo en torno al corazón y presionaba sobre mis intestinos. Empecé a fumar y a beber, pero no hallaba ningún alivio. La impresión que aquella estatua viviente me había causado en el Palacio y la conciencia del peligro que acechaba a mi esposa se habían fusionado en mi espíritu. Estaba sumido en una pesadilla de la que no podía despertar.

El molinero entró, se dirigió al mostrador y, de pie, se bebió un par de copas de ron, marchándose luego sin despedirse. Como de costumbre, los dos ajedrecistas estaban allí sentados y sus siluetas evocaban dos idolillos chinos tallados en madera.

Brendel me llevó a El Ganso Azul, posada en la que solía comer y, una vez satisfecho el apetito, nos dirigimos a su apartamento. Allí me sirvió un café y me mostró su hermosa colección de acuarelas con motivos del País de los sueños. Por la tarde, a eso de las cinco, ya no pude resistir más y, tras pedirle excusas por el mal día que le había hecho pasar, le di las gracias y me fui a casa. Hacía demasiado tiempo que estaba fuera y yo mismo no acertaba a comprender cómo podía ser tan desamoroso.

Mi angustia se convirtió en una auténtica tortura, acelerando mi paso como un motor. Me precipité escaleras arriba, pero luego no me atreví a entrar... Pegué la oreja a la puerta... ¡nada!... su cama quedaba en la segunda habitación. Volví a respirar profundamente, y abrí...

Lo primero que vi fue el abrigo de piel de Lampenbogen. Temblando de pies a cabeza, penetré en la habitación. El médico contestó evasivamente a mi saludo: se había quitado los puños postizos. En la cama yacía mi esposa. Su rostro se veía viejo y demacrado. Al verla en ese estado, fui presa de un temor indescriptible y le imploré al médico:

—¡Ayúdela!... Ayúdela!

El gigantesco señor me dio un par de palmaditas en la espalda y dijo:

—¡Cálmese, es usted joven! —yo empecé a lloriquear... La enfermera quiso alcanzarme un vaso de agua, pero me incorporé como movido por un latigazo y la empujé a un lado.

Inclinado sobre la revuelta cama contemplé, desconsolado, a mi esposa moribunda. Ésta mantenía un silencio total, interrumpido sólo por un escalofriante rechinar de dientes... como una pequeña máquina... un castañeteo incesante... seco, duro y distinto. En aquel momento sentí el dolor más grande de mi vida; el horror me impedía comprender lo que estaba sucediendo... Su arrugada tez había adquirido un color verdoso, el sudor brotaba por todos los poros y, cuando me dispuse a secarle la cara con un paño, el castañeteo cesó en forma repentina. Su boca y sus ojos se abrieron desmesuradamente... el rostro adquirió la palidez de la cera... había muerto.

Como si todo sucediese a una gran distancia, escuché que la monja rezaba y el doctor se marchaba. Me arrodillé al borde del lecho y empecé a hablar con la muerta en el tono más tierno que pude... Ante mí volvieron a surgir los años que habíamos

pasado juntos. No le hablé del País de los sueños, sino de la época en que nos conocimos. Le agradecí todas las alegrías que me había proporcionado. Mantuve mis labios junto a su oído, pues nadie tenía por qué oírme. En voz bajísima, para que sólo ella pudiera escucharme, le susurré que había intercedido por ella ante Patera y que el Amo nos ayudaría. Aún sentía en mí cierta confianza infantil. Mientras pronunciaba estas últimas palabras, mi cabeza topó con la suya, que se ladeó pesadamente hacia donde caía la luz amarillenta de la lámpara. Sólo entonces pude apreciar el cambio: ante mí yacía una forma extraña, de labios exangües y nariz perfilada, que nada tenía que ver con la mujer que yo había conocido. Dos pupilas dilatadas y sin brillo miraron a través de mí; entonces, presa de violentos espasmos e hilvanando sin parar propósitos incoherentes, eché a correr, perdiéndome pronto en las desconocidas callejuelas. Sin preocuparme de nada ni de nadie, anduve buscando los lugares más oscuros y recónditos, pero en ninguno me detuve mucho tiempo. Pasé la noche entera deambulando como un fantasma locuaz que hubiera perdido el miedo. Me puse a murmurar las oraciones que recordaba de mis tiempos infantiles. Me sentía solo... no había nadie más solitario que yo.

También permanecí oculto el día siguiente, esperando que la muerte viniera a recogerme. Aquella noche escuché toda clase de ruidos y silbidos extraños a mi alrededor, creyendo ver constantemente la imagen de Patera que, como una aparición gris y misteriosa, flotaba delante de mis ojos. Ya estaba amaneciendo cuando, agotado y con una sensación de vacío en la cabeza, empecé a subir penosamente la escalera de nuestra casa. Aún revoloteaba en mí la vaga esperanza de que quizá todo no hubiera sido sino una quimera.

La habitación en que mi esposa había muerto se hallaba en completo desorden. Un olor dulzón e insípido llenaba la atmósfera... La cama estaba vacía; mantas y sábanas revueltas. En la mesita de noche se veían frascos con medicinas desparramadas y varios terrones de azúcar. Un aura de misterio y desconsuelo lo impregnaba todo. Volví a bajar... en la calle estaba Lampenbogen junto a su coche.

Me cogió por el brazo... yo me estremecí: ¿otra desgracia?

—Sólo dos palabras: le he estado buscando. No puede usted seguir así. Le llevaré conmigo, dentro de media hora enterrarán a su esposa. Ahora necesita usted un hogar, una familia. Ojalá no rechace mi invitación y se venga a vivir un tiempo a mi casa; mi esposa también se alegrará muchísimo. Uno acaba por sobreponerse a este tipo de golpes... ya se calmará.

Sin replicar una palabra subí al coche de Lampenbogen, aposentando mi magra figura junto al ancho y voluminoso señor. La gente nos miraba desde el Café; Anton hizo una reverencia detrás de la ventana; los ajedrecistas seguían ensimismados.

Al cabo de unos minutos llegamos al cementerio. Ya a cierta distancia divisé un grupo de personas en la pequeña antesala de la cámara mortuoria. Poco a poco fui distinguiendo caras conocidas: Hektor von Brendel, el propietario del Café, un clérigo y unos cuantos desconocidos. Todos se hallaban de pie, sólo *una cosa* yacía:

un simple ataúd cubierto con un paño negro. Empezó a llover y la humedad fue infiltrándose a través de la ropa, cosa que mi piel reseca y tensa recibió casi como un regalo del cielo.

El religioso musitó unas cuantas plegarias y el ataúd fue llevado luego a la fosa. Yo encabezaba el cortejo. «Allí está encerrada mi esposa», pensé. Me la imaginaba como si aún estuviese viva. «Seguramente sabe todo lo que está pasando ahora, que yo voy aquí, detrás del féretro y me limito a dejar que las cosas sigan su curso.» Entretanto avanzaba ya, con paso inseguro, sobre el césped húmedo y cobrizo. Me esforcé por mantener mi compostura. «No deben notar nada en mi persona. Dejaré las manifestaciones de dolor para más tarde, cuando esté solo». En mi cabeza leía constantemente una palabra impresa en letras mayúsculas: «¡ÁNIMO, ánimo, ánimo, ánimo!»..., que se repetía formando una línea infinita. Entonces me mordí por dentro las mejillas y, no sin cierta curiosidad pese a todo, observé el lugar donde estaban cavando la fosa, en medio de tantísimas otras tumbas... Cuando llegamos, quitaron el paño negro que cubría la caja. Tuve la impresión de estar en una especie de semisomnolencia. Con gran destreza, los sepultureros bajaron el ataúd a la losa. Una sola vez, y por un brevísimo instante, miré hacia abajo: la imagen se me grabó en la mente con insólita precisión. «Ésta es la última mirada, tu saludo de despedida para la que en vida fue tu compañera.» Me alejé con pasos vacilantes, Lampenbogen me cogió por el brazo... todos los presentes se acercaron a darme el pésame.

En ese momento alguien llegaba a grandes pasos desde la puerta del cementerio, limpiando su sombrero de copa con una de sus mangas. Era el peluquero. Me cogió la mano y en tono solemne dijo:

—Al morir, el Sujeto se transforma en una diagonal que une el Espacio y el Tiempo, ¡ojalá que esto pueda consolarle!

Junto al muro de la izquierda vi el gran mausoleo de la familia de Alfred Blumenstich: sobre un cubo de mármol blanco, una esfinge de hierro con yelmo medieval y visera cerrada. Me alegró pensar que todo había terminado tan apaciblemente.

Luego volví a subir al coche de Lampenbogen y nos pusimos en marcha hacia su residencia.

IX

Sin duda alguna, los Lampenbogen habían tenido un gesto de suma gentileza al acoger en su casa a alguien tan desamparado como yo. De todos modos, también me hubiera ido con cualquier otra persona; me daba exactamente lo mismo ir a un sitio que a otro.

Los Lampenbogen no «se privan de nada; les es indiferente que mi mujer haya muerto», pensé cuando la criada me abrió la puerta del comedor. Eran las seis de la

tarde. La esposa del doctor ya me había saludado. Cuando llegamos, expresó su deseo de que me sintiese muy a gusto en su casa y lograrse olvidar pronto el *terrible suceso*.

—Claro que sí, el terrible suceso —respondí mecánicamente.

—La vida está llena de aflicciones —observó Lampenbogen mientras ponía una caja de puros sobre la mesa de mi habitación. En cuanto me repuse de mi asombro por tener que vivir desde entonces en un cuarto diferente, me arreglé un poco y bajé al salón. Si afuera el tiempo estaba frío y lluvioso, allí reinaba una atmósfera cálida y lujosa. Mi anfitriona parecía preocupada por mí, y eso me reconfortó. Mi impresión de aquella vez debía de haber sido una simple ilusión óptica. Volví a mirar tranquilamente sus ojos, de un tono grisverde y forma de almendra, que, aunque pensativos, parecían escudriñar constantemente.

«Ésta es la mujer de quien tanto se habla», pensé para mis adentros, «no son más que chismes ridículos.»

Nos sentamos a la mesa, uno de cuyos lados anchos fue íntegramente ocupado por el vientre elefantino de Lampenbogen. Era un *gourmand*. Cuando comía, la cara se le hinchaba como un fuelle y se podía ver y oír que la comida era de su agrado. Pese a que yo no tenía nada en el estómago, mi apetito era prácticamente nulo. Lampenbogen, en cambio, se transformaba delante del mantel en una persona distinta, en una especie de *mariscal-eclesiástico*, si me permiten la expresión. Vigilaba las bandejas con una mezcla de recogimiento y avidez, y cuando no se las alcanzaban de inmediato hacía chasquear los dedos con impaciencia. A veces reclamaba, con énfasis categórico, platos que ya habían sido llevados a la cocina.

—¡Cuántas veces se lo he dicho ya, pero la bestezuela nunca entiende! —exclamó enrojeciendo de rabia. En ese momento se parecía a Fukuroku, el dios japonés de la felicidad. Él mismo preparó la ensalada en una mesita adyacente, manejando con gran habilidad dos tenedores. Sus manos pequeñas y regordetas se movían con una agilidad tan sorprendente que me hizo pensar: debe ser muy buen cirujano. Sin embargo, al final no pareció muy contento con su obra.

—Aquí ya no se consigue nada puro —gruñó mirando con gesto desaprobatorio toda una batería de frasquitos y latas de colores. *Lampenbogen en corte transversal*, buen tema para Castringius.

—¡Pero usted no come nada! —exclamó cuando llegamos al queso. Su esposa lo recriminó—: ¡Odoacro, ya sabes!... —de paso, observé que su nariz era fina y perfilada como la mía, aunque debo añadir que ésta era la única similitud existente entre los dos.

Después de cenar saqué mis cigarrillos. Entre suspiros y lamentaciones, la montaña de grasa se levantó:

—Desgraciadamente hoy tengo que ir al Club, aunque me hubiera encantado quedarme conversando con usted —yo también le expresé mi pesar.

—¿Dónde queda el Club? —pregunté. Entonces, claro está, quiso llevarme allí de inmediato: en la parte posterior de El Ganso Azul había una pista de bolos. Yo se lo

agradecí, diciéndole que, por hoy, ya había tenido bastante.



—Pues entonces, que Dios le bendiga —dijo al estrecharme vivamente la mano. Su esposa recibió un golpecito en la mejilla. En contraste con su enorme peso, sus movimientos tenían cierta gracia y elasticidad bastante insólitas. Nos quedamos solos...

—Su esposo tiene una salud de roble —observé por decir algo.

—Así es —replicó ella.

La atmósfera se tornó ligeramente opresiva. La llegada de la noche me aterraba y quería quedarme allí el mayor tiempo posible. Sólo entonces pude observar más de cerca a la hermosa señora. Llevaba un amplio vestido de rayas azules y blancas, y su espesa cabellera estaba sujeta por una redecilla, según la moda vigente en el Reino de los sueños. Su rostro me pareció extraordinariamente pequeño, la frente estrecha y las cejas bastante arqueadas y altas a los costados. La nariz era más bien corta y respingona, la boca muy ancha y carnosa, de labios levemente negroides. Lo más hermoso de todo era la tez alabastrina y la cabellera. Para ser mujer era bastante alta.

Me asombré al ver que, pese a la situación en que me hallaba, aún podía observar las cosas con tal detenimiento. Melitta rebuscó su labor en una canastilla y se sentó junto a la chimenea, en la que crepitaban largos leños de haya. El lujoso comedor, íntegramente revestido de madera oscura, se hallaba más o menos caldeado; afuera, la tempestad hacía crujir los árboles y, de vez en cuando, algún chubasco azotaba los cristales de las ventanas.

Yo esperaba que la dama iniciara la conversación, pues aquel día me consideraba compañía poco grata. Sin embargo, al ver que guardaba silencio no tuve más remedio que empezar yo mismo.

—Señora, tiene usted un cabello muy hermoso —dije sin pensar.

—No me ha crecido mucho, antes tenía más... ¡Suelto es más bonito! —un repentino sentimiento de pánico se apoderó de mí entonces. Sentí que iba empalideciendo.

Nunca lograré explicarme del todo lo que ocurrió en aquel momento. Cierto es que, en esos últimos días, había tenido que pasar por las experiencias más terribles y demoledoras que un ser humano es capaz de soportar. Me sentía desfallecido, deshecho y desesperado.

¿Estará sometida nuestra naturaleza a una especie de ley pendular? ¿Cómo, si no, podría explicarse que en aquel preciso instante surgiera en mí, de forma discreta aunque repentina, la idea de permanecer fríamente al acecho? Casi al mismo tiempo sentí que, en mi fuero interno, empezaban a agitarse fuerzas oscuras e inconmensurables. Todo esto debía de ocurrir en los planos más profundos de mi conciencia, pues en la superficie estaba indignado conmigo mismo. Sin embargo, aquellos impulsos se convirtieron, con la rapidez de un rayo, en una presión volitiva firme y unitaria, controlada desde algún punto por una instancia superior. El hecho es que había recuperado mi sangre fría y me sentía tan calculador como una serpiente. Visto desde fuera, sólo era un hombre que estaba fumando.

Melitta dejó un momento su costura y dijo con voz tranquila:

—Como pintor que es, algo tendrá que saber de la belleza.

Yo disponía en aquel instante de toda una secuencia de ideas diáfanas como el cristal. Quería pasar a la acción... pero antes se imponía un sondeo.

—Su cabellera suelta debe de ser algo realmente maravilloso —dije ocultándome tras una bocanada de humo.

—¡Pues me temo que se llevaría una desilusión! —y al decir esto volvió a inclinarse rápidamente sobre su trabajo, esbozando una leve sonrisa.

«¡Ajá!», pensé, este tipo de juegos es realmente lo que menos me interesa, nunca han sido de mi predilección. Me levanté con aire indiferente y observé en un tono de fría galantería:

—Lástima que su esposo no sea un artista... —(esto fue dicho como un simple pasatiempo, para que mi oponente avanzase unos pasos y se diese a conocer.) Y, tal como me lo esperaba:

—¡Dios mío, el pobre no entiende nada de esas cosas! —dijo esto encogiéndose de hombros en forma ligera y despreciativa, exactamente como yo había esperado. Ahora ya me pertenecía. Y sin embargo, aún no había sucedido nada, la situación no pasaba de ser anodina.

En ese momento entró la criada:

—¿Desean algo más los señores?

—¡No, puede retirarse!

—¿Qué diría usted si, abusando de su confianza, le rogara que se soltase la cabellera?

(Necesitaba hacer esta pregunta antes de dejar caer la trampa, pues un rechazo hubiera sido demasiado ridículo.)

—¿Hoy, el día del entierro de su esposa?

(Una falsa estocada.)

—Además de la muerte, también existe la vida —añadí continuando con la comedia. Ciertamente experimentaba la ligera presión de una onda contraria, mas ¿qué podía ésta ante la fuerza que ya se había posesionado de mí?

—Pues, si usted lo desea... si con eso puedo consolarle.

(¡Ajá! El aguijón oculto contra el viudo, su último quite.)

«Qué estúpida es esta mujer... todas son iguales...» Esta idea cruzó inopinadamente por mi espíritu. Melitta se levantó y empezó a desatarse la cabellera.

—¿No regresará la criada? —pregunté en voz muy baja y tranquila.

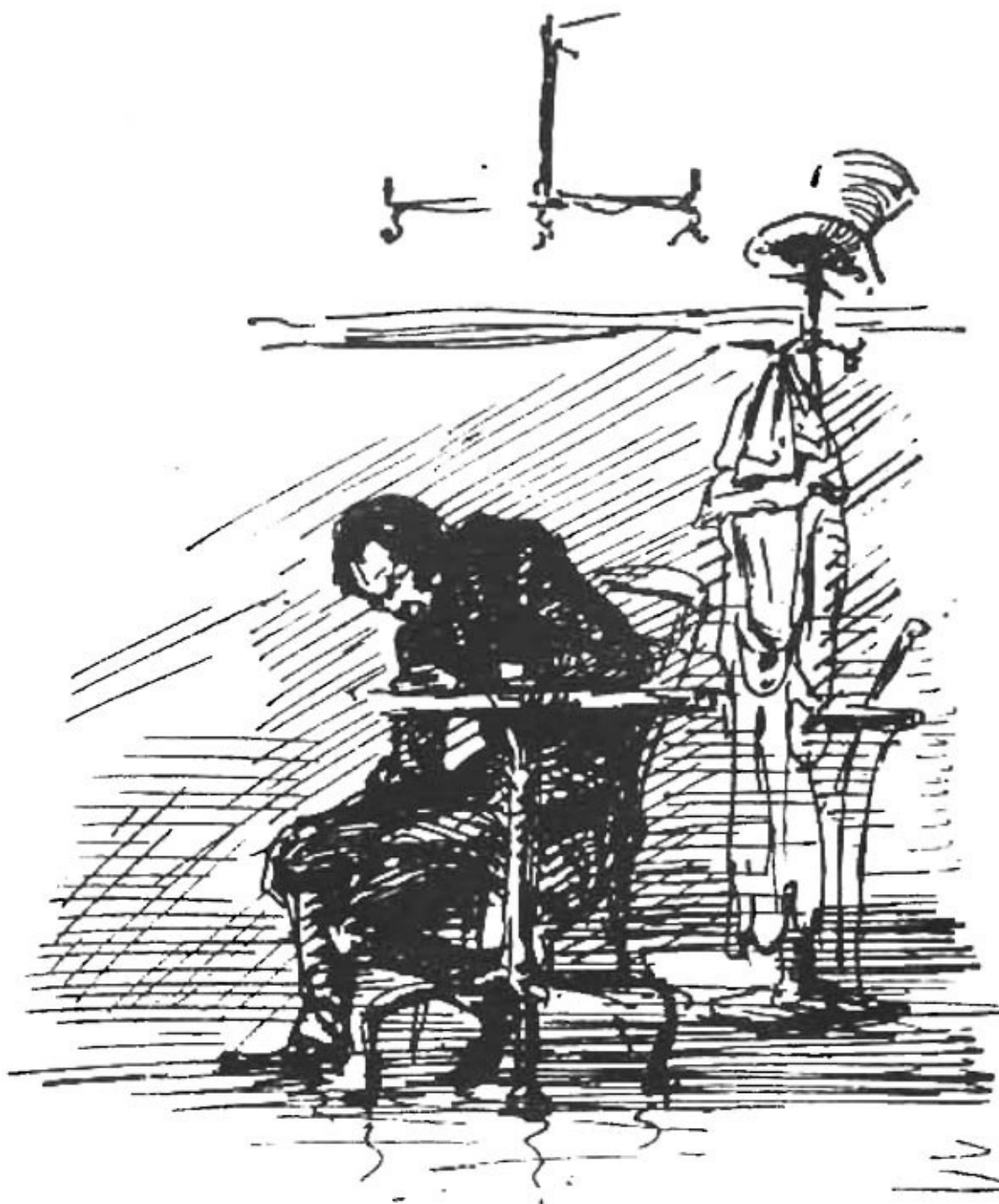
(Dije esto como quien corre un cerrojo y, a la vez, para evitar que la escaramuza se prolongase mucho rato. Además, sentí que el desorden empezaba a cundir en mi mente.) Ella respondió casi en un susurro:

—Estamos seguros —(¿qué más se podía pedir?) Dos soberbias trenzas color castaño se deslizaron por su espalda. Luego, de pie tras el alto biombo que ocultaba la chimenea, acabó de soltarse el cabello.

Aunque estaba realmente sorprendido, no pude por menos de exagerar un poco la nota. Empecé a halagarla con toda clase de observaciones eruditas sobre el particular, sazónando poco a poco mi discurso con palabras apasionadas. Al fin y al cabo, su cabellera no era lo que más me interesaba en ella.

De pronto, un vago sentimiento de angustia me oprimió la garganta. Pensé que si seguía hablando tanto acabaría por decir idioteces.

—Su cabellera es única —pero ¿no podría el artista ver algo más? Venga, venga —le dije lisonjeramente, observando su creciente confusión.



—¿No cree que pide usted demasiado? —replicó en un tono de coqueta indignación. El rubor de sus mejillas me indicó que la resistencia empezaba a ceder. Entonces, mis trémulos dedos pudieron sustituir los de la criada...

En el *boudoir* contiguo, dos pequeños candelabros de pared arrojaban una luz macilenta. Quise sacar a Melitta de su lánguida apatía, pero al mismo tiempo me complacía verla en ese estado. Sentí aquel aroma embriagador, tan conocido en el Reino de los sueños... en ese momento, mi mujer nunca había existido...

En la calle reinaba una calma absoluta. La tempestad nocturna había pasado, dejando un aire frío y muy húmedo. Se oyó un juramento y vi acercarse a dos transeúntes.

«La propina del diablo»; era el conocidísimo balido de Castringius. Eché a correr y correr para alejarme lo más posible de la villa. Nada ni nadie podría hacerme regresar a ella.

En el Café bebí un ponche y me dije, con un humor patibulario; «¡Al fin solo!» A la tercera copa empecé a hacer un balance de aquello que había deseado en la vida y aquello que realmente había logrado: una ojeada al vacío. En todo me ocurría lo mismo que a Brendel con sus amoríos. Perseguía las vanas promesas de una felicidad que se burlaba constantemente de mí. No quería saber nada más de esta absurda farsa. Al llegar a la cuarta copa ya estaba chapoteando en el lodazal del suicidio. Prefería dejar de existir a seguir siendo un loco más entre tantos.

Entonces, el remordimiento por lo que acababa de hacer empezó a torturarme. Le pedí disculpas a la difunta. Hacía pocas horas que estaba bajo tierra, reclusa y abandonada en su prisión de madera, mientras yo tenía que seguir arrastrando el lastre de la carne viva. Incluso en aquel momento fui importunado por pensamientos lascivos que, como pompas de jabón, se alzaban y estallaban dentro de mí.

Con la quinta copa llegó la decisión: «Emborracharme bien aquí y después, al agua.» Sentía un resquemor en la lengua, y los oídos me zumbaban de tanto fumar.

En la mesa de al lado estaban hablando del molino. Jacobo, el molinero desaparecido, aún había sido visto a fines de la semana pasada cuando, en uno de los pontones de servicio, atravesaba el Negro en un lugar situado río abajo. Un camino conducía a dicho lugar a través de una enorme espesura, una zona selvática y todavía inexplorada del País de los sueños. Por la noche, los pobladores de la otra orilla, escuchaban verdaderas sinfonías infernales. «Quizás el molinero se extravió y pereció en las fauces de alguna bestia salvaje», era la opinión que allí prevalecía, aunque mucho se hablaba también del otro hermano, sobre el que recaían las más serias sospechas.

Cuando hube bebido un café, me di cuenta de que no era capaz de suicidarme ni de seguir viviendo. «Llevaré una especie de semiexistencia vegetativa entre ambas posibilidades, esperando el golpe mortal como un buey destinado al matadero. De todos modos, no puede tardar mucho tiempo.» Al mirarme en el espejo, éste me devolvió una cara enferma e hinchada.

Eran las tres de la madrugada cuando me comí tres porciones de jamón y una tarta de pasas. Un hambre feroz se había apoderado de mí. Los últimos parroquianos que aparecieron fueron Castringius y de Nemi. El dibujante me vio de inmediato, pero yo cogí rápidamente *La Voz* y me embebí en su lectura. Los dos comprendieron el significado de mi gesto. Mi nombre, impreso en caracteres espaciados, me llamó

inmediatamente la atención: una breve nota necrológica a la memoria de mi esposa. Por encima del diario seguía viendo las manos de Castringius, una de las cuales, la derecha, pendía sobre el respaldo de la silla como un horrible instrumento. Tenía que tratarse de alguna evolución regresiva, o acaso de una forma intermedia. Sin embargo, Castringius daba a entender que deseaba ser contado entre los integrantes del género humano. Una hélice propulsora es el nombre que yo daba a aquellos dedos cortos y carnosos, terminados en uñas anchas, corvas y agrietadas, de tinte amarillento. Como sabía que en el fondo no le inspiraba mucha simpatía, fui excesivamente cortés con mi colega.

El posadero se acercó a mi mesa y, semidormido, me preguntó si pensaba seguir viviendo en el mismo apartamento. «¡Santo cielo, claro que no!» Le expliqué entonces que de momento me hallaba sin techo, por si sabía de algo...

—Por supuesto, en mi casa.

Tenía un cuartito largo y estrecho como un pasadizo. Allí pasé el resto de la noche y allí me quedé luego. Separada por una cortina, la cama se hallaba en un oscuro gabinete lateral. El sitio se me antojaba tan familiar que era como si nunca hubiese vivido en otro. Sus deterioradas colgaduras de cuero amarillento, sus viejísimos relojes de péndulo y su abovedada estufa de azulejos evocaban perfectamente mi antigua casa.

Muerto de cansancio, me quedé dormido y no desperté hasta el otro día, en que me trajeron mi mesa de dibujo.

Me invadió entonces un deseo febril de trabajar, y durante el semestre siguiente produje, bajo la presión del dolor, mis mejores obras. Vivía drogado por el trabajo. Mis dibujos, surgidos en la atmósfera sombría y crepuscular del Reino de los sueños, expresaban en forma oculta mi pesar. Con gran detenimiento fui estudiando la poesía de los patios húmedos y mohosos, de las buhardillas recónditas, de las trastiendas sombrías, de las polvorientas escaleras de caracol, de los jardines abandonados y cubiertos de ortigas, así como los pálidos colores de los pisos de ladrillo y de madera, los negros fogones y el extraño mundo de las chimeneas. Me entretenía haciendo toda suerte de variaciones sobre un tema único y melancólico: el miserable abandono en que vivía y mi lucha contra lo Incomprensible. Aparte de estos dibujos, que solía distribuir entre varias personas o bien entregaba al *Espejo de Los sueños*, hice también algunas series cortas de grabados destinadas a un público muy reducido. Desde esta perspectiva, intenté crear directamente formas nuevas a partir de los misteriosos ritmos que iba sintiendo en mi interior y que, tras enroscarse y entremezclarse, acababan separándose bruscamente. Fui incluso más lejos y renuncié a todo, salvo a la línea, desarrollando en aquellos meses un extraño sistema de trazos. Un estilo fragmentario —más afín a la escritura que al dibujo— fue el encargado de transmitir, a la manera de un instrumento meteorológico de alta precisión, las más ligeras variaciones de mi espíritu. *Psicografía* es el nombre con que bauticé aquel procedimiento, sobre el que luego quise escribir algunas glosas. En este nuevo campo

de la creatividad hallé la descarga espiritual que tanta falta me hacía. Sin embargo, lejos de haberme reconciliado con el destino, seguía llevando una existencia en el fondo híbrida.

Pasé muchas noches tratando de encontrar alguna explicación plausible de la muerte de mi esposa, y confieso que me sentía en parte culpable de lo sucedido. Era la suya una naturaleza sana y realista que nunca hubiera podido echar raíces en aquel Reino fantasmagórico. Debí haberme dicho esto desde el principio y renunciar a toda la aventura.

Cuando empecé a frecuentar de nuevo a los seres humanos, me enteré de que habían ocurrido una serie de cambios. Las cosas iban empeorando en el Reino de los sueños.

Un buen día sacaron muerta a la señora Goldschläger, nuestra ex sirvienta: el tercer cadáver en menos de medio año. Empezó entonces una azacanada vida para las nueve pobres criaturas.

Se rumoreaba que Hektor von Brendel había entablado una relación con la Lampenbogen, ¿llegaría ésta a alcanzar la *madurez*? De Nemi también visitaba a Lampenbogen, no tanto por Melitta como debido a una grave dolencia provocada por su innata galantería. De Giovanni Battista sólo me llegaban informes agradables: era un auténtico maestro en su profesión y el peluquero le había asignado una renta vitalicia.

No se notaba ningún aumento fuerte de la población y casi nadie hacía caso de los poquísimos recién llegados. Aunque éstos contasen muchas cosas sobre el mundo exterior y sus progresos e inventos extraordinarios, sus relatos no interesaban en lo más mínimo a los habitantes del Reino, que se limitaban a decir:

—¡Sí, sí, muy bien! —y cambiaban de tema. El Reino de los sueños nos parecía grandioso e incommensurable y no tomábamos en consideración al resto del mundo, relegado al olvido. Ninguno de los que se hubiera ambientado allí quería volver a salir; *fuera* todo era falso, no había nada.

Una tarde bajé hasta la orilla del río con la intención de tender unos cuantos reteles anguileros: la pesca había sido, desde mi juventud, una de mis grandes pasiones.

La extraña sustancia gaseosa seguía crepitando y flotando en torno al molino, sobre cuyas paredes vi deslizarse rayas verdosas y fosforescentes. Al acercarme, observé una serie de fenómenos desagradables y claramente perceptibles que empezaron a inquietarme. Bajo la puerta, en la que una cabeza de búho, un murciélago crucificado, y todavía vivo, y una pata de reno hacían las veces de amuletos de la buena suerte, bajo aquella puerta, digo, se hallaba el molinero, lanzando destellos intermitentes con su pipa. Siempre había sentido miedo ante aquel individuo tan reticente, mas esta vez pasé a su lado con toda intención y sin ningún temor. Ya tenía pensado el sitio donde iba a lanzar las redes: inmediatamente detrás de la gran compuerta. En el instante en que me disponía a tirarlas, oí que una voz

queda pero nítida me decía desde muy cerca:

—¡Pst, pst, cuidado! ¡Póngase más a la izquierda, por favor! —no vi a nadie hasta que, de pronto, noté horrorizado una cara gruesa y redonda que se movía a mis pies, sobre la arena. Al comienzo temí que se tratara de alguna nueva ilusión diabólica, pero el misterio halló pronto una explicación natural: un policía se había enterrado allí y estaba acechando al molinero. Me sentí aliviado.

Cuando hube concluido mi trabajo, regresé a casa. Me detuve un momento en el puente, hasta el que llegaba un canto arrastrado y monocorde. En esa dirección quedaba el Suburbio con sus casuchas bajas; un lugar que nunca había visitado, pues el País de los sueños me había ofrecido siempre atractivos suficientes. La solemne monotonía de aquel canto me llegó al corazón; me puse a escucharlo en silencio. Una misteriosa calma reinaba sobre el agua. «Quisiera ir pronto allí», decidí en mi interior, y una vez más volví a pensar en los grandes enigmas que rodeaban a Patera y en lo que yo sabía de ellos. Sobre todo esto hablaré en el próximo capítulo.

Luego fui un momento al Café. No pude lograr que Anton me atendiera. Se hallaba charlando animadamente con un grupo de parroquianos, ante los que agitaba la página de anuncios del último número de *La Voz*.

—Ya está aquí, ayer llegó —escuché que decía.

Finalmente se acercó a atenderme con gran solicitud.

—Hoy ha llegado el *Americano* —manifestó en tono importante.

—¿Quién?

—Pues el *Americano*, un hombre con mucho dinero.

CAPÍTULO V

EL SUBURBIO

I

¡FACHADAS profusamente adornadas de volutas y dentículos! ¡Techos de paja! Estaba entrando en una auténtica aldehuela. Casuchas de madera bajas y de forma extravagante, minúsculas construcciones abovedadas, tiendas cónicas. Cada vivienda estaba rodeada por un cuidado jardincillo. Vista de lejos, aquella colonia daba la impresión de una feria de muestras etnográficas. Por todas partes se divisaban postes de señalización cubiertos de pendones y discos de cristal, así como un gran número de figuras grotescas, grandes y pequeñas, hechas de gres, madera o metal: un verdadero caos recubierto de musgo. Algunos árboles venerables ocultaban buena parte de la escena con sus ramas largas e inclinadas.

Allí vivían los primitivos habitantes del País de los sueños. Una extraña calma lo invadía todo. Aquellas figuras originales e incomprensibles, apostadas en sus curiosos altares de madera, estaban corroídas por la acción de la intemperie y, pese a las combinaciones eróticas y a menudo monstruosas que evocaban, se fundían armoniosamente con el pacífico entorno. Anduve vagando un buen rato antes de toparme con los primeros seres humanos. Tres figuras altísimas y nervudas bajaban por una colina.

A un saludo mío inclinaron con dignidad sus cabezas rapadas y siguieron su camino en silencio. Eran ancianos de tipo visiblemente mongólico, envueltos en mantos de color anaranjado opaco. Pronto vi a otros. Inmóviles como estatuas, estaban sentados ante sus cabañas sin hacer nada. Uno tenía enfrente tiestos con flores, otro miraba un perro dormido, y un tercero se hallaba absorto en la contemplación de unas piedras. «Esta gente está totalmente marginada en Perla», pensé en un momento. Nadie venía a verlos nunca, eran prácticamente despreciados. Y, sin embargo, tratábase de una tribu muy altiva, que descendía en línea directa del gran Genghis-Khan. Claro que nada en ella recordaba ya al tirano asiático, y los que allí vivían eran, sin excepción, gente anciana. Las poquísimas mujeres casi no se distinguían de los hombres, ya que la conducta, el vestido y la expresión facial eran muy semejantes. Lo más hermoso de aquellos hombres eran sus ojos ligeramente rasgados y de un azul brillantísimo. ¡Qué distinta parecía aquí la forma de vida en comparación con la del resto del País! Lo que allí era agitación, aquí era calma. No obstante, estos ancianos también debieron de haber peleado mucho: las profundas arrugas que surcaban sus rostros daban testimonio de ello.

Tras esta primera visita, decidí cruzar el puente con cierta frecuencia y observar de cerca a los ojizarcos. Si bien ninguno me invitaba, tampoco era rechazado. Cada

vez me llamaba más la atención el marcadísimo contraste. Allí solía descansar y contemplarlo todo en perfecta calma. La serena lucidez de aquella gente me impresionó profundamente. Me puse a reflexionar y traté de conciliar el resultado de mis meditaciones con mis otras experiencias.

Al fin y al cabo, hacía ya seis meses que empezaba a familiarizarme con el gran enigma de Patera. El anciano profesor tenía razón en muchos aspectos. Todo el País de los sueños vivía bajo los efectos de un hechizo, y en nuestras vidas los planos terroríficos alternaban con otros de innegable estirpe humorística. El Amo se ocultaba en realidad detrás de todo y, de manera misteriosa, solía manifestarse con una frecuencia superior a la deseable. La idea de que él manejaba a casi sesenta y cinco mil soñadores no podía desecharse tan fácilmente, por monstruosa que pareciera. Me era imposible precisar dónde quedaban los límites de su poder, pues llegué a tener pruebas suficientes de que sus impulsos alcanzaban también a todo el mundo animal y vegetal. En el fondo, todos conjeturábamos esto y lo aceptábamos como una carga impuesta por el destino. El problema era tan confuso que ni siquiera el espíritu más sutil y lúcido conseguía adivinar su esencia. La naturaleza de Patera era tan insondable e inconcebible como la fuerza que, en el País de los sueños, nos tenía convertidos en marionetas. Sin embargo, ésta se manifestaba en cualquier nimiedad. El Amo manipulaba nuestra voluntad y turbaba nuestra razón, sirviéndose de nosotros como de súbditos guiñolescos. Pero ¿con qué fin? No teníamos que pagar ningún impuesto ni creábamos nada para él. Cuanto más pensaba en el problema, más oscuro se me hacía. Teníamos la seguridad de que el misterioso personaje padecía de epilepsia y todos compartíamos sus ataques: ése era el *Arrebato*. Envejecería y moriría, ¿qué sería entonces de nosotros? ¿Se extinguirían con él todas las chispas de nuestra propia vitalidad? En realidad, lo necesitábamos simplemente para no sucumbir. ¿De dónde le vendrían sus inmensas energías? ¡Y pensar que aquí vivía el remanente de una tribu antigua y distinguida, cuyas costumbres eran diametralmente opuestas a las nuestras! ¿Qué relación tenía esta gente con el Señor? Los ancianos se pasaban horas enteras con la mirada fija en la lejanía, o se inclinaban durante días sobre cualquier pequeñez: piedras, huesos, plumas.

Como no se reían nunca y casi no hablaban entre sí, los ojizarcos eran la encarnación del más perfecto equilibrio. De ello daban testimonio la extrema mesura de sus gestos y sus mismos rostros arrugados, que llevaban el sello de una gran fuerza espiritual. Su indiferencia, rayana casi en lo inhumano, les daba cierto aire de agotamiento y nulidad. «Interés desinteresado» son las antitéticas palabras que acuden a mi mente cada vez que pienso en ellos, y yo mismo seguiré sintiendo su magia hasta que llegue mi última hora. No me atrevía a decir nada concluyente sobre su edad. Pese a la expresión senil de sus rostros, aparentemente inaccesibles a cualquier sentimiento, no podía sacar nada en claro de sus miradas que, en cierto modo, parecían iluminadas por un fuego interior. Sus dentaduras también se hallaban en perfecto estado, sólo el resto de sus cuerpos era enjuto y casi tan descarnado como

un esqueleto. Su número apenas debía sobrepasar la cincuentena. En tres oportunidades pude observar cómo enterraban a sus muertos, constatando entonces las profundas diferencias que los separaban de los anacoretas tanto cristianos como budistas. Los cadáveres eran envueltos en mortajas, colocados en la tierra y cubiertos de musgo y hojas; a continuación llenaban la fosa con tierra. Cada cual era sepultado junto a la choza en que había vivido; no se colocaba señal alguna sobre la tumba y el suelo era nuevamente allanado. No había lamentos ni oraciones de ningún tipo. La simple observación de estas curiosas prácticas me resultó muy provechosa.



Interrumpo aquí el hilo de mi narración y descripción para decirle al lector algo sobre la filosofía de los ojizarcos, tal y como yo logré comprenderla.

II

El esclarecimiento de las ideas

Lo primero que aprendí de ellos fue el modo de apreciar el valor de la indolencia. Para un hombre enérgico, lanzarse a conquistarla supone el trabajo de toda una vida. Mas una vez que se han probado sus delicias, uno se aterra firmemente y para siempre a ellas, aun cuando haya que librar una lucha constante. Yo también traté de contemplar durante horas todo tipo de piedras, flores, animales y hasta seres humanos. Al hacerlo, mi vista fue adquiriendo una agudeza excepcional, similar a la que ya tenían mi oído y mi olfato. Entonces llegaron días magnos, en los que descubrí una faceta insospechada del País de los sueños. El perfeccionamiento gradual de los sentidos iba influyendo a su vez sobre el conjunto de las facultades mentales, dándole una nueva conformación. Fui capaz de acceder a un tipo de admiración insólita y sorprendente. Liberado de su vinculación contextual con las otras cosas, cada objeto adquiriría una significación totalmente nueva. El hecho de que un cuerpo pudiera llegar a mí desde toda la eternidad me hacía estremecer de espanto. Me maravillaba el simple hecho del Ser, de que las cosas fueran así y no de otro modo. Un día, cuando examinaba atentamente una almeja, caí en la cuenta de que su existencia no sólo presentaba un aspecto material, como yo había creído hasta entonces. Pronto me ocurrió lo mismo con todas las otras cosas. Al principio, las sensaciones más intensas me venían poco antes de quedarme dormido o inmediatamente después de despertarme, es decir, cuando el cuerpo estaba cansado y la vida en mí se hallaba sumida en un estado crepuscular. Poco a poco tenía que ir creando un mundo no siempre vivo y, lo que es más, tenía que hacerlo en un plano de constante renovación.

Cada vez iba percibiendo con mayor claridad la secreta alianza que existía entre todos los seres. Los colores, perfumes, sonidos y sabores se convirtieron en realidades intercambiables para mí. Y entonces me di cuenta de que el mundo no es sino el poder de la imaginación: *imaginación - poder*. Dondequiera que fuese e hiciese lo que hiciese, me esforzaba por intensificar mis penas y alegrías, y secretamente me burlaba de ambas. No obstante, tenía entonces la plena seguridad de que el movimiento pendular constituye de por sí un equilibrio, y que precisamente cuando las oscilaciones son más amplias y violentas es cuando mejor puede percibirse dicho equilibrio.

En cierta ocasión contemplé el mundo como si fuera una tapicería de maravillosos colores, en la que los contrastes más insólitos acababan fundiéndose en un todo armónico. Otras veces me entretenía descubriendo una infinita filigrana de formas. Por la oscuridad se filtraba de pronto una embriagadora sinfonía sonora en la que, como en un órgano, los sonidos tiernos y patéticos de la naturaleza iban superponiéndose hasta formar acordes perfectamente definidos. Sí, un poco a la manera de un sonámbulo pude ir captando sensaciones totalmente inéditas. Recuerdo aquella mañana en que me vi a mí mismo convertido en el centro de un sistema numérico elemental. Me sentía un ser abstracto, algo así como un inestable punto de equilibrio entre diversas fuerzas... una asociación de ideas que nunca se me ha vuelto

a ocurrir. Entonces comprendí a Patera, al Amo, al prodigioso Maestro. Sólo entonces, en medio de aquel gran universo de farsa, me convertí en uno de los que más se reían sin olvidarme de temblar junto con los torturados. En mi interior se había instalado un tribunal que lo observaba todo y por fin supe que, en el fondo, no estaba sucediendo nada. Patera se hallaba en todas partes, lo veía en los ojos de mis amigos tanto como de mis enemigos, en diversos animales, plantas y piedras. Su fuerza imaginativa latía en todo lo existente: era el latido del País de los sueños. Y, sin embargo, también encontré en mi interior elementos extraños. Descubrí con horror que mi Yo estaba compuesto por una serie infinita de Yoes que se mantenían al acecho uno detrás del otro. Dentro de esta vastísima cadena, el que venía luego me parecía más grande y hermético que el anterior, y los últimos escapaban ya a mi comprensión, diluyéndose en un plano crepuscular. Cada uno de estos Yoes tenía sus propios puntos de vista. Así por ejemplo, la concepción de la muerte como final era correcta desde la perspectiva de la vida orgánica. No obstante, a un nivel de conocimiento más elevado el ser humano no existía en absoluto, y por lo tanto nada podía llegar a ningún fin. Omnipresente era el rítmico pulso de Patera, cuya insaciable fuerza imaginativa propendía a la simultaneidad en todo orden de cosas: el objeto y su contrario, el mundo... y la nada. Tal era el motivo por el que sus criaturas vivían en perpetua oscilación. Tenían que rescatar su mundo imaginario del dominio de la nada y, al mismo tiempo, reconquistar la nada a partir de este mundo imaginario. Pero la Nada era rígida y no quería ceder; entonces, la fuerza imaginativa empezaba a zumbir y a vibrar intensamente, a todos los niveles iban surgiendo formas, sonidos, olores y colores: ¡y ya estaba ahí el mundo! Después, la Nada volvía a devorar todo lo creado y el mundo se convertía en algo pálido y opaco, la vida se enmohecía, enmudecía y acababa desintegrándose y muriendo de nuevo... Nada, hasta que el proceso se iniciaba una vez más desde el principio. Ésta era la explicación de por qué las cosas encajaban tan bien unas con otras, haciendo posible el surgimiento de un cosmos. Todo este proceso implicaba, empero, una serie de sufrimientos horribles, pues cuanto más alto se crecía, más profundas tenían que ser las raíces. Si pido alegrías, estoy pidiendo al mismo tiempo penas. Nada... o todo. La causa final debía residir en la imaginación y en la nada, y quizás éstas no eran sino una sola cosa. Quienquiera que haya captado su ritmo podrá calcular aproximadamente el tiempo que la miseria o la aflicción habrán de pesar sobre él. La locura y la contradicción tienen que ser vividas junto con el resto. El incendio de mi casa es a la vez desgracia y llamas. Que la víctima se consuele pensando que ambas cosas son imaginarias. Patera, que salía ganando en ambas partes, también tenía que hacerlo.

Gracias a la afinidad de las pulsaciones empecé a comprender también a los seres inferiores. Podía decir exactamente: este gato ha dormido mal o aquel jilguero tiene ideas ruines. El reflejo de todas estas cosas en mi interior regulaba mi conducta. La agitación del mundo exterior había excitado y sensibilizado mis nervios durante tanto

tiempo que ya se hallaban maduros para las experiencias del Mundo de los sueños.

Al término de estos procesos evolutivos el ser humano cesa de existir como individuo y tampoco se le necesita. Este camino conduce a las estrellas.

III

En la maraña del sueño

Aquella noche me dormí pensando en grandes cosas. Menos grandioso fue mi sueño que, debido a lo insólito de sus características, quisiera consignar aquí. Me vi parado junto al río, lanzando nostálgicas miradas hacia el Suburbio que parecía más amplio y pintoresco de lo que en realidad era. Hasta donde lograba ver, una maraña de puentes, torres, molinos de viento y picos de montañas, todo profusamente entremezclado y superpuesto como en un espejismo. Grupos de figuras grandes y pequeñas, gruesas y delgadas se movían en medio de aquella confusión. Cuando miré hacia la otra orilla, sentí que el molinero se hallaba a mis espaldas:

—Yo lo asesiné —dijo en un susurro intentando empujarme al agua. Mas entonces, con gran sorpresa por mi parte, mi pierna izquierda empezó a crecer y crecer hasta alcanzar una longitud tal que, sin esfuerzo alguno, pude llegar hasta la abigarrada muchedumbre que se agitaba en la otra orilla. Entonces oí a mi alrededor un tictac múltiple y variado y divisé una gran cantidad de relojes chatos y de todos los tamaños, que iban desde relojes de campanario y de cocina hasta los más pequeños ejemplares de bolsillo. Todos tenían patitas cortas y gruesas y, como si fuesen tortugas, se arrastraban por la pradera al son de un tictac frenético y descompasado. Un individuo enfundado en un traje de piel verde y con un gorro que parecía una salchicha blanca, estaba sentado en un árbol sin hojas y atrapaba peces en el aire. Luego los colgaba en las ramas circundantes, donde se secaban al instante. Un hombre ya viejo, con un cuerpo monstruosamente grande para sus cortas piernas, se me acercó: no llevaba más vestimenta que unos grasientos pantalones de dril. Tenía dos largas líneas verticales de tetillas... yo conté hasta dieciocho. De pronto se llenó los pulmones de aire, e inflando alternativamente ora el pecho izquierdo, ora el derecho, se puso a tocar, pulsando con sus dedos aquellas dieciocho tetillas, unas bellísimas piezas de armónica. Al hacer esto se balanceaba rítmicamente siguiendo la melodía como un oso bailarín, mientras iba expeliendo poco a poco el aire. Luego se detuvo, se sonó con ambas manos y las arrojó lejos de sí. Por último le creció una barba monstruosa en cuya espesura desapareció. Junto a él, entre unos arbustos, se revolcaban unos cuantos cerdos cebones que al verme se escabulleron a paso de ganso, volviéndose cada vez más pequeños y diminutos hasta desaparecer, gruñendo ásperamente, en una ratonera del camino.



Un poco más abajo, junto a la orilla, el molinero examinaba con atención una enorme hoja de periódico; empecé a sentirme incómodo. En cuanto la hubo leído y devorado comenzó a salirle humo por las orejas y adquirió un tinte cobrizo. Entonces se levantó y, sosteniendo su enorme vientre con las dos manos, se puso a recorrer la orilla de arriba abajo a la vez que lanzaba miradas salvajes a su alrededor y emitía

agudos silbidos. Por último cayó al suelo como fulminado por un ataque y palideció. Su cuerpo se tornó luminoso y transparente, y por sus intestinos vi circular dos pequeños trenes que parecían perseguirse mutuamente. Con la rapidez de un rayo fueron recorriendo uno tras otro los tortuosos conductos intestinales. Algo desconcertado y meneando la cabeza me disponía a prestarle ayuda al molinero, cuando mis palabras fueron interrumpidas por la súbita aparición de un chimpancé que, con increíble rapidez, se puso a plantar en torno mío un jardín circular de cuyo húmedo suelo iban surgiendo gruesos troncos verde manzana que, dispuestos en hileras compactas, semejaban espárragos gigantes. Temí quedarme prisionero en aquel cerco viviente como en una jaula, pero antes de que pudiera pensar en lo que había que hacer, recobré la libertad. El molinero muerto, cuyo cuerpo ya no era transparente, había puesto, en medio de grandes convulsiones, un rosario de miles de huevecillos blancos y lechosos de los que a su vez surgían legiones de caracoles que, al instante, se lanzaban a devorar a su creador. Un penetrante olor a carne ahumada comenzó a difundirse por la atmósfera, provocando la descomposición y posterior caída de los carnosos tallos. A lo lejos, el Suburbio fue desapareciendo en un conglomerado de rutilantes hilos violáceos.

Entonces divisé un mejillón de dimensiones colosales que, como un arrecife rocoso, yacía a orillas del río. Salté sobre su dura valva y... ¡una nueva desgracia! El molusco se fue abriendo pesadamente, en su interior vi masas gelatinosas que se agitaban... y me desperté.

LA CAÍDA DEL REINO DE LOS SUEÑOS

CAPÍTULO I

EL ADVERSARIO

I

HÉRCULES Bell, de Filadelfia, suscitaba continuos comentarios sobre su persona. No podía decirse que este multimillonario fuera avaro con sus riquezas, ya que el País de los sueños quedó literalmente inundado por su oro. Nuestra corrupta economía debió parecerle algo siniestro, pues llegó a un acuerdo con Alfred Blumenstich y pronto nos dimos cuenta de que las finanzas del país habían tomado un curso totalmente nuevo. Nadie quería aceptar ya papel moneda y tampoco estaba permitido pagar con las antiguas piezas verdosas, que fueron retiradas de la circulación. Como consecuencia de esta nueva administración, una ola de opulencia se hizo sentir durante cierto tiempo. Un absurdo delirio se apoderó de Perla: día tras día, la gente rica organizaba fiestas lujosísimas y el pueblo acudía en masa a las tabernas, bebía y apestaba. Por todas partes se oían vivas al *americano* —que así le llamaban todos—, y la gente brindaba por su generosidad y munificencia.

El otoño se iba acercando. Contento por haber esclarecido mis dudas, decidí tomarme un pequeño descanso.

El americano había establecido su cuartel general en El Ganso Azul, cuyo primer piso alquiló por una cuantiosa suma. A fin de verle me dirigí una tarde al restaurante del hotel, vestido de etiqueta.

Allí me encontré con Castringius y el señor von Brendel, y tuve oportunidad de descubrir una faceta que aún desconocía de la personalidad de mi colega.

Durante el largo período en que dejé de verle, Castringius había trabado amistad con el barón von Brendel. El artista, que me reconoció al momento, adoptó una actitud extraña y en extremo displicente. Como si sólo me conociese a la ligera, contestó en forma escueta y algo evasiva a mi saludo, volviéndome la espalda inmediatamente. Su comportamiento no pudo por menos de llamarme la atención. «¿Qué tendrá?», pensé, «yo nunca le he ofendido, y en cuanto a él, más bien solía ser casi inoportuno. Hace prácticamente cuatro meses que no nos hemos visto... Qué raro». Me alegró sobremanera que Brendel estuviera presente. Estaba examinando la carta con suma atención y no advirtió al instante mi llegada, pero en cuanto me vio, se levantó de un salto y me invitó cordialmente a su mesa. Al comienzo, el dibujante frunció las cejas con gesto de extrañeza, mas pronto se dio cuenta de la situación y su arrogancia se desvaneció por completo. Entonces me extendió sus hélices propulsoras.

En resumen la situación era la siguiente: Castringius no tenía la menor idea de que Brendel y yo éramos íntimos amigos hacía tiempo y quería monopolizar la

amistad del barón. Como esto era ya del todo imposible, se adaptó a las nuevas circunstancias... un genio de la adaptación. Cuando se ausentó un momento de la mesa, Brendel empezó a quejarse de su nuevo amigo, que vigilaba celosamente todos sus pasos. Me dijo que le acompañaba a cada una de sus citas alegando «que podía esperarlo en algún lugar cercano». A su vez, él utilizaba de vez en cuando al dibujante como *postillon d'amour*, aunque entonces también solía cumplir los encargos de un modo por demás extraño.

—¡No logro liberarme de él! —añadió con resignación—. Además, es de una cordialidad realmente increíble. ¡Ya veo que así es como se aprende!

—En efecto, un auténtico temperamento de artista —le repliqué, riéndome, al barón.

Por lo demás, aquella velada transcurrió en medio de gran animación. Brendel ordenó que trajeran champaña y Castringius, con aire de mecenas, me daba golpecitos en el muslo mientras decía:

—¿Eh? ¿Qué le parece? —ignoraba que el alcohol me era totalmente indiferente en cualquiera de sus formas.

En la gran sala de al lado había ruido. Se oían discursos y aplausos... el americano había convocado una pequeña asamblea. Había jurado que volvería a implantar el orden en el Reino de los sueños, me dijeron. Más tarde le vi personalmente cuando atravesaba el local. Nunca olvidaré esa primera aparición. Por la puerta de la sala entró un hombre que frisaba en los cuarenta, de aspecto bajo, aunque macizo, y anchas y hercúleas espaldas. Su cara ofrecía una extraña combinación de buitre y toro. Todas sus formas desafiaban ligeramente las leyes de la simetría: la nariz ganchuda se desviaba hacia uno de los lados, y la acentuada barbilla, así como la frente, alta, despejada y muy angulosa, daban un aire de equívoca intrepidez a toda la cabeza. Su negro cabello raleaba a la altura de la coronilla. Llevaba puesto un frac. Con pasos cortos y elásticos pasó junto a nuestra mesa; Castringius se apresuró a saludarle y recibió una breve venia como respuesta. El americano atrajo la atención de todo el restaurante.

—¡Qué tipo!, ¡quién pudiera acercarse a él, allí hay dinero como heno! —observó Castringius siguiéndole atentamente con la mirada—. El enemigo jurado de Patera, me lo ha dicho nuestro redactor jefe... —y al decir esto llenó su copa hasta el borde. Esgrimiendo una sonrisa escéptica, Brendel hizo un brindis con él y dijo:

—¡Pues que le aproveche, tanto a él como a usted! —entonces, la benevolencia de Nik empezó a aumentar con cada copa. Cuando llegó la orquestina de zíngaros con un tañedor de címbalo, se puso a cascar nueces con los dientes y, mientras se golpeaba el cráneo cubierto de un pelamen lanoso y ensortijado, le gritó al director:

—Aquí tiene al hombre de la dentadura de león —al notar las miradas de asombro de Brendel añadió:

—Es un buen amigo mío, ¿puedo invitarle a nuestra mesa? —Brendel propuso que, puesto que me hallaba presente, era yo quien debía decidir. Pero el director de la

orquestina me pareció un individuo abominable. Luego volvimos a escuchar el griterío de la multitud, dominado por la estentórea voz del americano.

Al mirar a mi alrededor divisé a un viejo conocido, el profesor Korntheur. Elegantemente vestido con un chaleco de seda clara y una corbata que le llegaba hasta la barbilla, el anciano señor estaba sentado en una especie de nicho lateral, y tenía en la mesa una botella de borgoña. Me levanté y fui a saludarle. Él hizo un gesto alegre y festivo y me ofreció una silla.

—Sólo un instante —dije, y me senté—. ¿Qué nuevas cosas buenas le han sucedido?

—¡Oh, algo que usted ni se imagina, mi querido señor! Por fin la tengo, ahora es toda mía, ¡hoy es un día grande! —y sus ojos bondadosos se iluminaron en un repentino éxtasis—. He pasado diez largos años buscándola y al fin la encuentro. ¡No se imagina lo que esto puede significar para un hombre ya viejo! ¡Son cosas que rejuvenecen! ¡Se siente un nuevo soplo de vida que anima los achacosos miembros! Nunca más me separaré de Acarina Felicitas.

Le felicité. «¿Un segundo renuevo?» pensé, «jamás hubiera supuesto algo así en un caballero tan venerable. ¿Será acaso alguna cantante de variedades? Por qué no, puede haber algunas muy simpáticas.»

—¿Y por qué no la ha traído con usted? —le pregunté, compadeciendo al anciano en mis adentros. («Seguro que lo estará arruinando», pensé.)

—Pero si aquí la tengo —exclamó con gran entusiasmo a la vez que sacaba del bolsillo de su levita una cajita envuelta en papel platinado.

—¿Una fotografía? ¿Algún medallón? Por favor, permítame mirar —le rogué.

—No, es mi adorada Acarina Felicitas en persona, ¡allí la tiene, en el rincón!

Y efectivamente, en la cajita pude ver un insecto pequeño y de color grisáceo: el condenado piojo del polvo. Entonces comprendí. (En casa de mi padre hay muchas habitaciones.)

Cuando nos marchábamos pregunté al hotelero qué habían decidido en la pieza contigua entre tanta algazara.

—Sí, se lo puedo decir ahora mismo —replicó en tono misterioso—, hoy se ha fundado la *Asociación Lucifer*.

Castringius, que había bebido varias copas más de la cuenta, quería llevarnos a toda costa a casa de madame Adrienne. Nosotros nos negamos.

—Entonces el artista irá solo —dijo y, volteando hacia fuera el forro de su levita color café, se alejó con un aire entre grave y satisfecho. Sus últimas palabras fueron —: ¡Buenas noches, pequeños!

II

La persona del magnate americano seguía dando muchísimo que hablar. Cada

tarde solía recorrer la Calle Larga galopando en un potro negro.



Desde el Café podíamos ver perfectamente su sonrisa de desprecio, mientras los pálidos habitantes del Reino se refugiaban en las esquinas y bajo las puertas cocheras a fin de esquivar al desconsiderado jinete. Al llegar a los baños públicos sujetaba firmemente las riendas de su cabalgadura y, después de desvestirse, se lanzaba al agua montado. Con gran facilidad domeñaba aquel atleta al encabritado animal. En cierta ocasión llegó a nuestro Café tras haber tomado uno de esos baños. Pidió una serie de bebidas que allí sencillamente no había y, al punto, se puso a despotricar furiosamente, calmándose un poco cuando le trajeron un *grog*. Entonces tuve oportunidad de observarle muy de cerca, pues su perfil diabólico se hallaba exactamente enfrente de mí. «Sin duda un individuo peligrosísimo», reconocí para mis adentros. Casi podía decirse que su corta pipa formaba parte de su cara, aunque también llevara siempre dos grandes cajas de gruesos puros. «Puros de propaganda», como él mismo los llamaba. A todos les ofrecía uno y el que aceptaba pasaba a ser, al menos en un cincuenta por ciento, propiedad suya. Otras veces venía a hablar de sus teorías y partidos, e incluso en el Café trataba de conseguir adeptos. *Lucifer*, la liga sociopolítica que él mismo fundara, fue calurosamente saludada por *La Voz*, mientras que el diario oficial guardó absoluto silencio. Bell contaba muchas cosas sobre el mundo exterior, y al hablar paseaba constantemente la mirada por toda la asamblea, como queriendo calcular el efecto que en nosotros producían sus palabras. Aún recuerdo muchas de las cosas que dijo:

—¡Habéis perdido el sol, desdichados! Bien merecido lo tendréis si llegáis a perder vuestras vidas, ¿por qué no os rebeláis? Miradme a mí... ved cómo escupo

sobre vuestro Patera!

Y lanzando una carcajada sarcástica golpeaba la mesa con el puño. Los auditores se acurrucaban aterrados, temiendo que algún rayo inesperado viniese a castigar al autor de semejante blasfemia. Todos bajaban tímidamente los ojos; nuestro posadero se persignaba varias veces seguidas y se daba golpes de pecho, murmurando diversas jaculatorias. Anton se ponía de hinojos junto a la estufa y murmuraba dos veces:

—¡Diablo santo, protégenos! ¡Diablo santo, protégenos!

Los jugadores de ajedrez eran los únicos que permanecían imperturbables.

El americano observaba atentamente el efecto producido por sus palabras, luego escupía al suelo, arrojaba una moneda de oro sobre la mesa y salía echando miradas llenas de desprecio.

Si bien no lograba poner a todos de su parte, es indudable que fue despertando la conciencia política de los habitantes del Reino, con lo cual, sin embargo, hizo mucho más daño que el que quizá se había propuesto. Empezaron a surgir toda suerte de grupos y asociaciones que reclamaban cosas diferentes: libertad de elección, comunismo, implantación de la esclavitud o del amor libre, comercio directo con el extranjero, mayores restricciones aduaneras o la abolición del control fronterizo: en fin, salieron a relucir una serie de aspiraciones diametralmente opuestas entre sí. Se formaron clubs religiosos que agrupaban a católicos, judíos, musulmanes y librepensadores. Según los puntos de vista más diversos, tanto políticos y comerciales como del orden espiritual más elevado, los habitantes de Perla fueron escindiéndose en grupos que a menudo no contaban con más de tres miembros.

Esto era algo que el americano no había esperado: no era su intención soliviantar a aquella gente.

—¡Oh sombras irracionales que ya no servís para nada: el diablo os tiene enteramente entre sus garras y el resto de inteligencia que aún os quedaba ha sucumbido al embuste universal! —en esos términos se expresaba por doquier.

La gran afluencia de extranjeros que se hizo sentir por aquella época dio lugar a una serie de confusiones y malentendidos bastante extraños. Los recién llegados encontraban allí a sus dobles, hecho que motivó todo tipo de contrariedades y sorpresas desagradables pues muchos de ellos no sólo presentaban similitudes físicas y de comportamiento con los antiguos residentes, sino que incluso en la ropa parecía haber prevalecido un criterio rigurosamente imitativo con respecto al original. Aunque parezca absurdo, diré que era fácil toparse con dos Alfred Blumenstichs en la calle, o con dos Brendels o varios Lampenbogens. Uno se precipitaba al Café para saludar a algún conocido al que no había visto hacía tiempo y... ¡menuda sorpresa!: resultaba que era otra persona... Lampenbogen iba caminando por la calle, yo me sacaba el sombrero ¡y en la próxima esquina volvía a ver a Lampenbogen! Un día vi al dueño del Café cuatro veces seguidas, y, sin embargo, habría jurado que él seguía trabajando en su establecimiento. Por lo demás, yo mismo debía de tener algún otro Yo, pues más de una vez recibía una amable palmada en el hombro y, al volverme,

veía a un desconocido que con aire desconcertado me pedía disculpas.

En cierta ocasión fui presa de una agitación sin límites. Caminando por la Calle de los Tenderos —un oscuro pasaje que conducía del Barrio francés al mercado de verduras— tropecé con una dama que era el vivo retrato de mi difunta esposa. Dolorosos recuerdos acudieron a mi mente y me puse a seguirla hasta que desapareció en una casa de alta fachada gótica. Antes de cruzar el umbral se volvió un instante hacia su perseguidor: el asombroso parecido, que se extendía hasta los menores movimientos, me causó una honda consternación. Empecé a verla más a menudo y hasta confieso que la espiaba en secreto. En lo más íntimo de mi corazón, y sin decírmelo del todo a mí mismo, comencé a pensar en la eventual posibilidad de una segunda dicha... hasta que, un buen día, la vi del brazo de un individuo rechoncho y de larga cabellera que llevaba un sombrero calañés. Cuando pregunté en su casa me dijeron que era la esposa de un constructor de órganos de la Corte. Tuve la impresión de haber sido engañado. Precisamente por aquella época, en que la más ligera lluvia otoñal disolvía todas las formas en su indeciso resplandor, había que poner la máxima atención para evitar confusiones. Valiéndose de un nombre falso, un tal Castringius II había contraído tal cantidad de deudas en todas las tabernas que nadie más quiso fiarle un céntimo al verdadero Castringius.

En el que fuera Teatro municipal, unos cuantos plutócratas fundaron, en el curso de una gran fiesta, *La Liga de la Alegría*. Melitta desempeñó en ella un papel preponderante, sacando amplio provecho de su triste reputación. En cierta ocasión se fugó de su casa y, por espacio de una semana consecutiva, apareció desnuda en una escena del espectáculo llamado *La nueva Eva*. Si bien llevaba la cara oculta por una máscara, no había quien no la reconociera de inmediato. Este escándalo motivó un acercamiento aún mayor entre Brendel y Lampenbogen. Ambos se sentían ofendidos en su honor, y todo sufrimiento compartido resulta más llevadero. Brendel había sucumbido por entero a los encantos de la frívola señora y ya no podía *cambiar* de amante. Con los ojos hundidos y un aire de gran preocupación, se pasaba los días deambulando por calles y plazas e incluso evitaba encontrarse conmigo: vivía avergonzado. En cambio, la insaciable Melitta no sentía reparo alguno en mostrar su desvergüenza. Ella se contaba también entre las fervientes admiradoras del americano, cuyas anchas espaldas, complexión robusta y extraña coloración cutánea la atraían irremisiblemente. Todos la habían visto contonearse ante él y levantarse la falda hasta más arriba de la rodilla, mientras dejaba caer el pañuelo, los impertinentes y el monedero. Poco galante, el hombre del Oeste no reaccionaba en absoluto ante aquellos escarceos, y cuando la bella dama se inclinaba y acercaba provocativamente sus caderas hacia el domador de hombres, éste le decía en tono frío: «¡Vamos, niña, deja paso!», y la empujaba a un lado. Despechadísima, Melitta utilizaba entonces los buenos oficios del pobre Brendel, a quien sin éxito alguno enviaba contra el testarudo rival. El americano mandó decir que estaba acostumbrado a batirse exclusivamente con un látigo para perros, poniendo así punto final a aquel escándalo.

La *Asociación Lucifer* reclutaba la mayoría de sus miembros entre los recién llegados, que, por lo general, se mostraban reacios ante la idea de enfundarse en los anticuados y ridículos trajes. Además, aquellos objetos pasados de moda y el ya histórico mobiliario tampoco les hacían la más mínima gracia. Este tipo de gente se afilió al partido del americano.

Más de una vez me puse a pensar, bastante perplejo, en la absoluta pasividad con que el auténtico Amo observaba todas estas maquinaciones, que tan abiertamente violaban las normas de vida tradicionales del Reino de los sueños. El propietario de nuestro Café, que mantenía una postura neutral, solía comentar no sin astucia: «¡No se preocupe, que el Otro se las sabe todas!»

El control fronterizo seguía funcionando con la misma eficacia que antes, y, sin embargo, en el interior de las murallas todo se hallaba como bajo el conjuro de una calamidad inminente. El aire se tornó más bochornoso y opresivo que nunca; una luminosidad pálida y diáfana inundaba nuestra ciudad e incluso, en contadas ocasiones, unos cuantos rayos solares cayeron oblicuamente sobre ella, atravesando el siempre inmóvil cerco de nubes. Aquella luz desagradable y ofusadora no dejaba de ser inquietante; como hacía tiempo que no estábamos acostumbrados a ver el sol, todos hubiéramos preferido, en el fondo, alguna lluvia refrescante.

El tiempo parecía haber adoptado un ritmo diferente. Por todas las calles se agitaban ahora grupos de gente angustiada y temerosa que daban a Perla — normalmente tan tranquila— el aspecto de una ciudad comercial y bulliciosa. Los miembros de un mismo partido intercambiaban contraseñas en forma rápida. En líneas generales, y pese a las divergencias que pudieran existir a nivel individual, toda la ciudad estaba dividida en dos grandes grupos: el de aquellos que aún creían en el *Amo*, y el de quienes prestaban oído a las palabras del *Americano*. Ciertamente es que estos últimos no eran del todo dignos de confianza, y él lo sabía: de ahí que no cesara un instante en su propaganda.

Como sin duda recordarán mis lectores, en Perla había dos diarios y un semanario ilustrado. Lógicamente, el nuevo potentado no tenía acceso al diario oficial, que permanecía fiel al Gobierno desde la primera a la última línea. En cambio, Bell ejerció pronto un gran influjo en *La Voz*, consiguiendo que la redacción del periódico declinara toda responsabilidad en una nota al final de sus subversivos artículos. Nuestro redactor tuvo que adaptarse a este doble juego que, por lo demás, no parecía resultarle muy difícil. Después de todo, él siempre había dirigido en secreto los tres periódicos que tenían, cada uno, orientaciones diferentes.

Los dos ilustradores tuvimos que seguir entregando nuestros trabajos tal y como solíamos hacerlo hasta entonces en el *Espejo de los Sueños*. Castringius, por su parte, intentó varias veces rendirle homenajes secretos al americano. Lo representaba como un gigante protegido por una armadura de oro, que llenaba su pipa con documentos y obligaciones estatales; hasta que un día recibió una postal de Hércules Bell en la que sólo figuraba la palabra: «¡Burro!»

De pronto empezaron a oírse rumores de que el americano quería comprar *La Voz y El Espejo de los Sueños* por una suma elevadísima y editarlos él mismo. Sin embargo, antes dio su golpe maestro: la proclama. Para ello hubo de violentar primero a nuestro pobre redactor jefe y propietario de la imprenta.

—¡No la imprimiré! —le aseguró al comienzo, temblando de miedo. Pero el energúmeno se limitó a reír, lanzando una densa bocanada de humo a la cara del aterrorizado cumplidor de su deber.

—¡Usted me imprimirá esto de inmediato y en papel carmesí! —rugió. El otro pobre cayó de rodillas y gimió:

—¡Piedad! ¡Piedad!, pero *no puedo* imprimirlo: ¡significaría mi muerte!

Entonces, el inexorable americano sacó un revólver de su bolsillo y, aplicándolo a la oreja del pobre hombre, exclamó:

—¡Si no me obedece de inmediato, disparo! —pálido y temblando de pies a cabeza, el redactor cogió la hoja:

—Soy padre de familia —gimió mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

El americano vigiló personalmente la impresión. Cuando le parecía que el trabajo avanzaba demasiado lento, el monstruo lanzaba varios disparos al aire. Al caer la tarde había ya seis mil proclamas listas; el papel rojo no había alcanzado para más.

—Y ahora, estúpido, ¿qué ha pasado, eh? —le preguntó al editor, que aún seguía preocupadísimo. No obstante, obsequió a cada empleado de la imprenta con cien florines de oro.

III

El ejemplar de la proclama que reproduzco a continuación me lo cedió gentilmente un oficial ruso que presencié la conquista del Reino de los sueños y que además me autorizó a publicarlo.

PROCLAMA

«¡Ciudadanos de Perla!

»¡Cuando llegué aquí, pensaba encontrar un país de un lujo y esplendor asiáticos! Sin duda a vosotros os pasó lo mismo. Por espacio de siete años dirigí innumerables súplicas a Patera para que me abriese las puertas del Reino de los sueños. Finalmente accedió a mi deseo, aunque más me hubiese valido que persistiera en su negativa. ¡He encontrado un Reino en el que impera el Absurdo! Sólo la gran lástima que me inspiráis me mueve a intentar abriros los ojos. ¿Están acaso vuestras vidas condenadas de antemano? ¡No! ¡Una y mil veces *no*! Y, sin embargo, vivís sumidos

en una angustia e infelicidad constantes. ¡Esto es algo que tenéis que admitir, todos y cada uno de vosotros! ¡Habéis caído en las redes de un charlatán, de un farsante, de un hipnotizador! ¡Y ello os ha costado vuestra salud, vuestros bienes y vuestro *sano juicio*! ¡Infelices! ¡Sois todos víctimas de una hipnosis colectiva! Nadie sigue ya los dictados de su propia razón. ¡No, todos consideran las ideas que les son sugeridas por una fuerza extraña como el producto de su propia mente! ¡De este modo dejáis que os importune hasta la muerte, y aquel demonio se regocija perversamente en este juego!

»¡Pero todavía estáis a tiempo de salvaros! Invito a todo el que aún tenga una chispa de energía a que me secunde en mis proyectos.

»Poned la máxima atención en lo que tengo que deciros. ¡Hay que liberarse de las cadenas del hechizo! ¡Sólo tenéis que *desearlo* seriamente y seréis libres! ¡Agrupaos en torno a mí, formad batallones y tomad por asalto el tres veces maldito Palacio! Ofrezco la suma de

un millón de florines

por la cabeza de aquel hijo de Satanás. ¿Sabéis acaso en qué casas os veis obligados a vivir? Yo os lo puedo decir: no hay casi ninguna que no haya sido mancillada por toda clase de crímenes, hechos sangrientos e infamias antes de ser trasladada al lugar que ahora ocupa. El mismo Palacio está construido con restos de edificios que han sido escenario de sangrientas conjuras y revoluciones. Al efectuar la selección, Patera se remontó hasta las épocas más lejanas. Fragmentos de El Escorial, de la Bastilla y de las antiguas arenas romanas fueron utilizados en su construcción. Por instigación de vuestro Amo y Señor, bloques de piedras de la Tower, del Hradschin, del Vaticano y del Kremlin fueron robados, partidos en pedazos y enviados hasta aquí.

»Dondequiera que imperase la desdicha humana extendía vuestro Amo sus tentáculos. El Café de la Calle Larga era, hasta hace unos cincuenta años, un cafetín de mala fama situado en las afueras de Viena, y la lechería era una cueva de bandidos en la Alta Baviera. ¡Sobre el molino, que fue comprado en Suabia, pesa desde hace dos siglos la maldición de un fratricidio! Éstos no son sino unos cuantos ejemplos; no quisiera comunicaros aquí los resultados de todas mis investigaciones. En todo caso, tened la plena seguridad de que Patera efectuó la mayor parte de sus misteriosas compras en los barrios más sórdidos e inmundos de las grandes ciudades. París, Estambul y otras más le dieron lo peor que tenían.

»¡Ciudadanos! ¡Ahora que os he abierto los ojos no volváis a cerrarlos! Os exhorto una vez más a que aceleréis la caída de esta bestia. ¡Permitidme que os dé un consejo! ¡*Protegeos contra el sueño*! ¡Es en él cuando el Amo os esclaviza! En la impotencia del sueño quedáis enteramente a su merced, y es entonces cuando os infiltra sus malignas ideas, cuando renueva y consolida día tras día su hechizo infernal, destrozando vuestras voluntades. ¡Tengo el pleno convencimiento de que un buen día volveré a veros a todos felices y contentos!

»¡El gran mundo exterior ha dado un paso gigantesco hacia la luz del futuro! Vosotros, en cambio, habéis retrocedido y estáis sumidos en un profundo marasmo. No tenéis participación alguna en los grandiosos inventos de nuestra época; ¡esos innumerables inventos, que van sembrando el orden y la felicidad por todo el mundo, siguen siendo un enigma para vosotros, habitantes del Reino de los sueños! ¡Ciudadanos, vuestro asombro no tendrá límites cuando salgáis de aquí! El azul del cielo y el verdor de las praderas os sonreirán nuevamente; el sol volverá a teñir de rosa vuestras pálidas mejillas, sentiréis una vez más la dicha inefable en compañía de vuestros hijos y ya sólo recordaréis con horror esa estéril inmundicia que se llamó el Reino de los sueños. ¡Protegeos contra todas las artimañas de este actor criminal!

»¡Abajo Patera! ¡Tal deberá ser vuestro grito de guerra!

»¡Uníos todos a los hijos de *Lucifer*!

»Dixit

»Hércules Bell.»

Castringius dibujó una gran viñeta para encabezar la proclama: una diosa de la libertad coronada con una diadema y sosteniendo unas tablas, en cuyo dorso figuraban las palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad, Sociedad, Ciencia y Derecho. De la diadema partía la bandera estadounidense, que recorría, en un continuo movimiento ondulatorio, todo el margen de la proclama. Para fijar y repartir los rojos carteles se contrataron los servicios de Jacques y su banda. Era éste un adolescente aún imberbe y esmirriado que sólo tenía madre: el padre era desconocido. La madre, *madame* Adrienne, era una conocida alcahueta y propietaria del mejor de los dos establecimientos sitos en el Barrio francés, del que además nunca salía. Jacques, una auténtica fisonomía patibularia, rondaba siempre por todos los antros de corrupción, donde tenía el rango de un general del hampa. Sus hazañas, de una osadía muchas veces extraordinaria, gozaban de reconocido prestigio entre los sujetos de su calaña. El americano conoció a este individuo en una fonda y lo contrató de inmediato, ofreciéndole un cuantioso anticipo. Para Jacques, que se ganaba la vida con todo tipo de prácticas infames, las riquezas del político tenían un atractivo especialísimo. Ya al primer encuentro se le vendió en cuerpo y alma, comprometiéndose a formar, junto con un enjambre de siniestros personajes del Barrio francés, la guardia personal del nuevo Crespo.

Sin embargo, no todos eran venales. El negro Gotthelt Flattich, por ejemplo, un ex cargador oriundo del Camerún al que la casualidad había hecho recalar en el Reino de los sueños, resistió a la tentación. Bell le conocía ya de antemano, pues el negro se había casado con una de las sirvientas del americano, igualmente de color. Bell se había ganado la simpatía de aquel hombre con un valioso regalo de bodas, y ambos se alegraron muchísimo cuando volvieron a encontrarse en el Reino de los sueños.

Flattich era fuerte como un roble y, además, bondadoso. Lo único que había que evitar era sacarlo de su apatía, pues entonces se convertía en un ser realmente temible. En el ínterin había enviudado y se dedicaba a adiestrar pájaros. Bell quiso ganarlo en seguida para su causa, pero sus propuestas no hallaron eco alguno. Flattich era un ferviente admirador de Patera y nada en el mundo podía alejarle de éste. Tampoco tomó parte en la revolución, sino que siguió ocupándose de sus pájaros. Vivía en el Barrio francés, donde era muy querido por todos. Volveremos a hablar de él en el curso de nuestra historia.

A consecuencia de las orgías y el libertinaje imperantes, el sistema nervioso de los habitantes del Reino empezó a flaquear a un ritmo inquietante. Conocidas enfermedades psíquicas y nerviosas como el baile de San Vito, la epilepsia y la histeria, se fueron convirtiendo poco a poco en *fenómenos colectivos*. Casi todos tenían algún tic nervioso o eran torturados por una obsesión. La agorafobia, alucinaciones, melancolía y espasmos convulsivos empezaron a aumentar en proporciones alarmantes y, sin embargo, el delirio general seguía ganando adeptos, de suerte que cuanto más se incrementaban los espantosos suicidios, mayor era el desenfreno al que se abandonaban los supervivientes. En los mesones se producían sangrientas riñas con navaja. Yo no podía dormir tranquilo por las noches, pues la algarabía del Café subía hasta mi habitación. El desorden general seguía en aumento y, finalmente, nadie reconocía ya límite alguno a sus deseos.

Cierta noche, una cupletista hizo su debut en el Café. Al comienzo las cosas se desarrollaron más bien pacíficamente, exceptuando, claro está, los aplausos y los acordes desafinados del piano. A eso de las tres, sin embargo, el volumen de chillidos y risotadas empezó a elevarse gradualmente. Me levanté y, desde la ventana, vi cómo la *soubrette*, completamente desnuda y con una guirnalda de botellas de champaña en torno al cuello, era paseada por las calles de la ciudad en un carretón de mano. Al frente del extraño cortejo —formado por una multitud totalmente ebria— marchaba el lugarteniente de Nemi, con la espada desenvainada.

Los nueve huérfanos de madre que vivían en mi antigua casa recibían por entonces frecuentes visitas de Alfred Blumenstich, el conocido filántropo. Según decían, el objetivo principal de estas visitas eran las dos hijitas mayores. El buen hombre llegaba cargado de grandes cajas de bombones y desaparecía luego tras la puerta, que el propio padre de las criaturas se encargaba de vigilar para que el señor Blumenstich no fuese molestado.

El éter y el opio pasaron a sustituir al alcohol. La gente se inyectaba públicamente, a fin de calmar o excitar sus nervios agotados.

Hasta los elementos menos perspicaces se dieron perfecta cuenta de que aquel estado de cosas conduciría inevitablemente a una catástrofe. Con gran horror, hube de constatar el creciente desasosiego que dominaba a aquellos desaforados. Los alaridos penetrantes y misteriosos que por la noche salían de las casas, me fueron alternando los nervios de manera especial. El acelerado ritmo en que se sucedían los

acontecimientos confirió a la vida un carácter sombrío y auténticamente onírico.

Si se piensa además en el aire caliente y opresivo y en aquella luminosidad espectral y procelosa —de vez en cuando algún resplandor fugaz cruzaba el cielo azufrado—, es posible hacerse una idea aproximada de los sentimientos de terror que me embargaron por aquellos días.

Por último llegó la proclama: fue fijada en todas las calles y repartida en todas las casas. Los antagonismos que se habían suscitado entre los partidarios del americano y los antiguos ciudadanos fieles a Patera, se vieron agudizados por ella. Eran tiempos difíciles.

CAPÍTULO II

EL MUNDO EXTERIOR

I

LA existencia del Reino de los sueños permaneció ignorada por el mundo civilizado durante casi doce años. Se daban, claro está, casos de personas que desaparecían de modo repentino e inexplicable, y aunque muchas de ellas hubiesen sido vistas en trenes o en barcos, las ulteriores investigaciones sobre su eventual paradero solían revelarse totalmente infructuosas. Cuando se trataba de gente que de algún modo había caído en desgracia ante el sistema sociocultural imperante y tenía, por tanto, razones para ocultarse, se le daba muy poca importancia al asunto. El mundo ha mostrado siempre escaso interés por los fracasados de toda especie.

En cambio, la sociedad se sentía vivamente afectada cuando las listas de los misteriosos fugitivos se veían engrosadas por ilustres miembros de sus círculos culturales, artísticos y financieros. Por regla general, los parientes del desaparecido recibían algún signo de vida dos o tres semanas después de su partida, al menos una carta con unas cuantas líneas. Pero, ¿qué podía sacarse en limpio cuando el mensaje se limitaba a fórmulas como «No indaguéis mi actual paradero, estoy muy bien instalado», o «Circunstancias imprevistas me obligan a pedirte que renuncies a la idea de casarte conmigo», o bien: «Os pido perdón a todos, no puedo actuar de otro modo»?

Todos se habrían reído si alguien hubiera dicho que aquellas desapariciones tenían una causa común. La policía había agotado todos sus recursos sin ningún resultado.

Una de las desapariciones más notorias fue la de la princesa de X. Aunque en aquella época la gente estuviera acostumbrada a la súbita partida de muchas damas prominentes, éstas eran, por lo general, mujeres bastante jóvenes. Y, de pronto, le toca el turno a una dama anciana, que además parecía muy contenta en su país de origen. Se pudieron seguir sus huellas hasta el mar Negro, donde había llamado la atención de algunos faquines turcos por su increíble tacañería con las propinas. Este detalle permitió reconocerla. Los únicos seriamente afectados por su desaparición fueron algunos sobrinos y sobrinas que esperaban recibir la herencia: lamentablemente, la anciana señora había cargado con todos sus bienes. Nadie supo más de la princesa de X.

Poco después se produjo el caso del multimillonario americano Bell, quien reveló al mundo exterior la existencia del País de los sueños, y por último decidió pasar a la acción. Aquel magnate de la charcutería había oído hablar —ignoro por qué conducto— del extraordinario país, y al punto se le ocurrió la idea de convertirse en ciudadano

de dicho Reino. A la súbita inculpación general de que había perdido la razón, Bell replicó sometiéndose a la constante observación de un reputado neurólogo. Al final, este facultativo pudo certificar que el americano se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales. Por espacio de varios años, el excéntrico individuo, acompañado de su médico y de dos criados, anduvo recorriendo todos los mares y continentes del mundo en busca del Reino de los sueños. Tan pronto se le veía revisar palmo a palmo Nueva Zelanda y las islas adyacentes, como aparecía en el archipiélago índico. Su médico interrumpió el viaje en Hong-Kong, arguyendo que no aguantaba un minuto más la compañía de Hércules Bell. Añadió que se veía obligado a enmendar su diagnóstico inicial, favorable al paciente, y a declararle enfermo y víctima de una serie de obsesiones. El médico regresó a su país y el millonario siguió en pos de sus quiméricos objetivos.

Entonces ocurrió algo sensacional: el americano había enviado un mensajero que, un buen día, se presentó con una gruesa carta y una proclama en el despacho del primer ministro británico. El excelentísimo lord era invitado a creer en la existencia de una comunidad en la cual, para escarnio y deshonra de todas las leyes existentes, un déspota cuyas inconmensurables riquezas sólo eran comparables a su desfachatez, perpetraba toda clase de abusos e injusticias. Varios miles de honrados ciudadanos europeos se hallaban allí ilegalmente detenidos. El americano escribió que apelaba a los ingleses como a los enemigos declarados de cualquier tipo de esclavitud denigrante, añadiendo que esperaba su pronta y eficacísima ayuda.

Pese a que tanto la carta como la proclama estaban escritas en un tono grosero y burdo, resultaba imposible negarse a prestar la ayuda solicitada, habida cuenta de la misteriosa desaparición de tantas personas. Se decía que hasta la princesa de X languidecía en una de aquellas prisiones. También pudo explicarse entonces la extraña compra de casas, que tantos comentarios había suscitado en la prensa europea y que todos atribuían a los caprichos de algún príncipe asiático. La consecuencia de todo ello fue un violento intercambio telegráfico entre los gobiernos de las grandes potencias europeas: lo más indicado parecía ser una acción rápida y silenciosa.

En su calidad de Estado limítrofe, Rusia recibió el encargo de iniciar el ataque. Las mezquinas rivalidades que suelen presentarse en estos casos no hallaron eco alguno y los Parlamentos no fueron notificados de inmediato.

En el curso de un mes se había movilizado ya una división rusa bajo las órdenes del hábil general Rudinoff. En sus banderas escribieron las palabras: *En defensa de la moral cristiana y del amor al prójimo*, mientras pensaban en las barras de oro que habrían de conquistar. El zar esperaba adquirir una nueva provincia de gran capacidad tributaria, ya que, al fin y al cabo, el legendario país se hallaba muy cerca de la frontera rusa.

Una serie de reporteros, fotógrafos, especuladores y negociantes experimentados fueron invitados secretamente a participar en la expedición. Como era de esperar, los diplomáticos chinos acreditados ante las grandes potencias protestaron contra aquella

flagrante violación de las fronteras del Celeste Imperio. Pero ya era demasiado tarde, y los ilustres mandarines no tuvieron más remedio que retirarse.

Aunque la ubicación del Reino de los sueños pudiera determinarse exactamente sobre el mapa, decidieron —como medida de precaución— que el mensajero del americano dirigiera las tropas. Un buen día, sin embargo, este hombre fue hallado muerto en el cuarto de su hotel. Tenía un puñal clavado en el vientre y, para gran asombro de los presentes se descubrió que en la hoja de acero habían grabado estas cuatro palabras: *¡El silencio es oro!*

Rudinoff tuvo que seguir buscando solo.

CAPÍTULO III

EL INFIERNO

I

ES una mañana gris y nubosa. El americano Hércules Bell aún está en cama, sentado a medias y con los brazos cruzados: parece absorto en hondas meditaciones. «¡Venceré!» murmura, y un destello de soberbia ilumina su rostro, poco agraciado y excesivamente enérgico. «¡Venceré!», repite en voz alta mientras se incorpora.

«¡Estoy sano!», piensa con aire de triunfo y avanza desnudo hacia el gran espejo de pared. Con desafiante mirada examina su cuerpo de arriba abajo, poniendo en acción sus músculos mediante unos cuantos ejercicios gimnásticos. «¡Sólido como una roca!»... y se golpea el velludo pecho. Imaginando ser un boxeador exclama luego, con jubilosa exaltación: «¡El primer premio para Hércules Bell!»

Piensa entonces en los habitantes del Reino y no puede menos que escupir hacia el rincón. ¡Pronto, muy pronto, acabaría con aquel rebaño de pusilánimes!

De repente frunce el ceño. Por su mente pasa la imagen del Suburbio, adonde sólo había ido una vez para ver a los habitantes. «¡Patrañas!», es la palabra que resumía su opinión sobre la antigua tribu. Nunca más volvió a poner los pies en esa aldea, que le resultaba *poco simpática*.

En cuanto se hubo convencido de la evasiva frialdad de los asiáticos ojizarcos, llegó a la conclusión de que el Suburbio era un terreno poco propicio para la lucha partidista. No obstante, cierto oscuro presentimiento le hacía temer una mala jugada por parte de los misteriosos ancianos. Mas éstos permanecieron totalmente al margen del incipiente proceso revolucionario, limitándose a continuar su pacífica existencia cotidiana. ¡Al diablo con todos ellos!... ¡si hasta prefería a los ciudadanos más desalmados!...

Luego se viste y se afeita cuidadosamente, haciéndose un adecuado masaje facial que le devolverá los ánimos perdidos. Aún no ha mostrado su jugada maestra; ¡nadie se imagina aquel triunfo! Recuerda la noche en que tuvo que separarse de su fiel sirviente. Arriesgando su propia vida, aquel hombre, que por espacio de veinte años había desempeñado el cargo de ayuda de cámara de Hércules Bell, partió un día del Reino de los sueños dispuesto a llevar informes sobre el nuevo Estado al resto del mundo. Connor se encontraba ya fuera de las murallas. Aquel genio en todo tipo de asuntos de orden técnico y práctico había descubierto, tras dar una rápida ojeada, que sólo el río ofrecía una posibilidad segura de evasión. En el punto en que éste desaparecía bajo el baluarte formado por las murallas, el secretario se sumergió en sus aguas topándose con una verja de hierro. Protegido por la oscuridad nocturna logró, sin embargo, limar uno de los barrotes y escurrir su ágil y esbelto cuerpo a

través de la abertura practicada. Como era de noche, en cuanto estuvo fuera disparó un cohete que, elevándose muy por encima de la muralla, indicó al americano que su intrépido secretario había logrado sus propósitos. Llevaba la importantísima carta colgada al cuello en una bolsa de caucho; por lo demás, su robusto organismo no tenía nada que temer del baño nocturno. ¡Ya nada podía fallar! Connor había probado su inteligencia y tenacidad en aventuras de todo tipo.

La ayuda exterior llegaría, a lo sumo, dentro de cuatro a seis semanas.

«¡Dos meses más y *seré* el dueño absoluto del Reino de los sueños!» dice Bell mientras llena su pitillera de cigarrillos. «¡Pronto tendré a Patera a mis pies!» Un destello maligno ilumina sus ojos. ¿Por qué entonces siente una admiración ardiente y secreta por el Amo, un ser al que sin embargo tanto odia? Este paradójico interrogante resume toda la tragedia de aquel hombre.

Cuando tras repetidas instancias obtuvo el permiso para ingresar en el Reino y pudo observar con sus propios ojos el efecto de los ilimitados poderes de Patera, el americano pensó, desde su perspectiva vital eminentemente práctica, que dichos poderes eran utilizados pueril y ridículamente. Con su espíritu de empresa, él habría hecho cosas muy distintas. Al comienzo pensó asociarse con el poderoso Amo y fundar una especie de gran consorcio, en el que iría invirtiendo sus millones sin temor alguno. ¡Podría conquistar el *mundo* entero!, sin duda algo más importante que aquel país de locos.

Sin embargo, a este auténtico magnate, al que en Europa y América todos reverenciaban a causa de su dinero, el Amo lo trató como un solicitante vulgar e inoportuno. Sus visitas habían sido groseramente rechazadas, de suerte que ni una sola vez pudo acceder ante la instancia suprema y exponerle sus valiosos proyectos. Los contratiempos más insólitos se habían interpuesto siempre en su camino. A consecuencia de ello, un odio terrible contra Patera había ido germinando en el corazón de aquel hombre que, de una vez por todas, deseaba hacer sentir sus poderes: ¡No necesitaba limosnas de nadie! ¡Simplemente quería que reconocieran su importancia! Y entonces se lanzó de lleno a la política, ya sabemos con cuánto éxito... Pasaba noches enteras dando vueltas en la cama y estudiando la mejor manera de vengarse de su invisible adversario. Además, si su nombre había llegado a ser tan temido en el Reino de los sueños era, sobre todo, debido a su dinero y a su continua e infatigable actividad. El objetivo final, que no era otro que humillar a Patera, parecía estar muy cerca. «Pero ha llegado el momento de actuar; ¡basta de elucubraciones!»

Bell coge su reloj... ¡se había parado!... «Qué raro, ¿cuánto tiempo habré dormido?» Llama a su criado, pero nadie responde. Entonces abre la puerta que da a la recámara y ve a su camarero John durmiendo con la boca abierta. Bell se le acerca y le sacude... en vano... Por último, John abre lentamente los ojos, le lanza una mirada soñolienta y, al poco rato, vuelve a quedarse dormido; esta vez fue imposible despertarle.

Hecho una furia por no haber logrado sus propósitos, el americano pulsa todos los timbres y baja luego al restaurante, donde lo primero que ve es al hotelero roncando detrás del mostrador. Hay también algunos clientes que utilizando la servilleta como almohada, duermen con la cabeza apoyada sobre la mesa. Ante ellos pueden verse vasos a medio apurar y platos con restos de comida. Apoyado contra la percha está el ayudante del camarero que, aunque dormido, sostiene entre las piernas un ejemplar del *Espejo de los sueños*. Bell le da un empujón y el chiquillo se desploma sin que la pacífica expresión de su rostro sufra la menor alteración.

El americano se precipita entonces escaleras arriba y por poco tropieza con la lavandera, oculta tras una pila de ropa. Una idea horrible le pasa por la mente. Asoma medio cuerpo por la ventana. En la esquina revolotea un objeto rojo: trozos de papel, una proclama mal pegada. En un sucio recoveco de la calle divisa dos hombres tendidos en el suelo; de las profundidades de un zaguán surgen las piernas y la falda de una mujer. Aparte de estos durmientes no se ve un alma por las calles; tan sólo a lo lejos evolucionan dos animales de hocico puntiagudo: una pareja de zorros.

Bell se aparta de la ventana, dejándose caer en un sillón. Su rostro, pálido y exangüe, va adquiriendo una expresión de indecible desprecio. Deja caer la cabeza; sobre su frente pueden verse tres profundos surcos horizontales, un ligero temblor agita las ventanas de su nariz... Entonces, con voz doliente y relajada dice: «¡Soy un auténtico desastre!... ¡He perdido la jugada!» Sus ojos están a punto de cerrarse y, sin embargo, su cuerpo tiembla y se rebela contra el agotamiento. Luego se arrastra hasta la bañera y sumerge la cabeza en el agua fría... ¡qué refrescante!, bebe un trago de aguardiente y se fricciona el cuero cabelludo con lo que aún queda en el fondo de la botella... la flaqueza ha sido superada. Por último llena su pipa, se pone el sombrero y sale.

Hércules Bell no se rinde.

II

Un sopor irresistible se había apoderado de Perla. Partiendo del Archivo, se había extendido por la ciudad y la campiña sin que nadie pudiera oponerle resistencia. El que aún se jactaba de estar despejado no tardaba mucho en pescar, en cualquier lugar y cuando menos se lo esperaba, el germen de la terrible epidemia.

Aunque pronto se dieron cuenta de que era contagiosa, no hubo médico que lograra descubrir algún antídoto. Las proclamas no surtieron ningún efecto, pues la gente empezaba a bostezar mientras las leía. Todo el que podía se quedaba en casa, para que el mal no le sorprendiera en la calle. Los que tenían un refugio seguro se abandonaban tranquilamente a su nuevo destino: después de todo no se sentía dolor alguno. El primer síntoma era, por lo general, una intensa sensación de agotamiento; luego, el paciente era acometido por una especie de bostezo espasmódico, creía tener

arena en los ojos, los párpados se le volvían pesados y, cuando todo vestigio de actividad mental había desaparecido, se dejaba caer, rendido, dondequiera que se hallase. El enfermo podía ser arrancado esporádicamente de su letargo mediante la aplicación de vapores penetrantes, como emanaciones de amoníaco; sin embargo, una vez despierto sólo atinaba a proferir algunas palabras ininteligibles y retornaba a su estado anterior. En el caso de personas robustas era posible prolongar la vigilia por espacio de algunas horas haciéndoles masajes, aunque luego las cosas retomaban irremisiblemente el mismo curso. Muchas veces el mal operaba en cuestión de segundos. Se dio el caso, por ejemplo, de un orador que se hallaba perorando acaloradamente sobre temas de política, cuando de pronto se inclinó sobre la mesa, dejó caer la cabeza y empezó a roncar a ritmo acompasado.

En cambio Anton, aunque casi no podía mantener los ojos abiertos, seguía atendiendo en el Café, ¡pero cómo había que animarlo! ¡Dios mío! Le arrojaban terrones de azúcar y cucharillas de café, pues era increíblemente olvidadizo, y cuando al fin, tras un supremo esfuerzo, lograba traer el servicio, se encontraba con que el impaciente parroquiano estaba ya profundamente dormido. Había que ir apagando todo el tiempo los cigarrillos de los que se dormían.

En el campo de instrucción la tropa se ejercitaba activamente para hacer frente a una eventual rebelión. Sin embargo, y pese a que los suboficiales se desgastaban impartiendo órdenes, llegó un momento en que, uno tras otro, los hombres se fueron echando al suelo. También se dieron casos extraordinarios y muy divertidos. Por ejemplo, el de unos ladrones que se quedaron dormidos ante la caja fuerte. Melitta permaneció cuatro días en el apartamento de Brendel, mientras su esposo soñaba recostado sobre la mesa, con la nariz metida en un pote de mayonesa.

Castringius fue sorprendido cuando jugaba a las cartas en una taberna de mala fama. Allí se había quedado, cómodamente arrellanado en su silla, con la sota de oros en una de sus manazas. A mí me sorprendió en casa, donde me había retirado muy temprano. Acababa de hacer mi cama y me disponía a correr las cortinas. Aún alcancé a ver cómo una serie de billetes de banco salían volando, uno tras otro, de la habitación que la princesa ocupaba en la casa de enfrente. Un ligero viento otoñal se los fue llevando, como hojas marchitas, por la calle que conducía hasta el río. Entonces sentí la imperiosa necesidad de meterme en cama.

Durante los dos días que siguieron al estallido de la epidemia, los trenes llegaron con increíbles retrasos, ya que en cada estación había que renovar el personal. Más tarde se suspendió el tráfico.

El último número de *La Voz* sólo se imprimió por una de las caras y, aun así, salió lleno de frases inconclusas y auténticas legiones de erratas. La última página, que normalmente contenía una miscelánea de notas a cual más ridícula, faltaba por completo. De nada servía rebelarse: Perla era presa del sueño. Aquel estado de total inconsciencia bien pudo haber durado unos seis días; tal era, al menos, el tiempo que el peluquero había calculado basándose en la longitud de la barba de sus clientes.

Durante aquellos días —decían— no hubo en toda la ciudad sino un hombre que permaneció despierto o, a lo sumo, durmió sólo algunas horas: el americano. Esto era al menos lo que él mismo afirmaba. Un día en que deambulaba por la Calle Larga como un nuevo príncipe de *La bella durmiente*, pudo ver, por la ventana del Café, cómo uno de los ajedrecistas hacía una jugada. De ello dedujo que estos dos, al igual que él, habían sido respetados por la enfermedad. Por lo demás, sólo se tropezaba con gente dormida. No sólo en los bancos de los parques y alamedas, sino también en las escaleras de las casas y en los portones se veían grupos de damas y caballeros muy bien vestidos que, apiñados unos sobre otros, dormían como vagabundos, aunque con cierta expresión de felicidad en las caras pese a lo insólito de su situación.

Cuando la población empezó a despabilarse poco a poco, muchos pudieron reanudar directamente sus actividades. Esto resultó muy agradable no sólo para Brendel, sino también para un pobre jamelgo que, herido de muerte, tuvo que esperar varios días en el matadero a que le llegara el golpe liberador... hasta que al fin le llegó. Además, lo asombroso del caso era que los animales permanecieron inmunes a la perniciosa somnolencia.

Para la mayoría de la gente nada había cambiado, al menos a primera vista. Cuando salí de mi sopor y, acuciado por la debilidad, me dirigí al Café, pude constatar que el peluquero ya estaba allí, con un hambre feroz y un humor desapacible. Resultó que había perdido una moneda de cuatro kreutzers, descubrimiento que dio lugar a una serie de altercados entre el amo y su ayudante, que, como todos los animales, había permanecido despierto.

Cuando fue saliendo de su prolongado letargo, la ciudad de los sueños se encontró convertida en una especie de... paraíso zoológico. Mientras dormíamos, un mundo totalmente distinto nos había invadido hasta que, muy pronto, nos vimos ante la grave amenaza de ser desalojados por él: el mundo de los animales. Ciertamente es que la extraordinaria proliferación de ratas y ratones registrada aquel año había llamado ya nuestra atención en los últimos tiempos. La gente empezó a quejarse asimismo de la irrupción de diversas aves de rapiña y ladrones de gallinas más bien cuadrúpedos. En el huerto de Alfred Blumenstich, el jardinero afirmó haber visto incluso huellas de lobos. Al comienzo todos se burlaron de él, pero cuando al día siguiente descubrieron que lo único que quedaba de una blanquísima cabra de Angora —el animal favorito de la esposa del consejero comercial— eran los cuernos, nadie volvió a reírse.

¿Quién podría describir el asombro de todos aquellos que, habiendo pasado la noche solos y en la calma más absoluta, se despertaban en compañía tan poco grata? Descubrían, por ejemplo, un papagayo verde posado en el alféizar de su ventana, o bien grupos de ardillas y comadrejas que, curiosas, asomaban la cabeza por debajo de la cama. La población se fue percatando poco a poco de los alcances de esta invasión. Un buen día, al despertarse, los carniceros tuvieron que arrojar del matadero a una gran manada de chacales. Los ataques de lobos, gatos monteses y lince fueron adquiriendo proporciones alarmantes. Lo peor del caso es que incluso los animales

domésticos se volvieron ariscos y malignos, y casi todos los perros y gatos abandonaron a sus amos para lanzarse a cazar por cuenta propia. Los periódicos, que iban reapareciendo lentamente, informaron sobre un caso espeluznante: un oso había penetrado en el piso bajo de doña Apollonia Six, viuda de un salchichero, y devorado por entero a la infortunada mujer mientras dormía. La bestia fue muerta luego a tiros. Los pescadores y cazadores que llegaban a la ciudad contaban historias fabulosas sobre toda suerte de animales gigantescos y monstruosos que decían haber visto. Sin embargo, nadie dio crédito a sus palabras hasta que un día llegaron a la ciudad cientos de campesinos y habitantes de la zona rural del Reino, galopando en tropel sobre sus pesados percherones. Traían consigo a sus mujeres e hijos, así como los enseres domésticos de más valor. Estaban terriblemente enojados y organizaron diversas manifestaciones ante el Palacio y el Archivo quejándose de no haber recibido ninguna ayuda militar. Afirmaban que grandes manadas de búfalos habían destrozado sus cultivos y que ellos mismos se habían salvado a duras penas ante la invasión de enormes simios que acudían en masa y no respetaban a niños ni mujeres. Poco después se descubrieron huellas de animales bisulcos de colosales dimensiones en los campos de Tomassevic, situados en las afueras de la ciudad. La situación empezaba a ponerse seria.



La plaga de insectos fue horrorosa. De las montañas bajaron nubes de voraces langostas que no dejaban un solo tallo a su paso. El jardín del Palacio fue destruido en una sola noche por uno de esos enjambres. Además, la invasión de chinches, cortapicos y piojos nos hizo la vida insoportable. Lo terrible era que todas esas sabandijas, desde las más grandes hasta las más minúsculas, se hallaban dominadas por un elemental instinto de reproducción. Pese a que también se devoraban entre sí, estos inmundos bichos se multiplicaban a un ritmo vertiginoso. De nada servía que las autoridades repartieran armas e insecticidas y obligaran a todos los pobladores a cerrar herméticamente puertas y ventanas: la proliferación era demasiado grande. Se organizaron grupos de cazadores voluntarios que prestaban su ayuda al ejército y a la policía. En muchas casas se habían abierto troneras.

La esposa del propietario del Café se despertó una mañana con catorce conejos en su cama. Como su alcoba sólo estaba separada de mi habitación por una pared muy delgada, pude oír los chillidos de los pequeñuelos.

Pero lo más terrible eran las serpientes. Ninguna casa estaba suficientemente protegida contra sus incursiones: las temibles alimañas se escondían en los cajones, armarios, faltriqueras y cántaros de agua. Además, aquellas pérfidas bestezuelas se distinguían por su aterradora fecundidad. Al andar a tientas por cualquier habitación oscura uno aplastaba siempre sus huevecillos que, desparramados por todas partes, estallaban con un chasquido seco. Castringius no tardó en inventar una *Danza de los huevos*, en la que se reveló un consumado maestro.

En el Barrio francés, las sabandijas se convirtieron pronto en una auténtica pesadilla para los vecinos, muchos de los cuales, sin embargo, mantuvieron la cabeza erguida durante la invasión animal. No faltaba quienes abatían algún ciervo desde la ventana de sus casas e invitaban a sus amigos a la cena venatoria. Desde el tragaluz de mi antigua vivienda se gozaba de una amplia vista sobre las praderas y terrenos cultivados. Ahora, toda aquella zona se había transformado en un monstruoso jardín zoológico. Incluso el río había acogido nuevos inquilinos: un gran número de cocodrilos que los habitantes habían logrado ahuyentar tras largos años de esfuerzos, hicieron su reaparición en forma repentina. Hubo que cerrar los baños públicos porque las cabinas se llenaron de anguilas eléctricas, cuya descarga es mortal.

Entre los escasos momentos felices que iluminaron aquellos aciagos días se contaban las invitaciones, relativamente frecuentes, a saborear algún delicioso asado o una serie de platos exóticos. Por aquel tiempo, el anciano profesor amigo mío adquirió muchísimo prestigio pronunciando conferencias y enseñando a la población a distinguir los animales peligrosos de los inofensivos. Armado con una escopeta de tres cañones, deambulaba desde tempranas horas de la mañana por entre las manadas de gacelas, jabalíes y marmotas, consagrado en cuerpo y alma a la caza. Por su parte, los animales se acostumbraron pronto a aquel extraño cazador de gruesas gafas, y le cogieron cariño. Su escopeta causó tal cantidad de estragos en las ventanas que al final tuvieron que quitársela.

Por las noches sólo se podía salir adoptando el máximo de precauciones, armado y con una linterna. Toda clase de trampas, pozos de lobo, cepos y armas automáticas aumentaban la ya apreciable inseguridad de nuestra ciudad. Sin embargo, a ningún ciudadano se le ocurrió negarse uno solo de los placeres a que estaba acostumbrado.

III

El nivel de moralidad, que había descendido muy por debajo de lo normal, redundó especialmente en beneficio de Castringius. Sus grabados pornográficos eran muy solicitados y le habían convertido en el artista de moda. Dibujos como *Orquídea voluptuosa fecundando un embrión*, hallaron un sinnúmero de admiradores. En cierta ocasión, Hektor von Brendel le compró una serie completa de trabajos porque su Melitta los encontraba *divertidísimos*. Y en efecto, al comienzo ésta se sintió muy

entusiasmada con aquellos dibujos, que colgó, cuidadosamente enmarcados, en su tocador privado. Sin embargo, todo no había sido más que un capricho pasajero, pues a los pocos días hizo desaparecer la serie entera. Uno de sus más fervientes admiradores, oficial del cuerpo de Dragones, obtuvo autorización para llevárselos y decidió obsequiarla, a cambio, con un par de antiquísimos pendientes de esmeraldas. Esa misma noche se presentó con los dibujos en el Café, donde estaban realizando una tómbola a beneficio de aquellos a quienes la vida disoluta había postrado para siempre en el lecho. Nuestro hospital carecía —preciso es decirlo— de una sección destinada a este tipo de pacientes. Se jugó muchísimo dinero y Blumenstich —no el comerciante— puso lo que faltaba. Fue así como al poco tiempo pudo instalarse aquel pabellón en el claustro, junto a la clínica infantil.

Lo más cómico del caso es que yo gané esos dibujos y acabé colgándolos en las paredes de mi casa. Un buen día me encontré con Castringius en la calle; andaba en busca de una nueva vivienda pues la ventana de su taller se había derrumbado, dejando una abertura en el techo. A partir de entonces, un gran número de murciélagos se le había instalado allí, colgándose de las varillas del cortinaje como piltrafas de carne ahumada. Mientras me contaba su historia, tuvo que parar con el bastón las importunas embestidas de una cabra montés. Le pedí que subiera a mi habitación, donde estaban colgados los dibujos. ¡Menuda sorpresa!

—¿Cómo han venido a parar a tus manos? —le conté lo de la tómbola.

—Son muy buenos trabajos; el *Látigo con rayas blancas* es mi obra más madura: constituye una síntesis de la moral del futuro. Hoy no hay una sola mujer que pueda sacar conclusiones válidas de ella. Realmente tiene *bouquet*.

Yo le di toda la razón, ya que al fin y al cabo era el único ser humano en el Reino de los sueños que apreciaba el valor artístico de sus trabajos. A decir verdad, el excéntrico individuo me resultaba en general bastante simpático, ¿por qué no? El que esté libre de pecado, que le arroje la primera piedra...

De pronto oímos ruido en la calle y nos asomamos a la ventana. Abajo, un grupo de gente se reía, la situación no era para menos. ¡Imaginaos: el mono se había declarado en huelga! Ya el día anterior, Giovanni había dejado a un señor a medio afeitar cuando vio pasar una manada de macacos que corrían a toda velocidad. Una bella cercopiteca le había hecho un guiño y nuestro ayudante de barbero no pudo resistir semejante tentación. No obstante, el filósofo había logrado retenerlo con su bastón de caña de Indias y el argumento de que el tiempo es divisible en pequeñas eternidades. ¡Pero esta vez no hubo argumento que valiera! El simio trepó graciosamente hasta la gotera del techo, cogió con su cola prensil una botella que contenía las reservas de café de la princesa, se sentó cómodamente en la ventana de mi antigua habitación —a la sazón deshabitada por su estado ruinoso— y empezó a tocar una armónica que llevaba oculta en su abazón. La vieja, aterrada, se puso a chillar tratando de asestarle un escobazo al desvergonzado ladrón, pero Giovanni arrojó la botella y se apoderó de la alcoba. ¡Había que ver entonces a la buena señora!

Desapareció enojadísima para reaparecer en el segundo piso. A todo esto, Giovanni Battista parecía gozar con alegría salvaje. Desde mi ventana podíamos seguir paso a paso la batalla. Como primera medida arrebató a la vieja su arma principal, un par de tenazas, y le dejó la escoba a cambio. El mono se había convertido en una especie de animal volador. Usando como proyectiles una serie de frasquitos de tinta china que yo había dejado, empezó a disparar con admirable puntería. Abajo, el público prorrumpió en clamorosos ¡hurras!, mientras la princesa maldecía como un carretero.

Al cabo de un rato, Giovanni reapareció en el frontón de la casa con la cabeza cubierta por la mugrienta cofia de la vieja y, después de columpiarse un rato en la ventana, se deslizó por el tubo de desagüe haciendo toda clase de muecas bufonescas. Arriba, la princesa se puso a llamar a gritos a la policía, mientras que abajo el peluquero lo esperaba ya con el bastón.

—¡Deberías estar avergonzado! —le gritó al mono.

En aquel preciso instante, el consejero comercial Blumenstich abandonaba la casa de sus nueve protegidos con una sonrisita de satisfacción. A su manera, había vuelto a representar el papel de benefactor: su coche le esperaba ya en la puerta. Entonces, dando un violento salto mortal, el mono se dejó caer sobre la cabeza del caballo, que salió disparado. La gente, entusiasmadísima, siguió vitoreando hasta que el carruaje y su grotesco conductor se perdieron de vista.

Ésta es sólo una escena de las muchas que, por entonces, solían producirse.

El lugar de origen de aquella profusa avalancha de animales seguía siendo un misterio. Se habían convertido en los auténticos dueños de la ciudad, y aparentemente eran conscientes de ello. Estando ya en mi cama, solía escuchar ruidos de cascos que pasaban al galope, similares a los que se oían en una gran ciudad. Eran camellos y asnos salvajes que recorrían las calles y a los que era peligroso hostigar.



En contraste con esta proliferación zoológica, la vida vegetal fue tornándose cada vez más escasa. Todas las plantas se hallaban mordisqueadas o pisoteadas, cuando no

habían desaparecido del todo. Las alamedas de tilos que bordeaban la ruta principal y el camino que conducía al cementerio quedaron pronto reducidas a unos cuantos troncos pelados. La tierra exhalaba vapores, como si quisiera escupir nuevas criaturas. Un vaho caliente y acre surgía de los minúsculos agujeritos que se iban abriendo en el suelo. Las noches se hallaban como envueltas en una extraña luminosidad crepuscular, que difuminaba todas las formas.

IV

Sin embargo, lo peor fue sin duda un misterioso proceso que empezó con la invasión de los animales y fue aumentando a un ritmo irresistible y cada vez mayor, hasta causar la extinción total del Reino de los sueños: *la desintegración*. Lo atacaba todo. Los edificios contruidos con diversos tipos de materiales, los miles de objetos acumulados durante años, en suma, todo aquello en lo que el Amo había gastado su fortuna, estaba condenado a desaparecer. Enormes grietas aparecieron al mismo tiempo en todas las paredes, la madera empezó a pudrirse y el hierro a oxidarse, el vidrio se empañaba y las telas se deshacían. Muchas valiosas obras de arte sucumbieron irremisiblemente a ese proceso de destrucción *interna*, que nadie lograba explicar de manera concluyente.

Una enfermedad de la materia inanimada. El moho y la herrumbre invadieron las casas mejor cuidadas; en el aire debía de haber alguna sustancia corrosiva y desconocida, pues incluso los alimentos frescos como la leche, la carne y más tarde también los huevos, se descomponían o agriaban en cuestión de pocas horas. Muchas casas empezaron a derrumbarse y tuvieron que ser rápidamente evacuadas por sus habitantes.

¡Y por añadidura llegaron las hormigas! Aparecían en cualquier grieta o pliegue, en la ropa, en los bolsos y hasta en la cama. Se distinguían tres especies: negras, blancas y rojas. Las negras, que eran a su vez las más grandes, vivían en todas las hendiduras de las paredes y en el campo, donde uno se tropezaba a cada paso con ellas. Las blancas, mucho más peligrosas que las anteriores, convertían la madera en serrín. Sin embargo, las peores eran las rojas, que elegían como morada el cuerpo humano. Al comienzo, rascarse era considerado signo de mala educación y todos evitaban hacerlo en público. Pero ¿qué se puede hacer cuando pica el cuerpo? En el Barrio francés la gente se rascaba públicamente hacía ya tiempo. Nosotros, que nos habíamos reído de ellos, empezamos pronto a hacer lo mismo. La esposa del Excelentísimo Señor Presidente del Gobierno fue la primera que, en una velada, dio valientemente ejemplo.

Pronto resultó imposible limpiar las inmundicias que los animales dejaban en las calles y el polvo que, en cantidades cada vez mayores, se iba acumulando en las casas. Por más que la gente luchaba desesperadamente contra la suciedad, no lograba

dominarla. La ropa se deshacía al ser cepillada o sacudida. Lo único que aún me asombraba era el invariable buen humor de los habitantes del Reino, cuyo origen no lograba explicarme.

La Lampenbogen, por ejemplo, era indestructible. Por su casa desfiló todo el cuerpo de oficiales del ejército, incluido el más joven de los lugartenientes. Quizás éste murmurara aún «distinguida señora», aunque ella no estuviese ya para ceremonias. Por último empezó a frecuentar individuos de clase baja. Muchas veces pude observar en la calle su acostumbrada maniobra: levantarse la falda. Los curiosos se detenían. Los perros la seguían y, sin embargo, los tiempos ya no eran muy propicios para bromear con ellos. Una vez vi cómo un mastín le desgarraba el vestido. Aterrada, la mujer echó a correr, perdiendo en su huida una carta arrugada que yo recogí y leí más tarde.

«¡Mi reina de las hormigas!

»Aún me siento totalmente embargado por la dicha, y en mi espíritu sigo besando todas tus delicias. Siempre serás la reina de mis sueños. ¿Qué tal dormiste? ¿Muy poco, como siempre? Imagínate que he encontrado un medio para poder descansar con tranquilidad. Hay que vaciar el armario y desparramar en su interior una pulgada de polvo insecticida... luego una manta... otra capa de polvo... y otra manta. (Las camisas de dormir que se están usando ahora no sirven para nada, pese a que uno puede abotonarlas hasta abajo.) Luego, en cuanto estés dentro cierras el armario, en el que previamente habrás abierto un pequeño orificio (¡en forma de corazón!) que, provisto de una fina redecilla, permita la entrada del aire.

»Por favor, ya no me envíes las cartas al hotel; detesto a esa banda del americano, sobre todo a Jacques, ese pícaro insoportable. Además, la comida que dan allí últimamente es pésima; a partir de ahora tomaré mi colación del mediodía en el Café de la Calle Larga. Envía allí las cartas a H. v. B., pero ya no se las entregues a N. C.; no es muy digno de confianza y, desde que anda con aquel condenado americano, se ha vuelto incluso atrevido.

»¿Qué cuenta el gordinflón de tu marido? ¿Está siempre molesto porque se le fue su último inquilino? El peluquero también quiere cerrar y la princesa no paga mucho. Hoy vi a tu esposo en su coche, pero él estaba ocupadísimo con sus importunos parásitos y no advirtió mi presencia.

»Bueno, te espero hoy a las nueve detrás de la roaleda. ¡Qué desnuda se ve ahora!

»Tuyo, mil veces tuyo:

»Hektor.

»P. S. —Aún sigo recibiendo cartas anónimas sobre tu persona... ¡Qué mal conoce el mundo a mi Melitta!»

Pronto tuvieron todos su bote de insecticida en casa. Si días antes los habitantes del Reino habían sucumbido al letargo, ahora ya casi nunca dormían. Excitados y con

las mejillas coloreadas por un rubor héctico, vagaban por toda la ciudad hasta bien pasada la medianoche. En las calles había más seguridad que en las ruinosas casas. Durante los últimos días, el apetito reproductor de los animales había alcanzado su punto máximo. Las criaturas más diversas copulaban en todos los rincones oscuros, en el agua y en el aire. De los establos salían relinchos, balidos y gruñidos. Un toro, enardecido al ver un grupo de vacas destinadas al matadero, había aplastado al carnicero contra la pared.

El americano seguía atizando odios y sembrando la discordia, a la vez que se burlaba de todos. Eran muy pocos los que aún creían en el Amo. El hechizo del reloj había sido olvidado y sólo en contadas ocasiones entraba alguien en la celda, donde ni siquiera permanecía los treinta segundos prescritos, sino que reaparecía al punto. *Entonces me di cuenta de que el final del Reino de los sueños se aproximaba irremisiblemente.*

Una noche oí en el tejado una mezcla de bufidos y gruñidos sordos. Aterrorizado, vi un leopardo gigantesco que devoraba una liebre. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando escuché el crujir de los huesos. Mi cuartito había perdido todo su encanto: en la pared se veían dos gruesas hendiduras por las que, cada noche, emergían a intervalos regulares las colas y las patas traseras de enormes cucarachas, formando una especie de friso. Una pareja de petirrojos anidó en mi cenicero durante varios días: dos avecillas inofensivas que premiaron mi paciencia con sus gorjeos. Lamentablemente, este placer no duró mucho tiempo, pues un insolente halcón irrumpió un día violentamente y dio muerte al macho.

Una de las últimas noches, cuando ya me disponía a acostarme, encontré dos escorpiones debajo de la manta. Decidido a liquidar también las otras alimañas cogí mi arma, el sacabotas, que se me quebró en la mano. Entonces agarré las tijeras y vi que se hallaban corroídas por el óxido..., más tarde descubrí que mis papeles estaban húmedos y que mi regla, lo que quedaba de la mesa de dibujo y la cómoda de tres patas —en una palabra, todo el mobiliario de madera— había sido carcomido por la polilla.

¿Cuál sería entonces mi propio aspecto? ¡Sin duda bastante extraño! Al menos me consolaba viendo a muchos más que, atildados y pulcramente vestidos en otros tiempos, andaban ahora casi harapientos. Todos teníamos moho en la ropa y el calzado. De nada servía lavar y cepillar las cosas, pues volvían a enmohecerse en un santiamén. La tela de nuestra ropa se pudría, empezaba a deshilacharse y acababa cayéndose a pedazos. Los hombres soportábamos estas cosas con dignidad... ¡pero las pobres mujeres!... ¡Será mejor que lo silencie!

V

Un gran cambio se produjo cuando las casas dejaron de ser habitables. Los que

vivían en la planta baja aún podían seguir donde estaban; lo que exigía un valor sobrehumano era subir escaleras.



Un día en que el camarero me puso delante un huevo podrido, una botella de cerveza rota que contenía un líquido turbio y un trapo mugriento y asqueroso que, sin duda, pretendía ser una servilleta, mi paciencia llegó a su límite y llamé al posadero. Éste se hallaba ocupadísimo tratando de apuntalar el techo con los restos de la mesa de billar.

—¿Qué significa esto? —le grité.

—El servicio de mesa está cubierto por una capa de cardenillo. ¡Llévese esta porquería, incluido ese trapo inmundo! —el pobre hombre hizo una reverencia y gimió:

—¿Qué quiere que haga, señor? ¡Es el personal!

—Muy bien —repliqué, despidiéndole con un gesto irritado. Entonces me

levanté, cogí mi destartalada chistera y salí del Café. En el lugar donde acababa de estar se formó de inmediato una minúscula colonia de hormigas.

Ya sólo iba al Café impulsado por la costumbre. La comida era demasiado mala para arriesgarse a pedir algo más que un simple café. Anton también había cambiado, y no precisamente en el buen sentido. Llevaba siempre las manos sucias y apestaba a leguas de distancia. Sin embargo, no hacía ninguna falta andar en la facha de Anton, cuyas costras de mugre eran designadas por el peluquero con el apelativo de *materia*. ¡Era francamente un asco! Mi asombro fue tanto mayor, cuando una noche, al regresar a casa, oí una ligera risita en el corredor y, al alumbrar el rincón creyendo que se trataba de algún animal, descubrí tras la puerta del depósito al señor Anton y a Melitta unidos en amoroso abrazo. Esta última habría de morir poco después: fue hallada en su habitación con el cuerpo destrozado. Hubo que forzar la puerta atrancada. Una inmensa perra alana se había quedado encerrada con su víctima y, cuando abrieron la puerta, el rabioso animal se precipitó con el pelaje erizado sobre los intrusos, mordiendo a dos policías antes de ser muerta a tiros. Los dos agentes fallecieron poco después de hidrofobia. A decir verdad, en sus últimos días de vida sólo le habían quedado a Melitta vagos residuos de su anterior belleza. En vano intentaba disimular los inequívocos signos de su transformación con todo tipo de polvos y cosméticos.

Muchísimo sufrieron también los dos ajedrecistas. A los dos ancianos caballeros, que vivían totalmente sojuzgados por su pasión lúdica, les parecía tan complicado efectuar cualquier movimiento corporal que se pasaban horas haciendo cálculos para poder mover alguno de sus miembros. Era evidente que, dada la proliferación de sabandijas, aquella torpeza les ponía en una situación bastante crítica. Por ello nos pareció muy loable la actitud de una señorita que, habiendo observado un día el sufrimiento de ambos jugadores mientras tomaba el té, se acercó a ellos y, sin ningún temor, empezó a sacudir los chinches y hormigas de sus trajes. Y claro está, nadie quiso quedarse atrás. Si hasta entonces nos habíamos reído del espectáculo que ofrecían aquellas dos caras contorsionadas, a partir de ese día todos los clientes adquirieron la costumbre de rascar a los dos señores cada vez que entraban o salían. Como puede verse, incluso en tiempos tan adversos no desapareció del todo el sentimiento de solidaridad para con los que sufrían.

El americano volvió a atraer la atención general sobre su persona. Profetizó la pronta disminución de las invasiones de animales y tuvo razón en la medida en que las especies más grandes empezaron a retirarse paulatinamente. Sin embargo, los reptiles y mamíferos menores se quedaron un tiempo más, mientras que las aves desaparecieron en su totalidad, salvo una enorme bandada de cuervos y buitres de cuello blanco. Aquellos buitres, pesados y macizos, estaban encaramados como estatuas de bronce en los troncos de las alamedas y miraban, imperturbables, en dirección a la ciudad, como si aún esperasen algo.

Pese a que las profecías del americano sólo se cumplieron parcialmente, le

valieron a la larga un buen número de partidarios. Desde entonces no perdió una sola oportunidad para incitar los ánimos contra Patera, su enemigo mortal.

Yo reanudé mis paseos vespertinos a lo largo del río, en cuyas orillas las olas habían depositado un sinnúmero de almejas, corales, caracoles, espuertas y escamas de peces. Me sorprendió encontrar tal cantidad de restos pertenecientes más bien a la fauna marina. La orilla parecía sembrada de signos místicos. Estaba convencido de que los ojizarcos podían comprender aquel lenguaje simbólico. Sin duda había allí muchísimos secretos; y hasta las alas de los insectos —entre los que figuraban espléndidos escarabajos y mariposas nocturnas— presentaban dibujos que debían ser las letras de algún olvidado alfabeto. Me faltaba la clave para descifrarlo.



«¡Qué grande has de ser, Patera!», pensé. «¿Por qué se ocultará tanto el Amo, incluso de los que le quieren?» Absorto en melancólicas cavilaciones seguí caminando; en la otra orilla, los árboles deshojados se inclinaban profundamente sobre el río, rozando las negras aguas con sus ramas. Entre ellos se movían sombras gigantescas. Podía oír claramente el ruido de las ramas al quebrarse y, por momentos, logré ver cuellos o trompas larguísimos que irremisiblemente evocaron en mí una serie de monstruos antediluvianos. Cuanto más tarde se hacía, mayores eran los peligros que acechaban a los paseantes solitarios. Una noche, que habría de ser sumamente importante para mí, recuerdo que me volví, asustado, al ver que una especie de tablón emergía del agua y empezaba a resoplar: un caimán que me enseñó sus colmillos. Cuando regresaba a casa me acordé de un percance ocurrido el día anterior y que, felizmente, había acabado bien. Hacía ya tiempo que circulaban rumores acerca de un gigantesco tigre, una hembra preñada que se había instalado en el Palacio. Muchos afirmaban haber visto su achatado hocico y su larguísimo lomo por los ventanales de la galería. Y efectivamente, una bestia de similares proporciones había saltado el día anterior a la terraza de Alfred Blumenstich. La dueña de la casa, rechoncha y voluminosa, se desmayó sin proferir un solo grito en cuanto vio al felino. Se hallaban sentados a la mesa, con el profesor Korntheur como invitado. El venerable señor dio muestras de un notable heroísmo en aquel terrible

momento.

—No se mueva —le dijo al aterrado esposo al tiempo que se ponía en pie—, hasta las fieras más peligrosas acaban sometiéndose al ser humano, tan superior a ellas en todos los sentidos; sienten un profundo respeto ante su figura erguida y temen, además, su mirada noble y señorial —acto seguido se dirigió hacia el tigre, quitándose las gafas. No podría decir si fue debido a la insólita aparición del zanguivano erudito o a cualquier otra razón, mas lo cierto es que se oyó un estrépito de vidrios rotos y el tigre se alejó de un salto... llevándose en las fauces a la esposa del Consejero comercial. Blumenstich juntó las manos en un gesto desesperado:

—¡Dios santo, apiádate de mi Julia! —gimió.

Perseguida por un grupo de sirvientes armados de escopetas, la fiera arrastró hasta el Palacio a la inconsciente dama. En la calle todos se hacían cortésmente a un lado. El cuerpo de bomberos, cuyos servicios fueron solicitados de inmediato, trató de arrebatarle su botín a la listada bestia. Aún se la pudo oír cuando, desde el primer piso, lanzaba rabiosos bufidos contra sus perseguidores. Disparar era imposible, pues se corría el riesgo de herir a la señora Blumenstich. De pronto tuvieron la feliz idea de ahuyentar al animal con las mangas de agua; el resultado fue sumamente positivo, pues el tigre, perseguido por los implacables chorros, decidió abandonar su escondite, aunque sin olvidar en él a su presa. Luego, dando un enorme brinco desapareció por la gran ventana ojival. La multitud, aterrorizada, prorrumpió en estruendosos alaridos, pero Dios tuvo piedad del pobre esposo: la señora Blumenstich quedó colgada de una de las fallebas, a la vista de todo el mundo, con la falda sobre la cabeza, pero sana y salva. El tigre se escabulló en medio del regocijo general.

El hecho de que el peligroso animal no hubiese sido capturado creó una situación de gran desconcierto. Si bien todos se hallaban emancipados de la tutela del Amo, no hubo quien se atreviera a seguir la propuesta del americano de registrar íntegramente el Palacio. La policía y el ejército negaron su ayuda sin pensarlo dos veces.

¡El comportamiento del Amo era realmente extraño! Si ya no quería seguir protegiendo la ciudad de Perla bajo ningún concepto, ¡por lo menos hubiera podido exceptuar a los que le seguían siendo fieles! Sin embargo, a juzgar por el curso que iban tomando los acontecimientos, esta distinción no parecía preocuparle lo más mínimo. La ciudad volvió a vivir momentos de gran tranquilidad pese a que casi toda la población del Reino se hubiese reunido en ella.

«¡Entregadnos las residencias!», bramaba el populacho. Y los ricos lo hacían con un interés tanto mayor, cuanto que era preciso desalojar prácticamente a la fuerza a los animales que allí habían construido sus guaridas. La casa de campo de los Lampenbogen se había convertido en un antro de puercoespines; en el tocador de la gloriosa difunta dormía, sobre el diván, una gigantesca boa constrictor. Los nuevos inquilinos tuvieron que matar al monstruo antes de mudarse. A otros niveles, las cosas tampoco resultaron tan perfectas y agradables como aquella pobre gente había imaginado: era obvio que los objetos más preciosos no querían seguir viviendo. Los

floreros más valiosos y las mejores vajillas de porcelana presentaban grietas que se ramificaban en finísimas nervaduras. A los cuadros de más valor les salían manchas negras que se iban extendiendo por toda la superficie. Los grabados adquirirían una consistencia porosa y luego se desintegraban. Resulta difícil imaginar la rapidez con que aquellos objetos tan bien restaurados y conservados se convirtieron en un montón de basura.

Por todo ello, la mayoría de los campesinos que habían huido a la ciudad, se instalaron en las plazas públicas y huertas aledañas.

«¡Señor, sólo por el terror revelas tu poderío!» pensé al enfilarse la Calle Larga. Ya había oscurecido y por todos lados se oían crujidos y chasquidos. Aquí caía silbando una teja, más allá se deshacía el revoque de una pared; una fina lluvia de arena fluía ininterrumpidamente de las grietas, que aumentaban de tamaño en forma notoria. Había que vadear todo el tiempo los escombros e ir abriéndose paso por entre las vigas y pilares que sobresalían. El inconcebible tejido de la muerte...

Sobre el tejado del Café, a poca distancia de mi buhardilla, divisé claramente una silueta negra que se movía: el leopardo. Sin duda había instalado su guarida en uno de los graneros vecinos... quizá se le hubiera podido matar de un certero balazo, pero todos éramos demasiado cobardes para intentarlo. Al llegar a mi estrecha habitación me invadió una honda depresión; me puse a recorrerla de un extremo a otro; sentía dolores en la región lumbar y en las articulaciones.

«¿Para qué seguimos viviendo? Después de todo, ¡estamos condenados! Si cayera enfermo ahora no habría un alma que se ocupase de mí.» Un temor lento y sutil fue invadiendo mi espíritu. ¡No quiero morir, *no quiero morir*! Y, desesperado, hundí la cabeza entre mis manos. «No hay ninguna autoridad suprema», dijo en mi interior la voz de la cobardía. «Dos piernas y un montón de huesos... soportan todo mi mundo, un mundo hecho de dolores y equivocaciones. Lo más horrible de todo es el cuerpo.» El miedo a la muerte me hizo sobresaltarme. ¿Qué nuevas penurias le estarán reservadas a mi cuerpo? ¿Ante qué refinados instrumentos de tortura tendrán que doblegarse aún sus miles de órganos? ¡Ah, cómo hubiera preferido *no pensar*! Pero era un proceso que funcionaba independientemente. ¡No había una certeza a la que no se opusiera una incertidumbre! La confusión es infinita... ¡estoy condenado! En mi vientre arrastro porquería y repugnancia, y cuando alguna vez logro acceder a una gran pasión, veo venir detrás la cobardía. Sólo sé una cosa: por más que quiera rebelarme, debo dejar que las cosas sigan su curso; la aproximación a lo inevitable, a la muerte, minuto a minuto. Ni siquiera tengo valor para suicidarme, estoy predestinado a sufrir toda mi vida. Empecé a sollozar.

En el fondo dudaba ya de Patera. ¡No le entiendo, juega con toda suerte de enigmas! Tal vez haya alguien más poderoso que él, si no, ya habría eliminado hace tiempo al americano. ¡Sin embargo, no puede hacerlo! ¡El americano, ése sí que es dueño y señor de la *verdadera vida*! Oh, si no fuera tan pusilánime iría a verle, me arrodillaría a sus pies y él me ayudaría.

Como desarticulado por el miedo a la muerte, no sabía si salir o quedarme. Abajo había un revuelo: escandalosos que eran expulsados del Café. Un percance cotidiano. En su cuarto de la acera de enfrente, el peluquero estaba inclinado sobre sus libros.

VI

De pronto sentí que algo me tiraba dentro, rápida y continuamente. Tuve que levantarme... sí..., otra vez, ¿qué podía ser? Un vago sentimiento de ansiedad se fue apoderando de mí. Volví a sentir los tirones y latidos, esta vez con mayor intensidad. «¿Qué diablos podía ser?» Me concentré un instante, entregándome en cuerpo y alma a la difusa sensación. «¡Patera!», escuché que decían desde mis adentros, «¡Patera... Palacio... ven!» La voz fue adquiriendo un tono cada vez más persuasivo y perentorio, de una nitidez y precisión realmente terribles. Bajé la escalera a tientas, sin ningún tropiezo y con la mente en blanco. Me sometí por entero a una extraña fuerza que impulsaba y guiaba mis pasos. Nadie pareció observarme. Cuando salí de mi arrebató me hallaba a mitad del camino que conducía al Palacio. «¡Dios mío!», pensé, «¿qué estoy haciendo, qué *me veo obligado a hacer?*» Quise dar media vuelta: «de la próxima esquina no paso»... ¡Pero no podía hacer nada!, me veía obligado a seguir; quise gritar a la gente: «¡Ayudadme, por favor, ayudadme! ¡Detenedme!»... pero mis mandíbulas estaban como atornilladas una a la otra... Y entonces vi la imponente mole del Palacio con su portón gigantesco y sus ventanas vacías como las cuencas de una calavera. Penetré en sus tinieblas.

Un laberinto de columnas se extendía hacia todos lados. Avancé marchando en forma mecánica como un muñeco de madera: uno, dos... uno, dos. Las largas galerías se hallaban escasamente iluminadas por lámparas colgantes. Entré en los salones. Las puertas sólo estaban entornadas. Escuché un ruido —el melodioso mecanismo de un reloj—; las puertas se abrieron impulsadas por el viento, un estrépito... ¡Santo cielo, el tigre! A partir de entonces empezó a torturarme esa idea. Avanzando casi a la carrera, traté de hacer el menor ruido posible. Varias veces me pareció oír mi nombre pronunciado primero en voz alta, luego en un tono más bajo y muy próximo a mí. Mas por nada del mundo hubiera vuelto la cabeza.

En los salones desérticos y deshabitados se hacinaban toda clase de muebles rotos; la atmósfera ahogada e impregnada de olor a moho me impedía respirar. Seguí avanzando por espaciosos aposentos, iluminándome con la macilenta luz de una vela. Camas en completo desorden, cortinajes rasgados, ventanas tapiadas, lujosísimas estufas con el hogar apagado, gobelinos recubiertos. Como un sonámbulo subí pequeñas escaleras cubiertas de polvo y recorrí largos y silenciosos pasillos hasta que, por último, divisé la conocida portezuela de roble. «Patera», iba pensando ininterrumpidamente, «Patera, Patera»... Aquella puerta también estaba entornada. Del techo del aposento pendía una lámpara de plata cuyas luces intermitentes

iluminaban los colgantes restos de un baldaquín. Casi nada se veía aparte de las figuras del piso de mosaicos, que se perfilaban vagamente en la semipenumbra. De pronto me detuve... *¡Sólo entonces pude detenerme!* ¡Allí, allí!... ¡El rostro!... y un sudor frío empezó a humedecer mis sienes.

Allí estaba Patera, envuelto en una vaporosa túnica color gris plata, tan pronto de pie, tan pronto echado, durmiendo. Un pánico invencible se apoderó de mí al verle. En las profundas y verdosas sombras de sus ojos se leía un sufrimiento sobrehumano. Entonces pude observar que al pulgar de una de sus grandes y bien formadas manos le faltaba la uña, y me acordé al punto de los niños nacidos en el Reino de los sueños. Volví a oír la voz susurrante, como en la primera visita.

—Te he llamado —su voz parecía venir de muy lejos. Esta vez no hubo ningún juego de mímica. Los músculos faciales se hincharon, temblaron y volvieron a contraerse, aunque sin reproducir forma alguna. Los rasgos denotaban más bien cierto relajamiento; sólo los labios vibraban y se agitaban de un modo horrible en aquel rostro, por lo demás sereno. Y luego oí nuevamente la voz, muy suave y como amortiguada por un velo. Primero no escuché sino un susurro confuso y entrecortado. Por último acerté a comprender lo siguiente:

—¿Oyes cantar a los muertos, a los verdosos muertos? Se están destrozando en sus tumbas, rápidamente y sin dolor. Si acercas la mano a sus cuerpos no tocarás sino restos, y sus dientes se desprenderán con facilidad. ¿Dónde está la vida que los movía, dónde el poder que los animaba? ¿Oyes cantar a los muertos, a los muertos verdosos? —el penetrante aliento de Patera llegó hasta mi nariz... sentí que iba a desmayarme. Mas al punto el Amo se sentó en su elevado lecho y se quitó la túnica: allí estaba ante mí con el torso desnudo y los largos rizos resbalándole hasta los hombros. Hube de admirar la nobleza y perfección de su ancho tórax, blanco y brillante como el de una estatua y, reuniendo mis últimas fuerzas, le hice esta sola pregunta:

—Patera, ¿por qué permites que ocurra todo esto? —la respuesta se hizo esperar largo rato. De pronto exclamó, con metálica voz de bajo:

—*¡Estoy cansado!*

Tuve un súbito estremecimiento de terror y, al cabo de un momento, me puse a mirar fijamente sus ojos sin brillo: *estaba hechizado*. Aquellos ojos parecían dos espejos vacíos que contenían el infinito. Tuve la impresión de que Patera no estaba vivo... si los muertos pudieran ver, sus miradas serían como ésa. Sentí que me *ordenaban que hablara*, pero sólo atiné a balbucear palabras incoherentes, asombrándome yo mismo al oír cómo sonaban. Aquella pregunta parecía emerger de la aurora de los tiempos, las palabras que la integraban debieron de haber sido pronunciadas billones de años atrás y, sin embargo, yo acababa de reformularla. Allí volvieron a oírse entonces:

—Patera, ¿por qué no nos has ayudado?

Sus párpados se cerraron lenta y mecánicamente, con lo que volví a sentirme

aliviado. Su rostro adquirió luego una dulzura inefable y una expresión de lánguida tristeza que me fascinaron. Una vez más se oyó el susurro:

—¡Claro que os *he ayudado*, y también te ayudaré *a ti*! —estas palabras sonaron como una melodía; me fue invadiendo una fatiga dulcísima... incliné la cabeza... los ojos se me cerraron...

De pronto, una carcajada infernal me hizo estremecer hasta la médula, arrancándome bruscamente de mi letargo... En el salón, inundado de pronto por una luz deslumbradora, vi ante mí no ya a Patera, sino al americano...

Ignoro cómo logré salir del Palacio. Iba corriendo y gritando. La gente quiso detenerme en mi huida pero sin duda debí eludirla, pues cuando volví a ser dueño de mi persona me encontré agazapado en una cochera. En el interior de un carruaje volcado descubrí una camada de armadillos muertos.

La sarcástica carcajada seguía repercutiendo en mis oídos, aunque ahora ya no me asustaba. La resistencia de mis nervios había alcanzado su punto límite. *El destino, adoptase la forma que adoptase*, no lograría sacarme nunca más de mi eterna ataraxia. Incapaz de seguir mucho tiempo el hilo de mis ideas, me sentía, sin embargo, bastante fuerte dentro de mi propia impotencia. Además, ¿para qué preocuparme por una serie de paradojas que, al fin y al cabo, no podía entender ni resolver? El miedo desapareció totalmente de mi espíritu. La horrible visión que me permitió comprobar la doble naturaleza de Patera había colmado los abismos de mis dudas y temores.

VII

Sólo gracias a aquel encuentro se explica que pudiera presenciar, sin caerme muerto, la retahíla de desgracias que al final se abatieron sobre el Reino de los sueños. Mi insensibilidad me sirvió de capa protectora. La agonía del País de los sueños fue desfilando ante mis ojos como una secuencia de fantasmagóricas escenas.

No volví a mi habitación y empecé a evitar así mismo el Café. Aparte de la inmundicia, el mismo Anton me resultaba antipático; solía dar palmaditas en el hombro a los clientes y decirles, por ejemplo:

—¿Qué, cómo va ese amigo suyo? ¡Valiente canalla!

—¿Quién?

—El tipo aquel, Castringius^[7].

Los pobladores se fueron mudando paulatinamente a las áreas descampadas. La clase acomodada se instaló en los campos de Tomassevic, aquellos grandes solares que rodeaban el cementerio. Allí habían levantado una tienda gigantesca que se extendía hasta la orilla del río. Claro que no era nada fácil pernoctar sobre el suelo húmedo, arcilloso y envuelto en una niebla asfixiante, pero la gente no perdía el humor y por las noches reinaba gran animación en torno a las fogatas. Bailaban y

aplaudían, y algunos hasta pescaban. Había que comer el pescado medio crudo, pues al poco tiempo de morir adquiriría un extraño sabor a podrido. En la ciudad no quedaba sino el hampa, que siempre andaba en busca de nuevos botines. Durante el día sólo se podía circular con suma cautela por las calles, y aun así muchos transeúntes resultaron heridos por paredes que se desplomaban.

El doctor Lampenbogen había instalado un puesto de primeros auxilios en un parque abandonado; allí le encontré un día en plena *actividad*, enfundado en un jubón gris. Me contó que se habían derrumbado dos pisos de El Ganso Azul, dejando un saldo de ochenta y seis muertos y diecisiete heridos. La catástrofe tuvo lugar precisamente cuando se estaba celebrando una asamblea. El americano había resultado milagrosamente ileso, pero su criado —y señaló a un hombre que yacía envuelto en vendajes manchados de sangre— tenía muy pocas probabilidades de seguir con vida. Añadió que la fortuna le había abandonado, pues la mayoría de sus pacientes se le habían muerto.

La barraca misma presentaba un aspecto siniestro; suciedad acumulada, falta de ropa blanca, instrumental oxidado. En una vieja nevera, que siempre volvía a cerrar cuidadosamente, guardaba el médico algunas provisiones frías y las ventosas de vidrio. Me pareció oportuno presentarle brevemente mis condolencias. Él, por su parte, esbozó una sonrisa lejana y me dijo:



—Ya lo ve, yo soy un hombre muy distinto a usted —no parecía especialmente afligido por la muerte de su Melitta.

El diario oficial y *El Espejo de los sueños* dejaron de aparecer; *La Voz* pertenecía ahora al americano. Ya sólo salían a la luz números especiales que informaban sobre los sucesos del día en un estilo telegráfico. Jacques y su banda se encargaban de vocear por las tardes dichos ejemplares, que hallaban gran aceptación debido a la cantidad cada vez mayor de noticias sensacionalistas que ofrecían. La aparición de una serie de fenómenos patológicos empezó a ser sumamente comentada por entonces. La gente que se encontraba por las calles era, muchas veces, víctima de un súbito e inesperado impulso que la llevaba a realizar los mismos movimientos involuntarios, tendiéndose la mano en forma por demás rígida y absurda. Al cabo de unos minutos cesaba repentinamente el curioso automatismo, y la normalidad volvía a imponerse.

Mientras escuchaba un larguísimo discurso pronunciado al aire libre, cierto auditor se puso a repetir varias veces y con gran rapidez lo que había oído, empezando ora por el comienzo, ora por el final, como un gramófono estropeado. Casi todos presentaban algún síntoma de disfasia. Algunos olvidaban palabras, conceptos y letras, mientras que otros enmudecían temporalmente.

Muchos se volvieron misántropos y acabaron retirándose a la espesura de los bosques.

Había que tener mucho cuidado con las bebidas: el alcohol solía actuar como un veneno sobre el organismo; sin embargo, también había excepciones y no faltaron casos de personas débiles, mujeres y niños que a veces lograban soportar tranquilamente varios litros.

Una vez me encontré con el pequeño Giovanni en la Calle Larga. Iba con una manada de monos parlanchines que se había instalado en la tienda de Blumenstich, el mercader. En su interior, un cúmulo de muebles, corroídos por la polilla, estaba expuesto al aire libre ya que el entramado del techo había ido perdiendo casi todas las tejas. Allí, en medio de los otros simios, lo reconocí por su correílla roja. Lo llamé pero él permaneció imperturbable: vivía entregado a un perpetuo galanteo y había recuperado su prístino salvajismo.

Las tensiones se volvieron insoportables. Por las noches se veían destellos plateados que serpenteaban por el cielo, formando largos y delicados encajes luminosos que evocaban los de una aurora boreal. De los desiertos y montañas comenzaron a llegar toda clase de ermitaños, derviches y fakires, que, en las plazas públicas, anunciaban el inminente fin del mundo. Exhortaban a la penitencia, pero la gente se burlaba de sus predicciones.

Poco antes del final se produjo aún otra farsa: ¡la del *pez negro*!... Con este nombre designaban los números extraordinarios del diario una ingente figura que había sido vista en el lecho del Negro a una hora de distancia río abajo. Una criatura monstruosa e inmóvil se había instalado allí como un gigantesco barco de guerra, firmemente anclado. La gente se preparaba a ser acometida por aquel animal nuevo y desconocido. Como primera medida, se evacuó la zona más amenazada del campamento en la pradera de Tomassevic. Pronto cundió el pánico y el ladrillar fue convertido en puesto de observación. Los habitantes acudían en masa a dicho punto y se quedaban mirando en dirección al coloso. ¡Oh, todos estaban dispuestos a vender muy caras sus vidas! Yo también me encontraba entre la excitada multitud, observando el extraño fenómeno a través de un viejo telescopio de cartón. Lamentablemente, los lentes empañados y la luz crepuscular no permitían ver gran cosa.

—Es una ballena groenlandesa —me explicó el anciano profesor, que se hallaba a mi lado—, una especie que hasta ahora sólo había sido observada en las regiones árticas.



El extraordinario animal no se movía, y la ciudad, atónita y desconcertada, se hallaba a merced del inminente peligro. Algunos propusieron bombardearlo desde lejos, pero ¿se sabía acaso cómo habría de reaccionar ante semejante ataque? Irritado, quizás escupiera algún veneno y destruyera lo poco que todavía nos quedaba. Preferible esperar... ¡también cabía la posibilidad de que se retirase!

En medio del general desconcierto no faltaron algunos intrépidos que, de pronto, dieron prueba de un valor realmente hermoso y encomiable. Fue aquélla la última manifestación instintiva sana que pude constatar en ese pueblo, pues luego las cosas empezaron a ir irremisiblemente de mal en peor. Dos mozalbetes de origen campesino, un cazador y un soldado —todos gente joven— quisieron ofrendar su

vida por el bien de la comunidad. Su plan consistía en dejarse arrastrar río abajo en un bote, acercarse subrepticamente al animal y ahuyentarlo con granadas de mano. Tal vez hasta lo pudieran matar. Era una empresa de gran valor y osadía.

El noble ofrecimiento fue aceptado y todos acudieron a presenciar la partida de los jóvenes salvadores. Un sacerdote revestido impartió su bendición a los cuatro expedicionarios, administrándoles así mismo la extremaunción. Bajo una atmósfera de entusiasmo y de recogimiento, el pueblo se fue aglomerando en el espacio que mediaba entre el molino y el cementerio.

Los cuatro voluntarios se dirigieron luego a la esclusa. En cuanto lograron poner a flote la última barca semipodrida que aún quedaba, se dejaron impulsar lentamente por la corriente. Dos de los hombres tenían que achicar todo el tiempo el agua que entraba. El barquichuelo fue haciéndose cada vez más pequeño para los que observaban desde la orilla, y pronto lo vieron torcer por el recodo del río. Ya estarían muy cerca del monstruo. Todos estiraron el cuello y retuvieron el aliento. La multitud guardó un silencio absoluto, interrumpido sólo por el suave rumor que producían al rascarse. La pequeña expedición parecía haberse detenido, sana y salva, a escasos metros del peligro. Para asombro de todos, transcurrió un buen rato sin que sucediera nada; de pronto vieron un súbito resplandor en la lejanía, y el gigantesco animal empezó a desinflarse.

¡Un multitudinario alarido de júbilo premió a los héroes!

La sorpresa fue mayúscula cuando se descubrió que el monstruo no era sino un globo aerostático malogrado que había ido a parar al Reino de los sueños, quedando aprisionado por los sauces que bordeaban la orilla del río.

VIII

Ningún sector de la vida comunitaria reflejaba tan gráficamente la decadencia del Reino como las extrañas prácticas que tenían por escenario el concurrido establecimiento de *madame* Adrienne, sito en el Barrio francés. Si hasta entonces dicho antro sólo había prosperado en forma discreta y recatada, fomentado por los consejos ocasionales de unos cuantos ancianos experimentados, ahora eran los miembros de las clases altas quienes se presentaban, en traje de etiqueta, a los interesantes y difícilísimos exámenes de admisión. La brillante idea de Castringius de entregar diplomas ilustrados a los vencedores fue, sin embargo, rechazada. Le explicaron que no se trataba de una facultad de estudios científicos, sino de un ritual.

La desintegración de los tejidos dio el primer impulso para la adopción de los vestidos escotados. Incluso señoras respetables —y éstas más que nadie, en realidad— llegaron a extremos inusitados en este sentido. A ellas se les atribuía la creación de los llamados *menús*. Sólo quiero insinuar aquí lo que esto significaba, encomendando el resto a la discreta imaginación de mis lectores.

Si me limitara a decir que se divertían y refocilaban con toda suerte de escarceos amorosos, no estaría ofreciendo un cuadro completo ni mucho menos. Los *menús* eran invitaciones impresas a fiestas de carácter íntimo. La sucesión —aparentemente inofensiva— de platos tales como *sandwiches*, asado de corzo y *charlotte-russe*, designaba una serie de detalles técnicos propios de la práctica amorosa que a ningún lector le agradaría conocer más de cerca.

También en mi antiguo Café se celebraban orgías misteriosas. En cierta ocasión observé cómo traían pilas de cuadros obscenos, espejos, bañeras y colchones. Cuando le pregunté al posadero qué significaba todo aquello:

—Pues nada, un pequeño *arrangement* —me respondió con una sonrisa dulzona. Cuando volví a pasar por la tarde vi que las persianas estaban cerradas, cosa que jamás había sucedido antes. En un cartel pegado de través sobre la puerta se leía: «Hoy, ¡reunión privada!» De dentro llegaban toda clase de ruidos, palabras aisladas y alucinantes risotadas. Unos cuantos sacerdotes que habían buscado refugio en la ciudad revelaron los misterios del Templo. Ya podéis imaginar cómo los interpretaría el populacho. Los órganos de la reproducción no eran concebidos como símbolos de fuerzas y placeres misteriosos, sino que fueron groseramente divinizados, esperándose de ellos todo tipo de ayuda. Incluso el mayor de todos los misterios, el secreto de la sangre, había sido divulgado, y de él surgió el germen de la locura. Ésta pudo haber sido la causa del inmenso y aniquilador desenfreno que se apoderó de todos los instintos. Frente a la invasión de tantos animales peligrosos era natural que la gente se agrupara para protegerse mutuamente. Con este pretexto empezaron a dormir en grupos pequeños bajo el techo de una misma tienda. El hermoso nombre dado a esta medida de seguridad era: *sueño colectivo*.

Hacía un calor infernal; en los charcos y sinuosidades que jalonaban la orilla del río flotaban débiles llamitas de color azul. Una eterna luz crepuscular se cernía sobre el Reino de los sueños.

Me puse a caminar por el campamento, cuya inusitada calma me llamó al punto la atención. Los habitantes del Reino yacían allí desparramados y se miraban entre sí con los párpados entornados. Todos parecían oprimidos por una angustia latente, como si estuvieran a la espera de algo. De repente percibí una especie de murmullo que iba en aumento y una risa contenida empezó a propagarse por todo el campo. ¡Me embargó un repentino sentimiento de terror! Algo así como el súbito estallido de una enfermedad mental. Y entonces, al igual que una tormenta cuando irrumpe bruscamente en el horizonte, los sexos se precipitaron unos al encuentro de otros.

Nada fue respetado, ni los lazos familiares, ni la enfermedad o la juventud. Ningún ser humano pudo sustraerse a los embates del instinto elemental, y cada cual buscaba, con los ojos desorbitados por la avidez, un cuerpo al que aferrarse.

Yo me precipité al horno de ladrillos, donde me oculté. Por un pequeño agujero en la pared pude presenciar entonces una escena dantesca.

De todas partes surgían quejidos y lamentos, interrumpidos esporádicamente por

agudos chillidos y hondos suspiros aislados. Un mar de carne desnuda se arremolinaba y vibraba a un ritmo intermitente. Frío y totalmente ajeno, me puse a observar la absurda y elemental mecánica del proceso, descubriendo un aspecto insectil y grotesco en el convulsivo espectáculo. Un vapor sanguinolento fue inundando todo el campo; el resplandor de las fogatas oscilaba sobre el torbellino de carne, destacando aquí y allá algunos grupos. Recuerdo vivamente a un hombre barbudo y ya mayor que, acucillado en el suelo, miraba fijamente el regazo de una mujer encinta. Lentamente fue musitando una serie de palabras ininteligibles... era como la plegaria de un loco.

De repente escuché una serie de alaridos, mezcla de dolor y de júbilo. Con indecible horror observé que una prostituta pelirroja había emasculado a un borracho con los dientes. Vi los vidriosos ojos del hombre que se revolcaba en su propia sangre; casi al mismo tiempo un hacha descendió silbando: el mutilado había encontrado un vengador. Los onanistas se retiraron a los rincones oscuros de las tiendas: un poco más lejos resonaban estruendosos ¡bravos!: allí copulaban nuestros animales domésticos, poseídos por el frenesí colectivo.

Sin embargo, lo que más me impresionó fue la expresión de aquellos rostros pálidos o acalorados, una expresión de semiinconsciencia con ribetes de estupidez, que permitía adivinar que esos pobres diablos no actuaban bajo los impulsos de su libre albedrío. Eran verdaderos autómatas, máquinas que, una vez puestas en marcha, quedaban abandonadas a sí mismas... ¡el espíritu debía de hallarse en otro lugar!...

De Nemi apareció uniformado y con algunos miembros de la banda de Jacques: fue como echar leña al fuego. Poco después trajeron un piano y de Nemi empezó a aporrear las teclas, repitiendo varias veces del principio al fin la misma melodía callejera. Impulsados por bestiales voces de mando, los más ebrios trataban de copular agrupados en columnas. Los niños eran incitados unos contra otros. Pude observar de cerca aquel espectral infierno, sumido en la niebla rojiza que llegaba desde el río. ¡De pronto despertó la sed de sangre! Un mugriento y gigantesco muchacho se incorporó de un salto y, mugiendo como un toro, se lanzó contra otro esgrimiendo un largo cuchillo. ¡Un crimen! ¡Luego otro! El individuo actuaba bajo los efectos de un ataque de rabia. Los demás interrumpieron sus delirantes forcejeos. Varias mujeres, pálidas como la cera, empezaron a revolcarse en el suelo, víctimas de convulsiones histéricas.

De todas partes fueron llegando entonces los rugidos de los que sucumbían al delirio criminal. ¡*Ni los animales bramaban de aquel modo!* Los más rabiosos se destrozaban en duelos criminales. La turba derribó luego los portones de las bodegas y arrastró enormes toneles hasta el campamento. ¡Todos se embriagaron! Una bulliciosa multitud se trasladó seguidamente a los baños públicos, y detrás de ella algún bromista cerró las puertas. Durante varias horas se oyeron sus espeluznantes gritos de auxilio, pero el resto del campamento, aletargado por el alcohol, hizo caso omiso de ellos. Por último los gritos cesaron... Una manada de cocodrilos satisfechos

se fue deslizando al agua.

Algunos violaron tumbas recién cavadas en el cementerio de la iglesia. Un perro sarnoso, atraído por el olor de la sangre, se precipitó sobre los restos de un gato aplastado.

De pronto percibí una figura acucillada a mi lado: Brendel, que me miraba con una sonrisa estúpida.

—Brendel, ¿qué hay? —dije intentando sacudirle suavemente.

—Melitta —dijo con voz lenta y volvió a reírse para sus adentros. Entonces me di cuenta: el infeliz había perdido la razón tras la muerte de su amada.

La mayoría de las fogatas se fueron apagando, y la calma volvió a imponerse. Me aseguré bien de que podía abandonar sin peligro mi escondite. Sólo se oían los ronquidos de los borrachos. Aún brillaba una gran hoguera, alimentada por el piano. A su resplandor distinguí entonces una ancha figura: el americano.

Vestía de frac, como si se hallase en una fiesta, y estaba fumando su inevitable pipa corta. Se iba abriendo paso por entre los cuerpos dormidos. Una mujer desnuda, que se había incorporado a medias, intentó cerrarle el camino, pero ¡plaf!, recibió un latigazo que dibujó una estría roja y candente sobre la blanca espalda. Bell surgió nuevamente de las tinieblas y se alejó en dirección a la ciudad, de la que ahora llegaba un fragor sordo.

¡La hora del americano había llegado!

IX

En la ciudad se repartían octavillas que anunciaban una nueva catástrofe: el gran Templo se había hundido en el lago, según afirmaban varios monjes. Se suponía que los cimientos habían sucumbido finalmente a los efectos de una larga erosión, que culminó cuando cedieron los bancos de arena blanda. Algunos sacerdotes se ahogaron mientras cantaban sus himnos. La muerte debió haberles cogido totalmente de sorpresa, pues sus trompetas aún seguían sonando cuando el edificio se hallaba sumergido en el agua hasta la mitad. Todo había ocurrido con gran celeridad; las pesadas paredes de mármol se hundieron sin desmoronarse. Los pocos monjes que lograron escapar con vida sólo se percataron del peligro por el ruido que hacía el agua al infiltrarse a través de los vitrales. Su extraordinaria gordura les permitió flotar fácilmente, pudiendo salvarse a nado. Las luces, aún encendidas, siguieron iluminando bajo el agua los ventanales del Templo, que centelleaban como los ojos de legendarios monstruos marinos. Lentamente se fueron apagando una tras otra; ya sólo brillaban las cúpulas plateadas y doradas que, por último, también fueron absorbidas por el ávido remolino. Las olas sólo llevaron a la orilla el cadáver del venerable sumo sacerdote; los demás hallaron sepultura en el fondo del Lago de los sueños.

Todos lamentaban la pérdida de los fabulosos tesoros que se habían hundido para siempre. Yo fui uno de los primeros en hacerlo, ya que nunca pude admirar con mis propios ojos aquellas maravillas.

Los animales grandes ya habían desaparecido por completo. Este hecho acarreo un gravísimo inconveniente que, sin embargo, la gente no había previsto. ¿Con qué podría calmar su hambre a partir de entonces? Los rebaños y las plagas de insectos habían devastado campos y jardines. Todas las provisiones se pudrían al instante, incluidos los huevos y la carne salada o ahumada. La amenaza de una plaga de hambre era inminente. Entonces dos monjas noralemanas hicieron una propuesta de orden práctico. Una de ellas había estudiado química y efectuado una serie de ingeniosos experimentos que, en su opinión, se habían revelado positivos. Las dos se proponían purificar, mediante un procedimiento secreto, los montones de peces muertos que el Negro arrojaba a sus orillas, convirtiéndolos así en comestibles. Pese a su buena voluntad, las dos monjas recibieron en pago la más negra de las ingratitudes: fueron linchadas por la plebe enardecida.

X

Ya no era posible distinguir el día de la noche y apenas podía uno orientarse a través de la vaga penumbra crepuscular, gris y monótona. Como todos los relojes se habían oxidado y detenido, no teníamos noción alguna del tiempo. Por ello, también me resulta imposible precisar cuánto duró el período de desintegración. De vez en cuando se veía alguna esquelética fiera que, al sentir la proximidad del hombre, huía con el rabo oculto entre sus descarnados flancos. En los rincones polvorientos aparecían serpientes secas.

Para evitar que estallase una epidemia, los habitantes del Reino recibieron la orden de arrojar todos los cadáveres al río. No obstante, esta orden sólo era cumplida por unos pocos ya que casi nadie se atrevía a penetrar en las ruinosas casas. Las crías de conejos y serpientes infestaban la ciudad desde sus ocultas madrigueras. Por los portones salía un fuerte hedor a cadáver. La mitad superior de la casa de alquiler de Lampenbogen se había derrumbado; la larga chimenea de piedra y la pared del fondo se elevaban hacia el cielo. Podían verse las habitaciones en corte transversal: aún colgaban un par de cuadros sobre el florido empapelado de nuestro antiguo dormitorio. A través de un enorme agujero triangular pude apreciar el inmundo artesonado de la alcoba de la princesa.

La lechería había caído víctima de la excrecencia fungosa que cubría puertas y ventanas, deformando todo el edificio. Los hongos colgaban de los tragaluces, formando grandes tiras blanquecinas.

La casucha de madera del inspector del río se hundió bajo el peso de su tejado, íntegramente revestido de musgo.

El Café murió como una *cocotte* que se esfuerza por guardar las apariencias hasta el final. Por fuera daba la impresión de estar bien conservado, pero por dentro estaba lleno de escombros provenientes del piso superior y del desván. El cristal de una de las ventanas había permanecido milagrosamente intacto, y a través de él se podían ver dos altos montoncillos de hormigas. Se advertían también unos cuantos huesecitos blancos, y entre ambas cosas había una mesa de ajedrez sobre la que se hallaba dispuesto un hermoso jaque mate.



Por las desiertas calles me dirigí hacia mi rincón favorito: el sendero que bordeaba el río. Mas allí también reinaba el mismo aspecto desconsolador. Del matadero salía un hedor tan insoportable que tuve que taparme nariz y boca con el estropajo que me servía de pañuelo. El muro que cercaba el patio se había

desplomado hacia el Negro y tras los escombros yacían, apilados en completo desorden, innumerables cadáveres de animales. Un intenso zumbido era perceptible en varios metros a la redonda, y a cada paso echaban a volar millones de moscardas. Seguí avanzando hacia el río para tomar un poco de aire, pues allí era donde mejor podía tolerarse. Casi nada quedaba ya de los baños públicos. Unas cuantas vigas y pilastras, recubiertas de limo verde y caracoles, emergían aún del agua. De pronto, la atmósfera se iluminó y, al volverme aterrorizado, vi que el molino estaba en llamas. Por las ventanas se filtraba el ofuscante resplandor del fuego. El podrido maderamen crujía y chisporroteaba. Por el puntiagudo tejado salía humo, una enorme llamarada se elevó hacia el cielo y la pared anterior se desplomó con gran estrépito. El mecanismo del molino, iluminado desde adentro, estaba en pleno movimiento, simulando el cuerpo abierto de un ser humano. Aún chirriaban las ruedas, las piedras giraban y los embudos vibraban, mientras el polvo de la harina esparcía su tenue niebla por la atmósfera incandescente. Las llamas devoraban con avidez peldaños y escaleras hasta que, lentamente y casi con cierta obstinación, las piezas se fueron inmovilizando una tras otra como los órganos vitales de un moribundo.

Lo último en ser absorbido por las llamas fue el gran depósito de harina. En el lugar que había ocupado vi entonces un par de viejas botas de montar de las que aún salían dos piernas semipodridas... varias vigas calcinadas ocultaban el resto. Detrás de mí escuché una voz cavernosa:

—*¡Yo lo hice! ¡Ya es la cuarta vez que lo hago y lo seguiré haciendo siempre!*

Era el molinero. Aspiró una pulgarada de rapé, sacó una navaja de afeitar de su bolsillo, probó el filo y se degolló. Al instante cayó a tierra, y la sangre, que manaba a borbotones de su herida, fue resbalando por el pecho. Tenía el rostro contraído en una mueca diabólica...

Un grupo de ladrones penetraron en la iglesia conventual, forzaron el tabernáculo con sus manos sacrílegas y se llevaron las reliquias tachonadas con toda clase de piedras preciosas. Las monjas no pudieron impedir el atraco, pues ellas mismas se hallaban en una situación difícil: una turba de inválidos y tullidos, familiarizados ya con todos los rincones del convento a fuerza de recibir allí sus refecciones, invadió un día el hospital. Como las religiosas —que ya nada poseían— rechazaran sus amenazadores reclamos de alimentos, exigieron entonces, entre groseras carcajadas, otro tipo de compensación. Como en un infernal aquelarre, la repulsiva multitud se fue acercando a rastras a las infelices víctimas. Una de éstas, aún muy joven y hermosa, se lanzó a la ofensiva, sacándole un ojo a uno de los asaltantes con un certero golpe. En castigo fue atada a una cama de hierro y por su cuerpo desfiló una monstruosa caterva de criaturas cubiertas de sabandijas, con narices carcomidas, ojos purulentos, postemas grandes como puños y costras de sarna. En el curso de la violación, la desdichada religiosa perdió la razón primero y luego murió. Las otras monjas se sometieron dócilmente a su inescrutable destino: la única que no pasó la prueba fue la octogenaria superiora, sin duda a causa de sus ardientes plegarias.

XI

El americano aparecía en todas partes como el verdadero dueño de la ciudad y, sin embargo, estuvo a punto de sufrir un grave descalabro. Un día se presentó con sus secuaces frente al banco. Había prometido que los más fieles de entre ellos serían recompensados. Todos se sorprendieron al ver que el macizo portón del enorme, aunque algo ruinoso edificio, estuviese abierto de par en par. Al efectuar el registro encontraron ochenta y tres kreutzers en la cámara acorazada y ni un solo depósito en custodia. Jacques, de Nemi y los demás jefes de la banda lanzaron dubitativas miradas al americano.

—¡Ya me lo suponía! —exclamó éste indignado:

—¡Vayamos a ver a Blumenstich!



Hallaron al banquero Blumenstich en el pabellón de su jardín, entre un macizo de flores marchitas. Recibió a los visitantes tranquilamente y con el rostro de un tono azul ciruela: estaba muerto. Se había refugiado allí huyendo de un enjambre de avispas que lo perseguía; sin embargo, uno de los insectos lo picó en la lengua mientras gritaba como un desaforado, causándole la muerte por asfixia. Una vez más, todos dirigieron sus miradas hacia el americano, quien se limitó a decir:

—¡Maldita sea!

—¡Tú nos prometiste dinero, danos algo del tuyo! —le gritaba la turba enfurecida.

—¡Buscadlo vosotros mismos bajo los escombros del hotel! —exclamó el americano en tono rencoroso y desilusionado.

Jacques intercambió con los otros unas cuantas miradas maliciosas y, ocultando un cuchillo, avanzó luego hacia Bell; éste siguió cuidadosamente cada uno de sus movimientos hasta que, asestándole un golpe con su porra, derribó por tierra al alevoso asesino. Con singular sangre fría, Hércules Bell se plantó entonces contra la

pared del pabellón y, esgrimiendo una *Browning* en cada mano, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién de vosotros quiere encontrarse entre los dieciséis primeros?



Los miembros de la banda que no habían contado con una situación tan difícil, agacharon la cabeza y empezaron a retroceder, pero fueron nuevamente empujados por los que vociferaban desde atrás. Los disparos se sucedieron nítidos, rápidos y precisos; en torno al americano se levantó un muro de cadáveres: más de dieciséis, pues los proyectiles atravesaron varios cuerpos al mismo tiempo. Y él seguía allí, muy erguida la ancha silueta, vestido de frac, con la cabeza descubierta y la pequeña pipa entre los dientes. Su amplia frente, dividida en dos grandes sectores abovedados, daba al rostro cierta expresión diabólica; su mirada, fija e inmóvil, tuvo un efecto dominante y represivo sobre la enfurecida turba. Nadie se atrevió a atacarlo o dispararle. Pero los de atrás seguían empujando, de modo que, cediendo a la presión, los que estaban en las primeras filas tropezaban con los cuerpos de los caídos y aquel ovillo humano acabó por quitarle a Bell toda libertad de movimiento. A dos palmos de su rostro vio aquel montón de pálidas máscaras, verdaderas parodias de rostros humanos, que le llegaban hasta la altura del pecho. Los pulmones del americano

trabajaban a presión y su respiración recordaba los jadeos entrecortados de una máquina de vapor. «¡Que muera, acabemos con él!», eran los funestos gritos que afligían sus oídos. De pronto le llegó una ayuda totalmente imprevista. Una serie de groseros juramentos se fueron haciendo cada vez más claros y perceptibles.

—¿Quién es? —gritaron—. ¿Quién?

—¡Gotthelf Flattich, Gotthelf el fuerte!... ¡Atención! ¡Cuidado!

Una figura colosal y semidesnuda se iba abriendo paso por entre la apiñada multitud. A regañadientes, la gente se hacía a un lado para dejar paso al corpulento negro, que les llevaba a todos una buena cabeza y media. Atraído por el griterío, se dio cuenta al instante de la peligrosa situación en que se hallaba el americano.

—¡No le toquéis! —gritó con voz estentórea blandiendo amenazadoramente una vara de hierro en sus gigantescas manos. Así, derribando a los que se hallaban en primera fila, logró salvarle la vida a su antiguo benefactor.

XII

Ante el Archivo se había congregado una gran multitud. De pronto se abrieron los batientes del gran portón y apareció Su Excelencia, seguido por un pequeño cortejo. El distinguido señor iba vestido de gala y lucía todas sus condecoraciones, así como un gran sombrero de plumas. De lejos ofrecía el aspecto de un ave del paraíso. De este modo, bien enfundado en su elegantísimo uniforme, subió a un estrado pequeño e improvisado. En torno a él, los congregados guardaron un repentino silencio.

—Señoras y señores: tal vez hayáis notado que estamos atravesando tiempos especialmente difíciles. Pues bien, ya es hora de poner fin a todo esto y de que vuelva a imperar el antiguo orden. Los altos círculos oficiales sólo desean ver felices y contentos a todos los ciudadanos. ¡Por ello, nuestro eminentísimo Señor ha decidido decretar la amnistía para todos los crímenes y delitos, y yo he dado orden de que abran hoy mismo las puertas de nuestra prisión estatal, el Wasserburg!

—Hace ya tiempo que las abrimos —exclamaron algunas voces irónicas—, ¡nosotros mismos los liberamos! —bramó la plebe sarcásticamente.

La prisión se encontraba en un arrecife rocoso que emergía en medio del Negro, a un día de viaje río abajo y no lejos de la aldea de Bellamonte.

La algarabía general no dejó oír ni una sola de las palabras del discurso; el distinguido orador seguía abriendo y cerrando la boca, hasta que al fin se convenció de la inutilidad de sus intentos de pacificación y, haciendo una pequeña venia, quiso abandonar el estrado. Mas al volverse sintió que una inmensa carcajada estallaba entre la multitud: ¡los pantalones de Su Excelencia, ornados de listas doradas, habían perdido sus fondillos! «Vaya manera de divertirse la que tiene el pueblo», pensó.

De pronto se oyó una detonación... polvo... humo... Muchas personas se desmayaron o fueron aplastadas. Alguien había lanzado una bomba... ¿desde dónde?,

no se sabía.

Los muertos y heridos graves tuvieron que ser evacuados en camillas. Los ciudadanos observaban, temblando, las sangrientas cargas que pasaban a su lado hasta formar larguísimas columnas.

A Su Excelencia le habían arrancado los dos pies; una esquirla de acero que se le incrustó en el cuerpo le había causado la muerte.

XIII

Yo no me enteré de ninguno de estos incidentes, pues mis pasos me llevaron hacia el cementerio. Alarmado por la noticia de las frecuentes profanaciones de tumbas, quise inspeccionar el sepulcro de mi esposa. El túmulo estaba intacto, sólo la pequeña cruz se hallaba corroída por el óxido.

Desde lejos pude ver las fosas comunes recién cavadas, donde los muertos eran sepultados precipitadamente: bastaban cuatro pies de tierra. Como era de esperar, los olores que se filtraban desde el fondo atraían gran cantidad de lobos, perros y chacales que revolvían la tierra aún fresca y con frecuencia podían ser abatidos mientras se regalaban. A no ser que me equivoque por completo, juraría que la criatura oscura y de lomo arqueado que divisé tras los bloques de mármol del destruido mausoleo de los Blumenstich —y que al verme lanzó una chillona carcajada— era una hiena. Un cielo plomizo se cernía sobre el camposanto. Ramilletes de siemprevivas pisoteadas, así como ramas y coronas marchitas acrecentaban la opresiva melancolía del lugar.

Sentí escalofríos; hacía mucho tiempo que no descansaba en una cama.

De pronto recordé que, días antes, había leído un anuncio referente a unas mantas que en las comisarías estaban repartiendo a los damnificados. Junto al depósito de cadáveres había una de esas comisarías, que además comunicaba con él. Triste y con la cabeza gacha empecé a buscarla. Fui presa de un ligero vértigo; tenía la sensación de estar caminando sobre materias acolchadas: musgo, heno o estopa. Me pareció que los cipreses se apartaban a un lado, y por entre las relucientes lápidas distinguí una pequeña construcción de ladrillos. Sin mirar con demasiado detenimiento, leí la palabra *Comisaría* sobre la puerta de cristal abierta.

Penetré en un recinto escasamente amueblado. A la altura de la cabeza se abrían unas cuantas ventanas grandes y cuadradas, por cuyos opalinos cristales se filtraba una luz mortecina.



De los desconchados muros colgaban, encuadrados en finos marcos negros, una serie de decretos y estatutos. En la pared del fondo, y sobre una puerta cerrada, vi el retrato del rey Luis II de Baviera. Del techo enjalbegado pendían algunas lámparas de gas, primitivas y rectangulares. En el aposento había, además, una mesa larga e

inmunda sobre la que yacía un objeto espeluznante: un cuerpo pequeño e hinchado, envuelto en un uniforme recamado en oro y con manchas de sangre. Totalmente rígido, sólo las piernas presentaban una ligera curvatura. Le faltaban los pies y los pantalones estaban anudados a la altura de las rodillas.

«Éste es el rey de Baviera», cruzó por mi mente, y al punto quedé convencido de esta idea. Su perilla rala y negruzca se elevaba, enhiesta, en el aire, pero no me atreví a mirar de cerca la sebosa cara, pues sabía que sus ojillos maliciosos estaban vivos y me seguían... no podía ya soportar ese tipo de miradas.

Por una puerta de vidrio situada a mi derecha penetró un oblicuo rayo de luz.

«Tal vez estén aquí los empleados», pensé mientras miraba por el panel de cristal. Retrocedí aterrado: mis ojos habían visto un recinto largo y estrecho en el que yacían hacinados *cientos* de cadáveres. Envueltos en sacos de cereales anudados en torno al cuello, sólo dejaban ver las cabezas: rostros verduzcos en su mayoría, que reían enseñando los dientes. Muchos parecían resecos y cubiertos de polvo, con las órbitas oculares hundidas; otros estaban totalmente empacados en sus sacos, sobre los que se leían las direcciones respectivas. Las rodillas y codos que sobresalían, así como la casi imperceptible redondez de los cráneos, permitían hacerse una idea de las dislocadas posturas. En la pared posterior de este almacén de cadáveres colgaba una pizarra en la que habían escrito con grandes letras:

Sala para personas fallecidas repentinamente

Describiendo un amplio círculo en torno a Luis II quise salir al aire libre; entonces me di cuenta de que el cuerpo pequeño y recubierto de oro que yacía sobre la mesa no era el rey de Baviera, sino nuestro presidente del Gobierno.

«Ahora sé un secreto», me dije, «un secreto que no pienso divulgar. Quizá sea el rey de Baviera, después de todo...»

XIV

El melancólico graznido de los cuervos cautivó inmediatamente mi atención: las negras aves se habían encaramado en el homo de ladrillos, formando largas y compactas hileras. A veces echaban a volar en bandadas que describían figuras de increíble precisión en el aire. En dirección al río, el cielo seguía enrojecido por el molino en llamas.

De pronto fui casi derribado por un hombre desnudo que huía como una exhalación a campo traviesa. ¡Una jauría de perros iba pisándole los talones! El individuo, que venía disparado hacia mí con la precisión de una flecha, hizo un débil quiebro en el último momento y trepó a un árbol pelado como un palo de escoba. Un par de botines de charol y un turbante de papel de periódico constituían toda su indumentaria. Con una fuerza y destreza extraordinarias, que nadie habría imaginado en el escuálido cuerpo, fue subiendo cada vez más alto por entre las ramas del tilo,

aferrándose a ellas como un experimentado simio pese a que arrastraba tras de sí un objeto. Éste se enredaba constantemente en las ramas pequeñas y su dueño volvía a desprenderlo con un gesto de ridícula solemnidad. Los perros que lo seguían se agruparon en torno al árbol y empezaron a ladrarle como si fuese un gato.



Del cementerio se acercaba un destacamento de policías con cascos.

Al hombre del árbol se le escurrió su tesoro. Dando un agudo chillido, el extraño individuo saltó a tierra, recogió precipitadamente su presa y echó a correr, seguido nuevamente por los perros. Un enorme terranova negro iba pisándole los talones. Uno de los policías apuntó al primero de los perseguidores. El perro cayó muerto, pero el acosado también resultó herido y se desplomó. Entonces me di cuenta de que era Brendel. Nos agolpamos a su alrededor, mientras él hacía esfuerzos desesperados por

ponerse en pie. Frenéticos espumarajos manaban de su boca: estaba gimiendo. La pequeña herida bajo el omoplato derecho casi ni sangraba. Poco a poco se fue calmando y enfriando, su cuerpo fue sacudido por un último espasmo... y murió.

Acuciados por la curiosidad, los policías levantaron el inerte cuerpo para descubrir lo que tan cuidadosamente ocultaba: una cabeza putrefacta, de la que todavía colgaba una larga y espesa cabellera color castaño. Aún parecía estar viva: en las vacías cuencas y en torno a los labios, que estaban como pegados, hormigueaba un enjambre de... larvas.

XV

La rebelión había estallado en la ciudad. Varios escuadrones de coraceros y tropas de infantería abandonaron el jardín del castillo y formaron delante del Palacio. Todos eran elementos seleccionados, en los que no era fácil advertir las miserias y calamidades de las últimas semanas. Las lorigas y los yelmos presentaban, claro está, señales de óxido, pero su estado general era más bien aceptable.

Los insurrectos se habían parapetado tras una serie de barricadas construidas precipitadamente. Bajo las órdenes de Nemi —el único oficial que desertara de las huestes de Patera—, habían irrumpido horas antes en un arsenal, adueñándose de cuantas armas necesitaban.

Los revolucionarios eran diez veces superiores en número, y en ello basaban todo su valor. Enfrente, los corceles piafaban con impaciencia. El hecho de que la canalla tuviese escopetas inquietaba muchísimo al anciano y valeroso coronel Duschnitzky. Además, los caballos tampoco eran ya de su agrado: estaban nerviosos, mal alimentados y presentaban evidentes síntomas de abandono. Inicialmente pensó diferir el ataque hasta que llegasen los refuerzos prometidos, pero tal maniobra se reveló pronto insostenible. Los rebeldes podían tomar el Archivo antes de que llegara la ayuda y de nada serviría entonces lanzar la caballería al asalto. Por lo demás, las murallas de adoquines crecían de minuto en minuto.

Algunos lugartenientes se rieron y encendieron cigarrillos. Querían barrer como es debido a todos los amotinados y se regocijaban ante la idea de efectuar batidas callejeras: cosas como éstas divierten siempre a los oficiales jóvenes. Las tropas esperaban en rigurosa formación; una ligera expresión de estupidez se leía en todos los rostros.

De pronto sonó un disparo y uno de los jinetes cayó a tierra. El coronel hizo una señal y avanzó hasta la primera fila. Su genuino y voluntarioso rostro de soldado lucía realmente hermoso en aquel momento, la piel bronceada y curtida. Saludó al pasar frente al silencioso Palacio —una especie de *Ave Caesar*—, luego se oyeron dos toques de corneta y, profiriendo estentóreos ¡hurras!, la compacta masa de caballeros se precipitó contra las barricadas. Con los sables en ristre y dejando ondear

las fantasmales crines de sus caballos, los jinetes avanzaban inclinados sobre los cuellos de sus cabalgaduras. El poderoso estampido de una descarga saludó su llegada, y unos cinco coraceros resbalaron de sus sillas. Sin embargo, lo peor fue que los caballos se negaron a seguir avanzando. Encabritados, se irguieron sobre sus patas posteriores y arrojaron al suelo a sus dueños. Luego, en medio de penetrantes relinchos y describiendo un amplio semicírculo en torno a la gran plaza, se lanzaron contra las barricadas, saltando sobre ellas, cayendo con terrible furia sobre soldados y cabecillas y derribando cuanto se oponía a su desenfrenada carrera. Las bestias parecían dotadas de una fuerza sobrenatural y estar obedeciendo a algún conjuro diabólico.



En este momento llegaron los esperados refuerzos, que no hicieron sino empeorar la situación. Los caballos que llegaban husmearon el violento y masivo desplazamiento de los otros, dejándose arrastrar inmediatamente por el torbellino. Sus podridos arreos y cinchas fueron estallando, y los jinetes, privados de sus asideros, rodaban por tierra antes de que pudieran divisar siquiera al enemigo. Liberada de todas sus cargas, la salvaje horda arremetió contra el cuartel, levantando a su paso una nube de chispas.

Yo me hallaba en la Calle Larga, cuando sentí un estruendo que se iba acercando; obedeciendo a un impulso instintivo, subí a un pequeño muro junto al Café: ya se oía el retumbar de los cascos sobre el pavimento. Por un instante pude ver los ojos saltones y enloquecidos, la siniestra desmesura de los ollares y hocicos distorsionados, aspiré el acre olor a sudor y un minuto después ya habían desaparecido envueltos en el remolino de polvo, en dirección al campo.

Gordos e indolentes, los enormes buitres miraron pasar con indiferencia a la enfurecida horda, permaneciendo inmóviles en sus pedestales, los troncos pelados de la alameda. Lo único que pareció atraer ligeramente su atención fue un jamelgo bayo que, rezagado y cojeando, daba vueltas sobre un mismo punto.

La frenética manada contorneó toda la ciudad. Algunos prosiguieron su loca

carrera por las callejas angulosas, destrozándose la cabeza contra los salidizos de los muros. La gran mayoría se atascó repetidas veces en estrechos pasajes y callejones sin salida, hasta que, por último, desembocó en la escombrera. ¡Y allí no hubo escapatoria! Los más débiles fueron aplastados por los más fuertes; de todas partes llovían coces y volaban fragmentos de vísceras. Un vaho maloliente empezó a propagarse por aquella zona.

El anciano coronel se habría alegrado muchísimo si hubiera podido ver el rotundo éxito de su acometida: un sinnúmero de rebeldes habían muerto triturados por los cascos. Sin embargo, del buen señor no quedaba sino un puño envuelto en un blanco guante de manopla... el resto se había diseminado por completo entre un amasijo de miembros, corazas, esquiras, yelmos, sillas y arreos.

XVI

Antes de desplomarse del todo, el Café ofrecía por dentro un aspecto tan ruinoso que ningún cliente quería poner los pies en él. El propietario le echó la culpa al camarero principal.

—¡Parece usted un cerdo! —le dijo éste un día con voz bondadosa y tranquilizadora. Dada la dulzura del tono, sólo podía ser el contenido de esta frase el que inspirase al hipócrita camarero su nefando proyecto. Una noche empujó alevosamente a su ingenuo jefe por la escalerilla del sótano, cerrando tras él la trampa. El posadero se rompió un brazo al caer, pese a que su gordura lo hizo rebotar como una pelota de goma. Aunque estaba indignado con Anton, en ningún instante se imaginó la magnitud del peligro en que se hallaba. El camarero contaba con una serie de cómplices para consumar su crimen y, como experimentado calculador que era, no se equivocó al hacer sus cálculos. Los terribles cómplices no eran otros que los millones de ratas que poblaban las bóvedas y catacumbas subterráneas de Perla. El posadero, que se extravió al avanzar a tientas por la oscuridad, fue a parar al mismo pasillo en el que, tiempo atrás, también yo había padecido tanto.

En vano busca una salida, el brazo roto empieza a hincharse y a producirle dolores intensísimos. Agotado, escucha unos chirridos suaves, acompañados de saltitos y deslizamientos; primero en forma aislada, luego cada vez más numerosos... cien... mil veces más. Sólo entonces se da cuenta de la trampa en que ha caído; intenta correr y, al dar golpes a su alrededor tropieza todo el tiempo con cientos de patitas... pesadas masas cuelgan de él como racimos. El brazo con que intenta quitárselas recibe pequeños y agudos mordiscos. Cuatro... cinco... seis veces logra sacudirse de encima aquellos enemigos. ¡Por último se arroja al suelo para librarse de los hambrientos asaltantes! Un centenar de ratas son heridas o despanzurradas, pero en su lugar surgen varios miles que agradecen al Creador la inmensa dicha que se ha dignado deparar a su pueblo...

Varias personas me aseguraron haber oído gritos extraños, maldiciones horribles, plegarias lastimeras y sordos bufidos que surgían por distintas alcantarillas y albañales. Los lugares por ellas mencionados quedaban, es verdad, bastante alejados entre sí, pero la acústica era sumamente especial en el Reino de los sueños.

Tras la misteriosa desaparición de su patrón, el señor Anton siguió atendiendo aún por espacio de dos horas. Luego cerró y abandonó el local: imposible esperar nuevos ingresos. Los ajedrecistas se quedaron dentro.

Por una extraña y casual coincidencia, Anton llegó a asociarse con Castringius, formando una especie de alianza con el ex dibujante. Pues Nik había cambiado de profesión. Ahora se ganaba la vida con los ahorros de los demás; dicho de otro modo: robaba cuanto le llegaba a las manos. Había dedicado su última obra, *El albino leproso matando al cerebro primigenio*, al americano, a quien también dio a entender que el dibujo era un *símbolo alegórico* y poseía un valor de cien mil marcos. Sin embargo, añadió que se lo dejaba sólo por cinco mil. Bell se rió y puso al artista en la puerta, cosa que en los últimos tiempos solía hacer fácilmente con cualquiera. Sediento de venganza, Castringius se pasó al bando de Patera y no dejó de atacar en lo sucesivo a los satélites de *aquel condenado yanqui*. Un día en que, después de haber recaudado un buen botín se disponía a poner pies en polvorosa, sintió una mano extraña en el bolsillo posterior de su chaqueta. ¡Al asirla, constató que pertenecía al camarero Anton! Toda suerte de excusas... explicaciones. El asunto terminó cuando los dos compinches decidieron hacer en adelante causa común. Su especialidad era el robo con allanamiento practicado en casas de campo abandonadas. En el jardín del Palacio tenían un escondrijo donde almacenaban y enterraban los tesoros robados. Cierta día se les presentó un lance especialmente prometedor. La mansión del ex jefe de redacción del *Espejo de los sueños*, muerto a consecuencia de una mordedura de víbora, se hallaba vacía. Los dos se deslizaron cautelosamente por la Ciudad jardín, tratando de mantenerse en lo posible al amparo de la oscuridad. Fueron avanzando en completo silencio, absortos en sus propios pensamientos. Anton andaba siempre a la espera de una oportunidad para deshacerse de su amigo. Él y nadie más que él sería entonces el heredero. Por su parte, Castringius contaba y recontaba mentalmente los bienes ya obtenidos. Estaba satisfecho. Unas cuantas maniobras más y tendría lo suficiente para iniciar, en algún lugar de Europa, una sana y holgada vida de artista.



No se veía casi nada.

—¿Falta mucho todavía? —preguntó el camarero con un gruñido.

—¡Vaya pregunta para alguien que se ha pasado la vida corriendo! Aquí la tienes, la última casa. Hemos llegado.

Semiculto entre los árboles se distinguía un tejado. Al llegar a la verja del jardín, Castringius lanzó una escrutadora mirada a su alrededor.

—Hasta aquí todo en orden. ¡Ahora, sube! —le ordenó a su compañero.

Mas a éste le molestó verse apremiado: aún temía una mala jugada por parte del dibujante. Tras largas discusiones, Castringius pasó primero y el otro le siguió. El faldón del frac del camarero quedó enganchado en los alambres de púas.

—¡Una víctima de su profesión! —constató sarcásticamente su colega.

Los dos registraron la casa de arriba abajo, pero ni en el gabinete de trabajo del periodista ni en ninguno de los cuartos encontraron algo que valiera la pena llevarse. Desilusionado, Castringius dio rienda suelta a sus sentimientos contra el redactor.

—¡Ahora no lo entiendo! ¿Cómo he podido sentir el menor respeto por este infeliz? Aquí tienes, te dedico esta colección del *Espejo de los sueños*: trece años de publicación —le dijo maliciosamente a Anton, que examinaba con aire descontento el ruinoso mobiliario, y señaló una hilera de libros.

—¡Acaba de una vez con tus bromas estúpidas! ¡Quédate tú con esa basura, si quieres!

—¡Silencio, lacayo! ¿Qué sabes tú de cosas sublimes? Aquellos tomos contienen casi toda la producción de un artista que será siempre un extraño para ti. ¡Tu estrecho horizonte mental apenas puede abarcar los trabajos de mi estimado colega! —Y castigó a Anton con una mirada de desdeñosa compasión.

Hurgaron luego el guardarropa del dormitorio, buscando algo que aún pudiera utilizarse. De pronto: ¡Un sollozo sofocado!

—¿Has oído? —preguntó temblando el supersticioso camarero, que casi deja caer su linterna. Sobre la cama distinguieron, envuelta en una manta, la figura acurrucada de una niña aún muy tierna que, con el terror reflejado en sus ojazos abiertos, miraba fijamente a los intrusos:

—¡Luischen, la hijita de mi redactor jefe! ¡Por supuesto que es toda mía! —exclamó alegremente Castringius mientras se acercaba, deshaciéndose en reverencias, a la atemorizada criatura.

—¡En todo caso iremos a medias, como habíamos quedado! —Los celos agitaron repentinamente el alma del camarero, ya repuesto de la primera impresión. Castringius se volvió, con la frente inclinada como un toro —no, parecido más bien a una rana-buey en estado de embriaguez—, y clavó sus ojos en el enjuto camarero, demacrado por la mala alimentación. Las piernas cortas y nervudas del primero no se movieron cuando refunfuñó en sordina, agitando varias veces sus brazos largos y rematados por las horribles manazas:

—Mi estimado señor, me asisten aquí derechos más antiguos que los vuestros. Además, no estoy dispuesto a compartir nada con un palurdo como tú. Si no estás de acuerdo, acércate y verás. —Y le enseñó los dientes. Era consciente de su fuerza y podía confiar en ella.

El taimado Anton se hallaba preparado para una escena de este tipo desde que iniciara su turbia asociación y, por lo que pudiera suceder, llevaba siempre en un bolso sus armas defensivas. Fue así como, inopinadamente, el colaborador número uno del *Espejo de los sueños* recibió un puñado de pimienta molida en plena cara.

Ofuscado, éste empezó a repartir manotazos a diestra y siniestra, cogiendo a su contrincante por el pecho y acercándolo hasta donde él estaba. Las poderosas hélices propulsoras se cerraron sobre la espalda de Anton, que cayó de rodillas. Ambos, el

larguirucho y el enano, rodaron abrazados por el suelo, recorriendo primero toda la alcoba y deslizándose luego por la puerta abierta hasta el balcón. Ninguno de los dos, confundidos en su furioso abrazo, se dio cuenta de que la baranda estaba rota. Del balcón se precipitaron sobre el tejado del lavadero, y de allí fueron a dar a la letrina, que se hallaba abierta.

Se escuchó un sordo chasquido ¡plaf!... unas cuantas burbujas subieron luego a la superficie...

XVII

«El amor carnal no es sino la voluntad de la Cosa-en-sí de acceder a la temporalidad. ¿Cómo tenéis la osadía de querer violentar la Cosa-en-sí? No distinguís la Cosa-en-sí de todas las otras cosas. Desde un punto de vista estrictamente filosófico me veo obligado a condenar vuestras acciones.» En estos términos se refirió el peluquero a las saturnales que tenían lugar en los campos de Tomassevic.

Como no parecía dispuesto a poner término a sus alocuciones, totalmente discordes con la festividad del momento, los asistentes le pasaron una soga en torno al cuello y le colgaron del cartel de su barbería. Allí quedó, balanceándose bajo una bacia de latón. Al verle en ese estado, un bromista cogió una de las placas de cartón que revestían la pared de la casa y la ató a las piernas del explorador del tiempo y del espacio, escribiendo previamente en ella: *¡Se alquila!*

Lampenbogen vivió sin tropiezos hasta el último día, mientras que la dieta de sus pacientes se vio reducida primero a la mitad y luego a la cuarta parte de lo normal. Los habitantes del Reino tomaron a mal tales medidas y organizaron una pequeña rebelión en las barracas; contaban con el decidido apoyo del guardián, que hubiera preferido participar libremente en los sucesos de fuera a seguir desempeñando allí su desagradable oficio. La nevera ocultaba aún tres pollos asados, un paquete de chocolate y una loncha de queso. Los enfermos reclamaron una parte de aquellas provisiones privadas cuyo estado no era precisamente atractivo. Lampenbogen no quiso darles nada. Entonces tendría que morir, le replicaron, cosa que tampoco quería.



Los encolerizados pacientes llegaron pronto a un acuerdo y un buen día atacaron a su médico. Los más graves pudieron ver desde sus camas cómo entre el guardián y los otros lo reducían rápidamente. Una pobre mujer, que tenía la mandíbula destrozada, vertió con cuidado unas gotas de cloroformo en la cara del doctor, que se

debatía lastimeramente bajo sus capas de grasa. Los enfermos suelen ser muy poco compasivos: han sufrido demasiado para ello. En cuanto hubieron anestesiado al obeso señor, destrozaron la nevera y se regalaron con las golosinas que en ella había. Por último, Lampenbogen fue empalado en un tubo de gas, operación que resultó larga y penosa para los débiles pacientes. El guardián encendió una fogata a fin de borrar las huellas del criminal atentado. Así terminó Lampenbogen su existencia terrenal: espetado en un asador y, lo que es todavía peor, como un asado malo, pues si bien la parte superior se hallaba en gran parte cruda o apenas dorada, la región ventral se había carbonizado por completo. Sólo las zonas laterales quedaron convenientemente tostadas.

XVIII



Un hombre de edad, sin sombrero, avanza por la Calle Larga con pasitos rápidos y medrosos, dirigiéndose al río. Los faldones de su bata casera se agitan tras él como dos alas, y su chaleco sólo está abotonado hasta la mitad. El anciano meneava vivamente la cabeza y se halla enfrascado en un largo soliloquio. Al llegar a la orilla permanece unos segundos indeciso... Luego, con la grave solemnidad de un airón empieza a recorrer la arenosa vera de arriba abajo, sin dejar de hablar consigo mismo. El Negro murmura... tan pronto parece que tuviera hambre y sus olas lamen rítmicamente la arena de la orilla, tan pronto funde sus quejas en un himno místico y polifónico. En el pilar del puente brilla la mortecina luz de una linterna; extrañas formas luminosas danzan, huidizas, sobre la superficie del agua. De pronto, el anciano se lanza resueltamente hacia el centro. Al comienzo las olas sólo le llegan a las rodillas; con gesto ceremonioso saca un estuche y, tras ponerse las gafas, vuelve a deslizado en su bolsillo. Avanza unos cuantos pasos, el agua le llega ahora hasta las

magras caderas. Ya se ve obligado a luchar para no ser arrastrado por la corriente. Llevándose las manos al corazón, empieza a musitar extrañas y fervorosas fórmulas de amor. De pronto saca del bolsillo un objeto pequeño e irreconocible y lo sostiene a escasa distancia de sus miopes ojillos. Seguidamente inclina la cabeza hacia el agua, como queriendo examinarla; ésta le llega ya al cuello... a la nariz... pronto no se divisa sino una islita de cabellos canos... la corriente arrastra entonces un objeto minúsculo y brillante, haciéndolo girar y meciéndolo en sus ondas como si fuera un barquichuelo... es una cajita forrada en papel platinado... ¡Acarina Felicita!...

XIX

El pantano devoraba la estación. El edificio se había inclinado y el andén se hallaba cubierto de lodo y juncos. El fango avanzaba hacia las salas de espera a través de las podridas puertas; desde los bancos y poltronas, las ranas entonaban melancólicas endechas. Sobre los mostradores evolucionaban salamandras y larvas de escarabajos. Las innumerables sabandijas que habían invadido Perla, devastando los jardines y aterrorizando a la población, procedían todas de este pantano, que se extendía a lo largo de varias millas en dirección a la espesura gris.

Pero no sólo *producía* vida, sino que también la segaba. Numerosos súbditos del Reino, campesinos y pescadores dormían para siempre bajo el húmedo légamo. ¡Y qué engañoso era! ¡Cuán inofensivo podía parecer por fuera, aunque bajo su capa de musgo acecharan, ovilladas, todo tipo de serpientes! De su interior surgían a veces fantásticas llamaradas que, sin hacer el menor ruido, se elevaban hasta alcanzar la altura de una casa, ahuyentando a las aves acuáticas que allí empollaban. Se podía alimentar perfectamente con su propia fauna: sus tigres devoraban a sus cerdos y sus zorros cazaban a sus ciervos.

Era aquél un paraje sagrado para los habitantes del Reino. En diversos lugares se veían antiquísimas piedras cubiertas de musgo, cuya superficie presentaba signos indescifrables y casi borrados por la acción de la intemperie. Los cazadores solían llevar allí los intestinos de las piezas cobradas, los pescadores ofrendaban sobre ellas el hígado de los lucios y siluros y los campesinos traían gavillas de trigo o hacinaban manzanas y racimos de uvas hasta formar pequeñas pirámides. El pantano aceptaba graciosamente estas ofrendas, que luego devoraba. En años anteriores, el mismo Patera solía ir allí con frecuencia, osando aproximarse, solo y de noche, hasta aquellos santos lugares. Según me enteré luego, hacía sacrificios a la Madre ciénaga en nombre del pueblo de los sueños, uniéndose continuamente a ella mediante ritos de iniciación en los que la sangre y el sexo desempeñaban un papel importantísimo.



Pero hacía ya tiempo que no iba por allí; ahora todos conocían los misterios y maldecían y juraban *por la sangre de Patera*. Las consecuencias de ello estaban a la vista. Se había cumplido una antigua sentencia del Templo que rezaba: *¡La sangre trae la locura!* Quisiera añadir asimismo que la raza de ojizarcos que vivía al otro lado del río jamás participó en ninguno de esos ritos.

Bastante lejos de aquel paraje, entre arbustos marchitos y pequeñas coníferas, una serie de postes polícromos se alzaban sobre el blando suelo. Éstos también eran lugares sagrados, aunque de otro tipo. En ellos se celebraban las *noches alegres*. Ciertas tardes, durante la época de la cosecha, los campesinos del Reino acarreaban allí cargamentos enteros de heno y flores. La fresca y aromática carga era vaciada luego en el suelo hasta alcanzar un metro de altura; se encendía una fogata, el espumante mosto manaba por las espitas y los celebrantes, festivamente ataviados, se entregaban a su alegría.

Después de contarse historias divertidas, jugar, danzar y disfrutar de una opípara cena, las parejas se instalaban hasta la mañana siguiente en sus respectivos nidos. Por lo general, un viento cálido y cargado de olor a frutas apagaba la fogata.

La enorme y desvencijada sala de máquinas cercana a la estación seguía apestando a cueva de fieras. Los nauseabundos desperdicios dejados por los animales que allí establecieran sus guaridas se mezclaban con el agua negruzca del pantano, formando grandes charcas. Aquella tarde, una figura envuelta en un abrigo con capucha se movía por entre la sala húmeda y cubierta de arena. El solitario fogonero se afanaba en torno a una vieja y oxidada locomotora, cuyas piezas golpeaba y sacudía vivamente para luego examinarlas y echarles abundante grasa. Al cabo de un rato, como abriera la portezuela del fogón para volver a hurgonear, su rostro sudoroso y enérgico fue iluminado por el resplandor de las brasas: Hércules Bell.

Semanas antes había inspeccionado ya la vía férrea, poniendo en orden todas las agujas. Aunque perezosa al comienzo, la máquina empezó a resoplar poco a poco y Bell pudo sacarla del destartado edificio. Una pareja de lechuzas espantadas le hacían compañía. Con ayuda de una plataforma giratoria previamente inspeccionada, logró encarrilarla por último sobre la vía principal. Su provisión de carbón era suficiente; en el peor de los casos, podría cargar el depósito en alguna estación

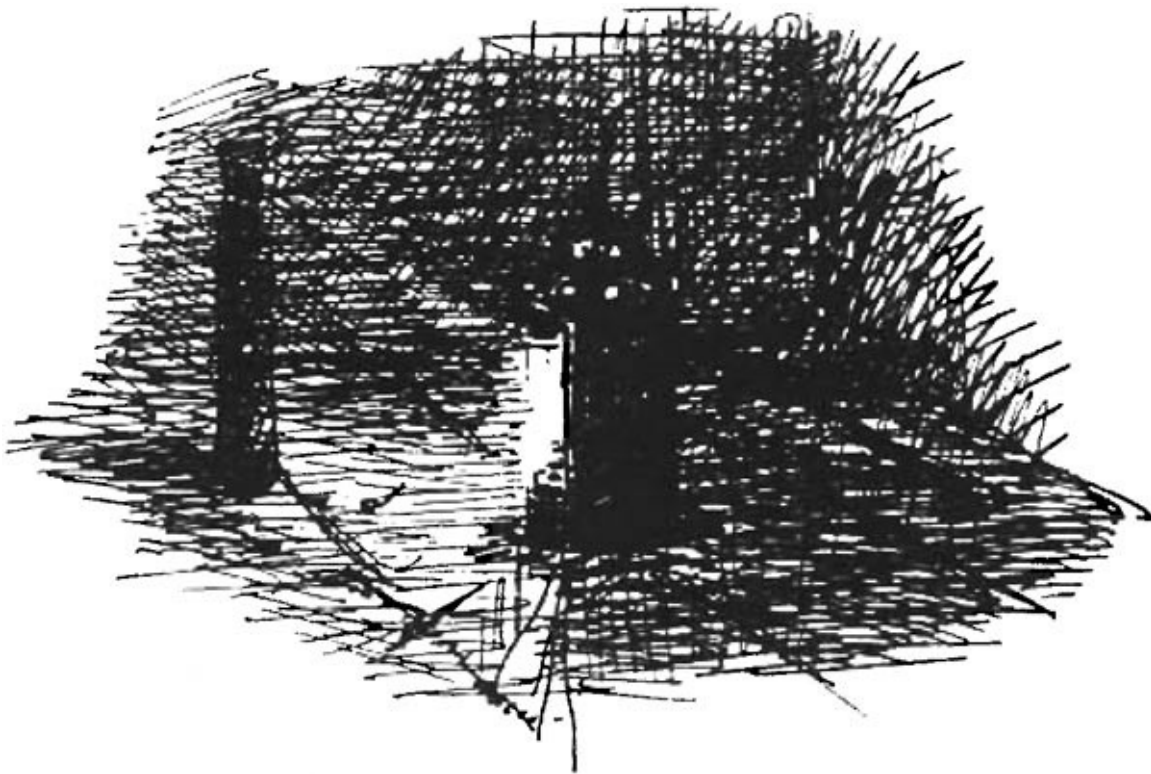
intermedia.

El esfuerzo le había hecho entrar en calor, de modo que se quitó el abrigo. Alimentó una vez más el fogón, echó una mirada al manómetro y tiró de la palanca. El vetusto vehículo se puso en movimiento. Era un viaje peligroso, pues el terraplén bajo se hallaba semidestruido y el agua pantanosa cubría largos trechos de vía férrea. Salpicando profusamente por delante, las ruedas avanzaban segando masas de juncos y dejando tras de sí una larga estela.

El maquinista iba aspirando los vapores sulfurosos que la ciénaga dejaba escapar al ser agitada. A lo lejos distinguió las ruinas, blancuzcas e indefinibles, de lo que siglos atrás había sido una ciudadela persa.

Siguió alimentando el fuego hasta que la caldera amenazó con explotar y el horno y las piezas de acero adjuntas se pusieron al rojo vivo; la locomotora avanzaba a trompicones sobre los rieles torcidos y corroídos por el óxido. Echando abundante humo, pasó frente a alquerías abandonadas, haciendas arruinadas y bosques deshojados. Una sola vez tuvo Bell que detenerse para arrancar de la vía el cadáver semidevorado de un caballo. Luego, el armatoste empezó a jadear y rechinar de nuevo, y se paró en pleno campo al cabo de dos horas. El americano añadió carbón al fuego, escupió en la caldera, escuchó cómo siseaba y saltó a tierra. Caminó un buen rato siguiendo los rieles y desapareció por último en un valle pequeño y flanqueado de árboles gigantescos. Las lianas secas y raíces adventicias que colgaban de las ramas trataban de impedir el paso al presuroso caminante. Tras media hora de marcha divisó una ventana débilmente iluminada; detrás de ésta, un negro muro parecía alzarse hasta la inmensidad del cielo. El americano abrió con mano firme la portezuela de un jardín, se acercó a la ventana y miró al interior.

Una lamparilla de petróleo, cubierta por una pantalla verde, brillaba sobre una mesa con manchas de tinta. En torno a ella yacían, desparramados, legajos de papeles escritos, formularios, lacre para sellar y precintos de plomo. Sobre una pequeña barandilla se veían diversas herramientas, clavos y un rollo de cordel. Un pésimo retrato de medio cuerpo de Patera, impreso en tamaño natural y distribuido por una institución oficial de Perla, constituía el único ornamento del estrecho recinto.



Era el despacho del guardián fronterizo del Reino de los sueños. El anciano funcionario estaba durmiendo en un sillón forrado de hule. Su barbuda cabeza descansaba lánguidamente en una de sus manos, produciendo cierta impresión de debilidad. En cumplimiento de las instrucciones pertinentes, llevaba atada al cinto, mediante un gancho de mosquetón, la llave de la llamada *puerta pequeña*, una abertura en la gran muralla que sólo permitía el paso de una persona a la vez. La gigantesca llave principal estaba guardada en una caja fuerte. El viejo guardián ejercía sus difíciles funciones en compañía de sus dos hijos. Su casa particular, ubicada al lado de la garita, comunicaba con la del vigilante y los aduaneros. Los dos edificios colindaban, por la parte de atrás, con la colosal muralla de circunvalación.

El espía conocía al dedillo todos estos detalles. El cielo empezó a oscurecerse pronto y con tal rapidez que Bell, acostumbrado a la monótona luz crepuscular, miró a su alrededor y apenas pudo distinguir, tras el velo de bajísimas nubes que casi rozaban el suelo, los techos metálicos de los almacenes contiguos a la estación de partida. Sigiloso como un gato se deslizó en el caldeado aposento, echando hacia atrás su capucha. En la mano derecha sostenía la pesada manivela de hierro de la locomotora. «¡A estas alturas qué importa ya uno más o uno menos!», pensó mientras miraba fijamente al durmiente. Éste hizo un movimiento involuntario con la cabeza, dejándola caer contra el respaldo del sillón. ¡Entonces el otro le propinó un certero golpe con la manivela! Sonó como cuando se golpea el agua con la palma de la mano. El contundente porrazo fue a dar en el hueso frontal, destrozándolo y haciendo saltar los dos ojos fuera de sus órbitas, de suerte que el barbudo rostro de la víctima esbozó una mueca horrible y grotesca. Un temblor ligero y pausado agitó todo el cuerpo que, sin embargo, permaneció en la misma posición.

Afectando una ridícula modestia, el americano hizo una venia ante el retrato de Patera. «¡Por una vez he ganado!» Seguidamente cogió la llave que colgaba del cinturón del muerto; sus movimientos eran rápidos y seguros. En el piso, junto al sillón, había una linterna sorda. Cuando se agachó a recogerla, sintió que algo se iba cerrando firmemente en torno a su muñeca. *Era el cadáver*, o, mejor dicho, sus amarillentos dedos que, sin duda, él había rozado al inclinarse. Aunque el cuerpo seguía allí, inmóvil e indefenso, sus terribles dedos se hallaban animados por una fuerza tan descomunal que hubieran podido estrujar un trozo de acero como si fuese un simple amasijo. Bell gritó: «¡Esto es obra de Patera!» Se dio cuenta de que si la presión de los dedos seguía aumentando, su muñeca sería triturada en pocos minutos. Ya había perdido la sensibilidad en el oprimido miembro... empezó a desgarrar con los dientes la muñeca de su adversario, pero era demasiado tarde: su propia mano se hallaba irremisiblemente perdida. En ese horrible momento, vio, sobre la barandilla, unas tijeras de jardinero abiertas. Dio un salto para llegar a ellas y el cadáver voló junto con él como un monstruoso apéndice. Con certeros tajos desgajó del brazo del muerto la terrible mano que, aflojando la presión, cayó inmediatamente al suelo. Bell lanzó un suspiro de resonancias casi místicas. Con los brillantes rizos resbalándole en simétrica distribución sobre la frente, el retrato de Patera lo miraba desde la pared, esbozando una sonrisa de estereotipada amabilidad. El americano cogió la linterna sorda y echó a correr.

Al llegar al muro enfiló por el gigantesco túnel. Era presa de una fuerte excitación: ¡por fin sabría si su plan había tenido éxito o no! Según sus propios cálculos, la ayuda europea debía de estar ya muy cerca. *La necesitaba, tenía que llegarle*; él solo no podía enfrentarse al populacho del Reino de los sueños, cuya agresividad aumentaba de hora en hora.

Abrió la *puerta pequeña* y salió al aire puro y frío de la noche. Luego disparó un cohete que había llevado consigo: un surtidor de oro derretido partió hacia el cielo nocturno y, al llegar a cierta altura, describió varias curvas prodigiosas y estalló en un diluvio de estrellas. Con febril impaciencia esperaba el americano alguna señal de respuesta... ¡nada!... todo seguía inmerso en la misma oscuridad silenciosa. ¡Había calculado mal! Furioso y decepcionado, contempló a la luz de su linterna la monumental puerta de hierro con sus pesadas abrazaderas. ¿Debía regresar acaso? Escrutó nuevamente en la lejanía. De pronto, una luminosidad fantasmal se deslizó vertiginosamente por el firmamento para desaparecer con la misma rapidez con que había surgido. A los pocos segundos, otro haz de luz azulada volvió a brillar como un cometa. *Eran los reflectores de los rusos*. Una mezcla de alegría salvaje y orgullosa satisfacción se apoderó del voluntarioso Bell. ¡Había ganado la partida! Dejando la puerta abierta a las tropas, dio media vuelta y echó a correr. El punto luminoso de su linterna desapareció tras las colinas y, casi sin aliento, llegó adonde estaba la locomotora. Los guardias fronterizos, auténticos hijos del Archivo, no habían notado ninguna de sus maniobras.

El americano dio marcha atrás a su vieja máquina, atizando las brasas repetidas veces. Por el caliginoso páramo avanzaba con rapidez la larga estela de fuego de la chimenea. ¡El intrépido espíritu de empresa norteamericano había, finalmente, triunfado! Rebosante de felicidad, Bell puso en acción la sirena de vapor; los agudos pitidos resonaron como quejas en medio de las profundas tinieblas. «Y ahora, ¡a poner este país en orden!», se prometió a sí mismo. Entretanto, la mano se le había hinchado y le causaba dolores agudísimos, que en vano intentaba calmar friccionándola con aceite de máquina. Pero su victorioso júbilo no se vio turbado por ello.

En dirección a Perla el cielo empezó a incendiarse un deslumbrante resplandor, que fue adquiriendo cada vez mayor intensidad, se deshizo contra el banco de nubes y pronto iluminó todo el horizonte. El americano observaba aquella nueva conflagración con creciente angustia. El herrumbroso bólido se deslizaba ahora, sin disminuir su velocidad, por las aguas del pantano, levantando una ola negruzca que salpicaba de barro al maquinista. Las dos mitades de una serpiente de agua, partida por las ruedas, fueron a caer en la cabina y se enroscaron a sus pies. Sumergido casi hasta la mitad, el depósito de carbón siseaba al avanzar por entre la masa acuosa; el manómetro marcaba 99: la caldera podía estallar en cualquier momento. Valiéndose de unas pesadas tenazas, el americano cerró la válvula de escape para contener el resto de vapor.

Cuando divisó la estación central, detuvo la máquina, se apeó precipitadamente y, abandonándola a su destino, echó a correr en dirección a la ciudad.

Todo se hallaba bañado en una intensa luz rojiza; el Archivo estaba en llamas. Constantemente se oían pequeñas explosiones de polvo y las llamaradas arrojaban a lo alto masas de papel ardiendo que, como aves incandescentes, se cernían sobre la ciudad. Una confusa muchedumbre se arremolinaba por las caldeadas calles, aullando y riendo estrepitosamente.

Un escalofrío estremeció al americano, que se sentó sobre un montón de piedras. Agotado y sin fuerzas, sólo acertó a murmurar:

«Patera sólo deja a su sucesor los excrementos.»

XX

Cuando el Archivo comenzó a incendiarse con todos sus tesoros, yo estaba en mi lugar preferido a orillas del río, cuyas aguas reflejaban la incandescencia del cielo. Los inauditos sucesos que había venido observando aquellos días me obligaron a salir de mi apatía. Sentí que mi entumecido corazón se deshela; los inhumanos sufrimientos de aquel pueblo amenazaban agobiarme a mí también. Sólo deseaba la muerte, sin importarme en qué forma decidiera presentármela. Era demasiado evidente que todo terminaría con aquella noche de horror. Pero entonces, ¿por qué el

destino suele esperar tanto, superándose a sí mismo al acumular toda suerte de horribles suplicios?

Los habitantes empezaron a sufrir trastornos de orden visual. Al comienzo, los objetos les parecían irisados con los colores del espectro. Más tarde, sus ojos fueron perdiendo la noción de las proporciones naturales y empezaron a tomar casas pequeñas por torres de varios pisos. Estas falsas perspectivas los engañaban y sumían en un estado de constante ansiedad; se creían encerrados donde en realidad no lo estaban. Tenían la impresión de que los edificios se inclinaban sobre las calles o se balanceaban sobre sus estrechos fundamentos. ¡Las personas que venían a su encuentro solían duplicarse o multiplicarse hasta formar auténticas multitudes! Levantaban los pies para no tropezar con obstáculos imaginarios o avanzaban a gatas por el suelo, creyendo que ante ellos se abriría algún abismo.



Mucha gente sucumbió al suicidio colectivo. Perseguidos y acosados hasta extremos inimaginables, acababan siendo víctimas, totalmente indefensas, de sueños en los que les ordenaban autodestruirse. Los que sobrevivían a esta prueba quedaban tan trastornados que no eran conscientes de la amargura que empañaba sus últimas horas.

De pronto corrió el rumor de que el propio Patera había hecho su aparición en público. Cuatro sirvientes lo habían llevado en una litera hasta el mercado, donde, envuelto en una capa de terciopelo verde, recamada de finísimas perlas y tocado con una puntiaguda tiara, había impartido su bendición a la multitud como un auténtico

pontífice. Añadían que, al verle, el americano cogió un adoquín y se abalanzó como un loco furioso sobre el Amo, cuya corona rodó destrozada por el suelo. La cabeza — que pertenecía a un muñeco de cera— estalló como una cáscara de huevo; los ojos eran bolas de cristal llenas de mercurio y las valiosísimas galas se hallaban empajadas por dentro. ¡Un nuevo truco del Maestro... y nada más!

Los militares habían consumido hacía tiempo sus municiones. Cubiertos a duras penas por sus grasientos pantalones rojos, marchaban a paso de ataque y con las bayonetas caladas, cargando a veces contra los harapientos y furiosos habitantes. Excitados por el aguardiente, se mostraban entonces inmisericordes. El americano tomó partido por los soldados que, tras la historia del muñeco de cera, saludaban con gritos de júbilo las apariciones del carismático Bell. El Archivo, el Correo y el Banco ardían, iluminando las calles como si fuera de día.

Por las laderas de la colina que albergaba el Barrio francés descendía lentamente, como un torrente de lava, una masa de desperdicios, basura, sangre coagulada, intestinos y restos humanos y animales. En medio de aquella amalgama, que brillaba con todos los colores de la descomposición, los últimos habitantes del Reino erraban alucinados. Sólo balbuceaban sonidos incoherentes sin poder entenderse unos a otros: habían perdido la capacidad del habla. Casi todos iban desnudos y los hombres más robustos empujaban a las mujeres, mucho más débiles que ellos, hacia la avalancha de carroña, donde las infelices perecían envenenadas por las emanaciones. La Plaza Mayor se asemejaba a una cloaca gigantesca en la que los sobrevivientes, agotando sus últimas fuerzas, se estrangulaban y mordían unos a otros antes de expirar definitivamente.

Por los alféizares asomaban los cuerpos rígidos de espectadores ya sin vida, cuyos ojos vidriosos reflejaban aquel Reino de la Muerte.

Brazos y piernas dislocados, dedos enhiestos y puños cerrados, abultados vientres de animales, cráneos de caballos por cuyos amarillentos incisivos aún sobresalía la hinchada lengua azulina: tal era la falange de la destrucción que imperturbable seguía su curso. Una brillante luminosidad vibraba en forma intermitente, animando aquella apoteosis de Patera.

XXI

Los ojizarcos no se vieron afectados por nada de lo que estaba sucediendo, limitándose a observar tranquilamente desde la otra orilla. De todos modos, algo extraño tenía que haberles pasado también a ellos, pues habían colgado enormes calderas delante de sus curiosas viviendas. Pasaban día y noche evolucionando en torno a ellas, y era evidente que estaban cocinando algo. El viento traía un humo acre y maloliente, que provocaba accesos de tos. El vaho se transformó pronto en un hedor insoportable. Los ojizarcos, normalmente serios y circunspectos, bailaban alrededor

de las calderas, entonando lánguidas y monótonas corales. Nuestras hordas querían pasar al otro lado, pues sabían que el Suburbio estaba libre de sabandijas y desperdicios hacía tiempo. Pero el puente se había desplomado y sus restos fueron arrastrados por la corriente. No quedaba ni un bote, y pasar a nado por entre los reptiles del río equivalía a suicidarse.

Yo estaba precisamente en la orilla, sentado en uno de los pilares del puente. Incapaz de soportar más tiempo aquellas escenas que superaban mi capacidad de comprensión, estaba dispuesto a poner un violento fin a mi vida. Fascinado, miré con fijeza las turbias ondas que había elegido como tumba. Dentro de unos instantes habrían de acogerme en su seno. Tenía la firme impresión de que algo de excepcional magnitud iba a serme revelado. Y empecé a deslizarme lenta y pausadamente... *¡parecía un sueño!*

En medio de estruendosos gorgoteos se fue formando en el centro del río un inmenso embudo, cuya negra oquedad empezó a absorber la corriente. Los restos del molino, aún incandescentes, se sumergieron siseando y despidiendo vapores blanquecinos.

La Calle Larga se derrumbó sobre sí misma y entonces pude ver el Palacio que, normalmente, no era visible desde donde yo estaba. Iluminada por un resplandor rojizo, su compacta masa se alzaba, majestuosa, sobre las ruinas. Pensé que pronto sonarían las trompetas del Juicio Final. Formando furiosas cataratas, el Negro empezó a precipitarse en las ávidas y caliginosas fauces del remolino que se había abierto en su lecho. Los peces y crustáceos chapoteaban desesperadamente en el fango o quedaban colgados de las plantas acuáticas.

Entonces divisé un reducido grupo de hombres que avanzaban desde la otra orilla, cruzando el arenoso cauce del río: los ojizarcos. Con la cabeza baja pasaron delante de mí; iban guiados por un ser encorvado, cuyo rostro ajado y arrugadísimo parecía tener más de mil años. De su desmesurado cráneo pendían largas y finas hebras de cabello plateado. Por un instante me dio la impresión de ser mujer. ¡Luego los otros! Todos figuras altas y descarnadas. El último, un poco más grande y erguido, se volvió a mirarme. Y entonces pude admirar el rostro más hermoso que jamás he visto en mi vida, exceptuando el de Patera. La exquisita redondez oval de la cabeza parecía modelada en porcelana. Sus finas y casi transparentes alas nasales, así como su estrecha y ligeramente hundida barbilla le daban cierto aire de refinado príncipe manchú o de ángel de alguna leyenda budista. Sus miembros, largos y delgados, testimoniaban el alto grado de evolución alcanzado por su raza. El cráneo rasurado dejaba al descubierto un cuero cabelludo liso y perfectamente terso. Sus ojos azules me lanzaron una mirada intensa e incomparable que no podía simular ningún rechazo. Decidí seguirle.



El suelo empezó a extenderse y dilatarse como caucho; un estruendo ensordecedor, como salido de la boca de mil cañones, estremeció el aire. La fachada del Palacio se fue inclinando lentamente, plegándose como un estandarte al viento y sepultando la Plaza Mayor bajo sus escombros.

Las campanas empezaron a doblar en todas las torres de Perla, tañendo con voz solemne y melodiosa el canto del cisne de la moribunda ciudad. Me sentí conmovido hasta las lágrimas: era como acompañar el cortejo fúnebre en el entierro del Reino de los sueños.



Seguí a los ojizarcos a través de un estrecho pasaje excavado en la pared de roca. A la imprecisa luz de unas cuantas antorchas pude ver una larga escalera de peldaños irregulares que llevaba hacia arriba. Mis guías desaparecieron por una abertura practicada en una de las paredes; yo seguí subiendo cada vez más alto en busca de algún lugar donde guarecerme, y fui a salir nuevamente al aire libre, bajo un cielo enteramente rojizo. Me hallaba en la antigua fortaleza de la montaña. Algunos cañones apuntaban aún en dirección a la ciudad, aunque sus cureñas estaban rotas y los tubos de bronce yacían diseminados contra los parapetos. En aquel lugar, la pared montañosa caía a pico sobre un abismo de varios centenares de metros. A mis pies divisé un laberinto de pasadizos; apenas pude dar crédito a mis ojos: la ciudad había estado enteramente socavada como la madriguera de un topo. Un ancho túnel unía el Palacio con el Suburbio y varios más se extendían hasta el campo. Ahora, las oscuras aguas del Negro iban llenando aquella red de galerías sacadas ya a la luz, y todo lo que aún estaba en pie acababa hundiéndose gradualmente en ellas. Por el otro lado, el pantano seguía acercándose cada vez más.

El repique cesó; las torres se habían derrumbado, a excepción de la Gran torre del reloj, cuya poderosa campana continuaba emitiendo graves y profundos tañidos. Casi no vi señales de vida. Tan sólo un reducido grupo de personas parecía haberse salvado: corrían en todas las direcciones y volvían a convergir luego en algún punto, como marionetas accionadas por un solo hilo; vistas desde arriba daban esta impresión.

Aquellos individuos parecían evolucionar sin rumbo determinado. Por último se precipitaron, como siguiendo una orden invisible, por encima de los escombros y, esquivándolos con sorprendente agilidad, enfilaron hacia el río, cuyo cauce vacío atravesaron en dirección al Suburbio.

De un inmenso agujero abierto en la tierra emergió, de pronto, una columna de aire helado que llegó hasta donde yo estaba e hizo rodar por tierra a los fugitivos. La monstruosa cavidad volvió a aspirar luego el aire expelido, devorando conjuntamente tablas, vigas y hombres como un furioso ciclón. Sólo unos cuantos lograron salvarse y buscaron refugio en las casuchas del Suburbio. Poco después cesaron las violentas ráfagas y por el oscuro agujero asomó cautelosamente la cabeza de un camello. Colocada en el extremo de un cuello infinito, lanzó unas cuantas miradas inteligentes a su alrededor y se alzó hasta llegar a la altura de mi refugio. Allí se rió en silencio y retornó luego a su lugar de origen.

Las cabañas empezaron a moverse, los molinos de viento golpeaban a los intrusos con sus aspas, los techos de paja erizaron su hirsuta cabellera, las tiendas se hincharon como si en su interior albergasen vientos, los árboles cogían a los hombres con sus ramas, los postes se doblaban como cañas y, finalmente, los templete y las azoteas de las casas se amontonaron y empezaron a *decirse* cosas extrañas en un tono gruñón, fortísimo y perfectamente perceptible: ¡Un lenguaje *casero* oscuro e incomprensible!...

En los canales flotaban aún algunos cadáveres, que eran lentamente absorbidos hacia el fondo de la tierra. Luego, todo fue desapareciendo de mi vista y sólo recuerdo haber observado cómo las pirámides de casas del Suburbio se derrumbaban con gran estrepito.

Era como si una capa de agua se hubiese interpuesto entre todas aquellas cosas y yo. Del cielo descendió una densa neblina y los últimos fulgores del incendio se fueron extinguiendo entre la bruma. Todavía escuché varias veces un alarido masivo, un prolongado ¡ohoooo... ohoooo! y luego no distinguí nada más; todo quedó envuelto en una niebla tan espesa que apenas podía ver mi mano ante mis ojos. Sin embargo, al poco tiempo la atmósfera se despejó nuevamente y divisé un gran disco brillante e innumerables puntos esparcidos por el firmamento azul oscuro... Eran la luna y las estrellas. Hacía tres años que no las veía y casi había olvidado que sobre nosotros se extendía aquel magno universo. Por un momento me abismé en la contemplación del espacio sin límites, perdiendo la noción de mí mismo. Un frío intenso me caló entonces hasta los huesos y, tiritando, miré hacia abajo. El enorme banco de nubes, o sea, el antiguo cielo del Reino de los sueños, había descendido por completo.

Desde la compacta masa de nubes llegó entonces un estruendo sordo que, evocando el galope de invisibles y apocalípticos jinetes, fue aumentando sin cesar; retumbó contra las escarpadas montañas, regresó duplicado y cuadruplicado, disminuyó y volvió a dilatarse monstruosamente, inundando todos los valles y

desfiladeros como si no quisiese terminar nunca, prolongándose aún largo tiempo antes de extinguirse poco a poco en la lejanía.

Tal fue el final del Reino de los sueños.

Una capa gris cubría la superficie de la tierra; en el horizonte se alzaban, iluminados por la luz de la luna, los picos nevados del Tien-Shan.

CAPÍTULO IV

VISIONES

LA MUERTE DE PATERA

I

UNA sensación de ligereza totalmente nueva se fue infiltrando en mi espíritu, del que a la vez emanaba un aroma suave e indefinido. Mis sentimientos se habían transformado por completo y mi vida no era sino una llamita vacilante. ¿Estaría dormido? ¿Estaría despierto? ¿No estaría acaso muerto?... A lo lejos escuché unas cuantas exclamaciones que, como acordes destemplados, fueron cayendo en el vacío. Un gallo cantó y, poco después, percibí el suave sonido de un órgano: una simple coral. Bajé la mirada y, a mis pies, vi un paisaje invernal que me recordó a Alemania: una minúscula aldea en las montañas. La hora parecía ser la del crepúsculo; los sonidos del órgano se iban filtrando por el portal abierto de una pequeña iglesia. Un grupo de chiquillos hacían deslizar sus trineos sobre la nieve blanda de las calles, y varias mujeres, envueltas en grandes y multicolores mantillas, salían de la casa de Dios. Bajo los amplios aleros de los tejados que, afianzados con piedras, cubrían las casas de los campesinos, se divisaban siluetas inclinadas. De pronto lo reconocí todo: era el lugar donde había transcurrido mi infancia. Todas aquellas caras me resultaban conocidas y, con una mezcla de temor y alegría, distinguí a mis padres entre las diversas parejas. Mi padre llevaba, como siempre, su gorra de piel marrón. El que la mayoría de esas personas hubiesen muerto hacía tiempo no me llamaba la atención; por el contrario, quise dirigirme hacia aquel pasado trasmutado en presente, pero no logré mover ni uno solo de mis miembros. Vi volar unos cuantos cuervos hacia el lago helado, sobre el que evolucionaban seres embozados. De repente, las formas empezaron a diluirse cada vez más en una luminosidad diáfana hasta desaparecer por completo.

No pude distinguir ya nada en las tinieblas. La música del órgano fue invadiendo todo mi ser en forma tan prodigiosa que por un momento creí seguir viviendo a través de sus sonidos. Nuevas series de acordes, cada vez más perfectos, vinieron a asociarse a los anteriores hasta que, por último, la cadencia armónica se interrumpió súbitamente.



La ciudad de Perla ocupaba su antiguo emplazamiento. Patera salió del Palacio y se puso a respirar con tal estrépito que pude oírle desde arriba. Luego empezó a crecer y a crecer tan vertiginosamente que su cabeza llegó muy pronto a la altura en que yo me hallaba: perfectamente hubiera podido utilizar el Palacio como un escabel.

Sus ropas habían estallado en mil pedazos, desprendiéndose del cuerpo, y sus larguísimos rizos le cubrían el rostro. Con sus monstruosos pies empezó a jugar con las calles, separándolas entre sí; luego se inclinó sobre la estación, cogió una locomotora y se entretuvo soplándola como si fuese una armónica. Mas como seguía creciendo y dilatándose hacia todos lados, aquel juguete le resultó muy pequeño al poco tiempo. Entonces derribó la gran torre y lanzó, soplando en ella, horribles trompetazos hacia el cielo. Terrible era el aspecto de su cuerpo desnudo, que iba adquiriendo dimensiones infinitas. De pronto arrancó de cuajo un volcán, del que aún pendía un filamento granítico y vermiforme de las entrañas de la tierra, y se llevó a los labios aquel gigantesco instrumento, que retumbó hasta estremecer el universo entero. Hacía ya rato que la ciudad había desaparecido bajo sus pies y él seguía allí, erguido; sus miembros superiores se perdían entre las nubes y su carne parecía componerse de colinas. ¡Estaba como henchido de ira! Le vi arrodillarse a lo lejos, mientras bandadas enteras de aves se enredaban en sus larguísimos cabellos. Empezó a chapotear en un mar que, si bien apenas le llegaba a las caderas, se salió de su lecho e inundó toda la tierra. Agitaba las aguas con sus titánicos brazos, pescando al azar barcos y palpitantes monstruos marinos que luego estrujaba y tiraba lejos de sí. A su paso iba aplastando montañas enteras, que salpicaban como si fueran de barro; grandes torrentes llenaban al punto las huellas dejadas por sus pies. Quería destruirlo todo. Las gotas de su bullente orina llegaron hasta las cabañas más remotas, cuyos moradores, ignorantes de lo que estaba sucediendo, morían escaldados por el vaho. Luego empezó a patear en medio del grisáceo y amarillento diluvio, y su enardecido cuerpo fue cubierto por nubes de humo. Desde una altura de varias millas se puso a arrojar puñados de hombres que, al precipitarse a tierra, se convertían en una lluvia de cadáveres.

De pronto, una imponente cordillera que se extendía de oeste a este empezó a ponerse en movimiento: vi que era el americano dormido. Patera se abalanzó cuanto largo era sobre su enemigo y, mientras luchaban, el mar no cesaba de hervir levantando olas descomunales. Yo, sin embargo, sabía que estaba en manos de mi Destino y permanecí imperturbable.

Hasta donde lograba ver, era un océano de sangre el que se agitaba allá abajo. Las calientes y purpurinas olas siguieron subiendo cada vez más alto, hasta que la rosácea espuma de la resaca bañó mis pies. Un hedor nauseabundo llegó entonces hasta mi nariz. El enrojecido mar se fue retirando y empezó a descomponerse bajo mis ojos. La sangre se fue tornando cada vez más negra y espesa, refulgiendo por momentos con todos los colores del arco iris. Al cuajar, el espeso líquido se separó varias veces dejando a la vista el fondo de aquel mar que, cubierto de una muelle capa de excrementos, exhalaba toda suerte de vapores mefíticos.

Patera y el americano acabaron fundiéndose en una sola masa amorfa; el último se introdujo y desarrolló totalmente en el cuerpo del primero, formando un ser de dimensiones colosales que empezó a revolcarse hacia todos lados. Aquella criatura

monstruosa y desprovista de forma poseía una naturaleza proteica: en su superficie surgían millones de caras pequeñas y versátiles que cantaban, gritaban confusamente y volvían a desaparecer. Una súbita calma descendió por último sobre el monstruo, que se retorció hasta convertirse en una bola gigantesca: la cabeza de Patera. Sus ojos, inmensos como dos hemisferios terráqueos, tenían la clarividente mirada de un águila. Al poco tiempo el rostro adquirió los rasgos de una de las Parcas, envejeciendo millones de años ante mis ojos. La selva virgen de su cabellera se desprendió del cráneo, dejando aflorar la lisa estructura ósea. De pronto, la cabeza entera se redujo a polvo y pude contemplar una oquedad deslumbrante e indiferenciada...

Entonces distinguí, a bastante distancia, la figura del americano, que había adquirido la monstruosa estatura de Patera. Los ojos de su augusta cabeza despedían destellos adamantinos mientras luchaba consigo mismo, presa de un paroxismo demoníaco. Las enormes concavidades que originaban sus venas al distenderse se entrecruzaban formando una red violácea en torno al cuello: ¡estaba tratando de estrangularse... en vano! Se golpeó entonces el pecho con todas sus fuerzas, dejando escapar un ruido como de címbalos de acero, cuya resonancia me ensordeció casi por completo. Luego, aquel monstruo empezó a derretirse rápidamente; sólo su sexo se negaba a disminuir de tamaño hasta que, al final, quedó adherido como un parásito insignificante a un falo de dimensiones colosales. Por último, el parásito se desprendió como una verruga seca y el terrible miembro empezó a reptar por el suelo evocando una gigantesca serpiente, hasta que, retorciéndose como un gusano, desapareció en uno de los pasadizos subterráneos del Reino de los sueños.

Mis miradas atravesaron la tierra: aquellas galerías estaban habitadas por un pólipo de mil tentáculos que, estirándose como si fueran de goma, llegaban a todas las casas, se deslizaban en todas las habitaciones y bajo todas las camas, molestando a los durmientes con sus pelillos y ventosas, extendiéndose sin parar durante millas y millas y enroscándose hasta formar masas compactas que lanzaban destellos oliváceos, bien adquiriendo un brillo pálido y encarnado, bien ennegreciendo por completo.

La luminosidad volvió a ofuscar mi vista. Dos meteoros que despedían una luz violácea surgieron de dos puntos diametralmente opuestos, se fueron acercando el uno al otro y, finalmente, se estrellaron. La atmósfera se tornó incandescente. Rayos multicolores zigzaguearon por el firmamento, cruzándose en distintas direcciones. Era como si, por espacio de unos cuantos segundos, emergieran universos soleados y de espléndidos colores, poblados de flores y criaturas que nunca había visto sobre la tierra. Extrañas formas centelleantes y movedizas se agitaban confusamente en torno a mi alma. Ya no veía todo aquello con mis ojos, no... ¡no!: me había olvidado a mí mismo al diluirme en esos microcosmos, compartiendo el dolor y la alegría de una gama infinita de seres. Una serie de extraños e indescriptibles enigmas me fue entonces revelada.

Algo estalló de pronto en mil pedazos; oí cuerpos que caían. De algún punto empezaron a surgir masas blandas y desprovistas de huesos, de apariencia femenina, que se agitaban impulsadas por un intenso deseo de cobrar forma. Miles de puntitos luminosos se encendieron súbitamente y un sinnúmero de armonías recorrieron los espacios que, a su vez, volvieron a fusionarse en una masa acuosa, indivisible y rutilante. Allí donde un mar se había agitado poco antes, se veía ahora una capa de hielo que, al resquebrajarse, despidió figuras geométricas en distintas direcciones.

Yo era parte integrante de aquellos fenómenos y, haciendo un descomunal despliegue de fuerzas, pude abarcarlos a todos. Después de sucesos que eran eternos y atemporales, tras las tensiones propias de un proceso transformador cada vez más eruptivo, todo acabó adoptando la forma de su contrario. El nacimiento fue seguido por la necesidad intensa de acceder al punto medio, cosa que ocurrió en un instante. Una languidez suave y dichosa iluminó el mundo. De un conocimiento extenuado surgió una fuerza, un anhelo. Era un poder monstruoso y autoconsciente... todo oscureció de pronto. En medio de oscilaciones precisas y regulares, el Universo se redujo a un punto.

Y ya no supe nada más.

II

Tuve la suerte de ser despertado por un dolor punzante; el frío había aumentado a un grado tal que poco faltó para que muriese congelado.

Ante mí se abría un ancho valle, cubierto aún parcialmente por las violáceas neblinas de la noche: cordilleras grandiosas y escarpadas, empinadas praderas alpinas. Sobre este paisaje se alzaba un cielo matinal, bañado en una tenue luz verdosa, y los picos más altos, coronados de nieve, brillaban ya con fulgores rosáceos. La niebla empezaba a disiparse, depositándose en copos aislados sobre los oscuros bosques. Me froté los ojos. ¿En qué país estaba? Una aromática fragancia acabó de reanimarme; el cielo había enrojecido en un momento y tras las cumbres nevadas surgió un radiante cuerpo luminoso: ¡era el sol, el inmenso sol! Pero mis ojos estaban demasiado débiles para soportar la luz del día, y busqué de inmediato la calígne de la montaña. Desde la remota llanura llegó un estruendo de cornetas; ¡varias columnas oscuras avanzaban por el horizonte! A mis pies divisé una vastísima escombrera jalonada de innumerables fosos llenos de piedras. Temblando, descendí por la galería de la montaña.

Penetré en la sala de piedra: su doble hilera de gruesas columnas cubiertas de figuras evocaban un templo rupestre. En un ancho flamero de bronce ardía, como una lengua inquieta y anaranjada, una llama de nafta. Era la única luz allí existente y su resplandor iluminaba apenas la parte posterior, donde los ojizarcos se habían acucillado. Presa del miedo, yo hubiera preferido retirarme, pero antes quería

agradecerles el haberme salvado; aún no había pensado un solo instante en el futuro.



Sin embargo, no lograba decidirme a comparecer, desaliñado como estaba, ante aquella asamblea solemne y silenciosa, por lo que decidí esperar oculto a la sombra de una columna. De pronto fui sobresaltado por un gemido ronco. Algo oscuro se movía en la entrada, un fardo de telas negras, hasta donde pude apreciar en la incierta penumbra. Un ser se acercaba arrastrando penosamente los pies. ¿Un ser humano?...

Manténía baja su velada cabeza y vestía una túnica de larguísima cola. Al llegar ante el flamero se detuvo y levantó el velo que lo cubría. ¿Patera?... ¡Sí y no!... ¡Pues claro que sí! ¡Qué extraños cambios se habían operado en su persona! Gimiendo como si llevara una carga superior a sus fuerzas, avanzó unos pasos más. Su prodigiosa capacidad de transformarse a voluntad parecía haberle abandonado; en su rostro sólo se leían un agotamiento y un cansancio infinitos. Tenía los párpados entornados. La expresión de su cara había recuperado cierto calor humano y esta vez su presencia no me amedrentó. El color céreo y transparente había desaparecido y, una vez más, me recordó al muchacho que yo había conocido en la escuela. Así pasó a mi lado, tambaleándose como si arrastrara alguna fatalidad ineluctable, y se dirigió hacia donde estaban los ojizarcos. Éstos se habían levantado y le esperaban, como cariatídes, formando un semicírculo en torno al flamero. Uno de los más ancianos se le acercó y le entregó un recipiente pequeño, una jarra, hasta donde pude distinguir. Seguidamente, el anciano se prosternó ante el Amo; los otros también habían caído de rodillas, ocultando el rostro. Una profunda emoción religiosa me fue embargando a un grado tal que, de manera involuntaria, doblé las rodillas y crucé las manos.

Patera avanzó luego pesadamente, describió un círculo en torno a la flamígera fuente y descendió varios peldaños hasta llegar a un portillo pequeño y semicircular. De éste salió un resplandor tan intenso que tuve que protegerme los ojos con ambas manos. La llama de nafta humeaba débil y macilenta a su lado. El Amo se volvió entonces hacia nosotros que, inmóviles, apenas osábamos mirarle debido a la refulgencia. Los ojos de Patera habían perdido hasta el último destello de su terrible y misteriosa luminosidad... Aquellos grandes ojazos despedían ahora una luz azulina mate y acuosa, que nos envolvió a todos en una mirada de infinita bondad. Volví a ver aquel perfil radiante y de inconcebible pureza destacarse en forma nítida contra el fondo. Con un brevísimo movimiento de cabeza echó atrás sus enormes y espesos rizos y desapareció, arrastrando pausadamente la larga y negra cola de su túnica. La puerta de hierro se cerró de golpe.

Entonces, todos se levantaron y avanzaron hacia el portillo; yo también salí de mi escondite. Algo realmente extraordinario debía de estar ocurriendo en la alcoba contigua. Se escuchó un traqueteo como de filas de hombres en movimiento. De pronto, la llama empezó a flamear intensamente, adquirió un tono verdoso y se extinguió. Quedamos sumidos en una oscuridad total.

Una serie de largos y persistentes alaridos retumbaron desde dentro, produciéndome una conmoción tal que, temblando, me tapé los oídos con las manos para no perder el sentido.

Eran ruidos penetrantes e incisivos, semejantes a los de una sierra gigantesca que estuviese royendo la roca con sus dientes. Por último se fundieron todos en el estertor ronco y profundo de una fiera herida que, a su vez, fue disminuyendo poco a poco hasta cesar con un horroroso traqueteo.

Cuando abrimos, descubrimos que la alcoba, clareada por un resplandor difuso y

azulado, estaba totalmente destrozada: metales fundidos, piedras roídas y rocalla diseminada. Y en medio de aquel revoltijo... ¡el Señor!

Ovillado y vuelto de espaldas hacia la pared, yacía boca abajo en un rincón, como si una fuerza extraña lo hubiera arrojado allí.

Su encogido cuerpo me pareció notablemente pequeño y endeble. Entre el Amo y aquel objeto engurruñado no podía existir relación alguna. ¡No acertaba a comprender cómo ese ser decrepito y horrible, que sólo inspiraba conmiseración, podía ser el mismo que minutos antes había penetrado en aquel recinto!

Una agonía inimaginable había deformado el cuerpo de la poderosísima criatura. Aunque sucia y cubierta de hollín, su poderosa y despejada frente era la misma que tan bien conocíamos.

Los ancianos lo levantaron. Cuando hubieron lavado el cadáver, la rigidez se fue aflojando lentamente. La distorsionada mueca desapareció del rostro y le pudieron cerrar los párpados. El rictus que retorció su boca cedió el paso a una expresión de suprema placidez. *¡Los rizos castaño claro de Patera habían encanecido en el trance de la muerte!*

Estirado en el suelo, el cadáver se me antojó bastante más largo, aunque hube de constatar con horror que seguía creciendo esporádicamente y crujiendo, como impulsado por algún secreto excedente de energía. Sólo dejó de crecer al cabo de un buen rato. En relación con la longitud del cuerpo, la imponente cabeza lucía casi como un ornamento: circundada por su alba melena, marmórea y fría, parecía el busto de alguna divinidad del mundo antiguo.

El cuerpo era de una belleza indescriptible. Contemplé la gracia y pureza de sus formas sin comprender cómo algo tan perfecto podía existir en nuestro planeta. Envuelto en mis harapos permanecí ante Él, el Amo, y contemplé por vez primera y última la verdadera majestad. Ninguno de los ojizarcos se atrevió a violar, mediante un movimiento cualquiera, el silencioso hermetismo. Luego fueron saliendo uno tras otro. Yo volví a ser el último; conteniendo la respiración y avanzando de puntillas me deslicé finalmente fuera. Los ojizarcos abandonaron la montaña y desde entonces no he vuelto a ver a ninguno.

Me senté en el peldaño más bajo de la escalinata.

Una crisis de llanto convulsivo se apoderó al punto de mí.

CAPÍTULO V

CONCLUSIÓN

UNA vastísima escombrera: montones de basura, lodo, trozos de ladrillos, una ciudad entera convertida en un gigantesco muladar. Todo está aún bañado en las opalinas brumas del alba. Sólo las montañas rocosas empiezan, al fondo, a dorarse con los destellos del sol naciente. Aunque la oscuridad es aún grande, el cielo está despejado. Un hombre con la cabeza descubierta y un pesado morral al hombro se va abriendo camino por entre los escombros, avanzando a pasos firmes y elásticos. Lleva un frac de cola estrecha y anchas solapas de terciopelo, así como un par de pantalones angostos y ajustados a sus musculosas piernas, según la moda vienesa de los años sesenta. Pero este vestuario de guardarropía está cubierto de manchas de sangre y tizne, y presenta agujeros en muchas partes. El caminante se asemeja a un ladrón que quisiera poner su botín a buen recaudo. De pronto deposita su carga sobre una gran piedra, que parece ofrecerle sus servicios como una mesa. Desata y deja caer la mugrienta funda, descubriendo un flamante cofrecillo de cuero guarnecido de cantoneras de latón. De él saca Hércules Bell un elegante traje y una muda de ropa interior muy moderna, y empieza a cambiarse. Luego se afeita cuidadosamente, examina su cara en un espejo de mano, saca un panamá nuevo y de anchas alas, y enciende su corta pipa; un fino bastón de caña con puño dorado pone el toque final a su indumentaria.

Al ver su porte fresco y enérgico y su tez bronceada, nadie habría imaginado las increíbles y molestas aventuras por las que acaba de pasar. Tan sólo las retintas patillas mostraban ligeras señales de encanecimiento. De este modo salió el americano al encuentro de los europeos.

El general de división Rudinoff envió al frente de su ejército a un destacamento de tiradores que, si bien se deslizaron con la máxima cautela hasta los humeantes restos de la muralla, no lograron descubrir un solo enemigo. Al recibir el parte respectivo, el general decidió avanzar con el resto de sus tropas. Con ayuda de un catalejo divisó entonces una fortaleza, construida en la cumbre de un peñón que emergía de la montaña. Rudinoff ordenó desenganchar el avantrén de algunas de las piezas de artillería y visar la elevada fortificación. Acto seguido envió a un parlamentario, dos cosacos con banderas blancas y un corneta, con la misión de presentar un ultimátum a los enemigos, exigiéndoles que se rindiesen inmediatamente y se considerasen prisioneros de guerra. Deberían entregar a los rusos todas sus armas y propiedades y poner en inmediata libertad a cuantos súbditos de estados europeos se hallasen bajo su custodia. Pero el parlamentario no encontró más que un terreno abandonado, cubierto en gran parte de piedras desmenuzadas y arenisca. Aquí y allá,

ascuas de madera carbonizada emergían aún de entre los escombros; sin embargo, no les pareció prudente detenerse mucho tiempo en aquel sitio, pues el suelo empezó a hundirse y a cubrirse de fango. Las ruinas se iban deslizando lentamente hacia el abismo.

No había nadie a quien poder entregarle el ultimátum.

El general quedó muy descontento con esta nueva. De algún modo, aquella gente había tomado demasiado en serio la perspectiva de toparse con cámaras repletas de valiosísimos tesoros.

Decidieron avanzar hasta la falda de la montaña observando al máximo, claro está, las medidas de precaución pertinentes, ya que algunos miembros de la oficialidad insistían tenazmente en la idea de una posible emboscada, baterías camufladas, etc.

Fue así como llegaron hasta la portezuela abierta en la pared de roca y me encontraron, totalmente inconsciente, en el peldaño inicial de la escalinata. A esta feliz circunstancia debo el haber escapado con vida.

Me acogieron con muestras de gran cordialidad y simpatía. Los periodistas, que ya conocían mi nombre de antemano, intentaron entrevistarme repetidas veces. Varios periódicos quisieron publicar mi foto junto con las del lugar en que se había levantado el Reino de los sueños. Yo me sentía demasiado débil para responder a la avalancha de cuestionarios que me eran presentados, y solía remitirlos a *mister Bell* que, entretanto, ya había tomado contacto con los europeos.

No se encontró rastro alguno del templo excavado en la montaña, pues un deslizamiento de las capas de roca había bloqueado todas las entradas. Cuando formulé esta hipótesis, los geólogos que habían llegado con la expedición menearon la cabeza en son de burla. Vi, pues, que la gente no prestaba crédito alguno a mis palabras, menos aún desde que el americano, pavoneándose orgullosamente, afirmó haber puesto fin a todo el embuste de Patera cuando destruyó el muñeco de cera.

Además, nosotros dos no éramos los únicos supervivientes de la catástrofe. Las patrullas de soldados que recorrían los bosques aledaños descubrieron un grupo de seres semidesnudos que, encaramados en los árboles, hablaban y gesticulaban apasionadamente. Resultaron ser también ciudadanos del Reino: seis judíos propietarios de una cadena de droguerías. Más tarde me entere de que se recuperaron con una rapidez increíble y han llegado a amasar grandes fortunas en algunas capitales del norte y oeste de Europa.

Poco después, cuando efectuaban excavaciones en un pozo de cenizas todavía calientes, los soldados encontraron una figura seca y, tras quitarle el polvo que la cubría, la tomaron por una momia. Sin embargo, un médico del regimiento encontró en ella algunos signos de vida, por lo que trabajó afanosamente para encender de nuevo la pequeña chispa. Todos corrieron a ver al rescatado que, según comprobaron pronto, era de sexo femenino. Un alto oficial ruso, que llevaba un apellido muy antiguo, reconoció en ella a su tía, la princesa de X. Ordenó que la vistieran y

emperifollaran y se la llevó consigo a Europa.

Yo, personalmente, hice el viaje de regreso vía Tashkent en compañía de un médico y, al llegar a Alemania, tuve que pasar un tiempo en un sanatorio para reponerme y acostumbrarme nuevamente a mis antiguos modos de vida, y en especial a la luz del sol. Tardé varios años en recuperar cierta confianza en mi entorno humano y en poder reanudar normalmente mis actividades profesionales.

Después de enviar un telegrama: «Zona del Estado de los sueños totalmente ocupada», los integrantes de la expedición guardaron absoluto silencio, como cabía esperar de europeos desacreditados.

El fenómeno Patera continúa siendo un enigma. Acaso fueran los ojizarcos los auténticos amos que, utilizando poderes mágicos, galvanizaron un muñeco inanimado con los rasgos de Patera para crear y destruir a su antojo el Reino de los sueños.

El americano vive todavía, y todo el mundo le conoce.



EPILOGO

El hombre no es sino una nada autoconsciente.

JULIUS BAHNSEN

EN el sanatorio no pude por menos de pensar y repensar en los mágicos y formidables sucesos que me había tocado vivir. Aparentemente, mi capacidad de soñar había adquirido proporciones enfermizas y ya los sueños amenazaban con invadir por completo mi espíritu.

En ellos llegué a perder mi identidad y, con frecuencia, me remontaba a otros períodos de la historia. Casi todas las noches me hacían revivir hechos y aventuras ocurridos tiempo atrás, lo que me lleva a pensar que dichas imágenes oníricas se hallaban íntimamente ligadas a ciertas vivencias de mis antepasados, cuyas convulsiones psíquicas lograron tal vez plasmarse orgánicamente, tornándose hereditarias. Ante mí se abrieron planos oníricos mucho más profundos, que me permitieron diluirme en existencias animales o vegetal, en un estado de letárgica semiconsciencia, entre los elementos primarios. Estos sueños eran como abismos a los que me veía irremediablemente arrastrado, y sólo cesaban cuando el tiempo mejoraba y las noches se volvían límpidas y serenas.

Los días transcurrían a un ritmo monótono. La inactividad y el aburrimiento empezaron a torturarme. Aunque deseaba a toda costa recuperarme y volver a trabajar, me di cuenta de que ya no servía para nada. La realidad se me antojaba una repulsiva caricatura del Reino de los sueños. Lo único que lograba aliviarme era la idea del aniquilamiento, de la muerte. A ella me aferré con toda la unción de que era capaz.

La amé con una especie de delirio extático, como si yo mismo hubiera sido una mujer: estaba embelesado. En las noches de luna llena que siguieron me entregué a ella por entero, la contemplé, sentí sus caricias y disfruté instantes de dicha sobrenatural. Me convertí en el confidente de aquella prodigiosa Señora, de aquella espléndida Princesa del Universo, cuya belleza resulta indescriptible a todos los que la han contemplado. Era mi felicidad última y más grande. Sentía su presencia en cada una de las hojas caídas en el césped húmedo y hasta en las glebas. ¡La idea de sucumbir a sus requiebros o de sentir sus estragos como abrazos amorosos, me colmaba de felicidad! Muy significativa era, en aquella época, mi predilección por las flores semimarchitas.

Pensaba en mi propia muerte como en una de las grandes bienaventuranzas celestiales, que marcaría el inicio de la eterna noche de bodas.

¡Cómo se rebelan todos contra ella, y, sin embargo, qué llena está de buenas intenciones! Empecé a rastrear sus huellas en todos los rostros, descubriendo sus

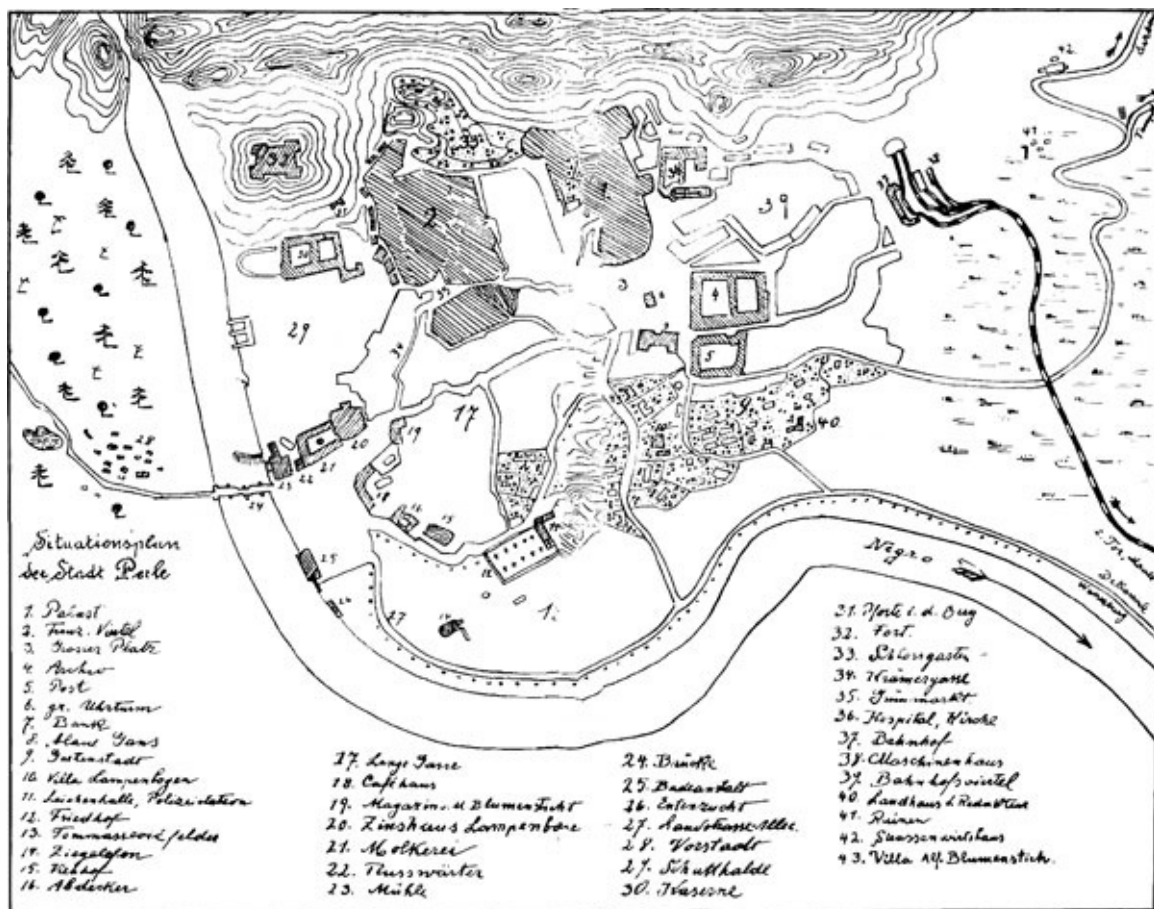
besos en los surcos y arrugas de la vejez. ¡Se me aparecía eternamente renovada! ¡Qué colores tan exquisitos eran los suyos! Sus miradas fulguraban con tal poder de seducción que hasta el más fuerte acababa rindiéndose ante ellas. Entonces se despojaba de sus máscaras y el moribundo podía contemplarla, sin la túnica que la cubría y rodeada de un halo diamantino, en sus miles de facetas relampagueantes.

Sin embargo, cuando volví a aventurarme por los senderos de la vida, descubrí que el poder de mi Dios sólo era parcial y limitado. Tanto en los asuntos de mayor envergadura como en los de ínfima importancia, compartía su soberanía con un adversario que optaba por la vida. Las fuerzas de atracción y repulsión, los polos de la tierra con sus corrientes, el ritmo de las estaciones, el día y la noche, lo negro y lo blanco... todo es una lucha.

El verdadero infierno radica en que esta contradictoria polaridad se perpetúa en nosotros. El mismo amor posee un centro de gravedad que oscila *entre cloacas y letrinas*. Las situaciones más sublimes pueden ser víctimas del ridículo, el escarnio o la ironía.

El Demiurgo es hermafrodita.

PLANO



1 Palacio. 2 Barrio francés. 3 Plaza Mayor. 4 Archivo. 5 Correo. 6 Gran Torre del Reloj. 7 Banco. 8 *Ganso azul*. 9 Ciudad jardín. 10 Residencia de Lampenbogen. 11 Depósito de cadáveres. Comisaría. 12 Cementerio. 13 Campos de Tomassevic. 14 Horno de ladrillos. 15 Establo municipal. 16 Matadero. 17 Calle Larga. 18 Café. 19 Tienda de M. Blumenstich. 20 Casa de alquiler de Lampenbogen, 21 Lechería. 22 Casa del Inspector del río. 23 Molino. 24 Puente. 25 Baños Públicos. 26 Criadero de patos. 27 Carretera-Alameda. 28 Suburbio. 29 Escombrera. 30 Caserna. 31 Puerta de la montaña. 32 Fortaleza. 33 Jardín del Palacio. 34 Calle de los Tenderos. 35 Mercado de Verduras. 36 Hospital. Iglesia. 37 Estación. 38 Sala de máquinas. 39 Distrito de la estación. 40 Casa solariega del Redactor jefe. 41 Ruinas. 42 Posada del camino. 43 Residencia de Alfred Blumenstich.



ALFRED KUBIN, pintor nacido en Leitmeritz (hoy República Checa y entonces provincia austriaca) en 1877, nunca dio a la pintura, a pesar de su admiración por Goya, el Bosco, Brueghel, Ensor y Odilon Redon, obras de verdadera importancia. Fue, sin embargo, un más que notable grabador y un excelente ilustrador, como es patente en sus trabajos tanto sobre la Biblia como sobre la obra de Hoffmann, Nerval, Dostoievski y Poe. Y fue muy admirado por un compatriota suyo: el novelista Franz Kafka.

Pero la literatura le debe (y a una prolongada crisis creativa y emocional, agravada por la muerte de su padre, que le empujó a la escritura) la novela «La otra parte», que, aparecida en 1909, ha conseguido ocupar un lugar privilegiado dentro de la literatura onírica (digamos simbólica) y de ficción.

Alfred Kubin fue autor de otros dos relatos, *Dämoen und Nachtgeschichte* (1926) y *Phantasien im Böhmenwald* (1951). Murió en Zwickledt, Austria, en 1959.

Notas

[1] *Buretas o buriatos*, pueblo de raza mongólica que habita a orillas del lago Baikal.
(N. del T.) <<

[2] Timur-Lenk o Tamerlán, el célebre conquistador tártaro (1336-1405). (*N. del T.*)

<<

[3] Ludwig August, Ritter von Benedek (1804-1881). General austríaco. Tras la derrota de Königgrätz (Sadowa) en 1866, fue relevado del mando y sometido a un consejo de guerra. Sin embargo, el proceso fue sobreesido por orden del emperador y Benedek pasó al retiro. (*N. del T.*) <<

[4] Alusión a los versos 1112-13 del *Fausto* de Goethe: *Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust, Die eine will sich von der andern trennen*; (N. del T.) <<

[5] Término que, desde una perspectiva social, se aplica a la idealización de la cultura hogareña burguesa en el ámbito austro-alemán de la primera mitad del siglo XIX. En literatura se refiere a la creación satisfecha, antiheroica y apolítica, ubicable históricamente entre el movimiento patriótico de las guerras de liberación y los inicios del realismo que corre pareja con el romanticismo y la corriente de la *Joven Alemania*. (N. del T.) <<

[6] Títulos que sirvieron de papel moneda en Francia durante la Revolución. <<

[7] En este diálogo Kubin emplea un lenguaje dialectal, (*N. del T.*) <<